
una esposa en préstamo
UNA BODA FALSA, UN NIÑO EN SECRETO,
UNA NOVELA OSCURA SOBRE LA MAFIA
AJME WILLIAMS

UNA ESPOSA EN PRÉSTAMO

UNA BODA FALSA, UN NIÑO EN SECRETO, UNA NOVELA OSCURA SOBRE LA MAFIA

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Blurb
1. Gianna
2. Marco
3. Gianna
4. Marco
5. Gianna
6. Marco
7. Gianna
8. Marco
9. Gianna
10. Marco
11. Gianna
12. Marco
13. Gianna
14. Marco
15. Gianna
16. Marco
17. Gianna
18. Gianna
19. Marco
20. Gianna
21. Gianna
22. Marco
23. Gianna
24. Marco
25. Gianna
26. Marco
27. Gianna
28. Marco
29. Gianna
30. Marco

31. Gianna
32. Marco
33. Gianna
34. Marco
35. Gianna
36. Marco
37. Gianna
38. Gianna

Copyright © 2025 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Creado con Vellum

BLURB

Le robé al criminal más peligroso de Nueva York.
Se suponía que nunca volvería a verle…
Hasta que él decidió que yo iba a ser su esposa.
Ahora llevo en mi vientre a su hijo… y sus secretos.

La primera regla: Nunca robes a un mafioso.
La segunda: Si lo haces, no aceptes casarte con él, ni siquiera fingiendo.
¿La regla de oro? No te enamores del hombre que puede destruirte con una sola mirada.
Porque, cuando rompes todas las reglas, acabas con el corazón roto, una hija que tienes que mantener oculta y años huyendo del hombre que te da por muerta.

Nunca supe cómo protegerme.
Marco Barrone no era una simple víctima.
Era una especie de predador vestido de Armani, con una mirada gélida y una sonrisa que te derretía.
Letal. Magnético. Imparable.

Pensé que me saldría con la mía robándole la cartera entre la multitud de Nueva York.
Nunca me había equivocado tanto.

Cuando su mano agarró mi muñeca, pensé que iba a ser el final.
En lugar de eso, me dio un anillo, un falso matrimonio... y una noche que me dejó un recuerdo imborrable.

Ahora tengo un secreto que podría destruirnos a ambos: una niña con sus ojos idénticos y mi sonrisa.
Una hija que nunca conoció.

Seis años después, justo cuando creía que me había salido con la mía.
Dos líneas rosas me hacen darme cuenta de que la historia está a punto de repetirse.

Marco está a punto de volver a ser padre.
Y esta vez... ¡serán gemelos!

lectuepub4.com

1

GIANNA

Un trueno oscuro resuena a lo lejos en las nubes oscuras sobre mí. El aire se vuelve más pesado y un escalofrío me recorre la espalda.

Se acerca una tormenta.

Ese sonido, profundo y ominoso, parece acelerar el paso de la gente que me rodea. La corriente de gente avanza implacable, serpenteando como un río que fluye alrededor de un obstáculo inmóvil. Nadie me ve. Nadie se detiene a preguntarme si estoy bien o si necesito ayuda.

En Nueva York, cada uno vive en su propio mundo, inmerso en una burbuja que se vuelve aún más cerrada con la llegada de la lluvia.

Sorbo el café que me ha vendido un comerciante callejero y contemplo la escena que me rodea. Los hombres se ciñen el abrigo al cuello, las mujeres aprietan más fuerte el bolso y todo el mundo acelera el paso. El tráfico fluye rápido, imparable, hasta que el semáforo en rojo lo detiene bruscamente, como una represa repentina. Las bocinas gritan, como para protestar por esa breve interrupción.

La multitud se reduce momentáneamente, pequeños grupos que se apresuran a cruzar la carretera, para volver a llenarla como una ola.

Es el momento adecuado para mí. Cuando la gente está distraída, la prioridad es siempre volver al calor y la seguridad.

Nunca se fijan en alguien como yo.

Para la gente que vive en la calle, es como ser invisible.

Tomo el último sorbo de café, ahora tibio, y localizo a mi objetivo. No soy demasiado selectiva, pero el hombre que veo parece un buen candidato. Parece alguien que puede permitirse perder algo de dinero sin darse cuenta enseguida. Con el frío que siento en los huesos y la tormenta que se avecina, no tengo intención de pasar otra noche en las aceras.

Robar unos dólares es fácil, basta con meter los dedos en los bolsillos adecuados. Pero si quiero reunir lo suficiente para pagar unas noches de hotel, tengo que apuntar a alguien que no se dé cuenta inmediatamente de que ha perdido la cartera.

El hombre es corpulento, el abrigo color crema que lleva ondea con el viento mientras arremete, gritando a la chica del carrito de pretzels. Una ráfaga más fuerte le arranca el sombrero y, por supuesto, la emprende contra ella, que permanece con los ojos bajos, concentrada en su trabajo.

Dejo caer el vaso de papel arrugado en una mano y me acerco, con paso decidido. Me muevo entre la multitud como si fuera un reflejo natural; llevo tanto tiempo haciéndolo que se ha convertido en algo parecido a respirar.

Estoy a pocos pasos de mi objetivo. Con un grito de sorpresa, finjo una caída y me arrojo a sus brazos. Su voz, llena de ira, se congela de repente al verse obligado a sostenerme.

"¿Qué demonios estás haciendo?", me grita, con voz grave y llena de irritación. Sus mejillas, redondas y rojas, tiemblan ligeramente mientras cierra la boca bruscamente. "¡Mira dónde metes los pies!".

Y aquí es donde todo cambia.

Nuestras miradas se cruzan y veo que la ira desaparece de sus ojos. Su boca permanece entreabierta, un rubor sube por su rostro.

En un instante, ha olvidado su enfado. Una mujer encantadora acaba de caer en sus brazos.

"¡Oh, muchas gracias, señor!", exclamo, utilizando un tono desesperado y agradecido, interpretando el papel a la perfección. "Me sentí mareada de repente, fue terrible".

"N-no se preocupe", balbucea. Me agarra por el brazo, tratando de mantenerme en equilibrio, sin darse cuenta de que mis dedos ya se han colado en el bolsillo de su abrigo. En tres segundos, su cartera está a salvo en el bolsillo interior de mi chaqueta de cuero.

"Perdone otra vez", añado, fingiendo buscar estabilidad.

"¿Está bien? ¿Quiere que llame a alguien?".

Su mirada lo dice todo: en realidad no le importa si estoy bien. Lo que quiere es que esté tan agradecida que me lance sobre él, ofreciéndole lo que ni siquiera se atreve a pedir. El deseo en sus ojos es tan evidente que me da náuseas.

Los hombres son predecibles.

"No hace falta, de verdad", respondo, enderezándome por fin y poniéndome una mano en el pecho, atrayendo intencionadamente su atención hacia mi escote. "Creo que sólo ha sido un mareo. Gracias, muchas gracias".

Me hago a un lado, deslizando mi mano por su antebrazo para añadir un toque de teatralidad. Está tan distraído que se limita a asentir, con una sonrisa dibujada en la cara y la mirada fija en mi escote.

Mientras me alejo, miro a la chica del carrito de pretzels, que me mira boquiabierta con el pretzel aún en la mano. Le guiño un ojo y le prometo mentalmente que le enviaré una propina con el dinero de este hombre. Luego me sumerjo en la multitud con mi botín.

Me detengo a dos manzanas para abrir la cartera. Dentro encuentro algunas tarjetas de crédito, un carné de identidad y bastante dinero en efectivo. Descarto las tarjetas de fidelización inútiles en una cesta junto con el vaso vacío, y aseguro las tarjetas y la cartera. Cuento el dinero y se me encoge el corazón.

Parece una suma considerable, pero sólo son billetes pequeños, por un total de setenta y cinco dólares.

No se da cuenta de que le falta la cartera: seguro que no tenía intención de pagar ese pretzel. Y cuando por fin se dé cuenta, no se acordará lo suficiente de mí como para denunciar el robo. Pero como mucho, tengo un par de días para usar sus tarjetas.

Tengo que encontrar un hotel donde pueda hacer efectivo. Es mi método preferido: más difícil de rastrear. Pero como este hombre llevaba tan poco dinero encima, dudo que sea suficiente.

Necesito otro objetivo.

El cielo se oscurece y la gente a mi alrededor se mueve con creciente agresividad. Camino con las manos en los bolsillos, intentando esquivar a hombres y mujeres que corren a refugiarse de la ligera lluvia que ahora flota en el aire.

De repente, un grito agudo se eleva por encima del ruido del tráfico y el corazón me salta a la garganta. Nadie a mi alrededor parece reaccionar. Busco entre la multitud, escudriñando decenas de rostros en busca del origen de ese grito, temiendo que alguien realmente necesite ayuda.

Lo encuentro al cabo de unos treinta segundos, y lo que temía que fuera un grito de terror resulta ser un gritito de excitación. Es un niño que salta sobre sus talones con la nariz pegada al escaparate de una juguetería. Jadea contra el cristal, señalando enfáticamente algo que hay dentro. Sus padres le miran, sonríen cariñosamente, le cogen en brazos, le dan un beso en la mejilla y le llevan dentro.

Me invade una oleada de resentimiento.

La vida en la calle es dura, pero ver familias felices la hace aún más dura. Verme obligada a ser testigo de lo que nunca tuve saca a relucir toda mi amargura y mis celos. Es patético, lo sé, sentir celos de un niño. Pero no puedo evitarlo. Casi toda mi familia está muerta, o eso me parece a mí. No hay amor, no hay consuelo.

Desde luego, no hay besos cariñosos ni días dedicados a comprar juguetes.

Pateo el pavimento mientras camino, intentando deshacerme de esa sensación. Necesito concentrarme. Necesito dinero, y algo sustancial, que me permita despreocuparme durante al menos una semana.

Las calles se vacían poco a poco a medida que la lluvia se intensifica, pasando de un ligero velo a algo más concreto. Los que no quieren esperar se apresuran a buscar un taxi para volver a casa. Quizá yo haría lo mismo si tuviera algún sitio al que ir.

Y es entonces cuando lo veo.

Un hombre emerge de entre la multitud, y cada detalle en él grita arrogancia. Robar a tipos así es un poco más complicado, pero siempre merece la pena.

Este hombre camina con confianza, ignorando por completo la lluvia y pareciendo completamente ciego a la forma en que los demás se estremecen a su paso. Debe de ser alguien importante. O al menos, eso es lo que él cree que es. A veces, basta con el porte y la actitud adecuados para convencer a cualquiera.

Lo sé muy bien.

Es alto y lleva el pelo negro cuidadosamente recogido, salvo un rizo rebelde que le cae sobre la frente arrugada. Sus cejas oscuras se fruncen mientras camina, hablando en voz baja al teléfono que lleva en la mano.

Sorprendentemente, es encantador. Más que encantador, de hecho. Sus rasgos esculpidos parecen sacados de una revista de moda: la nariz angulosa, la mandíbula cuadrada tan definida que podría cortar cristal. Una sombra de barba oscura enmarca sus labios carnosos y sonrosados.

Y luego están sus ojos.

De un llamativo azul hielo, casi brillan en contraste con el gris lúgubre del día. No puedo dejar de mirarlo mientras camina por la calle de enfrente, como si fuera el único hombre del mundo.

Es el blanco perfecto. Me separo de la pared en la que estaba apoyada y doy unos pasos hacia el paso de peatones, pero enseguida me doy cuenta de otra cosa.

Este hombre no está solo.

Al principio pienso que le sigue alguien, ya que algunos hombres parecen mezclarse entre la multitud, tanto que podrían pasar desapercibidos para cualquiera que no prestara atención. Pero yo los veo claramente. Suelo vigilar este tipo de situaciones para no pisarle

los talones a otro carterista, pero esta vez su presencia me llama la atención.

Llevan vaqueros oscuros y jerseys, mucho más informales que la impecable vestimenta de este hombre. De un vistazo veo que la camisa es de Armani, un producto que puede costar hasta mil quinientos dólares.

No me doy cuenta de que estos tipos no le siguen, hasta que uno de ellos acelera el paso y le quita el teléfono de las manos. Sólo entonces me doy cuenta de la verdad.

No le están siguiendo. Le están protegiendo.

Eso debería desanimarme, pero no lo hace. Pulso el botón del semáforo, bloqueo el tráfico y cruzo la calle para acercarme a él.

Me encantan los retos. Ya me imagino cómo será zambullirme en una piscina dorada, pagada con su dinero, sabiendo que le he robado delante de sus narices y de sus propios hombres.

La vocecita de mi cabeza que me susurra que no haga ninguna estupidez se apaga lentamente, sofocada por la adrenalina que empieza a bombear con fuerza por mis venas. Mi corazón se acelera, mis dedos hormiguean de excitación. Se inclina hacia el lado izquierdo al caminar: es un detalle sutil, pero lo bastante perceptible para que me dé cuenta de que es ahí donde guarda sus objetos de valor.

Me aliso y arreglo el pelo, aprovechando la humedad de la lluvia para acomodar las hebras más suaves. Utilizo mi viejo truco de otoño: estoy segura de que este hombre estará demasiado molesto como para preocuparse.

La gente se aparta a medida que avanza y, de repente, no hay nadie entre él y yo.

Entonces me mira a los ojos.

No me lo esperaba y casi pierdo el equilibrio. En Nueva York, la gente nunca me mira a los ojos. Perciben mi estado sólo con estar cerca de mí e instintivamente apartan la mirada.

Él no lo hace. Me mira. Y por un momento me quedo completamente embelesada por el brillo de sus ojos de gema. Pero con la misma rapidez, aparta la mirada.

Mierda.

Tranquilízate, Gianna.

Me sacudo esa extraña sensación y bajo la cabeza, fingiendo que no lo he visto. Cuando estoy lo bastante cerca, tropiezo con él con una exclamación de sorpresa.

"¡Dios mío, cuánto lo siento! Estos zapatos son un desastre, lo juro". Me agarro a su chaqueta para 'balancearme' y empujo contra él, tratando de desequilibrarlo.

Ese hombre es una roca. Una pared de músculos me aprieta mientras finjo haber perdido el equilibrio.

En tres segundos, su cartera está en mis manos y oculta bajo mi camisa mientras me enderezo.

"¡Lo siento!", exclamo sin mirarle a los ojos, no vaya a ser que me vuelva a atrapar con esa mirada gélida. Luego me alejo por la calle como si nada hubiera pasado.

El peso de la cartera descansa contra mi esternón, bien oculto bajo un tirante del sujetador.

De repente, una mano grande y áspera me agarra el antebrazo desnudo, tirando de mí hacia atrás. El corazón me salta a la garganta cuando me doy la vuelta y veo al tipo alto y guapo que se cierne sobre mí.

¡Mierda!

Me empuja contra la pared y el impacto me deja sin aliento. Jadeo, incapaz de respirar. No me deja espacio. Se acerca aún más, me agarra con fuerza por la cintura y me inmoviliza contra la pared. Los ladrillos ásperos me arañan la espalda desnuda mientras se me levanta la camisa.

El corazón me martillea en el pecho.

"No tan deprisa", gruñe una voz grave y áspera, tan llena de autoridad que un escalofrío me recorre la espalda. A través de la cara camisa blanca, estirada sobre los músculos, vislumbro líneas de tinta oscura.

Levanto la vista vacilante, e inmediatamente me encuentro atrapada en esos ojos helados.

A su alrededor, los hombres de antes se acercan como sombras, bloqueando cualquier posible vía de escape.

"Has elegido a la persona equivocada para robar, cariño".

2

MARCO

Un carterista. Ciertamente no es algo inusual, pero esta debe ser increíblemente estúpida o tener unas malditas ganas de morir.

"¿Mereció la pena?", le pregunto, con la voz baja, casi un susurro que sólo ella puede oír, mientras mis manos suben por sus costados. ¿Dónde demonios ha escondido la cartera? Una carterista tan rápida como ella no debería haberla puesto en un lugar de difícil acceso. Mis dedos topan con la fina tela de su camiseta, que se levanta ligeramente, dejando al descubierto por un momento la piel de su abdomen.

"¿Mereció la pena?", replica, casi siseando. Mueve la cabeza bruscamente, apartándola de mis labios que rozan la comisura de su oreja, y en su lugar me recibe una cascada de rizos castaño rojizos.

"En algunas culturas, por lo que has hecho, ya te habrían cortado la mano. Robar como un humilde ladrón callejero".

Sin respuesta. Cobarde.

Mis nudillos rozan un objeto pesado en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, y poco después noto un bulto más blando bajo su camisa, cerca de sus pechos. No soy suave al coger ambos objetos y se los arrebato con un gesto brusco. Retrocedo un paso y los observo.

Dos carteras. Una marrón, desgastada y deshilachada en las esquinas. Es más pesada que mi elegante tarjetero negro. Parece

que esta ladrona tiene más de un talento.

Detrás de nosotros, el tráfico toca la bocina nerviosamente, mientras el sonido de los neumáticos sobre el asfalto mojado llena el aire. No tengo tiempo que perder, pero no me iré hasta que haya resuelto esto.

"¿Por casualidad tienes ganas de morir? La última persona que intentó robarme acabó cortada en pedazos y alimentando, trozo a trozo, al hipopótamo del zoo", le digo, escrutándola de pies a cabeza.

Está temblando.

A pesar de su barbilla levantada y sus labios apretados en una línea firme, su rodilla tiembla ligeramente contra la mía. No es lo que esperaba de una carterista.

"¡Qué asco!", replica con voz tensa.

"Como robar", replico levantando la cartera. "Esto no es tuyo. Me importa una mierda qué miserable y triste historia te llevó a vivir en la calle, pero vuelvo a preguntártelo: ¿tienes ganas de morir?". No hago ningún esfuerzo por ocultar la ira en mi tono, y mientras ella sigue temblando, tratando de mantener una expresión impasible, la observo más de cerca.

La lluvia, que cae ligeramente a nuestro alrededor, se filtra en su pelo, oscureciendo el castaño cobrizo y resaltando los tonos rojizos. Sus ojos almendrados y de montura negra son de un marrón oscuro, casi negro en la penumbra. Su rostro ovalado y sus labios carnosos, que palidecen cada vez que los aprieta demasiado, completan una imagen difícil de ignorar. Lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta que le queda perfecta, resaltando su físico esbelto. La cazadora de cuero parece la cosa más costosa que posee.

Y probablemente también sea robada.

Nuestras miradas se cruzan y un breve e inesperado torrente de tensión me recorre el pecho. Por un instante fugaz, me recuerda a alguien. Alguien que hace tiempo que murió para mí. La mujer a la que una vez entregué todo mi corazón y mi alma.

Nunca más. Me la arrebataron cruelmente, y ese tipo de dolor nunca se desvanece.

"¿Y bien?", le pregunto, golpeando mis carteras una contra otra. "Tú, rata, ¿has perdido la lengua?".

Ella levanta ligeramente la barbilla, exponiendo la línea dorada de su garganta a mi mirada. "No soy una rata. Eres tú el que parece un gilipollas. Un blanco fácil que no presta atención a sus cosas". Insinúa una sonrisa torcida, y esa curva sesgada de su labio superior me resulta tan familiar que la tensión en el pecho regresa.

Qué raro.

Abro la cartera delante de ella. "Me lees muy bien, ¿eh? Dime, entonces, ¿dónde está el valor? ¿En la cartera en sí? Es cuero de calidad, podrías vendérsela a algún chamarilero por una buena pasta. ¿O es esto?"

Mis dedos rozan el colgante de platino que cuelga de una esquina de la cartera. Es lo único que desentona en mi aspecto -en todo mi mundo-, pero es un precioso regalo de mi hermana, y no dudaría ni un segundo en matar a quien me lo quitara.

"¿O es el dinero?" Abro la cartera y saco un rollo de billetes. Por su aspecto, deben de ser dos mil dólares en billetes grandes. Lo tiro al suelo, y sus ojos lo siguen mientras se esparce por sus botas gastadas, absorbiendo el agua de los charcos que se forman bajo nosotros. "No, eso no es posible. El dinero en efectivo es rastreable hoy en día, y casi nadie lo lleva encima. Son las tarjetas, ¿no?".

Permanece tensa, a pesar del temblor de su rodilla contra la mía. "Exacto. Los gilipollas como tú tienen más dinero que sentido común. No echarás de menos unos cuantos trozos de plástico".

Su arrogancia me divierte, a pesar de mi enfado por lo que ha intentado hacer.

"Y esto". Abro la otra cartera. Está vacía, salvo por una tarjeta de crédito y un carné de identidad. Saco la tarjeta y leo los datos. "David García. ¿Es pariente tuyo?".

"Un idiota".

"Extraño nombre para una víctima".

"En absoluto", replica con un gruñido.

"¿De verdad? ¿Crees que robar es un delito sin víctimas?".

"Sé que lo es", responde con voz entrecortada. "Gente como él. Como tú. No sabes nada de sufrimiento. Todo ese dinero, no te lo

mereces. Más te valdría. Si vas a matarme, hazlo".

Mi mano libre rodea su garganta en menos de un segundo. La presión es suficiente para que sus ojos brillen alarmados.

"¿Crees que puedes fingir que no tienes miedo a morir?", siseo, acercándome lo suficiente como para rozarle la nariz. "Me has robado. Pero crees que es por dinero, porque tu patética visión del mundo es estrecha y obtusa. No estoy cabreado por el dinero, ni por las tarjetas, sino por esto".

Levanto la cartera y dejo caer el pequeño colgante de forma de mariposa. Sus ojos se fijan en él.

"Por esto podría empezar una guerra, rata".

Doy un paso atrás. Ella se desploma contra la pared, tosiendo ruidosamente y tocándose la garganta con una mano. "Estás completamente loco", jadea, con la voz ronca.

"Y tú, ¿qué eres? ¿Sólo una ladrona callejera? ¿Tanto han evolucionado las prostitutas desde que busqué una chica la última vez?". No hay duda de su belleza. De hecho, es llamativa, incluso de una forma sucia y descuidada. Si se aseara y vistiera adecuadamente, enamoraría a una docena de hombres con una sola mirada.

"Vete a la mierda", exclama. "No soy una puta".

"Jefe". Uno de mis guardias se acerca antes de que pueda responder. Desliza la mano sobre la pistola, e inmediatamente los ojos de la chica se posan en el arma. "¿Quieres que me encargue de esto? Tiene compromisos, no puede perder el tiempo".

Mientras habla, sin embargo, mi mirada no se aparta de ella. Ni siquiera se mueve al ver el arma. Tal vez ella realmente no tiene miedo a morir.

Frederick tiene razón. Tengo cosas que hacer. Sin embargo, no puedo dar media vuelta e irme. Otra idea toma forma en mi mente. Una rata viviendo en la calle, sin familia y sin ningún valor excepto lo que pueda robar a los demás.

Podría ser la solución perfecta a un problema urgente.

"Llama y aplaza", ordeno a Frederick. Luego me dirijo a ella. "Y tú, rata, ¿cómo te llamas?".

"¿Qué te pasa? ¿Ya no quieres llamarme 'rata'?", replica sarcástica.

"Entonces seguirás siendo 'rata'", decido, no queriendo perderme en discusiones innecesarias. "Te daré la oportunidad de recuperar tu vida".

Sus cejas se alzan y sus ojos se entrecierran mientras se frota la garganta enrojecida. "¿Cómo?"

Abro la cartera, saco mi tarjeta American Express Centurion y se la enseño. "Si puedes encontrar el límite de esta tarjeta al final del día, eres libre. Si no, te enfrentarás a las consecuencias de haberme robado. Sin excepciones".

Inmediatamente estira la mano para cogerla, pero yo la retiro con un rápido movimiento, obligándola a detenerse.

"¿Lo has entendido? Si fallas, puedo hacer lo que quiera contigo. Podría matarte. Venderte. O follarte".

Su labio inferior tiembla por un momento mientras se lo muerde, sus cejas se crispan, pero luego me mira fijamente. "¿Y puedo quedarme con lo que compro?".

No es la respuesta que esperaba. "Claro, por qué no".

Coge la tarjeta y la mira, dándole vueltas entre los dedos. "Me llamo Gianna".

"Yo soy Marco".

~

Las compras empiezan exactamente como cabría esperar. Gianna señala la tienda más cara de la calle y entra a grandes zancadas, comprando todo lo que ve. Pisos enteros de muebles, suites completas de decoración para habitaciones nuevas, todo tipo de artículos de mobiliario, incluso papel pintado y suelos. Cada compra es aprobada sin falta, y ella pasa a la siguiente.

Durante dos horas pasamos de una tienda a otra. Gianna vacía las estanterías y los almacenes de la librería local, obliga a cerrar una tienda de muebles por falta de existencias y recibe ofertas de

descuento en no menos de cinco joyerías, dado el volumen de su gasto. Ella se niega y lo paga todo.

Sin embargo, no llega al límite de papel.

Cambia de estrategia cuando por fin se abre el cielo y empieza a llover con fuerza. Va de hotel en hotel, ignorando la tormenta, a pesar de que mis guardias intentan protegerla con paraguas. Compra todas las habitaciones disponibles, incluido el servicio de habitaciones.

"¿Qué haces?", le pregunto cuando se detiene en medio de la calle para enviar un mensaje rápido por el móvil.

La lluvia golpea con fuerza los paraguas que nos mantienen secos, y Gianna me enseña la pantalla del teléfono.

"No estoy pidiendo ayuda, si eso es lo que temes", responde, casi molesta. "Estoy publicando en algunos foros para llegar a las personas sin hogar de la zona y avisarles de que hay habitaciones ya pagadas. Para que puedan refugiarse de la tormenta".

Habla como si fuera lo más obvio del mundo, y luego reanuda la marcha con el mismo paso decidido.

Una elección curiosa. Con semejante reto, habría esperado que Gianna se comprara coches o barcos de lujo, pero parece incapaz de centrarse en nada excesivamente opulento. Prefiere donar muebles y libros. Compra habitaciones de hotel para los sin techo.

Luego vacía un supermercado entero, encargando todo para distribuirlo entre los sin techo que siguen en la calle, quedándose sólo con una bolsa para ella. Dentro hay artículos de aseo, vitaminas y otras necesidades que cualquiera con una tarjeta así habría considerado un detalle insignificante.

Pero la tarjeta sigue funcionando. Todas las transacciones salen adelante.

Cuando cae la noche, Gianna se ha quedado sin tiendas abiertas. Empapada hasta los huesos de tanto correr bajo la lluvia, mis guardias y yo la dirigimos a una boutique privada. Al principio le niegan la entrada, pero en cuanto me ven cambian de actitud y se disculpan torpemente.

Yo los ignoro. Toda mi atención se centra en ella.

Para ser una rata de la calle, no es como las demás. La mayoría de las personas como ella que he conocido son codiciosas, interesadas sólo en sí mismas. A los que no he convertido en herramientas para que trabajen para mí, los he matado. Después de todo, un carterista hábil puede ser muy útil en los círculos adecuados.

Pero Gianna es diferente. Su objetivo nunca es ella misma. Piensa en los demás antes que en su propio bienestar.

A las ocho de la tarde, Gianna está de pie sobre una pequeña plataforma circular en medio de un vestuario. Una asistente le ayuda a ponerse un precioso vestido de seda azul oscuro. El diseño se desliza por sus curvas como el agua, y el bordado plateado de su escote atrae mi mirada una y otra vez hacia el mismo punto.

No puedo negar su belleza. La forma en que se comporta es admirable, y el pequeño plan que ha empezado a germinar en mi mente desde que la conocí está ya casi completo.

"¿Vas a matarme?", pregunta Gianna de repente, sobresaltando a la ayudante, que deja caer una caja de alfileres al suelo.

"¿Por qué?", pregunto, reclinándome en un cómodo sillón de cuero suave, balanceando un vaso de whisky entre los dedos. "¿Crees que debería?"

"El vestido ha sido aceptado con tu tarjeta", dice Gianna. "Todos y cada uno de los vestidos han sido aprobados. Cada cosa que he comprado hoy ha sido aceptada sin falta. No puedo ni imaginarme el gasto. Esa tarjeta no tiene límite".

"Sí que lo tiene".

"No te creo", responde ella, volviéndose hacia el espejo para admirarse.

El vestido es escotado por detrás. El azul intenso le envuelve el cuerpo hasta crear una V profunda en la base de la columna. La tela deja al descubierto una porción de piel desnuda que atrae mi mirada como un imán, y mis dedos hormiguean con el repentino deseo de tocarla.

"Me engañaste con una tarjeta nueva", insiste Gianna, y luego se vuelve hacia mí. "Admítelo".

"¿Se puede llamar estafa si fuiste tú quien la robó primero?". Le dirijo una mirada cortante y la asistente se retira rápidamente, abandonando la habitación. "Olvidas que tú fuiste la ladrona. Te di una salida. Quizá no la querías realmente".

Me muevo lentamente hacia el escenario.

A Gianna se le hincha el pecho y se le hace un hoyuelo en la base de la garganta. "Darme una tarjeta sin límite es como prepararme para el fracaso".

"Tiene un límite". Me toco la sien con dos dedos. "Está aquí. No puedes culparme por saber cuidarme".

Gianna traga saliva, el sonido apenas audible cuando llego al escenario. "Así que quieres matarme".

"No", respondo. "No mientras lleves ese vestido. Quítatelo".

Sus ojos se entrecierran y me preparo, esperando su reacción.

¿Huirá? ¿Peleará? ¿Intentará hablar conmigo?

Gianna no hace nada de esto.

Se lleva la mano al encaje de su vestido y lo desabrocha con gestos tranquilos. A medida que la tela se desprende, cae por su cuerpo como el agua y se recoge a sus pies, con un brillo que recuerda a la luz de la luna. Se queda en ropa interior, con los labios entrecerrados.

Antes de que pueda decir nada, la agarro por el cuello y tiro de ella hacia mí. Nuestras bocas se encuentran en un beso repentino y poderoso que me hace sentir una oleada de deseo por todo el cuerpo. Sus manos se apoyan en mi pecho, intentando equilibrarse conmigo. Cuando sus dedos se curvan y presionan contra mi camisa, me preparo para un mordisco o alguna reacción más agresiva, pero no llega nada.

Sin dejar de sorprenderme, Gianna me besa. Mi mundo se reduce a la suave presión de sus labios siguiendo el ritmo de los míos. Huele a vainilla y a lluvia, y su piel está caliente bajo la palma de mi mano. El contacto es casi excesivo, como si una carga eléctrica serpenteara bajo su piel, quemándome ligeramente.

Cuando me separo, Gianna jadea y su cálido aliento roza mi mejilla.

"Perfecto". Doy un paso atrás. Es más que satisfactorio para lo que tengo en mente. "Casi me convences de que puedes soportar besarme. Bien. Porque esto es sólo el principio de cómo vas a fingir ser mi esposa".

3

GIANNA

¿S*u esposa?*

Tendría que decir que no. ¿Quién demonios le hace semejante petición a una desconocida?

Él está ahí, con esos hombros anchos y ese maldito rostro perfecto, mientras mis labios aún hormiguean por la presión de su beso. Entonces, sin más, me dice que seré su esposa.

¿Quién demonios piensa que es? ¿Con ese despliegue de hombres armados colocados en las esquinas del vestuario y en la sala de espera más allá de las cortinas, una tarjeta aparentemente ilimitada y un ego tan inflado que cree que puede ligarse a una chica de la calle como si nada?

Claro, yo le robé. Yo empecé. Pero la mayoría de la gente habría llamado a la policía. Esta absurda pantomima está tan fuera de mi alcance que no tengo ni idea de cómo afrontarla.

Sin embargo, bajo las costillas, hay una chispa de excitación. Es alarmantemente excitante. Un reto al que nunca me he enfrentado y, tal vez, una oportunidad. Este hombre es claramente rico y muy poderoso.

Tal vez, sólo tal vez, puedo jugar.

No sería la primera vez que finjo estar interesada en entrar en la vida de un hombre y conseguir lo que necesito. Si lo trato como un

objetivo, como a todos los demás, podría volver la situación a mi favor. Al menos hasta que encuentre una salida.

Con un poco de suerte, con unos buenos ahorros en el bolsillo.

Mi pulso palpita bajo mi piel como un tambor y lo miro a los ojos helados. Cada vez que nuestras miradas se encuentran, me siento completamente paralizada. Es tan emocionante como intimidante, pero sé cómo tratar a los hombres. En el fondo, todos son iguales, y éste tiene claramente una necesidad compulsiva de control.

Aprovecharse de esto será un juego de niños.

Cree que ha cogido a una simple ladrona callejera, una cualquiera. No tiene ni idea de lo que realmente soy capaz.

"De acuerdo", digo, entrando en una antigua parte de mí, una máscara que he usado miles de veces para engañar a hombres ricos y difíciles. "Pero, ¿puedo saber por qué necesitas una esposa tan pronto? Me pareces alguien que consigue todo lo que quiere con un chasquido de dedos".

"Puedo hacerlo", responde Marco, dando un paso atrás. "¿Pero dónde está la diversión en eso? Vístete".

Se aleja con pasos firmes y yo me desprendo del vestido arrugado que tengo a los pies. No llego a tiempo de bajar del andén cuando chasquea los dedos en mi dirección.

Una oleada de irritación sube inmediatamente a mi cara. ¿Hasta qué punto puede ser insufrible este hombre?

"Ponte el vestido", me ordena, señalando el que acabo de quitarme. "Eso también tiene un papel que desempeñar".

¿Un papel que desempeñar? Este hombre habla como si estuviera en medio de un rompecabezas gigante que sólo él puede ver. Cuando se aleja, sus guardias le siguen, dejándome un momento de intimidad.

Inhalo lentamente, intentando calmar los frenéticos latidos de mi corazón. El vestuario es un óvalo cerrado; la única forma de entrar o salir es a través de las cortinas que Marco acaba de atravesar. No tengo elección: tengo que vestirme y salir a reunirme con él.

"Respira, Gianna", murmuro para consolarme. "Lo tienes bajo control. Es solo otro objetivo. Sólo otro acto".

Por desgracia, mi voz no ayuda mucho, y me tiemblan las manos al volver a ponerme el vestido. Nunca me había puesto algo tan suave y sedoso, pero por muy bonito que sea, me hace sentir incómoda. Llevo días sin ducharme y ponerme algo tan lujoso no me sienta bien. Tiro de la tela intentando arreglarla, pero se adhiere como una segunda piel.

Una nueva piel para una nueva vida.

El vestido es precioso, eso está claro. Sólo espero no tener que llevarlo mucho tiempo.

"¿Señorita?" La dependienta de antes asoma la cabeza por entre las cortinas. En cuanto me ve preparada, se acerca con un par de sandalias plateadas en las manos. "Marco me ha pedido que se ponga estos".

"¿Y mis botas?", pregunto, lanzando una mirada melancólica a mis fieles botas marrones, que descansan junto a mi vieja ropa doblada.

"Lo siento, señorita. Dice que ya no las necesitará".

Ahí está, esa necesidad de control. Incluso quiere decidir cómo me visto y qué hago.

¿Hago el papel o me rebelo?

"Gracias. Sonrío a la dependienta y le cojo los zapatos. Ella inclina la cabeza y se marcha rápidamente.

Tengo un plan.

Después de arreglarme el pelo lo mejor que puedo, llevo los zapatos en una mano y el bolso con lo poco imprescindible en la otra. Mis cómodas botas me calientan los pies cuando salgo del probador y llego a la entrada de la tienda.

Marco está de pie junto a la puerta, manteniendo una conversación en voz baja con uno de sus guardias, Frederick, si no recuerdo mal. Los gélidos ojos de Marco se desvían hacia mí por un momento, luego todo su cuerpo se pone rígido como una tabla cuando ve los zapatos en mi mano y no a mis pies.

"¿Qué crees que estás haciendo?".

"Cualquiera que sepa algo de mujeres sabe que unos zapatos así no se llevan para andar. ¿Qué clase de marido quieres ser si me obligas a arriesgarme a romperme el tobillo con ellos en plena

calle?”. Dejo caer los zapatos de vestir en sus manos mientras paso junto a él con la cabeza alta. “Son zapatos de fiesta, cielo, no de viaje”.

Espero que me agarre, como ya ha hecho otras veces -y probablemente necesitaré horas de terapia para entender por qué la forma en que me agarró del cuello me puso tan caliente-, pero no lo hace. En lugar de eso, Frederick me abre la puerta, al parecer por orden de Marco, y salimos.

Los paraguas se levantan inmediatamente para protegernos de la lluvia, y Marco camina a mi lado con los zapatos todavía en su mano.

Sonrío para mis adentros, me recojo el vestido por las rodillas y me meto en la limusina que me espera. Dentro, los asientos de cuero blanco son suaves como la mantequilla, y me suelto con un gemido de satisfacción.

El lujo es una maldición divina.

Las puertas se cierran con un clic suave pero siniestro detrás de Marco, sellando mi destino.

La moqueta es oscura y el techo está cubierto de pequeñas luces parpadeantes, como estrellas. En uno de los lados de la limusina hay una mesita con vasos y botellas, todos sujetos con soportes de goma para evitar que se caigan. Las puertas están revestidas de paneles de madera oscura y en el aire flota un ligero olor a humo.

“¿Fumas?”, pregunto, mientras una oleada de asco se retuerce en mi estómago. No he percibido ningún rastro de ceniza durante aquel beso inesperado.

“No”, responde Marco, secamente. “Mi padre sí”.

Su padre. Otra pieza del rompecabezas. Cuanto más averigüe sobre Marco, mejor podré jugar a este juego. Ya me he tomado la charla sobre los zapatos como una pequeña victoria personal, cuando Marco los deja en el asiento entre nosotros.

“¿Y bien? ¿Puedes explicarme qué está pasando?”, pregunto, mientras el coche empieza a moverse. A pesar de la suavidad del asiento, permanezco rígida, alerta. “Llevarte a casa a una mujer cualquiera que te encuentras por la calle huele a desesperación”.

“Como robar carteras”, replica Marco. “Sobrevivir a costa de gente trabajadora. Qué honorable”.

Entrecierro los ojos con una mueca. “¿Y has hecho todo este dinero siendo honorable? La riqueza es deshonrosa por definición”.

“No hablaba de mí”, responde Marco. “Hablaba de la otra cartera que tenías”.

“Ah”. Me encojo de hombros. “Fue un gilipollas con la chica del carrito de pretzels, así que se lo merecía”.

“Un robo moral”. Marco me mira con una intensidad que empieza a ser asfixiante. “Interesante”.

Su mirada se vuelve pesada y el aire de la cabina se vuelve caliente y opresivo. Me acomodo en el asiento, agarrándome las rodillas.

“¿De verdad te llamas Gianna?”, pregunta de repente.

Por un momento pienso que estoy mintiendo, pero corro el riesgo de que lo descubra. Decido decir la verdad. “Sí”.

“Voy a ser directo. Necesito una mujer a mi lado para calmar a mi padre. No para de machacarme con la historia de que tengo que dar un heredero a la familia, y ya he tenido bastante. Tengo que centrarme en los negocios, y ahí es donde entras tú. Serás amable y respetuosa con todos los que conozcas. E...” Marco me fulminó con la mirada. “Te mantendrás al margen de lo que no te concierne. ¿Está claro?”

Sigo demasiado sorprendida para contestar, pero él continúa sin esperar siquiera.

“A cambio, te daré un techo y te mantendré, para que no tengas que robar tarjetas de crédito para comprar pasta de dientes”.

Mis mejillas se calientan al instante. “Está claro que nunca has tenido que preocuparte por dónde conseguir tu próxima comida”, murmuro.

“No.” Marco levanta una ceja oscura. “Y tú tampoco tendrás que hacerlo. Este acuerdo durará mientras puedas convencer a mi padre y a cualquiera de que estamos casados. Tu trabajo consistirá en reducir las preguntas al mínimo. ¿Entendido?”

Este hombre está... confundido. Es claramente mayor que yo, pero eso no me preocupa. He estafado a hombres de todas las

edades: sólo tienes que saber qué botones apretar. Sin embargo, hay algo en Marco que no puedo descifrar. Es frío, engreído, pero hay detalles que me inquietan.

¿Exige su padre un heredero? ¿Asuntos secretos?

No es un político: nunca conseguiría un voto con esa personalidad gélida. Ni siquiera lo veo como miembro de la realeza; sus guardias armados no encajan en aquel mundo. Entonces, ¿qué es? ¿Un tipo arrogante con un fondo fiduciario?

¿O algo más criminal?

Debe ser eso. ¿Qué otra cosa podría explicar esta cantidad de riqueza?

"¿De verdad tengo que darte un heredero?", bromeo suavemente, intentando sondearle. "Porque eso costará más que una buena pasta de dientes".

"Lo intentaremos", responde Marco rotundamente, y es imposible saber si está bromeando.

Se me hace un nudo en el estómago y trago saliva. Resulta que he acabado en la cama de algunos hombres, sólo para tener un lugar caliente donde pasar la noche. Cuando era joven, era la forma más segura de encontrar un techo, pero siempre desaparecía antes del amanecer.

Esta es una historia diferente. Más seria. No esperarás que le dé un bebé, ¿verdad?

Se me seca la boca y mis dedos se deslizan nerviosos sobre el borde bordado de mi vestido. Esto podría ser demasiado, incluso para mí.

Puedo interpretar muchos papeles, pero no ese. De repente, el tiempo para escapar se acorta.

El aire del coche se vuelve pesado a medida que el silencio se prolonga. El coche se balancea ligeramente mientras avanza por las calles de Nueva York, alejándome cada vez más de los lugares que conozco.

Cuanto más conducimos, más se me aprieta el estómago. Estoy sola.

Completamente sola.

El único detalle que capta mi atención es Marco. Es una estatua impasible, con la mirada fija en su teléfono. No habla. Ni siquiera parece respirar, pero hay un gesto que no se me escapa.

Juega con el colgante de mariposa que cuelga de su cartera. Antes ha dicho que es lo único que considera valioso, y mi curiosidad se enciende.

"¿Qué es?", pregunto. "¿Ese colgante? ¿Es importante?"

Marco no contesta. Ni siquiera me mira. Se lo mete en el bolsillo, fuera de mi vista.

Así que no hablamos de ello. Mensaje recibido.

El silencio dura todo el trayecto. Cuando la limusina se detiene, Marco me entrega los zapatos con mirada severa y sale del coche.

Resoplo, aceptando la derrota. Antes he ganado una batalla, pero esta la pierdo. Me quito las botas, el último recuerdo de mi antigua vida, y deslizo los pies en mis zapatos de vestir. Son tan nuevos que las correas me muerden los tobillos y el tacón resbala contra la suela, pero al menos los llevo puestos.

Salgo del coche y entro en un camino de grava, y el brazo de Marco está ahí, inesperadamente, para ayudarme a encontrar el equilibrio.

"Por cierto", digo, observando rápidamente mi entorno. "Si nos casamos, ¿cuál será mi nuevo apellido?".

Está demasiado oscuro para distinguir los detalles de los jardines circundantes, pero la mansión que tenemos delante brilla como un árbol de Navidad. Cuatro plantas de piedra naranja quemada, decoradas con balaustradas de hierro forjado negro. El edificio es majestuoso. Unos escalones de piedra blanca conducen a una enorme puerta negra, flanqueada por dos hombres macizos que sostienen fusiles de asalto contra sus abdómenes.

"Barrone", responde Marco.

Su respuesta me golpea como un camión, y en el siguiente escalón tropiezo. La mano de Marco me agarra por el codo, pero su tacto no es cálido.

Barrone. Conozco ese nombre.

Todo el mundo en la calle conoce ese nombre. No puedes ni respirar sin cruzarte con alguien que trafica con drogas para esa

familia o las bandas que orbitan a su alrededor.

Barrone. Mafia. La pesadilla hecha realidad.

Cada vez que alguien desaparece de las calles, el nombre Barrone se susurra en voz baja. Cazan, mutilan y matan a cualquiera que se interponga en su camino. No tienen piedad con los morosos, no dan tregua a los que trabajan para ellos, y si siquiera intentas hacerte una vida limpia, matarán a cualquiera que esté vagamente relacionado contigo antes de ir a por ti.

Tuve un encuentro con aquella familia, hace mucho tiempo, cuando era joven y estúpida. Y juré no volver a cruzarme en su camino.

Ahora están tan lejos de mi alcance que ya ni siquiera veo la orilla.

Una sofocante sensación de terror me invade mientras camino a la sombra de la villa.

Estoy caminando directamente hacia las *fauces de la muerte.*

4

MARCO

Gianna tropieza y yo la agarro del brazo con fuerza. Me mantengo firme, casi posesivo, pero una parte de mí espera que encuentre algo de consuelo en ese gesto.

No quiero que se asuste. Quiero que siga lúcida, alerta, dispuesta a responder a mi familia con la misma rapidez con la que me respondió a mí en la calle.

Me dedica una pequeña sonrisa; su rostro permanece tranquilo, pero esos ojos maravillosos delatan toda su agitación. Y no puedo culparla.

Estoy improvisando y todo depende de cómo salga esta presentación. Aunque haya decidido seguir adelante con el plan, si Gianna se derrumba, seré yo quien tenga que cargar con el peso de haber roto la psique de una mujer inocente.

No quiero ese tipo de sangre en mis manos.

Cruzamos el umbral y un servidor se apresura a coger mi abrigo. Mira a Gianna con los ojos muy abiertos y, cuando está a punto de marcharse, lo detengo con la mirada.

"Llévala al baño. Búscale un cepillo para peinarse y deja que se maquille. Luego llévala al estudio. Tres minutos, ni un segundo más".

"Sí, señor". El servidor asiente rápidamente y hace una leve reverencia a Gianna. "Por aquí, señora".

Ella me lanza una mirada insegura antes de escapar de mis garras y seguir al servidor hasta el baño más cercano.

Debe de estar impecable.

En su ausencia, compruebo mi teléfono, inundado de llamadas perdidas y mensajes ignorados desde que la conocí. No es el momento de desaparecer del radar, y leyendo los mensajes me doy cuenta de que mucha gente cree que me han matado o herido de gravedad en algún lugar de la ciudad.

Estamos al borde de la guerra, así que no son suposiciones tan descabelladas. Aquí es donde debería centrarme: en proteger a mi familia y a mi clan. En cambio, mi padre insiste incesantemente en el matrimonio y los hijos. Este paso tiene que funcionar.

Tres minutos después, Gianna se reúne conmigo fuera del estudio. Tiene mucho mejor aspecto: sus rizos rebeldes están domados y se ha retocado el maquillaje.

La cojo del brazo y la llevo dentro.

Una larga mesa ocupa el centro de la sala. La chimenea encendida de la izquierda está rodeada de sillas ocupadas por hombres. Otros, que no están sentados, beben de pie. Cuando entramos, se interrumpe bruscamente cualquier conversación.

"¡Marco!" Las voces preocupadas de mis lugartenientes llenan el aire.

"¿Dónde demonios estuviste?"

"¡Pensábamos que te habían matado!"

"¿Has olvidado que tú organizaste esta maldita reunión?"

"¡Tienes suerte de que no hayamos empezado una guerra en tu nombre!"

La mano de Gianna se aprieta de repente contra mi brazo ante el torrente de voces y preguntas que nos inundan.

Poco a poco, esos fuertes tonos se desvanecen a medida que, uno a uno, cada hombre se fija en la hermosa mujer que tengo a mi lado. Un silencio opresivo se apodera de la sala.

"¿Quién es esa?", pregunta uno de los hombres, antes de que otro le dé un codazo en las costillas.

"Es Gianna", declaro en voz alta, y un pequeño nudo me aprieta el corazón. "Es mi mujer. Sabía lo de la reunión, pero estaba

ocupado casándome".

El aire se enfría de repente, como si un viento frío de invierno hubiera barrido la habitación. Nadie habla. Nadie se mueve. Todos permanecen inmóviles, esperando una reacción particular.

Mi padre.

Está sentado junto al fuego, fumando lentamente un puro. El hilo de humo que sale de su boca se detiene bruscamente ante mi revelación, y él se levanta lentamente. El puro le cuelga de los dedos, mientras se da la vuelta revelando sus elegantes rasgos, marcados por una mezcla de sal y pimienta.

Hay un momento en que su rostro está tranquilo, y casi experimento un raro destello de esperanza.

Luego explota.

"¡Hijo mío!", ruge como un toro. "¡Quieres enviarme prematuramente a la tumba! ¿Qué demonios te pasa? ¿Has perdido hasta la última pizca de sentido común que intenté meterte a la fuerza en tu grueso cráneo?".

Sus ojos se abren de par en par, revelando el blanco alrededor de sus iris, y su pálida piel se vuelve púrpura de rabia.

"¡¿Tú?! ¡¿Mi hijo?! ¡¿Te casaste con una perfecta desconocida?!"

Su furia es explosiva, y doy medio paso hacia delante, colocándome entre él y Gianna mientras sus uñas se hunden dolorosamente en la piel de mi muñeca.

"Padre..."

"¿Te das cuenta de la mierda en la que nos has metido? ¡Bastardo egoísta!" Continúa rabiando, ignorando por completo mis intentos de calmarlo. "¿Tienes idea de cuántas familias se sentirán insultadas al saber que Marco Barrone ignoró a sus hijas para casarse con una cualquiera?". Mi padre se da la vuelta y arroja el cigarro humeante al fuego. "¡Estaremos en guerra con todas las familias de aquí a la costa porque no eres capaz de mantener tu polla a raya!".

Suspiro, aburrido, mientras sigue despotricando. Unos cuantos tenientes sacan sus teléfonos, probablemente para empezar a hacer balance de la situación, porque mi padre tiene razón. Se me ocurren al menos diez familias que se pondrán furiosas al enterarse de que

ya no estoy disponible, pero estoy seguro de que podremos capear el temporal.

"Tu madre estaría muy decepcionada", gruñe mi padre, y una tensión gélida me recorre la espalda.

"Bueno, está muerta", respondo fríamente. "Y si estuviera viva, esta situación ni siquiera sería necesaria, ¿verdad?".

"Escúchame".

"Usted habla como si me hubiera recogido de la calle", interrumpe de pronto Gianna, desviando toda la atención hacia ella. "Desde luego tiene más sentido común que eso".

Interrumpir a mi padre es una osadía, pero Gianna mantiene la cabeza alta mientras da vueltas a mi alrededor, manteniendo nuestras manos entrelazadas. "La mayoría de los padres estarían encantados de que su hijo se casara por amor".

No esperaba que Gianna cumpliera su parte del trato de inmediato, pero una vez que empieza, no se detiene.

"Desde donde estoy sentada, parece que Marco ha seguido a su corazón lo suficientemente rápido como para no alterar nada, y así poder centrar su atención donde realmente se necesita", dice con una dulce sonrisa mientras se aparta el pelo del hombro.

"No lo entiendes", responde mi padre con voz tensa. "Llevar a esta familia al borde de la destrucción porque no has pensado con el cerebro es inmediatamente desestabilizador".

"¿Me estás diciendo que los Barrone no son tan fuertes como nos quieren hacer creer?". Gianna inclina la cabeza y se toca los labios con dos dedos. Luego se vuelve hacia mí y adopta una expresión hosca. "Cariño, ¿has ido demasiado lejos?".

Es tan rápida que casi estallo en carcajadas ante su impecable actuación, pero consigo contenerme.

"Ella sabe poco", digo volviéndome hacia mi padre, "sin embargo, tiene más fe en mí que tú ".

"¿No recuerdas cómo fueron las cosas cuando murió tu hermana?", escupe las palabras mi padre, pasándose una mano por su espesa cabellera plateada. "Las consecuencias fueron devastadoras cuando no conseguimos una unión con la familia Simone. ¿Cómo crees que acabará esto?".

Mis defensas se levantan de inmediato ante la mera mención de mi hermana. "Aquella era una situación completamente distinta", gruño. "Y una época diferente. Ahora mando yo, y si algún miserable de los Simone tiene algún problema con eso, estaré encantado de aplastarlo bajo mis pies, ¡como deberías haber hecho tú hace años!".

Mi padre me lanza una mirada gélida y luego se vuelve hacia los tenientes reunidos en la sala. "¿Qué demonios hacéis todavía aquí? Salid, haced esas puñeteras llamadas, y si alguno de vosotros no consigue calmar las aguas, serán vuestras cabezas las que caigan, ¿entendido? Encargaos de los daños. Fuera. Ahora".

Cada hombre sale rápidamente, concentrados en hacer el mínimo daño a sus familias asignadas, hasta que sólo quedamos Gianna, mi padre y yo.

"Gianna." Le doy la mano. "Lo siento, pero este es mi padre, Dante."

"Un placer", Gianna sonríe dulcemente. "Usted no tiene mal carácter".

"No hables de cosas que no sabes", gruñe Dante.

"¿Sí?", replica Gianna, completamente imperturbable. "Su atención ha estado dividida, ¿verdad? Todos esos asuntos familiares que estoy segura que son muy importantes, más la necesidad de encontrar una esposa adecuada para su hijo y así poder conseguir el heredero que tanto desea."

Cuando mi padre vuelve a su asiento, duda un momento ante sus palabras. "¿Se lo has dicho?", pregunta mirándome fijamente.

"¿De verdad crees que me casaría con una mujer que no quiere tener un hijo?", respondo secamente. "No soy tan despistada como piensas".

"Entiendo", dice Gianna con una sonrisa. "Supongo que es como un vestido precioso que todo el mundo quiere, y si lo combinas con la persona adecuada, es una pareja perfecta. Pero entonces llega alguien con un vestido completamente diferente y de repente se convierte en una traición." Se ríe suavemente. "La clave es tener confianza en nuestra elección".

Para mi sorpresa, el bigote de Dante se mueve ligeramente. "Una analogía interesante".

"Bueno, no puedo pretender saber de qué estáis hablando, pero capté un par de cosas durante su... digamos... explosiva reacción".

"Bueno", suspira Dante. "Supongo que el juego ha comenzado".

Me quedo junto a la puerta, observando cómo mi padre y Gianna entablan conversación rápidamente. Ella se describe a sí misma como una empresaria entre trabajos, contando que la enamoré hace unos meses y que hemos estado saliendo en secreto desde entonces.

Esto parece aplacar ligeramente a mi padre, que percibe el matrimonio como algo menos impulsivo. Gianna habla con fluidez, con una naturalidad que no esperaría de una carterista.

Quizá esta mujer sea más de lo que parece.

Las dejo hablar diez minutos, luego cojo a Gianna de la mano y nos disculpamos, diciendo que ha sido un día muy largo. Ella sigue de buen humor mientras subimos la gran escalera hasta el tercer piso.

Cuando llegamos a mi dormitorio, abro la puerta y estoy a punto de decirle que puede dormir aquí hasta que le prepare una habitación, pero Gianna tiene otras ideas.

Se abalanza sobre mí, se lanza a mis brazos y aprieta nuestros labios en un beso ardiente e intenso que me coge completamente por sorpresa. Sus dientes se hunden en mi labio inferior, provocando un escalofrío de placer mezclado con dolor mientras sus manos me agarran el cuello y se enredan en mi pelo oscuro.

"Deja de hablar", jadea Gianna. "¡Fóllame ya!"

No hace falta que me lo pidas dos veces.

Cierro la puerta de una patada y rodeo sus caderas con un brazo. Sólo llegamos hasta la cómoda de madera antes de que ella se levante el vestido hasta la cintura, mordiéndome el labio con más fuerza. Le meto la lengua en la boca, la agarro del pelo y la aplasto contra la cómoda.

Gianna gime profundamente y me araña el cuello, dejando rastros ardientes en mi piel.

Mi polla se tensa al instante y el deseo me golpea como un puñetazo en el estómago. Gianna me tira del pelo y utiliza ese agarre para volver a juntar nuestras bocas.

No puedo resistirme. Me siento impotente de la mejor manera.

La vuelvo rápidamente contra la cómoda, empujándola con fuerza hacia abajo, mientras con la otra mano le subo aún más el vestido. Ella ya está adelantada: las bragas se le han deslizado hasta los tobillos. Mi polla está a punto de salirse de los pantalones.

Levanto una mano y le doy un azote en el perfecto arco de su trasero. Su gemido sube de tono y entonces gira la cabeza y me mira mientras forcejeo con el cinturón y la cremallera.

"Espera, preservativo", jadea. "Sin condón no hay coño".

Me río divertido, le concedo su petición al menos esta vez y busco un condón en el cajón de la mesilla.

Cuando me acerco, con la polla dura en la mano, se vuelve hacia mí. Con dedos expertos, abre el paquete de papel de aluminio y desliza el condón en un movimiento fluido que hace que mi polla salte y mis pelotas palpiten de anticipación.

"Mierda", gruño, empujando a Gianna contra la cómoda. Cae con un ruido sordo. Los cajones se cierran de golpe y los objetos de la superficie -fragancias y algunos adornos de porcelana- saltan por los aires por el impacto.

"Cálmate", gruño, estrechándome contra ella. Le paso un brazo por las caderas, la atraigo hacia mí y Gianna gime. Se levanta un poco e inclina la cabeza sobre mi hombro, dejándome espacio para besarla de nuevo mientras meto mi polla hasta el fondo de su húmedo coño.

Tres empujones y estoy completamente dentro de ella. Gianna gime abiertamente con cada embestida, y luego se queja suavemente cuando nuestros cuerpos se funden.

La beso profundamente y nuestras lenguas bailan juntas, tejiendo una melodía silenciosa entre nuestras respiraciones agitadas y nuestros gemidos.

La follo con fuerza y velocidad, volcando toda la frustración acumulada en cada embestida. Funciona de maravilla, sobre todo cuando cada golpe arranca un gemido de placer a Gianna. Su piel arde contra la mía y el sudor me resbala por la espalda mientras mis músculos se tensan. Cada empujón de mis caderas la aprisiona contra la cómoda. Las botellas caen al suelo, arrastradas, mientras

las manos de Gianna trepan desesperadamente por el mueble, buscando algo a lo que agarrarse.

Al final, se aferra a mi brazo, sus uñas me arañan mientras sigo follándola cada vez más fuerte.

Nos corremos juntos y Gianna grita de placer, un sonido profundo y sexy que se interrumpe cuando su cuerpo se agita y se sacude violentamente entre mis brazos. La embisto profundamente y la estrecho contra mí mientras el placer me invade en una poderosa oleada.

Maldita sea.

Hoy ha sido el día más imprevisible de mi vida, pero me gusta este cambio.

Si Gianna está tan decidida a interpretar el papel, el siguiente paso del plan será pan comido.

5

GIANNA

Los días siguientes son un torbellino. Para una chica acostumbrada a su intimidad y a moverse en la sombra, encontrarme constantemente bajo la atenta mirada de dos guardias que se convierten en mis sombras a instancias de Marco es un cambio radical.

"Ninguna esposa mía va desprotegida", me dijo una mañana mientras se ajustaba la corbata con una expresión de suficiencia insoportable. "Donde vas tú, van ellos. Si intentas perderlos, te encerraré aquí".

El tono era inconfundible, y creo sinceramente que me encerraría si causaba problemas. Sin embargo, en lugar de tomarme su promesa como una amenaza, decidí tomármela como un reto. *¿Qué mejor manera de descubrir los secretos de la familia Barrone que aprender a escapar de su vigilancia?*

Así que acepté seguirle el juego. Y lo cierto es que no bromeaba: ellos están por todas partes. Intenté hablar con ellos, pero son impasibles y silenciosos. Tardé dos días en averiguar sus nombres: Anton y Ben. Se mueven cuando yo me muevo, caminan en círculos por la mansión sin quejarse cuando intento poner a prueba sus tiempos de reacción, y permanecen como caballeros fuera de la habitación que Marco ha preparado para mí.

No esperaba tener una habitación propia, pero lo agradezco. Reduce el riesgo de caer en tentaciones carnales, como ocurrió la primera noche aquí.

Hay algo en la forma de hablar de Marco y en saber que mi presencia pondrá patas arriba toda la mafia que me excita terriblemente. Y él está ahí. Un bastardo atractivo. Si tengo que estar pegada a él por ahora, bien podría usar esa polla para entretenerme.

Los primeros días intenté hacer preguntas, pero Marco me hizo callar de inmediato. Me arrastró a un rincón de la habitación y me regañó ferozmente, recordándome que parte de nuestro acuerdo es mantenerme al margen de los negocios de Barrone. Cuando se enfada da bastante miedo, pero mi tozudez no hizo más que aceptar el reto.

Necesito saber más. Una vez que me dé cuenta de lo grande que puede ser este imbécil, sabré exactamente cómo jugar.

El único momento en que Anton y Ben no me siguen es cuando Marco ocupa su lugar. No me observa con la intención de conocerme mejor, pero me he dado cuenta de que cada vez que entra en la misma habitación que yo, Anton y Ben se alejan para dejarnos solos. Marco no parece interesado en conversar conmigo, pero hay un entendimiento tácito entre sus guardias: nadie puede protegerme mejor que él.

Tomo nota mental de este detalle para más tarde y, tras casi una semana en la mansión, inmersa en más lujos de los que sé manejar, cambio de táctica.

"Come conmigo", le digo a la camarera rubia que cruza el comedor a primera hora de una tarde. Se queda inmóvil, con la bandeja de plata cargada de tazas entre las manos.

"Lo siento, señorita. No creo que pueda hacerlo".

"No me llames señorita", resoplo. "Tenemos casi la misma edad. Por favor. Necesito hablar con alguien que no sea un viejo que tiene órdenes de vigilarme como si fuera una muñeca de porcelana".

La chica mira por encima del hombro a Anton y Ben, que están apoyados en la pared, enmarcando un gran ventanal con vistas a los vastos jardines de la mansión.

"No te preocupes por ellos", la tranquilizo. "No harán nada. Por favor". Extiendo una pierna bajo la mesa y muevo una de las sillas frente a mí. "Siéntate. Por favor".

"Yo... yo...", balbucea, y el corazón me da un vuelco en el pecho. ¿Está asustada o simplemente es tímida? Estoy a punto de empujar de nuevo cuando Marco entra en la habitación. Ni siquiera se digna a mirar a la chica, pero coge una taza de su bandeja al pasar y se dirige hacia las grandes puertas blancas del otro extremo.

"¿Cariño?"

Marco se detiene inmediatamente y se vuelve hacia mí. No hay afecto en sus ojos cuando nuestras miradas se encuentran, pero cada vez que me mira, tengo la impresión de que sólo piensa en cuando follamos. "¿Qué?"

"¿Puede comer conmigo?", señalo con la cabeza a la camarera. "No conozco tus normas sobre las camareras, pero quiero que lo haga".

Marco levanta una ceja, como si se fijara en la chica por primera vez. Mientras la observa, noto algo extraño. Ella no se retrae ni baja la mirada, a diferencia de la mayoría de los guardias. De hecho, parece completamente indiferente a su presencia.

"Lo que sea", dice Marco, rotundamente. Luego se aparta, pero se vuelve un segundo después. "Bésame, nena".

La forma en que repite ese apelativo casi parece un desafío, pero no me echo atrás. Me levanto, me inclino sobre la mesa y lo agarro por la corbata. Para ser un hombre tan alto y macizo, hay algo increíblemente excitante en tirar de él hacia mí utilizando sólo un fino trozo de tela. Se deja guiar sin oponer resistencia, e imagino que lo hace para convencer a cualquier espectador de nuestro juego. Pero eso no quita que el gesto me haga vibrar de electricidad.

Nos besamos lentamente, con los ojos abiertos todo el tiempo. Esto hace que el contacto entre nuestros labios sea infinitamente más intenso. Su lengua apenas roza mi boca, y yo le muerdo el labio inferior, abrazándole mientras nos separamos. Un destello rojo aparece en su labio, y él lo limpia con la lengua antes de que yo le suelte la corbata.

“Que tengas un buen provecho”, dice Marco, y sale de la habitación.

“¿Ves?” Me vuelvo hacia la chica y resoplo, inflando las mejillas. “Ha sido fácil”.

“Vale”. La chica parece dudar mientras deja la bandeja en la mesa y se sienta en la silla que le he tendido. “Gracias”.

“¿Cómo te llamas?”

“Tara”.

“Yo soy Gianna”.

“Lo sé”, responde Tara entrelazando sus finas manos. “Quiero decir... nos dijeron quién eras la noche que Marco te trajo aquí”.

“Apuesto a que debió de ser un encuentro interesante”, me río entre dientes, metiéndome una uva en la boca. “¿Qué os dijeron de mí?”.

“Nada”, responde Tara de inmediato. “Bueno... dijeron que no había nada que contar porque nadie te conocía”.

“¿Te dijeron que me vigilaras?”.

Tara niega con la cabeza, pero el rubor que tiñe sus mejillas dice otra cosa.

“No te preocupes”, la tranquilizo. “No conozco las reglas de este juego, pero he participado en muchos. Ésta es sólo una versión más rica”. Bajo la mirada hacia el plato de fruta y queso que tengo delante. Con un rápido movimiento del racimo, libero unas cuantas bayas y se las doy.

“No debería”, dice negando con la cabeza.

“¿Por qué?”, pregunto bruscamente. “¿Hay alguna extraña norma por la que los que trabajan aquí no pueden compartir su comida con las esposas?”.

“¡No, en absoluto!”, exclama Tara. “Soy alérgica”.

“Oh.” Me invade un rubor de vergüenza y retiro la uva. “Lo siento. Como dije, no conozco las reglas”.

“Aquí no existen las reglas”, dice Tara con una sonrisa que ilumina su rostro. Debajo de toda esa timidez es realmente guapa.

“¿En serio?” Lanzo una mirada significativa al uniforme blanco y negro de camarera que lleva.

"Sí. La verdad es que es un trabajo cómodo. Me pagan bien. Y tengo los fines de semana libres, como en cualquier otro trabajo", me explica Tara. "Esto es sólo el uniforme, como los trajes de los guardias".

Me vuelvo para mirar a Anton y Ben, que no se han movido de sus posiciones de estatua. "Ah. Y esa cosa..." Señalo a Anton. "El broche de su traje. ¿Qué es?"

Cada guardia tiene un pin en la solapa, pero cuando le pregunté a Anton, me miró con el ceño fruncido.

"Es el escudo de la familia", explicó Tara. "Todos los que trabajan para los Barrone tienen ese pin, ¿ves?". Tara se levanta el cuello blanco de la camisa, mostrando el mismo alfiler sujeto a su vestido. "Es un símbolo de lealtad a la familia. Cada una tiene un sello y un alfiler distintos. Sólo puedes recibirlo del don, que en este caso es Marco. Cada alfiler tiene además un símbolo secreto visible bajo ciertas condiciones, que sólo el don conoce, así que no se pueden falsificar."

"Vaya". Arqueo una ceja. "Es mucho más complicado de lo que esperaba".

"La gente siempre intenta pasarse de lista", dice Tara. "La lealtad es muy importante para esta gente".

"Me he dado cuenta de eso. Y desde el punto de vista empresarial..."

Anton carraspea de repente tan fuerte que Tara se sobresalta.

"No sé nada de negocios", dice rápidamente Tara, y la relajación que por fin afloraba en su rostro desaparece de inmediato. "Sólo soy una camarera".

"Nadie es sólo algo", respondo en voz baja, ignorando a Anton. "Además, ahora eres mi amiga".

"¿En serio?" Se me aprieta el corazón al ver cómo se ilumina la cara de Tara.

"¡Claro que sí! Eres la primera persona con la que he tenido una conversación de verdad".

"Debe de ser extraño haber llegado aquí así", dice Tara ladeando ligeramente la cabeza. "¿Qué hacías antes de conocer a Marco?".

"Yo era..."

Tara es tan dulce que de repente me siento incómoda mintiéndole. Es como si la estuviera engañando después de que haya sido tan amable conmigo. Por un momento incluso olvido que estoy interpretando un papel.

"Antes trabajaba vendiendo pretzels", miento despreocupadamente. "Trabajaba, llevaba el carrito al distribuidor y luego me iba a casa o a los clubes. Una vida sencilla, en realidad. Ya sabes cómo es: haces lo que puedes para pagar las facturas. Marco paró a comprar un pretzel y, bueno, el resto es historia".

"Qué romántico", suspira Tara soñadoramente, como si no estuviéramos hablando de Marco, el gilipollas. "¿No echas de menos a nadie? ¿Algún familiar o algo?".

Sé que sólo está haciendo preguntas normales, pero mis defensas suben de inmediato. Sacudo la cabeza, sonriendo con dificultad. "No, nada".

"Qué pena", suspira Tara, aparentemente ciega ante mi brusca reacción. "Bueno, ya estamos aquí. Espero que te sientas cómoda aquí".

Tara pasa el resto del almuerzo conmigo, hasta que alguien viene a buscarla para que vuelva a sus tareas. Es agradable tener una amiga, sin embargo, y pienso en ella mientras reanudo mi exploración de la mansión. He conocido a muy pocos empleados. De hecho, este lugar parece vacío, o simplemente es demasiado grande y sigo echando de menos al resto de los empleados.

Pero ahora Tara está en mi lista de amigas, y me ha enseñado un poco sobre cómo funcionan las cosas aquí.

Para ser honesta, Tara parece tener más libertad que yo.

"Gianna". Una mano me agarra del brazo, distrayéndome de mis pensamientos justo cuando estoy a punto de abrir una puerta por la que nunca he pasado. Levanto la vista hacia Ben, que aprieta brevemente el agarre. "Marco ha ordenado que te mantengas alejada del ala sur".

"¿Por qué?"

"Son órdenes suyas. Y... hay trabajo en marcha".

"¿Sus órdenes?", digo con desprecio. "¿Qué tiene de importante el ala sur?".

"Nada", responde Ben. "Pero, por favor, respeta sus deseos".

"De acuerdo." Retiro la mano de la puerta y me alejo con Anton y Ben siguiéndome como sombras.

¿Por qué Marco no quiere que entre en el ala sur? No creo ni por un segundo que sea por las reformas. Esta mansión es enorme, pero no lo suficiente como para que me pase desapercibido el ruido y el caos de un ala entera en reformas.

De repente se me ocurre un nuevo plan, y necesito hasta la noche para ponerlo en práctica. Fingiendo cansancio, me retiro a mi habitación y envío a Anton a buscarme la cena. Mientras está fuera, consigo convencer a Ben para que me compre algunos productos femeninos, haciéndole palidecer mientras le explico mi 'emergencia' con todo lujo de detalles.

Los hombres, por alguna razón, siempre se derrumban ante la idea de 'problemas de mujeres'.

Si Marco hubiera sido más listo, habría contratado guardias femeninas.

Con los guardias distraídos, me cuelo en la mansión y vuelvo al ala sur sin problemas. La puerta ni siquiera está cerrada.

"Si no quería que entrara aquí", murmuro para mis adentros, deslizándome en una habitación desnuda y llena de aire viciado, "debería haber cerrado la puerta".

La habitación está llena de muebles, pero todos cubiertos con cortinas polvorientas. Las sábanas están cubiertas de polvo y por los bordes sólo se cuelan algunos destellos de luz que tiñen la pared de enfrente del color anaranjado del sol poniente.

No hay señales de que se esté trabajando.

Paso de una habitación a otra, pero todo es idéntico. El aire es pesado, el polvo cubre todas las superficies y todos los opulentos muebles están ocultos bajo sábanas. Las paredes están adornadas con grandes cuadros, similares a los que decoran la entrada de la mansión. Representaciones de ciudades, castillos y ríos, hasta un cuadro que me llama la atención.

Cuelga sobre una chimenea en desuso, oculto bajo una gruesa capa de polvo, pero el cuadro es claro.

Es un retrato de familia. Un hombre que se parece a un Dante más joven, una mujer amable que sonríe y dos niños. Un niño y una niña, ambos con alfileres de mariposa similares al colgante de la cartera de Marco. *Deben de ser Marco y su hermana*. El corazón me da un vuelco.

Su importancia me resulta repentinamente clara. ¿Es éste el último recuerdo de ella? Parece demasiado sentimental para un hombre como Marco.

¿Es el ala de su madre? ¿Por eso está cerrada? Dante me había dicho anoche que tanto la madre como la hermana de Marco habían muerto. Un escalofrío de nerviosismo me recorre la espalda y me doy la vuelta, presa de la repentina sensación de que no debería estar aquí. Si este lugar tiene alguna importancia emocional para Marco, puede que nunca me perdone que lo haya violado.

Debería dar media vuelta.

En lugar de eso, avanzo, cueste lo que cueste. *Cuanto más sepa de Marco, más fácil será manipularlo*.

Mi exploración me lleva por varios pasillos serpenteantes y otras habitaciones abandonadas, hasta que encuentro un pasillo más pequeño, diferente de los demás. Está oculto junto a una chimenea, y no veo ninguna puerta. Una luz parpadeante brilla al fondo y, como una polilla atraída por la llama, la sigo.

Cuanto más me acerco, más intensa se vuelve la luz y el pasillo se estrecha a mi alrededor. Mi respiración se acelera, temiendo de repente que las paredes se cierren y me atrapen para siempre. Afortunadamente, cuando por fin salgo a la luz, me encuentro en un lugar precioso.

Estoy rodeada de cientos de plantas de todas las formas, tamaños y colores. Una multitud de aromas florales asaltan mi nariz mientras respiro, y una luz brillante proviene del sol poniente que se refleja en las paredes de cristal.

¿Es un... invernadero? ¿Por qué hay un pasillo secreto que conduce a un invernadero?

De repente, una risa profunda capta mi atención, y el corazón se me sube a la garganta cuando le sigue una risa más suave y

femenina. Con cautela, avanzo y me asomo detrás de una planta frondosa.

El corazón se me para en el pecho.

Marco está aquí. Se inclina y abraza a una mujer sentada en una silla, que esconde la cara contra su pecho.

"Oh, Marco", murmura con voz áspera, impregnada de emoción. "Ojalá no tuvieras que dejarme".

¿Qué demonios?

Tengo que irme ahora mismo.

Doy un paso atrás, pero mi pie se engancha en un cubo de metal que hay a la vuelta de la esquina. El ruido del metal es ensordecedor y Marco y la mujer se separan bruscamente.

Los ojos furiosos de Marco se clavan en mí y su rostro se deforma en una expresión de rabia mientras se abalanza sobre mí.

"¿Qué demonios haces aquí?", ruge, agarrándome brutalmente por los hombros mientras el terror me sube a la garganta. "No deberías haber venido aquí. Nunca debes hacer eso".

6

MARCO

"¿Qué haces aquí?", rujo. La ira me invade como una espesa niebla que oscurece todos mis sentidos. Solo un pensamiento permanece claro en mi mente: mantener a Emi a salvo. *Nada ni nadie más importa.*

Y nunca contará.

"¡Lo... lo... lo siento!", tartamudea Gianna, temblorosa en mi agarre. "Estaba paseando y...".

"¡No llegas aquí por accidente! ¡Te ordené que permanecieras alejada del ala sur! ¿De verdad quieres morir?"

Estoy a punto de arrastrarla hacia la pared cuando un dolor agudo me golpea en el costado: Emilia me ha dado un golpe con su bastón.

"¡Marco Francis Barrone!", exclama Emilia en tono severo. "¡Deja de intimidar y déjala en paz!".

Me quedo inmóvil, aún sosteniendo a Gianna entre mis temblorosas manos. Ella mira por encima de mi hombro y sus ojos se abren aún más al ver a la mujer que tengo detrás. Me doy la vuelta.

Emilia se ha puesto en pie y envuelve sus frágiles hombros con un chal de lana. Se lo ajusta y luego pasa la tela por encima de su brazo con graves cicatrices para ocultarlo a la vista.

"Emilia", suelto, intentando moderar mi tono. "Sabes lo que esto significa". Lanzo una mirada mordaz a Gianna. "Olvidarás que has venido aquí, si valoras tu vida".

"¡Marco!" Emilia me regaña de nuevo, golpeándome el muslo con su bastón. "Ya está aquí. Me ha visto. No hay razón para mantener esto en secreto".

"Emilia, si alguien se entera por ella, entonces tú..."

"Soy perfectamente consciente de ello", me interrumpe bruscamente Emilia. "¡Ahora deja que tu mujer vaya y nos presente, antes de que tenga que volver a usar esto!". A pesar de su postura inestable, agita el bastón amenazadoramente delante de mi cara. *Al final, cedo.*

Suelto a Gianna y ella retrocede de inmediato.

"Emilia, esta es Gianna. Mi mujer", le digo fríamente. "Gianna, esta es Emilia. Mi hermana".

Gianna deja de frotarse el brazo y mira fijamente a Emilia. Tiene los ojos tan abiertos que parece que se le vayan a salir de las órbitas.

"¿Tu... hermana?", balbucea Gianna. Resopla suavemente y se limpia rápidamente los ojos. "Lo siento mucho, no quería..."

"Tonterías." Emilia se apoya pesadamente en su bastón. "Ignora al idiota de mi hermano. Siempre está en guerra y se olvida de que es humano. Por favor". Emilia señala con la cabeza las sillas alrededor de la pequeña mesa. "Siéntate con nosotros".

Ojalá, Gianna, dijera que no. Cada segundo que pasamos aquí es un segundo de más. Cuanto más descubre, más se convierte en una amenaza para mí, para Emilia y para todo lo que he construido para protegerla.

"Debería irme", dice Gianna, temblando mientras me lanza una mirada.

"Tonterías", repite Emilia. "Siéntate". De repente, le sobreviene un violento ataque de tos y cualquier idea de regañar a Gianna desaparece de mi mente. Inmediatamente estoy junto a mi hermana, ayudándola a sentarse de nuevo. Intenta apartarme con la mano, pero está demasiado débil. Cuando se sienta, me agacho a su

lado y compruebo las conexiones de la botella de oxígeno que tiene al lado. Todo parece estar en orden.

"Emilia, no puedes hacer esfuerzos de este tipo", le advierto en voz baja.

Emilia resopla y se seca los labios marcados con un pañuelo. "Si no fueras un terco insufrible, no necesitaría hacer esto", replica. Sus pálidos ojos se posan en Gianna, que se sienta a su lado con extrema cautela. "Es un placer conocerte, querida".

"Yo..." Gianna se lleva las manos al regazo. "Lo siento, pero creo que no lo entiendo".

"¿Qué es lo que no entiendes?", pregunta Emilia.

Me siento junto a Emilia, observando a Gianna con una mueca. Debería haber sabido que una rata callejera como ella no haría caso de las reglas sencillas. Quizá el hecho de haber prohibido el acceso al ala sur la convirtió en un imán para una ladrona como ella.

"Tú", dice Gianna, y sus ojos se desvían hacia mí. "Creía que la hermana de Marco había muerto".

"Marco, sírvele un poco de té a esta pobre chica", me ordena Emilia.

Resoplo, pero obedezco. Emilia es la única mujer en el mundo que puede darme órdenes, y siempre las cumpliré. Es lo menos que puedo hacer.

"Eso debe haber sido un golpe para ti. Como Marco no lo hará, te pido disculpas por su comportamiento. Es muy protector y se ha pasado la vida manteniéndome a salvo. Supongo que nunca deberías haberte enterado".

"Deberías haberte quedado fuera del ala sur", murmuro mientras sirvo té en tres tazas de porcelana. "Una petición condenadamente sencilla".

"Lo siento", dice Gianna, rígida como una estatua. "Tenía curiosidad. Estaba explorando y no debería haberlo hecho".

Me gustaría gritarle más. Quiero chillarle, asustarla hasta que pida clemencia y asegurarme de que nunca se atreva siquiera a soñar con hablar de este lugar. La ira hierve bajo mi piel y aprieto y relajo la mano repetidamente para intentar mantener la calma.

“De hecho”, dice Emilia. “No hay nada que pueda decir o hacer que te impida contar a la gente lo que has visto aquí. Al fin y al cabo, es tu elección”.

“Emilia...”, empiezo a advertirle, pero ella levanta la mano.

“Pero tienes razón. El mundo cree que estoy muerta. Todo el mundo cree que estoy muerta, excepto Marco y mi padre, al que seguro ya conoces”.

Gianna asiente rápidamente.

“Es una mentira cuidadosamente construida que Marco se ha pasado la vida creando y manteniendo para que yo pueda vivir en paz”.

Observo a Gianna como un halcón y veo cómo intenta encajar las piezas del rompecabezas. La tos incesante de Emilia, su respiración agitada, las cicatrices que deforman su rostro y sus extremidades, la bombona de oxígeno a su lado, su evidente fragilidad. Todos son fragmentos de un doloroso rompecabezas al que Gianna no tiene derecho a acceder.

“Marco me mantiene escondida aquí, en esta ala cerrada, pero te aseguro que no hay nada siniestro”, dice Emilia con una suave sonrisa. “Me encantan las plantas. Cuando era más joven, eran mi pasión. Ahora sólo vivo con ellas, las veo crecer año tras año y rezo para que me ocurra lo mismo. Parece que la ciencia aún no ha llegado a ese nivel”.

Se ríe suavemente y coge despacio su taza de té.

“No le diré nada a nadie”, dice Gianna con brusquedad. “Te lo juro”.

“No puedo impedírtelo”, responde Emilia, desviando la mirada hacia ella. “Pero espero que lo tengas todo en cuenta antes de hacerlo”.

Me apoyo en el respaldo de la silla, vigilando a Emilia para asegurarme de que no se derrama el té encima. Bebe un sorbo y vuelve a hablar.

“Tenía trece años cuando nos atacaron. Marco y yo nos escondimos, como nos habían ordenado. Años de entrenamiento para un acontecimiento así, pero nunca debería haberse hecho realidad”.

Gruño en voz baja, intentando reprimir la oleada de culpa que se apodera de mi estómago mientras Emilia relata. Aquella noche me pesa cada día.

"Los detalles son confusos, ¿sabes?", continúa Emilia. "Yo era joven y Marco sólo tenía dieciséis años. No conocíamos el funcionamiento interno de la familia. Sólo teníamos que escondernos y sobrevivir. *Pero fracasamos*". Su voz tiembla ligeramente. "Primero encontraron a nuestra madre. La torturaron, la violaron y luego la mataron. Luego me encontraron a mí".

El rostro de Gianna se vuelve blanco lechoso y sus manos tiemblan a pesar de tener los dedos entrelazados.

"Marco hizo todo lo que pudo para protegerme, pero ¿qué podía hacer un chico de dieciséis años contra cinco hombres adultos?". Emilia me mira y me tiende la mano. La aprieto con fuerza, tanto como me atrevo. "Le golpearon. Pensé que estaba muerto, y luego me tocó a mí. Los guardias de nuestro padre llegaron justo cuando habían acabado conmigo. Marco se recuperó de sus heridas, pero yo no tuve tanta suerte".

Emilia se señala la cara con la mano libre y, al hacerlo, el chal se desliza por su brazo, revelando las cicatrices de quemaduras que cubren su piel.

Gianna jadea suavemente y sus mejillas se enrojecen. "Lo siento mucho".

Emilia la despide con una cálida sonrisa. Eso fue hace toda una vida, querida. Ahora tengo treinta y siete años y sigo aquí". Ella se ríe suavemente, pero su agarre de repente se convierte en acero cuando un violento ataque de tos la sacude. "De todos modos, durante mucho tiempo quise morir, pero Marco me mantuvo fuerte. Me escondió y, para darme paz, le dijo al mundo que estaba muerta. Nuestro padre aceptó la mentira, creo que por culpa. *Yo no quería ser un trozo de carne que se entregaría en matrimonio al primer pretendiente útil. Ya había sido carne una vez. Nunca más*".

Gianna me lanza una mirada. Su expresión es extrañamente suave, pero no consigo descifrarla. Su presencia sigue irritándome.

"Por eso necesitaba una esposa", digo con los dientes apretados. "Mi padre está cada vez más desesperado a medida que cambia el

mundo que nos rodea. Ve amenazas por todas partes y cree que somos débiles. Quiere exponer a Emilia y entregarla en matrimonio a una familia que cree que nos fortalecerá, y yo me niego a permitirlo. Así que ahora estamos casados, y construiré nuestra familia por mis propios méritos, no con un matrimonio arcaico."

"¿Por eso estaba tan furioso?", preguntó Gianna, con voz un poco insegura. "¿Quiere una unión y tú se la has quitado?".

"Mi hermana no está en venta", murmuro. "Puede que sí. No puedo asegurarlo. Pero desde luego le he estropeado los planes".

"Lo siento, querida", dice Emilia. "Cuando Marco me contó lo que había hecho, me puse furiosa por haber arrastrado a una pobre chica al caos de nuestras vidas".

"Era necesario", replico con dureza, y luego intento controlarme.

"¿En serio?" Emilia me mira con ojos tristes. "Durante años te culpaste de aquella noche, cuando no eras más que un chaval. Igual que yo. Me protegiste toda la vida, ¿y ahora esto? Podría haber habido otra manera".

"No la hubo", digo suavemente. "Si no fue Gianna, habría sido otra persona. Seguramente alguien menos entrometido".

"Ya basta." Emilia me suelta la mano y me toca suavemente la muñeca. "Gianna, querida, a pesar de la brutal reacción de mi hermano, espero que entiendas que su ira proviene de un sentido de protección, no de malicia".

Gianna me lanza una mirada gélida, claramente poco convencida por esas palabras.

"Tengo aquí un pequeño equipo para ayudarme, un equipo de confianza. Eres la primera persona nueva que conozco en.... oh, ¿veinte años?" Emilia ríe suavemente. "Pero me alegro de haberte conocido".

"Lo siento mucho", dice Gianna con voz débil. "No... no tenía ni idea. Juro que no diré nada a nadie. Olvidaré que este lugar existe".

"No te atrevas", ríe Emilia. "Me gustaría mucho que vinieras a tomar el té conmigo. Quizá sin el ogro".

"Ja, ja", murmuro, poniendo los ojos en blanco.

"Aquí estarás a salvo", dice Emilia, inclinándose ligeramente hacia delante para poner una frágil mano sobre la de Gianna. "Te prometo

que estarás a salvo. Aquí no todo es lo que parece. Recuérdalo".

Gianna asiente en silencio, bajando los ojos hacia la mesa. Su rostro está pálido y parece profundamente afectada. Mi enfado disminuye ligeramente.

Si había algo más que decir, no teníamos tiempo. De repente empieza a sonar mi teléfono y contesto de inmediato. La voz agitada de Anton estalla en el aparato.

"¡Jefe!", grita. "¡Gianna ha desaparecido! La hemos buscado por todas partes, pero no la encontramos y...".

Inmediatamente cuelgo y me pongo de pie. "Por fin se han dado cuenta de que no estás", digo en tono llano. "Es hora de irnos. Emilia". Me inclino hacia ella y le beso suavemente la frente. "Tómate la medicación. Volveré pronto a verte".

"Por favor, hazlo", susurra suavemente. "Y tú, Gianna. Ven a verme tú también".

"Veré lo que puedo hacer", suspiro, intentando disimular mis emociones. "Te quiero".

"Yo también te quiero". Emilia vuelve a sentarse en su silla y yo envío la alerta a su equipo para que regresen a protegerla. Gianna se levanta y sonríe tímidamente a Emilia.

"Volveré, si puedo. Gracias, y de nuevo, lo siento mucho".

"No te preocupes, querida", dice Emilia con una sonrisa cansada. "Es propio de Marco encontrar a alguien tan curioso como él".

Cuando salimos del jardín, agarro a Gianna del brazo y la empujo contra la pared. Sus ojos se abren de par en par y sus manos me agarran la muñeca, mientras el fuego de mi ira sube al máximo.

"Si dices una palabra de esto, o siquiera insinúas algo a alguien, repito *a alguien,* o pones en peligro a mi hermana de alguna manera, haré que te arrepientas de estar viva. ¿Está claro?"

7

GIANNA

"¿Te traigo algo?" pregunta Tara desde la puerta. "Llevas dos días aquí solo limpiando".

"Es terapéutico", respondo desde el suelo, fregona en mano. "Marco me dijo que podía hacer lo que quisiera con esta habitación, decorarla a mi gusto y todo eso. Hay muchas cosas que limpiar, pero me gusta hacerlo".

Además, mientras despejo, tengo tiempo para procesar todo lo que he averiguado sobre Marco y su hermana.

"De acuerdo". Tara asiente. "Luego te traigo la cena".

"¡Gracias!"

Con un gesto de la mano, Tara se va, dejándome sola de nuevo. Anton y Ben pronto se dieron cuenta de que yo quería ocuparme sola de esta habitación, y ahora pasan la mayor parte del tiempo fuera de la puerta, dispuestos a protegerme de cualquiera que se atreva a molestarme.

He vaciado todos los cajones, he hecho quitar las sillas porque no son de mi gusto y he sacado todos los libros de las estanterías, a la espera de volver a limpiarlos y ordenarlos.

Mientras trabajo, mi mente corre en un círculo continuo.

Emilia, la hermana de Marco, está viva y se esconde en secreto en un ala cerrada de la casa. Los misterios que rodean a Marco se

hacen más profundos cada día, y estoy segura de que tarde o temprano perderé el hilo.

Lo que más me ha sorprendido, al conocer a Emilia, es cómo se comporta Marco con ella. El peso del mundo parece quitársele de encima cuando está con ella, y no pude evitar darme cuenta del afecto genuino que hay entre ellos.

Le sonreía. La tocaba. Había una calidez en sus ojos que yo no creía posible.

Hay más en él de lo que parece. Y eso, más que cualquier otra cosa, me incomoda.

Marco es mucho más complicado de lo que había previsto, y eso afecta a mis planes. Mantener tu objetivo simple es la mejor manera de tener una victoria fácil, pero Marco se está convirtiendo en cualquier cosa menos simple. Ver ese lado tierno de él también ha despertado un extraño anhelo en mi pecho.

¿Podría llegar a ser tan tierno conmigo? ¿Realmente lo quiero?

El sexo fue genial y todo eso, pero no es real. No puede serlo. Sin embargo, cuanto más aprendo sobre él y su familia, más atrapada me veo en su red y más difícil me resultará salir de ella.

Me quito el polvo de las manos en los vaqueros, me levanto y estiro los brazos por encima de la cabeza. Limpiar y pensar es una buena combinación, pero empiezo a estar cansada. Hago una nota mental para preguntarle a Marco si puedo disponer de un ordenador y me dirijo a la enorme estantería que es la siguiente tarea a abordar. Marco me cuenta que muchas de las habitaciones de esta villa llevan años sin utilizarse porque aquí ya no hay una verdadera familia.

Sólo él y su padre. Dante. Un hombre enfadado que parecía casi divertido la primera vez que lo conocí, pero saber que quiere enviar a Emilia con un desconocido me pone los pelos de punta. Es incómodo, y ya no puedo mirarlo a los ojos.

Todavía no, al menos. Con el tiempo, será fácil.

Sigo quitando el polvo de las estanterías y limpiando los cristales lo mejor que puedo, hasta que llego a un cajón atascado en el mueble. Con toda la fuerza de que dispongo, tiro, doy tirones y

sacudo el cajón de un lado a otro, hasta que por fin se suelta con un terrible chirrido de madera contra madera.

El ruido me eriza la piel y un sutil malestar me recorre la espalda. Dentro, encuentro un montón de recibos viejos, un par de libros polvorientos y otros objetos dispersos, como botones, una caja de cerillas y pinzas de la ropa. Al sacar el cajón, estoy a punto de tirarlo todo a una bolsa de basura cuando algo plateado llama mi atención.

Un colgante en forma de gota de plata. El polvo desaparece de un soplido y me quedo mirando la joya sin saber qué pensar. *¿Pertenece a Emilia?*

Me la meto en el bolsillo y sigo limpiando. *Le preguntaré a Marco.*

Tres horas después, me dejo caer en la cama con un largo gemido de cansancio, mi cuerpo parece ceder bajo el peso del día.

"Ben me ha dicho que has estado trabajando mucho", dice Marco al entrar en la habitación con paso seguro.

Me elevo sobre los codos y lo observo mientras se apoya despreocupadamente en la cómoda, siempre impecable y con un control absoluto. "Sí, la habitación que me diste es un desastre. Cuando dijiste que ciertas habitaciones no se usaban, no tenía ni idea de que estaba tan llena de cosas viejas".

"Somos gente ocupada", responde en un tono que no deja lugar a réplica. "He recibido tu mensaje. ¿Quieres un portátil?".

"Mmmm", asiento con la cabeza. "Lo necesito para buscar ideas de decoración".

Marco me mira con una expresión difícil de descifrar, como si quisiera decirme algo pero dudara. Finalmente asiente. "Te lo traeré. Buenas noches".

Se da la vuelta para irse, pero antes de que llegue a la puerta, me inclino bruscamente hacia delante. "¡Espera!"

Se detiene y me mira con una ceja levantada, visiblemente molesto por la interrupción. Saco el colgante del bolsillo y se lo enseño. "Lo encontré mientras limpiaba. ¿Era de tu hermana?".

No tengo tiempo de sostener el colgante más de un segundo que Marco ya está delante de mí. Con un gesto rápido y brusco, me

arrebata la joya de las manos, su movimiento es tan repentino que hago una mueca de dolor.

"¿Dónde la has encontrado?", me ladra, con voz grave pero cargada de una ira contenida.

Le miro fijamente, apretando los puños para calmar el hormigueo que siento en los dedos. "Como te dije, mientras limpiaba. ¿Esto es suyo?".

Espero otro arrebato, pero para mi sorpresa su rostro cambia. Las duras líneas de la ira se suavizan y, sin decir una palabra, se deja caer en la cama a mi lado. El peso de su cuerpo hunde el colchón y me deslizo ligeramente hacia él, con el corazón latiéndome un poco más deprisa.

"No", dice al cabo de unos instantes. Su voz es más baja, casi apagada. "Esto era de Fawn. No pensé que volvería a verlo".

"¿Fawn?", pregunto, con la curiosidad mezclada con una repentina inquietud. ¿Otra hermana?

Marco niega con la cabeza, una sombra cruza sus ojos. "Era la mujer con la que me iba a casar".

Mi corazón se detiene por un momento y un nudo de tensión se aprieta en mi estómago. "Oh."

Marco suspira profundamente, como si cada palabra que está a punto de decir fuera un peso que levantar. "Supongo que no tiene sentido ocultártelo. Cuando tenía dieciocho años, me enamoré de una mujer extraordinaria, increíble. Entonces estaba muy enfadado. Mucho más de lo que imaginas".

Levanto una ceja, intentando imaginármelo más enfadado de lo que ya está. Es difícil, pero no imposible.

"Después de lo que le pasó a mi hermana", continúa, "odiaba el mundo. Pero Fawn era diferente. Era una luz en la oscuridad, un alma pura que lo mejoraba todo. Era el amor de mi vida e iba a casarme con ella, pero...". Marco interrumpe, con la voz quebrada. "Su ex la mató. Un cabrón que no aceptaba un no por respuesta y no la dejaba en paz. No supe protegerla. Le fallé, como le fallé a mi hermana".

Aprieta el colgante en el puño, como si pudiera volcar todo su dolor en ese pequeño objeto de plata. Cuando levanta la vista hacia

mí, sus ojos están llenos de algo que no puedo descifrar. ¿Es calor? ¿O el recuerdo de un amor jamás olvidado? *El amor por Fawn.*

"Entonces, Gianna. Cuando te digo que este mundo es peligroso, que debes quedarte con tus guardias, mantenerte a salvo y no meter las narices, no lo hago para ser gilipollas. Lo hago para protegerte. ¿Lo entiendes?"

Lo entiendo. Más de lo que nunca imaginé. Me siento extrañamente comprensiva. Por la historia de Emilia, Marco hizo todo lo que pudo para protegerla; lo que ocurrió no fue culpa suya. Es difícil imaginar que lo de Fawn fuera distinto. No sé si Marco ha tenido una vida dura por pura casualidad o por culpa de este mundo, pero ahora parece tan sincero como nunca desde que lo conocí.

"Lo entiendo", le respondo en voz baja. "Y siento tu pérdida".

"Fue hace mucho tiempo", responde Marco, poniéndose ligeramente rígido a mi lado. "Te agradecería que no se lo mencionaras a nadie". Enrolla el colgante entre sus dedos y luego se lo mete en el bolsillo.

"Claro".

Estos últimos días he descubierto muchas cosas sobre él y empiezo a ver un lado diferente. De repente, su actitud irritable parece tener sentido. Ha sufrido la pérdida de dos personas importantes en su vida -Fawn y su madre- y trabaja cada día para proteger y ocultar a su hermana. No es de extrañar que siempre esté tan enfadado.

"A mí me pasa algo parecido", digo, sin saber de dónde viene este impulso de compartir. Pero cuando empiezo, ya no puedo parar. "Esto". Levanto la mano y tiro del hilo descolorido de la pulsera alrededor de mi muñeca. "La primera amiga que tuve en la calle hacía esto. Era una trabajadora del sexo y era muy amable. Un poco descarada y dura, pero una vez que la conocías mejor, era un ángel".

Los ojos de Marco se mueven entre mi cara y mi muñeca. "Qué bonito".

"¿Realmente?" Me río suavemente porque suena tan sincero como una losa de mármol. "Desapareció poco tiempo después, pero no sin antes enseñarme un par de cosas sobre cómo sobrevivir en la calle. Siempre quise volver a encontrarla, pero nunca pude".

"¿Por qué?" Marco bloquea mi mirada con la suya y me siento clavada en el sitio. "¿Por qué tuviste que estar en la calle? Eres guapa y encantadora. Me cuesta imaginarte ahí".

"Es porque soy lista", bromeo. Marco hace un ruido que podría ser de risa y se me aprieta el pecho.

Ojalá se riera conmigo como lo hace con Emilia, aunque no sé cuándo empezó a valer eso.

"Es que he tenido una vida dura".

Marco asiente, sin la menor intención de insistir. No sé si es porque no le importa o porque intenta respetar mi intimidad, pero resurgen las ganas de hablar.

"De niña me descuidaron bastante. Mi padre nos utilizaba a mí y a mi hermano como sacos de boxeo casi a diario, así que aprendí a ser dura y veloz, ¿sabes? Mi hermano se refugió en el alcohol y dejó de protegerme, y cuando me convertí en adolescente, los abusos pasaron a ser sexuales". Se me hace un nudo en la garganta al oír esa palabra y trago saliva. "Me escapé justo después".

La cara de Marco es una tormenta. "¿Y tu madre?", gruñe.

"Lo único que le importaba era el dinero y su hombre. Fui a pedirle ayuda, pero según ella yo no pagaba las facturas y tenía que ganarme la vida de alguna manera". Decir esto en voz alta, a un hombre que conozco desde hace poco más de una semana, me hace sentir vulnerable y desnuda.

No es una historia inventada. Es la verdad.

"Gianna." El tono de Marco se suaviza hasta el punto de que parece otra persona. Sus palabras son como una canción de cuna, diferentes de sus respuestas bruscas habituales. "Lo siento mucho. Deberían haberte protegido y cuidado. Y tu hermano... debería haber luchado por ti".

Me encojo de hombros, enderezando la espalda como si intentara escapar del dolor que me atenaza el estómago. "Él era un niño pequeño. Se enfrentaba a las cosas a su manera. Yo las afronté a mi manera. Huí, elegí una vida de delincuencia, podría decirse. Hice cosas para sobrevivir. Cosas de las que no estoy orgullosa. Pero es así, ¿no?". Le miro; sus ojos azules son de repente como las cálidas profundidades del océano. "Jugamos con las cartas que nos tocan".

"Así es", dice Marco en voz baja. Me coge la mano con una dulzura que nunca había visto en él.

"La última vez que supe de mi padre, había muerto por una jeringuilla sucia, así que esta es mi idea del karma".

"Lo siento", dice Marco. "Por ponerte las manos encima en la calle y en el invernadero".

"Marco, no es lo mismo".

"No, pero debió de ser desagradable para ti de todos modos, y por eso te pido disculpas".

No sé qué decir. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza esperar una disculpa por esas situaciones, ya que su forma de agarrarme me había dejado caliente y trastornada. Pero aquí está, disculpándose por cruzar una línea que ni siquiera sabía que existía.

"Te prometo que aquí serás respetada. Nadie te tocará sin tu permiso y te juro que nadie te hará daño. Puede que no creas esta promesa, pero con el tiempo verás que es sincera".

"Yo..." ¿Cómo se responde a algo así? Marco es como una moneda con dos caras opuestas, y las hace girar tan rápido que no puedo seguirle el ritmo. Este aspecto de él es el mismo que vi con Emilia en el invernadero, y casi siento que no debería verlo, como si fuera demasiado íntimo.

"Gracias", digo finalmente, posando mi mano en el dorso de la suya. "¿Me creerías si te dijera que estoy bien porque pasó hace mucho tiempo?".

"Eso me lo digo a mi mismo por lo que pasó con mi hermana", susurra Marco. "Hay cosas que no se borran con el tiempo".

Lo entiendo. Duele, pero lo entiendo.

Se me retuerce el estómago y una oleada de calor me recorre de pies a cabeza. Nunca, nunca pensé que me abriría así a este hombre, pero cuando me mira con esa nueva luz en los ojos, casi parece que merezca la pena.

Marco se queda conmigo. Hablamos durante mucho tiempo, toda la noche, sobre el pasado y el tiempo que compartió con Fawn, mientras yo le cuento algunas verdades y quizá algunas historias inventadas sobre mi vida en la calle. Me escucha con atención y me

siento tan a gusto que, cuando llega el sueño y nos encontramos abrazados, no me hago ninguna pregunta.

Pero por la mañana, Marco ya no está. Me despierto en una cama fría y vacía, desprovista del calor que había sido tan reconfortante la noche anterior.

Al incorporarme, una dolorosa tensión me oprime el pecho.

¿Por qué me siento tan extrañamente abandonada?

8

MARCO

"Es fundamental que entiendas lo importante que es esto", dice Dante, ajustándose la pajarita con precisión frente al espejo.

A través de la ventana, mis ojos siguen los jardines sin límites de la finca Barrone, con las manos metidas en los bolsillos. "Lo comprendo".

"¿Seguro?", pregunta, girándose bruscamente. Me mira con dureza, como desafiándome. "¿Estás realmente seguro de eso? Porque últimamente pareces demasiado distraído con *esa* chica."

'Esa chica'. Gianna.

Mi llave para llevar a cabo un plan arriesgado y, al mismo tiempo, la complicación más imprevisible de mi vida. Sólo pensar en ella hace vibrar algo en mi interior. Me siento expuesto. En pocos días, ha conseguido colarse en espacios que yo creía inaccesibles: se ha enterado de lo de Emilia, de lo de Fawn, y quizá ya haya entendido demasiado.

No debería haber ocurrido.

Sin embargo, en lugar de apartarla, una parte de mí se siente cautivada por su presencia. Emilia ha encontrado en ella una amiga después de décadas, y me encuentro hablando de cosas que debería haber dejado enterradas.

Pero, ¿cuánto se puede arriesgar antes de que todo se desmorone? Gianna ya sabe lo suficiente como para destruirme, y creo que ni siquiera se da cuenta.

"Esa chica es tu nuera", respondo, mi tono deliberadamente indolente mientras bebo un sorbo de whisky. "Deberías alegrarte por ello".

"¿Alegrarme?", suelta Dante, su risa casi un gruñido. "¿Has perdido el sentido de la realidad, Marco? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?".

Vacío mi vaso y le devuelvo la mirada. El sol se oculta tras el horizonte y tiñe la habitación de tonos dorados. "He resuelto un problema".

"¡Lo has empeorado!" me suelta Dante, con el tono afilado como una cuchilla. "Estoy haciendo todo lo que puedo para calmar a los otros cabezas de familia, pero los Simone están furiosos".

"¿Y por qué?" Mi ceño se frunce en una mueca de decepción. "No tienen hijas que ofrecerme. Padre, este sistema es una reliquia. Atar nuestro destino a familias de oportunistas sólo perpetúa una tradición tóxica. Los malditos Simone no me tenderán ninguna trampa".

"Sólo te servirían para algo". Su respuesta es seca, pero en sus ojos veo algo diferente. Es decepción.

"No, nos hundirían", replico, manteniendo el control. "Y no voy a dejar que eso ocurra".

Dante se dispone a replicar, pero una voz nos interrumpe.

"¿Qué es lo que no debe ocurrir?", pregunta Gianna, haciendo que ambos nos volvamos.

Dante retrocede un paso, y una visión se despliega ante mí: Gianna. Se me corta la respiración por un momento.

Se detiene en el umbral con una pose perfecta, una mano apoyada en la cadera, los labios plegados en una sonrisa que parece pintada. Lleva un largo vestido de satén blanco que la envuelve como agua líquida. La alta abertura deja ver una pierna esbelta y perfecta, mientras que los detalles de pedrería azul del escote y el dobladillo de la abertura brillan bajo la suave luz. Sus rizos castaños enmarcan su rostro como un halo.

Nuestras miradas se cruzan y la sonrisa se ensancha. "Ya que nadie ha visto el vestido de novia, creo que esto servirá".

Es radiante.

Los diamantes que le regalé esta mañana brillan alrededor de su cuello y cuelgan de sus orejas. El hecho de que los lleve puestos me hace sonreír.

"Eres simplemente encantadora". No miento. Me acerco a ella, con más ganas que nunca de besarla, pero cuando le cojo la mano, ella levanta la suya y presiona suavemente sus dedos contra mis labios.

"Ni se te ocurra. Acabo de terminar de maquillarme", dice con una sonrisa traviesa. "Más tarde."

Me está matando.

Se me contraen los músculos del abdomen y me recorre un temblor. Apenas puedo controlarme mientras esbozo una sonrisa y beso las yemas de sus dedos.

"Como quieras".

"Dante. Sus ojos abandonan los míos y se dirigen a mi padre. "Debo decir que estás muy elegante esta noche".

Dante se pone rígido, claramente sorprendido. Luego se aclara la garganta. "Sí, bueno, es una noche que lo requiere". Sin añadir nada más, sale de la habitación, y Gianna deja escapar parte de la tensión.

"¿De verdad es tan importante esta noche?", me pregunta.

"Sí", respondo, bajando la voz. "Necesitamos calmar las cosas con las otras familias. Muchos se han sentido insultados porque te haya elegido a ti, un extraño, en lugar de a su hija".

"Esta gente parece tratar los matrimonios como contratos comerciales".

"Eso es exactamente lo que son". No puedo apartar los ojos de ella.

Gianna me mira, sus ojos penetrantes me anclan. "Pero algunas personas valen más".

El pensamiento de Emilia me conmueve, y asiento con la cabeza. "Exacto.

"Quizá", añade en tono firme, "sea hora de enseñar a estas familias a no tratar a sus hijas como carne de ganado".

Una sonrisa amarga se dibuja en mis labios. "Si ese fuera el caso, no habría tenido que idear este plan".

"Si ese fuera el caso, no necesitaría llegar tan lejos", murmuro mientras ella desliza su mano alrededor de mi codo. "¿Estás listo?".

"Como nunca lo he estado".



La cena empieza bien y, para mi alivio, muchos de los delegados de la familia parecen adorar a Gianna. Ya sea por su pasado o por su capacidad para leer a la gente, consigue conectar con casi todo el mundo como si naciera para ello. Los que tenían algo que decir sobre mi repentino matrimonio se callan inmediatamente cuando la ven, y se quedan mudos en cuanto empiezan a hablar con ella.

Es amable y respetuosa, ingeniosa y, sobre todo, increíblemente astuta. Inclina la cabeza con gracia, estrecha la mano a las personas adecuadas y hace cumplidos tan dirigidos que las mujeres, al principio celosas, acaban haciéndose amigas suyas. Permanezco a su lado durante una hora, pero los negocios me llaman a otra parte. Anton y Ben la siguen como sombras, mientras yo la observo desde lejos, inmerso en discusiones sobre negocios de drogas, territorios y un nuevo cargamento de armas falsas que llega de México.

Gianna es una distracción de la que no quiero liberarme.

Mientras un hombre relata las dificultades para mantener en marcha uno de sus negocios tras desenmascarar a un infiltrado -que además resulta ser el único capaz de dirigir la empresa-, otras quejas se centran en la audacia cada vez mayor de las Tríadas y sus exigencias financieras. Me piden mi opinión, y la doy tan rápidamente como preferiría descartar toda esta conversación. Pasamos una hora discutiendo sobre la conveniencia o no de una alianza seria con las Tríadas.

Francamente, no me importa. No voy a asegurar el legado Barrone apoyándome en familias que se derrumban al primer

descubrimiento de un traidor.

La discusión me aburre y dejo que mis ojos se desvíen hacia la sala principal, en busca de Gianna.

La encuentro en cuestión de segundos, pero de inmediato un apretón de ira se apodera de mi corazón. Está al otro lado de la sala, riendo junto a un hombre que le pone una mano en el brazo desnudo y se acerca a ella como si estuvieran compartiendo una confidencia.

Se me pone todo rojo.

No es un hombre cualquiera.

Es Leonardo Simone.

El untuoso jefe de la familia Simone. Una vez se les consideró la unión ideal para nuestra familia, cuando yo era sólo un niño, pero la muerte de mi madre puso fin a ese sueño. Verle tan cerca de ella es como sentir que me arrancan las entrañas y me las arrastran por la caja torácica.

Ese cabrón.

Cruzo la habitación a grandes zancadas y llego junto a Gianna en pocos pasos. Se vuelve hacia mí con una sonrisa brillante, pero se desvanece en cuanto encuentra mi mirada. No debo de haber disimulado bien mis emociones.

"Apártate", gruño, interponiéndome entre Gianna y Leonardo.

Leo levanta las manos y se ríe como un zorro. "Oye, tío, solo estábamos charlando".

"Sé lo que significa 'charlar' para ti", siseo. "Apártate y déjala en paz".

"Actúas como si fueras un peligro para ella", replica Leo con aire burlón, y luego sus ojos se entrecierran como cuchillas. "Desde luego no somos nosotros los que traficamos con carne humana".

"Sigues soltando tus mentiras, como si me importara. Estás logrando un buen resultado al seguir aquí, así que te lo repetiré: por si no le ha quedado claro a ese cerebro embotado que tienes, deja en paz a mi mujer."

"¿Eso es inteligente?" Leo abre mucho los ojos con fingido asombro, apoyando una mano en el pecho. "Después de todo, ¿acaso no te rodea la extraña costumbre que tienen las mujeres de

morirse? Tu madre, tu hermana, tu ex... lo que fuera. Sinceramente, Gianna querida, estarías más segura...".

No le dejo terminar la frase. Le doy un puñetazo tan fuerte que le arranco los dientes y las gafas de sol salen volando. Me duelen los nudillos, pero mi ira encuentra por fin una salida: Leonardo Simone.

Le golpeo con un hombro y caemos pesadamente, dos cuerpos musculosos chocando con gritos acalorados y puños furiosos. Él me golpea en las costillas, yo le pego en el riñón con el codo. Rodamos y él me planta el codo en la clavícula. Invierto la posición y le doy dos puñetazos en la cara. Es una pelea brutal, animal, hasta que Anton y Ben se adelantan y nos separan.

Han esperado lo suficiente para dejarme tomar el mando.

Con la camisa fuera de su lugar y el labio partido sangrando, me levantan mientras los hombres de Leonardo lo arrastran hacia atrás. Mi padre se interpone entre nosotros y levanta una mano, con el rostro contraído y amoratado.

"¡Este restaurante es un puto territorio neutral!", grita, haciendo que se haga el silencio en todo el edificio. Aquí no se pelea. Jamás. ¿Entendido? Vosotros dos lo sabéis mejor, ¡y aun así actuáis como gatas en celo!".

Aunque soy el cabeza de familia de los Barrone, mi padre demuestra cuánta autoridad sigue ejerciendo con el respeto que se ha ganado a lo largo de los años. Nadie le interrumpe, nadie se atreve a hablar por encima de él.

"¡Si no fuerais los jefes de vuestras respectivas familias, ordenaría que os ejecutaran en el acto por tan repugnante falta de respeto!", truena Dante. "Ahora os disculparéis. Ya. Sea cual sea el motivo de esta rabieta, ¡se acabó!".

Me señala con el dedo, con los ojos afilados como cuchillas, y luego se vuelve hacia Leonardo, que asiente, limpiándose la sangre de la nariz y la boca. Anton y Ben me sueltan mientras mi padre se aleja a grandes zancadas, y un suave murmullo empieza a extenderse de nuevo por la sala. Anton me tiende una servilleta e intenta arreglarme la chaqueta, pero lo aparto con un gesto brusco. No necesito ayuda. Necesito a Gianna.

Me giro bruscamente, observando a la multitud, esperando ver a Gianna agitada o quizá furiosa por mi falta de control.

Está de pie cerca, pero en lugar de parecer asustada, parece extrañamente absorta, mirando algo más allá de mí. "¿Gianna?"

Sus ojos se posan en mí tras unos largos segundos y frunce el ceño. "Oh, Marco."

"¿Estás bien?"

Ni siquiera tiene tiempo de responder, porque Leonardo aparece detrás de mí y su presencia hace que me hierva la sangre en las venas.

"Marco", dice en voz alta, exagerando en un tono que pretende ser conciliador. Está claro que intenta parecer el hombre más importante de la noche.

Me giro hacia él. "Leonardo".

"Mis disculpas". Leonardo me tiende la mano. Cien ojos curiosos nos observan desde todos los rincones de la sala. No puedo dejar que parezca mejor que yo, así que le cojo la mano y se la estrecho.

"Aceptadas. La mía también".

Leonardo sonríe ampliamente, como si mi disculpa fuera sincera, y de repente me atrae hacia él y me abraza con fingida cordialidad.

"La verdadera sorpresa es que las mujeres que te rodean nunca mueren de verdad", me susurra Leo al oído en tono venenoso. "Solo fingen estar muertas para librarse de ti'. Después de todo, ¿no es así como sobrevivió tu hermana?".

9

GIANNA

"No he sido yo".

Las palabras salen de mi boca en cuanto se cierra la puerta. El viaje de vuelta fue tenso, con Marco casi siempre al teléfono dando órdenes como si su vida dependiera de ello. Incluso su padre permaneció extrañamente callado, desapareciendo poco después de nuestra llegada a la villa, probablemente para atender a lo que Marco preguntaba a los demás.

"Alguien lo hizo", responde Marco con rigidez, paseándose de un lado a otro mientras se arranca la corbata del cuello. "¡Ese asqueroso!"

El teléfono de Marco vuelve a sonar. Contesta sobre la marcha y se aleja hacia el otro extremo del estudio.

Al quedarme sola, me siento lentamente en el sillón más cercano y me quito los zapatos con cuidado. Me duelen los pies y los talones, pero ha merecido la pena. Era la primera vez en mi vida que me sentía tan guapa. Sin embargo, la velada tuvo un regusto amargo.

Leonardo insinuó que sabía que Emilia estaba viva. Semejante revelación sacudió a Marco hasta la médula, y Leo se escabulló con una sonrisa tan satisfecha que fue sorprendente que Marco la dejara escapar.

Ahora él busca una razón plausible por la que Leo haría tal declaración, aferrándose a la esperanza de que sólo fuera un intento vacío de desestabilizarle. Al principio, Leonardo parecía encantador, pero con la llegada de Marco reveló su naturaleza viscosa y manipuladora. Fue un duro despertar: en este mundo, todos tienen algún tipo de agenda.

Pero eso no fue lo que más me impactó. Mientras Marco y Leo se liaban a golpes, vislumbré algo, o mejor dicho, a alguien. En la confusión, casi creí reconocer a una persona. Es difícil estar seguros, pero ¿y si fuera cierto? Si la persona que vi forma parte de este mundo, entonces no estoy a salvo en absoluto.

"¡No me importa lo que cueste!", grita Marco de repente, sobresaltándome cuando su voz rasga el silencio de la habitación. "Quiero que se duplique la seguridad y que alguien vigile a Leo. No debe ni respirar sin que yo lo sepa, ¿entendido?".

Mientras mis pensamientos divagan, me doy cuenta de que Marco se ha quitado la chaqueta del traje y el cinturón, quedándose sólo con una impecable camisa blanca que amenaza con reventar cada vez que inspira profundamente.

¿Me protegería?

Si le dijera la verdad, ¿se ocuparía de mí? ¿O decidiría que no valgo la pena y me eliminaría?

Marco resopla con fuerza. "No. Lo haré. Me pondré en contacto con él, pero sólo después de asegurarme de que no hay fugas que tapar. ¿Ese cabrón habla de mi hermana muerta y se supone que tengo que callarme?".

Cierra la llamada con un chasquido y golpea con fuerza el escritorio con la mano. Me levanto despacio, avanzando descalza hacia él.

"¿Marco?"

Está mirando fijamente la madera, jadeando con fuerza, con los músculos tan tensos que se le ven claramente todas las líneas bajo la camisa.

"¿Hay algo que pueda hacer?"

"Nadie lo sabe", murmura con voz tensa. "Siempre me he asegurado de eso. Todos estos años, nunca nadie supo nada. Y

ahora él dice estas cosas...”

“Quizá esté mintiendo”, sugiero suavemente. “No sé cómo piensa, pero quizá sólo intenta desconcentrarte, hacerte perder la concentración mientras planea algo más grande”.

Marco levanta la vista y me mira a los ojos. “Tienes razón. No sabes cómo piensa”. Se endereza, suspirando con un sonido ronco. “Tengo que averiguar si sabe algo. Si no sabe nada, que se pudra. Si lo sabe... lo mataré. Es la forma más rápida de callarlo”.

“Eso iniciaría una guerra, hijo, y lo sabes”, interviene Dante desde la puerta, recién llegado. “La familia Simone es más grande que la nuestra, Marco. Más fuerte, incluso”.

“Son más grandes, seguro, pero no más fuertes. Son como pollos sin cabeza, desorganizados y desbandados. Utilizan el número para abrumar, pero ¿cuántas veces hemos luchado contra ellos, eh? No cuentan para nada”.

“No los subestimes”, replica Dante.

“¿Qué quieres que haga?”, grita Marco de repente, haciendo que me sacuda con el corazón en la garganta. “¡Sabes muy bien por qué tengo que cortar esto de raíz! No voy a permitir que estas últimas décadas queden inutilizadas porque Leonardo Simone crea que tiene toda la información!”.

Dante no responde. Nos mira a Marco y a mí y luego niega con la cabeza. “Entonces esperemos que Gianna tenga razón y sólo intente confundirte”.

~

Qué noche.

El cansancio pesa sobre mis miembros mientras subo las escaleras, con la mente agitada. La supervivencia de Emilia puede que ya no sea un secreto, y un fantasma de mi pasado me persigue. *¿Podría ir a peor?*

A pocos pasos de la cima, Marco me levanta de repente en sus brazos. Ni siquiera tengo fuerzas para protestar. Le rodeo el cuello con los brazos y me aferro a él con un suave gemido de

agradecimiento. Me lleva hasta el dormitorio y me tumba con cuidado en la cama.

Después de semejante velada, la idea de alejarme de él no me atrae en absoluto. Cuando intenta apartarse con un gruñido, le agarro de la muñeca.

Se vuelve para mirarme, tan agotado como yo, pero hay algo irresistiblemente atractivo en su camisa manchada de sangre medio abierta y en el desorden salvaje de su pelo.

No hablo. Sinceramente, ni siquiera estoy segura de lo que quiero de él, aparte de su presencia. Me mira, mantiene el contacto visual durante una eternidad y, de repente, se inclina hacia delante y nuestras bocas chocan. Me besa como si quisiera devorarme, y yo estoy completamente de acuerdo.

Mi mente se queda en blanco, y lo único que existe es la suave presión de sus labios, el áspero roce de su barba y su mano grande y cálida en el lateral de mi cuello.

En este momento, soy suya.

Marco rompe el beso, me empuja hacia la cama y desaparece entre mis piernas. El vestido se levanta en un instante y él desaparece por completo de mi vista.

Pero lo siento. Sus manos ásperas acariciándome los muslos, su boca cálida dejándome besos húmedos y mordaces en la cara interna del muslo, el picor punzante de su barba contra mi piel sensible, y luego el movimiento de su lengua, caliente y firme.

Marco respira contra mis bragas, y cada bocanada de aire que toma me provoca oleadas de calor, como chispas de electricidad que se extienden desde mi centro hasta la punta de mis dedos. Entonces gruñe suavemente, una vibración que me hace temblar entera, y aparta la tela.

Hunde su cara entre mis pliegues como un animal hambriento, devorándome por completo.

Gimo con fuerza y mi cuerpo se rinde ante él, cada músculo cediendo al placer mientras Marco me explora con su lengua. Me sujeta con fuerza los muslos para impedir que me mueva, apretando su cara contra mí como si quisiera conocer cada centímetro de mi cuerpo. Su lengua está en todas partes: acaricia mi clítoris hinchado

y sensible, desciende hasta mi abertura palpitante, necesitada de todo lo que pueda darme.

El ritmo con el que me lame y me acaricia es perfecto, una alternancia de movimientos que parecen escribir una melodía en mi cuerpo. Rápidamente descubre mis puntos más sensibles -como el lado derecho de mi clítoris- y cada vez que se concentra allí, mis gemidos se hacen más fuertes.

Su dedicación me arrastra al borde del placer, y me aferro al vestido que aún llevo puesto. Pero la tela es demasiado suave, demasiado asfixiante. Quiero sentir a Marco por todas partes. Quiero saborearlo, pasar los dedos por su pelo, explorar las cicatrices de su cuerpo y sentir la seguridad de sus fuertes brazos a mi alrededor.

Este deseo, combinado con la intensidad de sus movimientos, me lleva al límite. El orgasmo me invade como una gran ola y grito mientras mi cuerpo se arquea bajo él. Cada músculo se contrae con fuerza y el placer se extiende en violentas oleadas que me dejan sin aliento. Marco no se detiene, sigue lamiéndome y acariciándome hasta que cada pulsación se calma y quedo un montón tembloroso y satisfecho sobre la cama.

Sólo entonces se retira, dejándome un beso en la cara interna del muslo.

"Descansa, Gianna", me dice en un tono bajo y dulce.

Le miro soñolienta, sin ocultar mi deseo de que se quede. Me falta valor para decírselo, y él parece casi a punto de ofrecérmelo, pero las palabras se quedan en suspenso.

En lugar de eso, Marco se aparta. Me quedo dormida en cuanto dejo caer el vestido al suelo, agotada por la noche que acabo de pasar.

Pero ni siquiera la atención de Marco consigue alejar las pesadillas. Me despierto aturdida en mitad de la noche, cuando la casa está envuelta en el silencio. No debería pensar en ello, pero la figura de aquella mujer sigue persiguiéndome.

Enciendo la luz de la mesilla de noche con un gesto lento, cojo el portátil de donde lo dejé y me recuesto sobre las almohadas. El bostezo que sigue es tan largo e intenso que me lloran los ojos.

"Qué desastre", murmuro, lamentando no haber tenido fuerzas para lavarme los dientes antes de dormirme.

Me muevo para encontrar una postura más cómoda, pero el movimiento provoca una sacudida a lo largo de mi cuerpo. Cada contacto es un recuerdo vívido de la noche que acaba de pasar: un eco palpitante que me hace apretar los labios para no dejar escapar un gemido. Marco ha dejado su huella, y pensar en cómo lo ha hecho enciende un calor inesperado en mi mente.

Enciendo el portátil y tecleo de inmediato las palabras que pasan por mi cabeza. *Hace cuatro años. Un caso periodístico que creía enterrado para siempre. Una larga lista de artículos llena la pantalla,* y mi corazón se acelera en un crescendo que me deja sin aliento.

Sí, hace cuatro años, dos estafadoras fueron detenidas por un robo que acabó en tragedia: un hombre murió esa noche. Ambas fueron condenadas gracias al testimonio de una tercera persona presente en el lugar de los hechos.

Esa persona era yo.

Mi foto no acabó en los periódicos, parte del trato que hice con la policía. Era joven, estúpida, y para ellos yo era el pez pequeño. Las detenciones de las otras dos personas fueron el trofeo que querían, mientras que yo conseguí labrarme una segunda oportunidad, aunque llamarla 'vida' era una exageración.

Las dos culpables deberían seguir en la cárcel, pero ver la cara de una de ellas en aquella cena me heló la sangre.

"Mierda", susurro, pasándome una mano por la cara.

Si está fuera de la cárcel, desde luego sabe quién la encerró: *yo.*

Y si está aliada con Leonardo, solo significa una cosa: *está aquí para vengarse.*

10

MARCO

Las uñas de Gianna recorren mi espalda, dejando estelas de fuego ardiente que me hacen estremecer. Me separo de su cuerpo jadeante con un gruñido y siento que los músculos de mis hombros se estremecen, como si trataran de absorber esas sensaciones punzantes. Su coño se aprieta en torno a mi polla, interrumpiendo el ritmo de mis embestidas. Cuando vuelvo a moverme, sus manos se deslizan por mi pecho, trazando caminos ardientes.

"Joder", gime, moviendo la cabeza a derecha e izquierda. "No pares. Sigue".

Hay tanta urgencia en su voz que no puedo ignorarla. Acelero el ritmo, aumentando la velocidad y la fuerza de mis caricias mientras aprieto mi brazo alrededor de su cintura para curvar su cuerpo. La posición inclina sus caderas y cada movimiento mío es más profundo, arrancándole un gemido más fuerte.

Gianna se entrega por completo, con los brazos por encima de la cabeza y los dedos aferrados a las sábanas. Sus pechos se balancean con cada brazada, el sudor brilla en su piel, y cada embestida hace que los músculos de su vientre se contraigan.

Su belleza me hipnotiza. Vestida, desnuda, da igual. Hay algo en Gianna que me ha sacudido por dentro, más de lo que jamás había

imaginado. Podría quedarme aquí para siempre, hundido hasta las pelotas en su coño, observando cómo el placer baila sobre su cuerpo como una sinfonía de temblores y espasmos.

Me arden los muslos, me gime la rodilla izquierda, pero lo ignoro todo y sigo penetrándola con fuerza. Gianna lo tiene claro: cuando encuentra el ritmo que le produce placer, no quiere distracciones.

Hoy, el ritmo adecuado son mis caricias profundas, mi polla rozando su punto G con cada movimiento.

Se lo traga todo, como una mujer muerta de sed. Echa la cabeza hacia atrás, se gira y sus manos recorren sus pechos, apretándolos con fuerza. Quiero hacer lo mismo, pero mi mano libre sujeta una de sus piernas, apretándola contra mi pecho para penetrarla aún más.

No quiero salir nunca.

"Sí", susurra, con la respiración entrecortada. "Así. Así, así. No pares, Marco. No te atrevas a parar".

Una cruel tentación recorre mi mente: detenerme un momento, sólo para ver el fuego de la frustración en sus ojos. Pero no tengo corazón para decepcionarla.

No esta vez.

"Joder". Me inclino y le doy un beso en la suave piel de la rodilla. Su coño palpita alrededor de mi polla, y cada fibra de mi ser se tensa para no correrse enseguida.

Ella primero. Siempre es mejor así.

Gianna grita, sus manos vuelan hacia su cara sonrojada y descienden hasta sus pezones, retorciéndoselos con fuerza. Su cuerpo se tensa en un arco profundo y se corre, gritando mi nombre.

"¡Marco!"

Oír mi nombre escapar de sus labios, envuelto en ese tono áspero y lleno de lujuria, es todo lo que necesito. Dejo que el orgasmo me invada con un gemido profundo, mordiéndole el muslo mientras mi cuerpo se tensa y descargo cada gota de placer dentro de ella... bueno, dentro del condón que envuelve mi polla.

Pero la ilusión es jodidamente sexy.

Su cuerpo se retuerce y tiembla debajo de mí, hasta que ambos quedamos exhaustos. Dejo caer su pierna sobre la cama y Gianna

gime, extendiendo una mano hacia mí. Me inclino, obediente, y la beso perezosamente, saboreando su dulzura durante unos instantes.

El aire fresco nos envuelve y me obliga a separarme. Me levanto, me quito el preservativo y lo tiro a la papelera, luego me dirijo a la cómoda en busca de ropa.

Darle su propia habitación me parecía la decisión correcta, pero con ella tumbada desnuda en mi cama, añoro la idea de ver sus cosas junto a las mías. *Quizá algún día.*

Me vuelvo hacia ella con una toalla en la mano, pero Gianna ya se está moviendo. Una mano está entre sus piernas, la otra... en la cesta.

"¿Qué haces?"

"Estoy pegajosa", murmura. "Nunca estoy tan pegajosa". Después de un momento, saca el condón y desliza un dedo por un desgarro de la goma. "Mierda. Se ha roto".

"Joder", resoplo, entregándole la toalla. "Mi padre estará encantado de saber que puede tener un heredero".

Gianna se deja caer sobre la cama con un gemido. "Lo dudo. Tuve paperas de niña. No creo que pueda quedarme embarazada".

Algo dentro de mí se tensa al oír esas palabras, y ni siquiera sé por qué. *Estoy... ¿Desilusionado?*

Gianna parece absolutamente segura de lo que dice: no muestra signos de pánico por el preservativo roto, y respeto su calma. Pero no puedo evitar esta extraña sensación.

"Te compraré la píldora del día después", le digo, manteniendo un tono neutro. "Pero que Dante no se entere de nada, o podría estropear algo, como poner algo en tus bebidas".

"¿De verdad?", pregunta Gianna, el rubor de su cara desaparece al instante mientras se limpia con la toalla. Sus manos se mueven con rapidez, pero noto la tensión en su postura.

"No lo sé", respondo con una media sonrisa, casi amarga. "Pero si se entera de que hay una remota posibilidad de que estés embarazada, no te daría un respiro".

"Hm". Tras unos cuantos golpes firmes con la toalla, Gianna se recuesta contra las almohadas, y verla tan relajada me desafía. Sólo quiero volver a estar a su lado.

"Te prometí algo y cumpliré mi palabra", le aseguro. "Abordaremos la cuestión del heredero más adelante. Ahora mismo mi prioridad es Leonardo".

"Y el espía", añade Gianna lentamente, con una mirada que casi consigue desarmarme. "Tú me crees, ¿verdad? Que no fui yo".

"Sí." Asiento con la cabeza mientras me abotono la camisa, dejando que mis palabras sean claras y definitivas. "Aceptaste nuestro trato de no morir. Sería contraproducente para ti revelar un secreto y encontrarte con una condena segura".

Tras vestirme, me inclino sobre ella, desnuda y relajada, y dejo un ligero beso en su cuello. "Que tengas un buen día".

"Tú también", me saluda con una distraída inclinación de cabeza, pero su sonrisa cansada me golpea. La idea de dejarla allí, tan acogedora y cálida, me atormenta.

Pero hay cosas más urgentes.

En los últimos días, Leonardo Simone ha inundado mi teléfono con fotos de mujeres desconocidas, acompañadas exactamente de la misma frase: *¿Es tu hermana?* Cada vez que oigo el ping de un mensaje, el corazón se me sube a la garganta, temiendo que por fin me mande una foto de la verdadera Emilia.

Hasta ahora, no ha ocurrido. Sé que sólo lo hace para atormentarme, para jugar con mis nervios. A Leonardo le gusta sentirse poderoso, como si tuviera un as en la manga, y tengo que averiguar cómo. Tengo que saber quién traicionó el secreto de Emilia.

Interrogué a todo su personal, y no encontré rastros de comunicaciones sospechosas. Ninguno de ellos tiene más teléfonos que los que yo les proporcioné. Emilia entendía mis preocupaciones, pero estaba claro que estaba furiosa por las horas dedicadas a vigilar y presionar a sus leales.

La confianza es algo raro. Y alguien la destruyó.

Quienquiera que haya sido, lo haré polvo.

Cruzo la finca, en dirección a la cocina, cuando una nueva notificación ilumina mi móvil. Al principio creo que es Leonardo, pero es un mensaje de uno de mis hombres que le está siguiendo. Me

confirma que Leonardo se ha detenido en uno de sus almacenes y que lleva más de una hora sin moverse de allí.

Una sola pregunta pasa por mi mente: *¿Debo enfrentarme a él? ¿Terminamos con todo esto aquí, cara a cara?* La respuesta es afirmativa.

Envío órdenes a Anton y Ben para que protejan a Gianna, y luego me dirijo al garaje.

Los juegos de Leonardo terminan aquí.



En cuanto llego, encuentro a mis hombres y a los de Leonardo frente a frente en una situación llena de tensión. Rápidamente me informan de que Leo estaba a punto de marcharse cuando mis hombres deciden detenerle, sabiendo que yo ya estaba de camino. Les doy las gracias con una inclinación de cabeza y entro en el edificio. El penetrante olor a *hierro forjado*, *pintura de plomo* y algo *agrio* me golpea al pasar junto a las cajas de madera y las carretillas elevadoras abandonadas, puestas en espera por la llegada de mi equipo.

Al pasar por una esquina, veo a varios de mis hombres con sus rifles apuntando a Leonardo y los suyos, a los que superan ampliamente en número. Es *extraño*, teniendo en cuenta que estamos en territorio de Leo, pero parece claro que su gestión deja bastante que desear.

"Oh", resopla Leo, poniendo los ojos en blanco al verme. "Eres tú".

"Qué cálida bienvenida. ¿Siempre eres tan afable, Leo?".

"Es algo natural", murmura. "¿Qué demonios estás tramando, Barrone? Parece que estés pidiendo guerra".

"¿De verdad? Yo diría que es sólo una charla entre amigos", respondo, avanzando hasta quedar cara a cara con él. "No soy yo quien está jugando".

"Ah, ¿recibiste mi mensaje?". Leo sonríe socarronamente. "Podrías haber llamado. No hacía falta tanto teatro".

Echo un vistazo a mi alrededor, observando las muchas cajas abiertas y dejadas a un lado, mientras otras siguen esperando a ser recogidas. *Una chispa y este lugar ardería más rápido que una hoguera*.

"Deja de jugar a estos juegos, Leo. Tienes mi atención, ahora habla. ¿Qué es lo que crees que sabes?"

"¿Crees que es tan fácil?" Leo pone los ojos en blanco y cruza sus musculosos brazos sobre el pecho. "Te conozco, Marco. Conozco los juegos sucios y pervertidos de tu familia. No creas que voy a darte esta información sin hacerte daño antes".

"Así que no tienes nada", digo, dejando escapar un suspiro exasperado mientras le miro fijamente. Intento sacarle de su farol. "Debería haberlo visto venir. Los Simone no son más que amenazas vacías y palabras al viento. ¿Pero bromear sobre la memoria de mi hermana? Tienes un deseo de muerte, y estoy más que dispuesto a concedértelo".

"¡Ajá!", exclama Leonardo, levantando una mano para detenerme mientras con la otra se mete la mano en el bolsillo. "No quieres hacer esto, porque en el momento en que derrames una sola gota de mi sangre..." saca una hoja de papel en blanco, agitándola delante de mí, "...esto irá directamente a manos de todas las demás familias. Eres fuerte, Marco, pero ni siquiera tú puedes enfrentarte a todos".

Un escalofrío me recorre la espalda mientras le miro, con el estómago retorciéndose en un torno de disgusto. Se está tirando un farol, pero tiene razón en una cosa: no podemos hacer frente a todas las familias del Estado. De momento, enfrentarse a Leonardo ya es bastante complicado, gracias a los temerarios planes de mi padre. Me obligo a guardar silencio, dejándole hablar.

Quiero que crea que tiene el control, y su expresión arrogante confirma que ha mordido el anzuelo.

"Te vi en aquella fiesta", dice, empezando a pasear de un lado a otro, como un depredador que estudia a su presa. "La gente te hablaba de armas y drogas como si no supieran la verdad".

"¿La verdad?", le invito a continuar en tono frío.

"Todo el mundo sabe cuál es el verdadero negocio de los Barrone", suelta con desprecio. "El tráfico de personas. Vuestra moneda son las personas. Esclavos. Sin embargo, nadie se atreve a decirlo abiertamente".

Aprieto la mandíbula mientras una oleada de ira recorre mi cuerpo, caliente y sofocante. Recurro a todo mi autocontrol para quedarme quieto y no saltarle al cuello.

"Ah, así que eso es lo que piensan", respondo con los dientes apretados, con la voz afilada.

"Ni siquiera lo niegas", gruñe Leonardo, con una sonrisa venenosa que hace que me piquen las manos. "Lo sabía. Eres repulsivo, Marco. Sólo porque tienes un apellido antiguo y una fastuosa finca, la gente hace la vista gorda ante tus crímenes. Pero yo me di cuenta de todo. ¿Todas las mujeres y niños que desaparecen a tu alrededor?".

Leonardo reanuda la marcha, ignorando las armas que le apuntan. "¿Cuándo Elodie desapareció, y su marido fue encontrado muerto poco después de que tú hubieras ido a cenar con ellos? No me convenció. Y ella era una mujer extraordinaria, ¿no? Así que empecé a investigar. Los Netcis: su don terminó flotando en un río, ¿y sus dos hijas? Desaparecidas. Los Calderone: la esposa desapareció, luego los tres hijos también. ¿Y él? Muerto. ¿Los Morelli? La misma historia. Marido muerto, esposa e hijos desaparecidos. Podría seguir".

Hace una pausa, acercándose lo suficiente para verme a los ojos. "Indagué profundamente, Marco. Todos esos nombres tenían algo en común: tú. En las sombras te llaman el diablo. Te llevas a mujeres y niños para venderlos, y luego exterminas al resto de la familia para que nadie pueda buscarlos. Eres una maldición viviente".

Sé cuál es su juego. Teje una trama con medias verdades para construir una mentira mayor. Ahora me provoca utilizando a mi hermana. ¿Busca venganza o algo más retorcido?

"¿Qué pasa con mi hermana?", siseo, sintiendo que los músculos de mi mandíbula se tensan hasta el punto de dolerme.

No me extraña que huyera de una familia monstruosa como la tuya", responde con una sonrisa. "Lo sabía, ¿verdad? Probablemente

temía ser la siguiente en desaparecer si daba un paso en falso".

Leonardo se acerca de nuevo, mis hombres responden al instante con el amenazador sonido de los rifles amartillándose. No se detiene. En lugar de eso, empuja un papel contra mi pecho.

"Bien, la he encontrado, Marco. Y la mantendré a salvo. Si quieres volver a verla con vida, harás exactamente lo que te diga".

Bajo la mirada hacia el papel y descubro una fotografía ampliada de una mujer. Por un momento se me para el corazón. Espero ver a Emilia y las palabras de Leonardo me congelan por un instante.

Pero no es ella.

Dejo que Leonardo se vaya, permitiéndole creer que tiene el control. Sin embargo, una parte de mí permanece clavada en el sitio, invadida por una fría conciencia. Esa mujer no es Emilia, pero su rostro tiene algo familiar que me atormenta.

No la conozco y, sin embargo, siento que debería conocerla.

Leonardo está convencido de que está relacionada conmigo. Y eso me preocupa más que cualquier amenaza que pueda lanzarme.

¿Quién demonios es?

11

GIANNA

"Déjamelo a mí". Me levanto de la silla y cojo la pequeña jarra de porcelana de las temblorosas manos de Emilia.

"Lo siento", murmura, cruzando las manos sobre el regazo, metidas bajo la manta.

Hago un gesto para minimizar sus disculpas, vierto una gota de leche en su té y vuelvo a sentarme. "No es nada, es sólo leche".

"Hoy es sólo leche. Mañana puede ser mi medicina, o el bastón que necesito en el baño, o un vaso poco firme", dice Emilia con voz delgada, cargada de un cansancio que me oprime el pecho.

"Tienes razón. Lo siento".

"No, yo lo siento más". Ella sacude la cabeza, soltándose contra el respaldo de la silla. "Nadie puede entender lo que es vivir así, y no espero que tú lo entiendas enseguida. Es sólo que..." Cierra los ojos brevemente, como si hiciera acopio de fuerzas. "Estoy preocupada por Marco".

"¿Y por Leo?", pregunto, rodeando mi taza con las manos para calentarme, pero sin intención de beber. No puedo. Tengo el estómago revuelto desde que Leo hizo aquellas revelaciones y desde que vi a aquella mujer en la fiesta. De repente, esta burbuja de seguridad ya no parece tan a salvo.

"Sí". Emilia alisa nerviosamente la manta extendida sobre sus piernas. "Las acusaciones de Leo sugieren que tenemos un infiltrado. Un espía. Marco vino aquí el otro día para interrogar a mi equipo y ahora todo el mundo está tenso. Y yo también, porque no puedo evitar preguntarme si alguien mintió y es un peligro para mí, o si está pasando algo más".

"Marco me parece el tipo de hombre que obtiene respuestas", la tranquilizo suavemente, intentando a mi vez calmarme. "No creo que se le escape nada".

"Tal vez". Emilia insinúa una sonrisa, pero la calidez que suele iluminar sus ojos parece apagada. Los cierra durante unos segundos, permaneciendo en silencio, antes de reanudar. "Ella es un ángel. Ha sacrificado tanto por mí, ha hecho tanto por mantenerme a salvo... Pero temo que en todo esto se esté perdiendo, que se esté olvidando de vivir. Estoy agradecida, sí, pero también preocupada".

"¿Y crees que este asunto con Leo sólo le empujará a intensificar sus esfuerzos por protegerte?".

"Exacto", dice Emilia, y se le quiebra la voz. "Y tú, pobrecita, quedas atrapada en todo este lío".

"No te preocupes". Aprieto el nudo amargo que me atenaza la garganta y le dirijo mi sonrisa más tranquilizadora. "Puedo serte útil. Sabes, se me da muy bien correr y esconderme, así que si tenemos que hacerlo para mantenerte a salvo, lo haremos. Y Marco está vivo. Sólo quiere protegerte. Lo uno no descarta lo otro".

No estoy segura de si mis palabras realmente consiguen calmarla, pero Emilia parece más tranquila durante el resto de nuestra merienda. Me habla de unos nuevos plantones que está cultivando y me explica largo y tendido lo crucial que es esta estación para que algunas de sus plantas sobrevivan al invierno. Habla con tanta pasión que casi siento envidia.

Nunca he amado nada tanto como ella ama la jardinería. Mi vida siempre ha sido una lucha por la supervivencia, nunca he tenido tiempo de pararme a disfrutar de nada, sólo porque puedo. Tal vez yo también habría cultivado un huerto, si hubiera tenido la oportunidad.

El té termina cuando Emilia se siente cansada, y me excuso mientras su equipo se ocupa de ella. Vuelvo a mi habitación y me pongo directamente con el portátil. No hay nada que pueda hacer para ayudar con la situación de Leonardo, pero mi propia condición es algo sobre lo que sí puedo tener control.

Tener un falso marido mafioso tiene muchas ventajas, como un portátil ya conectado a un servidor, lo que facilita mucho la búsqueda de información. Llevo días concentrado en encontrar cualquier detalle sobre la mujer que vi en la fiesta.

Si viene a por mí, tengo que estar preparada.

No sé cuánto tiempo paso encorvada sobre el portátil, pero cuando alguien llama a la puerta y me enderezo, me duele el cuello de la tensión. "¡Adelante!"

Tara asoma la cabeza por la puerta. "Hola, no has bajado a cenar, así que te he traído algo. ¿Estás bien?"

"¡Tara!" Ver una cara amiga es justo lo que necesito para animarme. Doy una palmada en la cama a mi lado y muevo el portátil a mi regazo. "Pasa."

Tara entra, deja una bandeja con un tazón de sopa y pan sobre la mesilla de noche, y luego se sienta a mi lado. "¿Qué pasa?"

"Nada. Estoy bien, sólo quería compañía".

"Si quisieras compañía, habrías venido a cenar", observa Tara. "Estás rara desde que volvimos de la fiesta. ¿Ha pasado algo? Si alguien te ha hecho daño, ¡tienes que decírselo a Marco!".

"¡No, no, nada de eso!". Le aprieto el brazo y se me aprieta el corazón ante su preocupación. "No es nada, de verdad".

Tara me lanza una mirada inquisitiva y luego baja los ojos hacia la pantalla del portátil. "¿Por qué miras los archivos de la cárcel?".

Cierro bruscamente el portátil, pero el daño ya está hecho y se me escapa un gemido de frustración. "¿Prometes no juzgarme?"

Tara sonríe, poniendo los ojos en blanco. "¿Con todo lo que está pasando aquí? Ninguno de nosotros está en posición de juzgar".

Respirando hondo, vuelvo a abrir el portátil mientras un temblor me recorre los hombros. Nunca se lo he dicho a nadie, pero Tara es la única amiga que tengo aquí. En caso de que acabe muerta antes

de que Marco consiga averiguar la verdad, al menos alguien podría explicárselo todo.

"Yo..." Las palabras se me atascan en la garganta y un calor incómodo se acumula detrás de mis ojos. "Lo siento."

"Oye." La cara de Tara se llena de preocupación. "Gianna, ¿qué pasa? Sea lo que sea, no puede ser tan malo".

Las lágrimas me llenan los ojos y una sensación de vulnerabilidad se apodera de mi pecho. "No lo sé", susurro con la nariz pellizcada. "Podría serlo". Cierro los ojos, intentando rechazar la marea de emociones contenidas, y empiezo a hablar.

"Cuando era más joven, tenía dieciséis o diecisiete años, solía salir con una pandilla. Al principio no lo sabía, ¿entiendes? Pensaba que todos éramos amigas. Veía cosas, pero estaba en la calle y no me importaba. Pensé que había encontrado gente con la que estar, una razón para levantarme por la mañana, así que me pareció bien. Me enseñaron muchas cosas. Robábamos carteras, estafábamos a hombres en los bares por dinero o por una noche en un hotel".

Tara asiente mientras hablo, luego saca unos pañuelos de su bolsillo y me los entrega en un gesto dulce.

"No sabía mucho de ellas, pero estaba bien. Tampoco ellas sabían mucho de mí. Las dos con las que pasé más tiempo se hacían llamar Mango y Cherry. Apodos, supongo. En fin, una noche ligué con un hombre en un bar, pero se asustó cuando se dio cuenta de que solo tenía diecisiete años. Sacó una pistola y empezó a agitarla. Pensé que iba a matarme".

El corazón se me acelera al volver a aquel sucio callejón, frente al cañón de aquella pistola.

Tara me agarra la mano y me la aprieta con fuerza.

"Mango y Cherry intervinieron inmediatamente. Le quitaron la pistola y empezaron a acosarle. Le acusaron de todo tipo de cosas porque era menor de edad. Creo que querían asustarle, porque él me había asustado a mí. Al final, le convencieron para que vaciara sus cuentas bancarias y nos fuimos con el dinero".

"Cariño, no es culpa tuya", dice Tara en voz baja. "Uno, eras una niña pequeña. Y dos, casi te mata. ¿Perder su dinero? Es lo menos que podía pasarle".

"No, se pone peor". Se me nubla la vista y se me forma un nudo de saliva en la garganta. "Unas noches después, aquel hombre se emborrachó completamente, supongo que porque le habíamos arruinado la vida. Se puso al volante y acabó suicidándose, arrastrando a otra persona con él. La policía nos localizó rápidamente, supongo que gracias a sus cuentas bancarias y al bar. Yo estaba aterrorizada. Alguien había muerto por nuestra culpa. Quizá era una mala persona, o quizá sólo estaba asustado. No lo sé. Pero murió. Y mató a alguien más también. Por nuestra culpa".

Tara me rodea los hombros con el brazo, pero me resisto a su consuelo.

No me lo merezco.

"Yo también tenía miedo de la policía", continúo. "Así que dije la verdad. Y, como era joven, me ofrecieron un trato. Creo que llevaban mucho tiempo buscando a Mango y a Cherry, y esa era la prueba que estaban esperando. Me sentí tan culpable que les conté todo, y Mango y Cherry acabaron en la cárcel. Me dejaron libre, supongo que porque no era más que un pez pequeño para ellos".

"¿Por eso las buscas?", preguntó Tara. "¿Para ver si siguen ahí?".

Enjugándome los ojos, atraigo el portátil hacia mí y trago saliva. Cada respiración rechina contra el crudo dolor de mi garganta mientras mi pecho palpita sin cesar.

"Más o menos. Después de aquel asunto, mejoré mucho en la elección de objetivos. Y nunca los olvidé, porque sabía que ellas no olvidarían que fui yo quien los envió".

Rebusco en el bolsillo y saco una vieja foto arrugada, doblada tantas veces que mi cara se reduce ahora a una serie de pliegues indistintos. Se la doy a Tara.

"Esa es Cherry. Y esa es Mango". Señalo a las dos mujeres de la foto de grupo y Tara asiente lentamente. "Pero vi a Cherry la otra noche, en la cena".

"¿Qué?" Tara devuelve la foto, y el líder se dirige hacia mí. "¡¿Ha salido de la cárcel?!"

"Creo que sí. Aunque aún es pronto, así que estoy intentando averiguar cómo es posible, ya que llevaban sentenciadas tanto tiempo. Por un momento pensé que estaba equivocada, que sólo era

un juego de mi mente, pero la he visto varias veces. Suficientes para estar segura".

"¿No será una gemela?", sugiere Tara con una pequeña sonrisa.

Niego con la cabeza mientras doblo cuidadosamente la foto.

"Entonces, si está fuera, sabe que fui yo quien la metió dentro. Y ahora está aquí, tan de repente, así que estoy...". No tengo palabras. No puedo ni imaginar lo que podría hacerme si me encontrara, y saber que Marco está ocupado con Leonardo me hace sentir perdida y sola.

"Puedo preguntar por ahí", dice Tara de repente. "Tengo muchos contactos en las otras familias, sobre todo entre el personal presente en esa cena. Puedo investigar y ver si alguien sabe algo. Quizá podamos averiguar con quién estaba".

"¿Lo harías?" La miro con los ojos muy abiertos.

"Claro". Tara me aprieta la mano con una sonrisa tranquilizadora. "Has sido muy amable conmigo desde que llegaste. Eso es lo que hacen las amigas, ¿verdad?".

Me quedo sin habla por un momento. En el fondo, temía que a Tara le horrorizara lo que había hecho, pero claro, ella vive en este mundo mafioso. Tal vez, comparado con lo que ella vio, mis acciones sean poca cosa.

"Gracias, Tara. Muchas gracias".

"De nada", sonríe. "Al menos tendrás alguna certeza y tu mente dejará de perseguir mil hipótesis".

"¿Puedo preguntarte algo más?".

"Cualquier cosa".

"¿Puedes comprarme un test de embarazo?".

Los ojos de Tara bajan hasta mi estómago. "¿Estás...?"

"No lo sé. Creo que no, pero Marco tenía que traerme la píldora del día después la semana pasada y aún no lo ha hecho. No quiero correr riesgos".

"Yo me encargo".

En cuanto Tara se levanta de la cama, la puerta se abre y Marco entra con paso firme. Escondo rápidamente la vieja foto bajo la almohada y vuelvo a colocarme en mi sitio, intentando parecer despreocupada.

Marco echa un vistazo a Tara y, con una mirada, la hace inclinar ligeramente la cabeza antes de salir apresuradamente de la habitación, no sin antes dedicarme una sonrisa alentadora. Cuando nos quedamos solos, me limpio rápidamente los ojos.

"¿Por qué lloras?", pregunta Marco, deteniéndose a los pies de la cama.

"Tara y yo estábamos viendo vídeos de animales que se reencuentran con sus dueños después de tanto tiempo", miento despreocupada. "Siempre me conmueve".

"Ah. Ya veo."

"¿Estás bien?" le pregunto rápidamente, cambiando de tema. "¿Sigues tras la pista de Leonardo?".

"Lo encontré anoche, pero...". Marco sacude la cabeza. "Ese cabrón no tiene ningún sentido".

"¿Sabe lo de Emilia?"

"No. Quiero decir... está convencido de que sabe lo de mi hermana, pero luego me dio esto". Marco saca un papel de su bolsillo y me lo da. "Cree que es mi hermana, y parece muy seguro de lo que dice".

Bajo la mirada hacia el papel y mi cuerpo se congela, como si me hubieran arrojado a un río helado. Se me aprieta el pecho y el aire se detiene en mis pulmones; la imagen que tengo delante se difumina y recompone como un mal sueño.

Es una foto de Cherry.

12

MARCO

Pasé los días siguientes intentando averiguar quién era aquella mujer desconocida y por qué Leonardo parecía tan convencido de que era mi hermana. Le enseñé la foto a mi padre, pero en sus ojos no había ninguna señal de reconocimiento. Eso descartaba la hipótesis de una hermana secreta en el mundo. Emilia tampoco la reconoció, y tras días persiguiendo la nada, decidí que la única forma de averiguar la verdad era forzándola a salir de su interior.

El problema es que Leonardo se ha escondido. Quizá sepa que me ha mandado a paseo innecesariamente, o quizá sea lo bastante listo como para darse cuenta de que prefiero hablar con los puños. En cualquier caso, mi búsqueda para identificar a esa mujer se ha convertido en una caza de Leonardo, con mis mejores hombres pisándole los talones.

Todo lo que puedo hacer es esperar. Y no soy un hombre paciente.

Afortunadamente, cuando me acuesto esa noche, encuentro la distracción perfecta dos puertas más abajo.

Llamo una vez y entro sin dudarlo. Encuentro a Gianna tumbada en la cama con la cara enterrada en su portátil. Ha estado ocupada con ese trasto desde que se lo regalé, y me alegro de que haya

encontrado algo con lo que entretenerse, pero preferiría que estuviera ocupada conmigo.

"¿Pasa algo?", pregunta Gianna, cerrando el portátil y apartándolo mientras me acerco.

"Quítate la ropa".

Entrecierra los ojos. "¿No hay preliminares?"

"Esto *son* preliminares. Quítate la ropa o te la arranco".

Gianna, vestida sólo con un ligero pijama de camiseta y pantalón corto, cruza los brazos sobre el pecho. "Prefiero que me la arranques".

Acepto el reto.

Me lanzo sobre ella, dejándola caer sobre la cama con un chillido. Se ríe cuando la empujo hacia abajo, reclamando su boca sonriente en un beso profundo. Sus manos se enredan en mi pelo y tiran con fuerza, así que le devuelvo el favor. El ligero tejido de su pijama no tiene nada que hacer contra mi fuerza: de un tirón en ambas direcciones, la camiseta se rompe por las costuras.

Gianna se ríe cuando la tela se desprende, mostrando sus pechos desnudos a mis manos. Los aprieto con fuerza, pellizcándole los pezones entre los nudillos y metiéndole la lengua en la boca. Gime con fuerza, pero cuando retrocedo para arrancarle los calzoncillos, se echa a correr con otro gritito.

La agarro por el tobillo y la arrastro hacia mí. Chilla divertida mientras se pone boca abajo, pataleando para escapar de mí.

Volver a ponerla boca arriba es un juego de niños. Le agarro la cintura de los calzoncillos, aprieto la tela y tiro hasta que la costura le aprieta el coño. Gianna jadea y grita, pero sigo tirando hasta que la tela queda encajada entre sus labios hinchados.

"¿Adónde creías que ibas?", gruño cogiéndole la barbilla.

A Gianna le brillan los ojos y me muerde juguetonamente la punta de la nariz. "No puedo ponértelo demasiado fácil, ¿verdad?", sonríe.

Esta chica me va a volver loco.

Arranco los calzoncillos con fuerza. Gianna suelta un grito cuando la tela se desgarra y sus calzoncillos se hacen trizas en mis manos, dejándola desnuda y sonrojada ante mí. Su pecho se agita jadeante

mientras abre bien las piernas, dejando al descubierto su húmedo coño.

Soy un hombre y no puedo resistirme.

Me subo encima de ella, despojándome de mi ropa mientras beso su cuerpo. Cuando estoy tan desnudo como ella, me arrodillo, la agarro del pelo y le meto la polla hasta el fondo de la boca.

Gianna se adapta enseguida, me agarra de los muslos y mueve la cabeza arriba y abajo a lo largo de mi polla, ahogándose lentamente cada vez que me mete hasta el fondo de su garganta. Tumbada de lado, con la cabeza apoyada en mi regazo, deslizo los dedos por su costado, metiéndolos entre sus piernas. Cuando los deslizo entre sus pliegues cálidos y sedosos, Gianna se arquea y gime profundamente, ahogándose de nuevo alrededor de mi polla. Su garganta se aprieta a mi alrededor como un guante, y un profundo gemido escapa de mis labios.

No puedo resistirme mucho tiempo. Cuando mi mano se moja con sus humores y mi polla palpita al ritmo de los latidos de mi corazón, la suelto. Gianna, sin perder un instante, me roba el condón de la mano y me lo arranca con los dientes. Luego, con la lengua y los labios, lo desliza sobre mi polla, dejándome sin aliento.

Su rostro se sonroja, sus ojos brillan, mientras la follo con un movimiento firme, mi gemido se mezcla con su suspiro cargado de deseo. Sus piernas me rodean la cintura y mis brazos recorren su cuerpo, apretándola hasta que se aferra a mi pecho. Con las manos agarrándola por los hombros, empiezo a follarla con fuerza, arrancándole un grito ronco y cargado de placer.

La agarro con fuerza, tomándola sin descanso, y Gianna disfruta entre mis brazos. Me araña la espalda con las uñas, me clava los dientes en el hombro y echa la cabeza hacia atrás cada vez que el placer es demasiado intenso. En lo único que pienso es en meterle la polla hasta el fondo de su caliente coño, descargando toda la frustración acumulada en el trabajo con gruñidos de rabia.

Se corre al cabo de unos cuantos golpes, pero no me detengo: aún no he terminado. Gianna gime sin vacilar, emitiendo un gimoteo continuo de placer. Entre arañazos en mi espalda, me tira del pelo

con fuerza, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás y luego me besa con fiereza, luchando por dominar mi boca.

Renuncio a ese control mientras vuelvo a follármela con fuerza, sin descanso, hasta que mis muslos palpitan de cansancio y mi espalda arde.

Gozo con un profundo gemido contra sus labios, justo cuando ella alcanza su segundo orgasmo. Nos agarramos el uno al otro, temblorosos y sacudidos por oleadas de placer, y nos desplomamos juntos en una maraña de cuerpos sudorosos entre las sábanas, jadeantes.

"Dios mío", exclama Gianna. "Ha sido increíble".

Estoy totalmente de acuerdo, pero me limito a gruñir, incapaz de apartar la mirada de sus ojos. *Mi corazón vuela.*

¿Estoy perdiendo la cabeza por ella? *Creo que sí.*

Porque la idea de que nuestro acuerdo termine y ella se marche me deja sin aliento. La abrazo con más fuerza, apretando su cuerpo desnudo contra el mío.

¿Y si convirtiera este matrimonio ficticio en algo real? ¿Podría realmente crear una familia?

Estoy a punto de preguntarle algo, cuando el teléfono vibra ruidosamente en el bolsillo de mis vaqueros. Gianna se aparta de mí.

"Voy a darme una ducha", dice, lanzándome una mirada. "¿Quieres acompañarme?".

"Sin duda", respondo, observando el movimiento de sus caderas mientras se dirige al baño.

Cojo mi teléfono y lo compruebo antes de alcanzarla. El mensaje que aparece en la pantalla me deja boquiabierto: *Lo tenemos.*

Han capturado a Leonardo.

De la ducha que hay detrás de mí llega el sonido del agua corriente, y mi polla aún se tensa al pensar en ella.

Dejaré que él se pudra un rato. Luego iré a verle y le arrancaré la verdad.

¿Pero antes? Necesito una ducha.

13

GIANNA

Lo más sensato habría sido quedarme en la villa y dejarme envolver por las emociones cada vez más intensas que Marco me hace sentir. Me deja sin aliento cada vez que estoy cerca de él, y la forma en que me posee me hace sentir reivindicada, como si por fin hubiera encontrado un lugar al que pertenecer.

Pero después de la ducha que compartimos, escucho a escondidas su llamada telefónica. Tiene a Leonardo atrapado, y está de camino para matarlo.

Si tiene éxito, nunca descubriré cuál es la conexión entre él y Cherry.

Engañar a Anton y Ben con una falsa enfermedad fue aterrador. Han estado sobre mí como abejas sobre la miel desde que me escabullí descubriendo la existencia de Emilia, pero mi acto de dolor insoportable, náuseas y la amenaza de que Marco los mataría si no me ayudaban fue convincente.

En cuanto se alejaron, utilicé todos los trucos que conocía para escabullirme de la villa, deslizándome por el suelo del asiento trasero de uno de los últimos coches listos para partir.

En otro momento, habría sido el plan perfecto para escapar si esa siguiera siendo mi prioridad. Pero la llegada de Cherry lo cambió todo. Necesito saber la verdad. Porque si está aquí para vengarse de

mí, Marco podría ser lo único que se interponga entre la muerte y yo.

Acurrucada en el suelo del asiento trasero, oculta entre las sombras, siento el frío cortante que se filtra por todas partes. Es incómodo, pero cuando los dos hombres suben quejándose de lo tarde que es, sé que he tomado la decisión correcta. Por suerte, ninguno de los dos revisa los asientos traseros.

"No saldrá vivo", dice el del volante, agarrándolo con sus manos enguantadas en cuero.

El corazón me late con fuerza, la incertidumbre me atenaza el estómago. ¿De quién hablan?

"Ya era hora", responde el pasajero. "Leo es demasiado dandi. Intenta hacerse el duro, pero no puede hacerle sombra a su padre, que era un auténtico sádico".

"Suenas casi compadeciéndote de él".

"En absoluto. Sólo juega con las cartas que tiene, ¿no? Echa de menos la crueldad de su padre. Cuando ladra suena como un cachorro. Por eso recurre a los juegos mentales. Lástima que eligió el blanco equivocado".

"¿Crees que hay algo de verdad en ello?"

"Ni por asomo". El segundo hombre resopla. "Si la hermana del jefe estuviera por ahí, ¿crees que habría permanecido escondida tanto tiempo? El jefe es un maldito sabueso. No se le escapa nadie".

Marco realmente ha hecho lo imposible para mantener a Emilia a salvo. Ni siquiera sus hombres saben que ella vive bajo el mismo techo. Es impresionante, y libera a estos dos hombres de la sospecha de ser el infiltrado.

El resto del viaje transcurre entre charlas ociosas sobre deportes, mientras yo me acurruco y me replanteo todo lo que sé sobre Cherry. Nunca mencionó el nombre de ninguna familia mafiosa. Estaba drogada, pero hasta yo sé que los Barrone controlan el tráfico de drogas aquí.

¿Entonces por qué está con Leonardo?

No tiene sentido. Cuanto más me adentro en este mundo, más confusa me siento. Casi me arrepiento de la sencillez de la calle,

pero después de un mes aquí, inmersa en secretos e intrigas, estoy segura de que aquella vida se ha acabado.

Marco nunca me dejará marchar, aunque sigamos en buenos términos. Sé demasiado sobre Emilia, y eso ya es suficiente para condenarme si intento huir.

Cuando por fin el coche se detiene, tengo las manos y los pies entumecidos y un temblor me recorre por el frío y la adrenalina. Permanezco escondida, escuchando el murmullo de voces que acaba por desvanecerse.

Luego, el silencio.

Cuento hasta sesenta y me asomo. Un viento helado me golpea de inmediato, y el olor salado del mar me llena los pulmones. Miro a mi alrededor: un aparcamiento lleno de coches colocados de lado, iluminados sólo por tenues faros parpadeantes.

Delante de mí hay un almacén enorme, que cruje y gime como un viejo maltrecho.

Ahí deben de estar.

Doy un paso adelante, pero el aire nocturno estalla con una andanada de disparos que resuenan como latigazos. Me agacho detrás del coche con un gemido mientras estalla el crepitar de las balas. Suena como un castillo de fuegos artificiales todo concentrado en el almacén, y mi corazón late tan deprisa que puedo saborear el hierro en la lengua.

He cometido un error.

¿En qué demonios estaba pensando?

"¿Gianna?" Una voz me llama. Levanto la vista y veo a uno de los dos hombres con un fusil de asalto en la mano mirándome con incredulidad. "¡Qué demonios haces aquí!".

No tengo respuesta para él, y no me resisto mientras me agarra del brazo y me arrastra hacia el infierno de disparos que ruge en el interior del almacén.

Cuando abre la puerta de par en par y me empuja dentro, el combate ya ha cesado. Una luz enfermiza y amarillenta se derrama por el suelo del almacén, vacío salvo por los cadáveres.

La escena es escalofriante. Por todas partes, los hombres yacen en el suelo como trapos abandonados, sus cuerpos retorcidos en

posiciones antinaturales. El único detalle que los une son los agujeros de color rojo oscuro en sus bustos y los charcos carmesí que se extienden bajo ellos.

Los que no fueron asesinados están arrodillados, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, forzados contra la pared trasera del almacén. Los fusiles de los hombres de Marco les apuntan, listos para disparar al menor movimiento sospechoso.

Para mi inmenso alivio, veo que Marco está prácticamente ileso. Su camisa a rayas está manchada de sangre y su mejilla izquierda parece herida, pero su postura es firme y orgullosa. Apunta con su pistola al hombre que se retuerce bajo su bota.

Es Leonardo. Sus dos manos se aprietan desesperadamente contra la herida del muslo, tratando de contener el chorro de sangre.

Nadie levanta la vista cuando entramos. El guardia que me arrastra se detiene bruscamente, a pocos pasos de la puerta.

"La verdad". La voz de Marco es extrañamente tranquila para alguien que acaba de sembrar la muerte y la destrucción. "Estoy perdiendo la paciencia, Leo".

"¿La quieres?" Leonardo jadea, le falta el aire bajo el peso de la bota de Marco que le oprime el pecho. "Puedo... ¡Puedo traértela!".

"¡Deja de mentir!" Marco gruñe de repente, disparando dos tiros certeros que se clavan en los costados de la cabeza de Leonardo.

Me tapo la boca con una mano, ahogando un grito de miedo. Me zumban los oídos por el estruendo. Esta situación es... *pura locura.* Es demasiado real.

Marco se inclina, cargando aún más peso sobre el pecho de Leonardo, y aprieta el cañón de la pistola contra la mejilla de su enemigo. "La verdad, Leo. O te mataré aquí y será uno de tus secuaces el que me diga lo que quiero saber".

"¡De acuerdo!" Leonardo jadea, con los ojos muy abiertos. "Muy bien, déjame volver a levantarme y te diré..."

"No." La voz de Marco es plana, casi aburrida, mientras echa un vistazo a su reloj. "El tiempo corre".

"De acuerdo. De acuerdo, yo... era una farsa, ¿vale? Sólo un juego estúpido para despistarte, para que hicieras movimientos

idiotas y pudiéramos eliminarte de una manera que pareciera limpia a los ojos de las otras familias."

"¿Desde cuándo a un Simone le importa jugar limpio?", dice Marco con desdén.

"¡A mí me importa!", jadea Leo, con la respiración entrecortada. "Antes de que mi padre muriera, le oí hablar de ti y de tu hermana. La forma en que hablaba de eso... No sé. Sumé dos más dos y pensé que era la mejor manera de desestabilizarte. Todo el mundo sabe lo terrible que fue ese ataque y siempre ha habido rumores, ¿verdad? ¿Está muerta o se ha ido? Así que lo intenté. Pensé que eso era lo que mi padre quería hacer y llevé a cabo su plan, eso es todo. Lo inventé todo. Sólo quería derribarte y ocupar tu lugar".

"¿Y aquella mujer?"

"Ella no cuenta para nada".

Un fuerte escalofrío me recorre la columna vertebral, como mil agujas pinchándome la piel. Se me aprieta el estómago. No *'cuenta para nada'*. Para mí, cuenta.

"Adiós". Marco levanta su pistola, apuntando directamente entre los ojos de Leo.

"¡Espera!" Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas y, de repente, todas las miradas se centran en mí. Marco se da la vuelta, su cara se descompone en una expresión de puro asombro al verme, pero rápidamente se convierte en piedra, endureciéndose en una explosión de ira.

"¿Qué demonios haces aquí?", gruñe, con una furia que suena como un latigazo. "Frederick, sácala de aquí inmediatamente".

"¡No, espera!" Me zafo del agarre del guarda hombros y busco desesperadamente una excusa. Si Leo muere, pierdo toda posibilidad de averiguar la verdad sobre Cherry. Pero no entiendo lo suficiente de este mundo como para saber cuáles serán las consecuencias.

¿Matarlo romperá alguna regla no escrita?

"¿Espera?" Marco ruge, su expresión gélida me golpea el pecho como un puño. "Sabes lo que hizo".

"Lo sé", jadeo, deteniéndome a unos pasos de él. "¿Pero no sería mejor dejarlo vivo? Hacernos cargo de su negocio, destruir su vida

pieza a pieza. Claro, es estúpido e hizo algo horrible, pero matarlo... Daría la idea de que ha conseguido impresionarte. Que tu mente es fácil de manipular".

Estoy delirando, aferrándome a retazos de pensamientos inconexos en un intento desesperado por salvar la vida de este hombre. Ni siquiera se me pasa por la cabeza decirle la verdad a Marco. No quiero que me mire de otra manera, al menos de momento.

Un silencio sepulcral se apodera de la escena. Por las miradas tensas de algunos de sus hombres, me doy cuenta de que nadie se ha opuesto nunca a las decisiones de Marco.

Marco choca el cañón de su arma contra la frente de Leo, obligándole a gemir de miedo.

"Hm." Marco se endereza, sus hombres apenas se mueven, como árboles sacudidos por un viento repentino. "Tienes razón. Este gusano tiene una familia bastante grande y no tengo tiempo que perder exterminándolos a todos. Pero he oído que tiene una buena conexión con los rusos para el tráfico de armas". Marco se agacha lentamente y Leo suelta un siseo ahogado.

"Ahora ese enganche es mío, ¿entendido?". Marco gruñe en voz baja y feroz. "Cada aliento de esos pulmones inútiles es un regalo de mi mujer. Así que más te vale besar el suelo que ella pisa".

"¡Lo haré!", gimotea Leo.

"Hazlo", ordena Marco, retirando por fin el pie de su pecho.

Un nudo me aprieta la garganta al ver a Leo rodar por el suelo y arrastrarse hacia mí. Apenas consigue dar dos pasos antes de que Marco le clave una bota en la espalda, inmovilizándolo contra el suelo.

Entonces Leo empieza a besar el suelo, cubierto de sangre y aceite. Sigue haciéndolo, sin parar ni siquiera cuando Marco se aparta.

Siento náuseas, pero también algo que no puedo definir. Una sensación extraña, una presión confusa que se mezcla con un temblor en el estómago.

¿Es la demostración de fuerza de Marco lo que la desencadena, o la obediencia de Leo?

No lo sé.

"Mata a los otros", ordena Marco a Frederick, y luego me agarra del brazo. Su tacto es abrasador, pero trae consigo una oleada de alivio.

"Marco...", murmuro, con la voz tan temblorosa como mi corazón, que late desbocado.

"Aquí no", responde Marco entre dientes apretados, arrastrándome fuera del almacén. "Tienes mucho que explicarme".

14

MARCO

"¿En qué demonios estabas pensando? ¿Intentas provocarme un infarto? ¿Es ese tu objetivo? ¿Matarme del susto?"

Empujo a Gianna contra la pared de su habitación, con la respiración entrecortada y el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Durante todo el viaje de vuelta estaba demasiado furioso para abrir la boca, pero ahora, aquí, en la seguridad de su cuarto, no hay nada que me contenga.

"No", susurra Gianna, jadeante, con los ojos brillantes de ansiedad y desafío. "¡Eso no era lo que quería!".

"Entonces explícate". Mi voz se quiebra mientras miro fijamente su rostro enrojecido, tratando desesperadamente de comprender. "¿Huir de la mansión, despistar a los guardias, aparecer en aquella maldita reunión? ¿Sabes lo que podría haber pasado? Podrían haberte golpeado. Podrías haber muerto".

"No pensé en eso", admite, poniendo ambas manos sobre mi cara. Sus dedos recorren mi mandíbula, ligeras caricias que me quitan toda defensa. "Estaba preocupada por Emilia. Sólo quería estar allí por si pasaba algo. Nada más. Estoy bien, Marco. Mírame. Estoy bien. Y tú estás bien".

La ira aún hierve bajo mi piel, pero al mirarla a los ojos, siento que empieza a disolverse. Ya no puedo negarlo: *esta mujer me ha cambiado hasta la médula.*

No es sólo el deseo lo que me impulsa a protegerla. Es algo más profundo, una conexión visceral que me consume.

Si acabara como las demás mujeres de mi vida, no habría retorno. La oscuridad que me espera es demasiado profunda para afrontarla.

"Tengo que poder confiar en ti", gruño, con la voz cargada de emoción. "Cuando te diga que te quedes aquí, debes escucharme. Viste a mi hermana, sabes lo que le pasó a Fawn..." Se me cierra la garganta, las palabras se rompen como el cristal. "Necesito saber que estás a salvo. ¿Me entiendes? Necesito saber que estás aquí, a salvo".

"Yo también quiero saber que tú estás a salvo", replica, con el pulgar rozándome la barbilla. Su voz es suave, pero no se inclina. "¿Y crees que puedo sentarme aquí y esperar, como una buena esposa, sin saber siquiera si volverás con vida? ¿Cómo afronto ese miedo?"

"¡No poniéndote en peligro!", exploto, el calor de la ira me quema la piel. La tensión se desliza como lava por mi espalda, avivando el fuego que siento en el pecho. Pero antes de que pueda añadir nada más, Gianna se acerca y me besa.

Sus labios se posan en los míos con una dulzura que me desarma por completo.

"Lo siento", murmura, las palabras se mezclan con mi aliento. "Lo siento de verdad".

"Lo lamentarás."

La beso ferozmente, la alejo de la pared y la empujo a la cama. Rebota una vez y luego se acomoda, con la cara enrojecida y la respiración entrecortada. No vacilo: me subo encima de ella, la necesidad de tocarla me consume. Tengo que hacerla mía. *Cada centímetro de ella.*

Nuestros besos se vuelven salvajes, mordaces, impregnados de una pasión descarnada que nos devora a los dos. Nuestras manos rasgan y enredan la ropa, los dedos exploran la piel con avidez.

Hundo los dientes en su cuello, la oigo gemir, su cabeza se inclina para dejarme más espacio.

Su piel es un campo de batalla y yo soy el soldado que reclama cada centímetro.

Cuando por fin la lleno, me detengo a mirarla a los ojos. Su rostro es un puro reflejo del placer que siente: el alivio de sentirme dentro, la seguridad de estar bien sujeta y la impaciente urgencia que exige que me mueva.

"Por favor", jadea, con las manos agarrándome los hombros.

"Prométemelo", gruño, con mi nariz rozando la suya. "Prométeme que no volverás a ponerte en peligro".

"Te lo prometo", jura, y en sus ojos veo la verdad.

La follo con fuerza, poniendo todo mi deseo en cada embestida. Gianna se aferra a mí, sus piernas me aprietan, su cuerpo responde al mío en un crescendo de pasión. Le agarro la garganta con una mano, rozando su piel con el pulgar, y con la otra juego con su clítoris.

No intenta apartarme. Simplemente se aferra y aprieta su coño alrededor de mi polla palpitante como un tornillo de banco, cada vez que intento cortarme.

Es como si no quisiera soltarme, igual que yo no quiero soltarla a ella.

El aire se llena del ritmo febril de nuestros cuerpos uniéndose. Los gemidos se entrelazan con nuestros besos, cada sonido es un eco de deseo y necesidad. El momento es puro instinto, una carrera primitiva hacia el placer. Gianna me clava las uñas en el brazo mientras grita, y su cuerpo se arquea debajo de mí como un arco tenso. El agarre de su placer me abruma, succionando mi propio éxtasis con una fuerza imparable. La penetro hasta el fondo, llenándola con todo mi ser.

Luego, rozo sus labios con un beso lento y cojo sus manos entre las mías. Las llevo por encima de su cabeza y las cierro allí, entrelazando mis dedos como si sellara una promesa.

"Nunca más", susurro contra su cálida piel, en un tono que es a la vez súplica y advertencia. "O nunca volveré a tocarte".

"No", gime Gianna, su voz lánguida y acariciadora. "Nunca más".

Estoy a punto de apartarme, cuando siento algo afilado bajo la almohada de Gianna. Mis dedos se cierran en torno a un objeto fino y lo saco. Es una fotografía.

Al principio, estoy a punto de tirarla a un lado, pero algo -o más bien, alguien- capta mi atención de inmediato.

Mi mundo se congela al instante, como si una ráfaga de frío me hubiera petrificado en el acto. Gianna se mueve debajo de mí, alarmada por mi repentino cambio.

Me incorporo lentamente, la cálida embriaguez posterior al orgasmo se desvanece como la bruma al sol. Con los ojos clavados en la imagen de la foto, siento una oleada de náuseas que me sube desde el estómago y trago saliva con fuerza, un sonido que resuena en mis oídos.

"¿Qué es esto?", pregunto, con la voz tan tensa como un hilo a punto de romperse.

Gianna está pálida, sus mejillas han perdido el rubor post-orgásmico que tenían hace un momento.

"¿Por qué tienes esto?", repito, con voz fría y cortante. "¿Por qué aparece esta mujer en esta foto?".

"Lo siento", tartamudea Gianna, levantándose bruscamente. Le tiemblan las manos mientras se mueve torpemente, con las piernas tan inestables como las de un cachorro recién nacido. "Lo siento mucho. Te lo habría dicho, te lo juro, pero no pude. Tenía miedo de que no volvieras a mirarme de la misma manera".

La foto es vieja, pero está claro que ha sido cuidadosamente guardada, las marcas de los pliegues hablan de años pasados escondida y doblada.

No puedo apartar la mirada. La observo mientras un abismo parece abrirse en mi pecho, succionando todo mi oxígeno. "Explícate", digo, con una voz tan tensa como una cuerda a punto de romperse. "¡Ya!"

"Yo conozco a Cherry", estalla Gianna, las palabras rápidas y confusas. "O mejor dicho, la conocía, ¿vale? Era una chavala y salía con ella cuando era demasiado joven y estúpida para entender cómo funciona el mundo. Debería estar en la cárcel, porque fui yo quien hizo que la encerraran, pero está fuera y no sé por qué. Intenté

averiguar el motivo y me enteré de que la habían puesto en libertad anticipada, pero no tengo ni idea de cómo. Lo siento, ¿vale? Cuando estaba con ella, un hombre murió por nuestra culpa, y yo fui el testigo. La denuncié. Así que cuando la vi en la fiesta, y luego me enseñaste esa foto, supe que estaba relacionada con Leonardo, y si lo hubiera matado, ¡nunca habría averiguado por qué está aquí!".

Ahora Gianna está llorando, las palabras se le escapan de los labios, pero sigue sin responder a mi pregunta.

Me levanto de un salto y la agarro de la muñeca, tirando de ella hacia mí con fuerza. Le pongo la foto debajo de los ojos. "¡No hablaba de ella!", gruño, sin fijarme apenas en Cherry en la foto. "*¡Una otra!*"

Señalo a una mujer más alta y madura del fondo de la foto. Es a ella a quien reconozco. La que hace que el aire a mi alrededor parezca de repente enrarecido, irrespirable.

Gianna jadea y mira hacia donde señalo. Luego frunce el ceño y en sus ojos llorosos se enciende una sincera confusión. "¿Ella? No... no lo sé. Estuvo allí unas cuantas noches, creo, pero del brazo de un tipo con el que un tiempo salía Mango. Creo que era una puta". Levanta la mirada hacia mí, sus ojos frágiles como el cristal. "¿Por qué?"

La suelto y bajo lentamente hasta sentarme en la cama, con un gemido largo y grave escapando de mis labios. Aferro la foto entre mis manos como si fuera lo único que me mantiene anclada a la realidad.

"Ella..."

Gianna se sienta lentamente a mi lado. Se seca las lágrimas y se queda mirando la foto.

"Se parece a Fawn".

Gianna se pone rígida de inmediato. "Espera... ¿tu ex?".

Asiento con la cabeza, con el cuello rígido y los pensamientos hechos un caos. Ella fue el amor de mi vida cuando tenía dieciocho años, y aunque han pasado décadas, no tiene sentido que esté en el fondo de aquella foto. Gianna que es mucho más joven y nunca pudo haberla conocido.

“No lo entiendo”, murmura Gianna. “¿Fawn tenía hermanas?.... A lo mejor es...”

“No”, respondo bruscamente. “Ella no tenía familia. Y en cierto modo, yo tampoco, así que éramos perfectos juntos”.

A medida que se me pasa el susto, la frialdad de la habitación se hace más evidente. Agarro una esquina de la manta y la envuelvo alrededor de los hombros de Gianna. Es Fawn. Reconocería esa cara en cualquier parte. La culpabilidad la mantiene viva en mi memoria.

“Tienes que contármelo todo”. Me vuelvo hacia Gianna y la cojo de la mano. “Cada detalle. Todo lo que recuerdes de cada uno de los de esta foto”.

La boca de Gianna se abre y luego se cierra. “Marco, ha pasado tanto tiempo, yo...”

“¡Por favor!”, chasqueo, y luego me recupero bajando el tono. “Por favor...”

“¡Señor!” Anton irrumpe en la habitación, golpeando frenéticamente la puerta. Un torrente de ira me sube a la garganta como la bilis. Sólo necesito una mirada para darme cuenta de que el frágil equilibrio que me sostenía está a punto de derrumbarse.

“¿Qué?”

“Señor, han atropellado a Tara”.

“Dios mío”, ahoga Gianna, aferrándose a mi brazo.

“Y Dante...”

Me pongo completamente rígido. “¿Y él?”

“Ha desaparecido, señor. Lo secuestraron mientras cenaba en el restaurante Mario”.

15

GIANNA

Odio los hospitales.

El olor acre y químico me quema las fosas nasales y me cierra la garganta, el aire es frío y seco, y las máquinas que rodean el cuerpo inmóvil de Tara emiten señales agudas, como una amenaza constante.

Parece casi serena. Si ignoro los vendajes que le envuelven el brazo y el hombro, los moratones y cortes de la paliza que ha sufrido, puedo fingir que está dormida. Si ignoro la expresión de la cara del médico cuando me dijo que Tara había recibido un disparo en el estómago y luchaba por seguir con vida, puedo engañarme pensando que sólo está resfriada y descansando.

Es una mentira endeble, que se hace añicos con el primer suspiro, pero intento aferrarme a ella mientras pasan las horas y todo sigue igual. Se me duermen las piernas en la dura silla de plástico y consumo dos cajas de pañuelos llorando, pero nada cambia. Marco no está aquí: ha salido a buscar a quien secuestró a su padre, dejándome aquí con Anton, Ben y un grupo de hombres armados para vigilar a Tara, esperando a que despierte.

Estoy deseando que me diga quién le ha hecho esto, pero por dentro ya sé la respuesta.

El peso de la culpa me aplasta, me asfixia cada hora que pasa. La culpa es mía. La última vez que hablamos, le pedí que investigara a Cherry y ahora, de repente, acaba así. Está pagando el precio de mi curiosidad y no puedo hacer nada para ayudarla.

Tara es mi única amiga y puede que la haya condenado a muerte.

Otra oleada de lágrimas inunda mis ojos, ya irritados e hinchados, mientras los cierro, buscando algo de alivio.

¿Cómo puedo compensarlo? Decirle la verdad a Marco no ha cambiado nada: alguien ha secuestrado a su padre, y eso es una declaración de guerra.

Antes de marcharse, Marco me besó apasionadamente y prometió protegerme, pero yo sabía que tenía que irse. Ahora estoy sola para ayudar a Tara, y no sé cómo. No soy médico. No soy cirujano.

Sólo puedo mirar el monitor que registra sus latidos, tan lentos e irregulares, y observar la máquina que ayuda a que su respiración suba y baje con una respiración mecánica.

"Tara", sollozo suavemente, "siento mucho haberte involucrado. Esta era mi pelea y nunca debí haberte arrastrado a ella. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo". Aprieto su mano inmóvil, esperando desesperadamente un movimiento, una señal de reconocimiento, pero no hay nada.

Ha sufrido un ataque que claramente iba dirigido a mí.

"Maldita sea", susurro, ya sin pañuelos. Me duele la idea de salir de la habitación para conseguir más. No quiero separarme de Tara ni un momento, así que rebusco en su bolso, con la esperanza de encontrar un paquete escondido.

Lo encuentro, pero también encuentro algo que había olvidado por completo: la prueba de embarazo que le había pedido que me comprara. Otro favor que me hacía sin pensar en sí misma.

Miro a mi alrededor, asegurándome de que la puerta está cerrada y nadie puede verme. Tara está quieta y la habitación sumida en un silencio irreal.

¿Lo hago?

Tengo que hacerlo. Arriesgó mucho para conseguírmela y no puedo dejarla ahí sin usar. Me inclino sobre ella, beso suavemente su cálida frente y me refugio en el pequeño cuarto de baño contiguo.

En teoría es sencillo, pero llorar durante dos días en una dura silla de hospital lo hace sorprendentemente complicado. Más que en el palillo, me ensucio las manos, pero el resultado empieza a parpadear en la pantalla mientras me lavo a conciencia.

No sé qué esperar. ¿Positivo? ¿Negativo? Ninguno de los dos resolverá mágicamente mis problemas.

El test *emite* un pequeño *pitido* y en la pantalla aparece la animación de un bebé.

Embarazada.

"Maldita sea", susurro en el silencio fantasmagórico del cuarto de baño. Salgo despacio, con el test en la mano. "Hola, Tara". Me acerco a su cama y levanto la varilla. "Estoy embarazada. Y tú eres la primera persona a la que se lo digo, así que tienes que despertarte y decirme qué demonios hacer con un bebé".

En otro momento, en otra vida, esto podría ser una noticia feliz, pero ahora todo lo que siento es puro terror.

¿Cómo puedo dar a luz a un bebé en este mundo? ¿Un mundo donde las balas vuelan tan ligeras como las palabras, donde la gente que me importa acaba en camas de hospital o peor? ¿Dónde la venganza y la traición son la lengua materna de la supervivencia?

Otra oleada de lágrimas me inunda y me desplomo en el suelo, sollozando entre las manos.

Debería decírselo a Marco.

Lloro hasta no tener más lágrimas que derramar y vuelvo a sentarme junto a Tara, velando por ella hasta pasada la medianoche, cuando Anton entra en la habitación con pasos vacilantes.

"Gianna..."

"Lárgate."

"Marco está de camino", dice Anton, con voz baja y paciente. "Quiere llevarte a casa para que te laves y comas. Llevas aquí tres días".

"No me iré hasta que se despierte".

"No acepta un no por respuesta".

Lo miro fijamente, buscando en su rostro una solución a todos mis problemas, pero lo único que encuentro es una dulce tristeza en sus ojos.

"Ben se quedará aquí y velará por ella", continúa Anton. "No estará sola".

"¿Me lo prometes?"

"Lo prometo."

Beso la cabeza de Tara y le susurro que volveré en cuanto calme a Marco, luego sigo a Anton fuera de la habitación. Ben me lanza una mirada llena de comprensión mientras entra para ocupar mi lugar, y arrastro a Anton detrás de mí, incapaz de resistirme.

Marco ha puesto a Tara en un ala reservada del hospital, con todo un equipo médico privado a su disposición, todo a petición mía. Pero sigue sin parecerme suficiente.

Mi mente divaga, perdida entre la pena, la culpa y la conmoción por el resultado de la prueba de embarazo que dejé en la papelera.

Es demasiado.

Quizá realmente necesite dormir.

En el aparcamiento, cae una ligera lluvia del cielo gris mientras la limusina negra de Marco se acerca desde la calle, escoltada por otros dos coches. La puerta se abre y su figura aparece bajo la luz de los faros: el pelo alborotado por el viento, la camisa plateada moviéndose alrededor de su cuerpo como una ola. Una emoción se apodera de mi pecho.

Le necesito.

Necesito hundirme en sus brazos, sentir su calor y dejar que me reconforte.

Pero la vida tiene otros planes.

Marco da dos pasos hacia mí, pero de repente varios coches de alrededor encienden sus faros al mismo tiempo, cegándole a él y a los guardias que le rodean.

Un infierno de disparos estalla en el aparcamiento, y mi horror se hace insoportable cuando veo tres explosiones de sangre estallar en el pecho de Marco.

Se tambalea hacia atrás con un grito, y luego desaparece de mi vista mientras el cuerpo de Anton me abruma, arrojándome al suelo.

Me aplasta contra el asfalto, utilizándose a sí mismo como escudo, mientras las balas silban, los hombres gritan y los neumáticos chirrían sobre el asfalto.

No. ¡No, no!

La escena se repite en mi mente como un disco rayado. Las salpicaduras de sangre carmesí. La mueca de dolor en la cara de Marco.

Marco no. No a él también.

Anton se levanta bruscamente, abriendo fuego sobre el capó del coche tras el que nos escondemos. Su movimiento se desliza por sus pantalones, revelando una pistola atada a su tobillo.

No pienso. Actúo. Agarro el arma con fuerza y me levanto.

Corro hacia Marco, disparando en dirección a cualquiera que no reconozca como aliado. Los gritos, los disparos, el caos: todo desaparece. Mi único objetivo es Marco.

Si tengo que morir, que sea a su lado. No puedo enfrentarme a esto sola.

Llego a Marco justo cuando los atacantes escapan. Sus caídos yacen en el suelo como basura, mientras los supervivientes se dispersan, empujados hacia atrás por nuestros hombres.

Caigo de rodillas a su lado, con las piedras del aparcamiento clavadas en la piel. Dejo caer la pistola y paso las manos por la sangre que gotea de su camisa.

"¡Marco! Marco, ¡no te atrevas! No te atrevas a dejarme".

La sangre caliente y pegajosa resbala entre mis dedos, empapa mi piel y mancha mi alma, mientras Marco permanece inmóvil, un cuerpo sin vida tendido sobre el frío asfalto. A nuestro alrededor siguen resonando gritos y golpes. De repente, una mano me agarra y me aparta de un tirón.

"¡No!", grito, con el corazón latiéndome tan deprisa que me nubla los pensamientos. "¡No!" Intento soltarme, arañando el aire, pero el alcaide no me suelta, permitiendo que los médicos se adelanten.

"¡Marco!"

No contesta. Lo cargan en una camilla y se lo llevan hacia el interior del hospital, junto con los demás heridos.

No consigo respirar.

No logro pensar.

Esto no está pasando de verdad, ¿verdad?

La sangre de Marco mancha mis manos, mientras que la de Tara pesa sobre mi alma.

¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Cómo es posible que todo se desmorone tan rápido, justo cuando había empezado a sentirme realizada? *¿Por qué siempre son aquellos a los que quiero los que pagan el precio más alto?*

"Joder", susurro, secándome las lágrimas con el dorso de la mano. A mi alrededor hay un mar de destrucción: cuerpos sin vida, hombres heridos, vehículos acribillados a balazos.

La cabeza me da vueltas. Me vuelvo hacia dentro mientras una oleada de ácido sube por mi garganta. Pero todo pensamiento se desvanece cuando me encuentro frente a una mujer a la que no he visto en años.

Ojos verdes brillantes. Pelo rojo oscuro, casi negro por la lluvia que lo empapa.

Me mira fijamente con una mirada pétrea y luego se limpia suavemente una comisura de sus labios rojos.

"¿Cherry?", jadeo, el nombre gorgoteando en mi garganta, atrapada entre las náuseas y el shock.

"No tienes mucho tiempo", dice Cherry, deslizando una mano en el bolsillo de su abrigo beige. "Te recuerdo que siempre has sido un poco lenta de entendederas, así que te lo voy a poner fácil".

"¿Qué... qué haces aquí? ¿Cómo es posible que estés aquí?"

"Sólo tienes una opción, suponiendo que puedas llamarla así. Vete, Gianna."

"¿Qué?" Parpadeo furiosamente mientras la lluvia se intensifica, desdibujando el mundo a mi alrededor. Todo esto parece una pesadilla, una terrible, terrible pesadilla.

"Márchate". Cherry suspira como si le pesara repetir algo obvio. "¿De verdad tengo que explicártelo?". Se acerca, sus tacones resuenan en el asfalto como el golpe de un mazo que cierra mi condena. "Si entras en ese hospital, mataré a Tara. Y Marco será el siguiente".

"¿Qué?" Las palabras me estallan en la garganta y las escupo con rabia y confusión. "¿Qué demonios te pasa? ¿Qué te han hecho?".

Cherry sonríe, lenta y felinamente, como un gato jugando con su presa. "¿Ellos? Nada, Gianna. Todo esto es culpa tuya. Todo".

Se me revuelve el estómago y una tensión me agarra la frente como un tornillo de banco. "¿Q...qué?"

"Sabes", empieza con un tono ligero, casi aburrido, "cuando salí de la cárcel gracias a un alma lo bastante amable como para pagar la factura, estaba ilusionada por volver a ponerme en pie. Y ahora imagina mi disgusto cuando descubro que el hombre en el que trabajé durante un año acaba a tu lado. Precisamente tú, esa maldita espía que me envió a prisión. Me pasé un año creando contactos para acercarme a él, y tú lo consigues en una puta tarde".

"¿De eso se trata?", susurro incrédulo. "¿Era él tu objetivo?"

"No te hagas la inocente", replica Cherry con un suave resoplido de desprecio. "Conozco tu juego, Gianna. Sé que tú hacías exactamente lo mismo".

Sus palabras me hieren profundamente, porque aunque al principio fueran ciertas, ya no lo son.

La pura agonía que sentí al ver a Marco golpeado y la frialdad helada al tocar su cuerpo inmóvil me revelaron una verdad simple y absoluta.

Le quiero.

No sé cuándo ocurrió, ni cómo. Pero le quiero.

"Yo no..."

"No." Cherry levanta una mano bien cuidada. "No me importa. Es mío, ¿entiendes? Eliminé a Tara como advertencia, pero los mataré a los dos si no te vas ahora mismo. Esto es mucho más grande de lo que puedes imaginar, y no dejaré que lo arruines. No puedes proteger a nadie, Gianna. Recuerdo lo tóxica que es tu lealtad".

Sus palabras me golpean como un puño, y entonces, como si mi cuerpo supiera algo que no quiero admitir, mi mano se posa sobre mi vientre. Sobre el bebé que llevo dentro. Un hijo del que Marco no debe saber nada. No en este mundo. No con Cherry persiguiéndonos.

Dados los escombros y la sangre que me rodean, sus amenazas pesan como rocas. Lágrimas desesperadas escuecen en mis ojos mientras lucho contra una decisión imposible.

"Si me voy", murmuro, "¿no los matarás?".

Cherry sonríe de nuevo, una sonrisa letal y satisfecha. "Esta noche no. No. Así que haz lo que mejor sabes hacer, Gianna, y deja a la gente que te acogió. Estarán más seguros sin ti".

No tengo esperanza. No me queda nada. No puedo proteger a Marco, y ya he puesto a Tara en peligro.

Parpadeo rápidamente, intentando enjugar las lágrimas, esperando a medias que Cherry sea sólo una visión conjurada por mi culpa, y la veo todavía allí. Inmóvil. Haciendo de barrera entre el hospital y yo.

Si es sólo una demostración, no me atrevo a imaginar lo que podría hacer si no obedezco.

Y lo hago. Me marcho.

"De acuerdo. Me voy". Con las piernas temblorosas y el corazón roto, me doy la vuelta y me alejo del hospital, de Marco, de todo lo que creía que podía tener.

A cada paso, un pedazo de mi alma se desmorona, pero el peso de la vida que crece dentro de mí exige este sacrificio.

Ahora debo hacer todo lo posible para que nadie averigüe nunca lo del bebé.

16

MARCO

Gianna ha desaparecido.

Esas tres palabras me persiguen, envolviendo mi alma en un alambre espinoso.

Cuando me desperté, todavía aturdido por la anestesia tras la operación para extraer tres balas -dos alojadas superficialmente y una que había penetrado más profundamente-, descubrí que la mujer de la que me había enamorado, la que el mundo creía que era mi esposa, había desaparecido.

Anton encontró una nota en el parabrisas de la limusina. Decía que verme alcanzado por aquellas balas, justo después de lo que le había ocurrido a Tara, había hecho que esta vida fuera demasiado real y peligrosa para ella. Le había roto el corazón y por eso había decidido marcharse.

Una parte de mí la comprende. El terror que sentí en el momento en que las balas impactaron contra mi chaleco antibalas, antes de que todo se volviera negro, sigue vivo dentro de mí. Estuve inconsciente durante dos días, y cuando desperté no sólo me encontré con una esposa desaparecida, sino también con un padre secuestrado.

Todas las personas que conozco están trabajando, rastreando toda la ciudad en busca de rastros de ambos, porque ninguno de los

dos está a salvo. Quien se haya llevado a mi padre prácticamente se está invitando a sí mismo a sumergirse en el fondo del océano en un barril de petróleo. ¿Pero Gianna? Cree que está a salvo huyendo, pero sé a ciencia cierta que no lo está. No después de lo que le pasó a Tara.

Esa mujer, Cherry, ha demostrado ser peligrosa y ahora encabeza mi lista negra.

"¿Alguna novedad?", exclamo a Ben cuando entra en mi despacho con un teléfono en la mano. "¿La habéis encontrado?"

"No", responde en voz baja, entregándome el teléfono. "Pero hemos encontrado a tu padre".

"¿Leo?"

"No, una familia más pequeña. ¿Los Ricci? Están en las afueras y, que yo sepa, no tienen vínculos con nadie".

"¿Pero secuestraron a mi padre?", murmuro, desplazándome rápidamente por la información de la pantalla. "Menuda osadía".

"Sí. Pero sabemos dónde lo tienen. Frederick ya está allí, esperando el visto bueno".

"No." Le devuelvo el teléfono. Han pasado demasiadas cosas sin que yo estuviera allí: mi padre, Tara, y ahora Gianna. "Quiero encargarme yo mismo.

La carnicería no es una cura para un corazón roto, pero es una distracción condenadamente eficaz.

Ben me acompaña al lugar donde retienen a mi padre, mientras mis hombres se disponen alrededor del edificio. Es una vieja panadería abandonada, cuyo letrero cuelga peligrosamente bajo. Pensar que mi padre, el legendario Dante Barrone, está retenido en un lugar tan ruinoso es casi grotesco.

Abro la puerta de una patada, pistola en mano, y disparo al primer cabrón que se cruza en mi camino. No me detengo. La ira fluye como lava por mis venas, me invade y me impulsa hacia adelante.

Demasiados se han atrevido a enfrentarse a mí. Demasiados creen que pueden desafiarme.

Nadie sobrevive.

Luchan, y eso me complace. Destrozo rostros con mis puños, descargo cargadores enteros en los pechos de cualquiera que ose interponerse en mi camino, y avanzo como una furia a través de cada patético guardia que intenta detenerme.

Tuvieron la osadía de secuestrar a mi padre en un restaurante mientras cenaba tranquilamente, y cada día que permaneció en sus manos podría haber sido el último.

Grito su nombre, mi voz se refleja en las paredes vacías como un eco que reverbera por todas partes. Hundo una palanca en el estómago de un hombre que intenta tirarme por las escaleras y disparo a otros tres con las últimas balas que me quedan.

Entonces irrumpo por la última puerta y lo veo.

Está atado a una silla, rodeado de viejos sacos de harina mohosos.

Se me para el corazón.

Tiene la cabeza agachada. Su pecho no se mueve.

Un dolor punzante me atraviesa, como si alguien me hubiera roto el pecho con un golpe seco. Desciendo los últimos escalones en dos zancadas y me arrodillo a su lado en un instante.

"¿Papá?"

Tiene una herida en la frente, manchada de sangre seca, y su piel presenta una palidez espeluznante. Pero cuando le rozo la mejilla, levanta lentamente la cabeza y el peso que me oprimía el pecho se disuelve de golpe.

"¿Marco?"

"Papá, por Dios, me has dado un susto de muerte". Le acaricio la cara, escudriñando sus ojos cansados. "¿Qué coño ha pasado? ¿Cuánto hace que alguien no consigue joderte así?".

Papá tose con fuerza mientras camino a su alrededor para desatar las cuerdas que lo sujetan. Luego le ayudo a ponerse en pie, rodeándole la cintura con un brazo.

"¡Hijo mío!", tose Dante. "Me dijeron que te habían disparado. Que estabas en el hospital, muriéndote".

"Estoy bien", le tranquilizo. "Me hirieron, pero el chaleco detuvo dos balas, y gracias a los analgésicos ni siquiera siento la tercera".

“Mi niño”. Dante me agarra la cara con una mano temblorosa y respira agitadamente, luego se endereza despacio. “Me alivia tanto verte vivo”.

“Yo también. Una vez firme, lo atraigo hacia mí en un abrazo que hace crujir nuestros huesos.

“Dame una pistola”. Un guardia cercano le entrega inmediatamente un arma. “Tenemos que acabar con estos cabrones. No voy a dejar que un puñado de vagos miserables piensen que pueden secuestrar a alguien tan grande como yo y salirse con la suya”.

“Hablas mi idioma”, respondo, cogiendo un nuevo cargador para mi pistola.

“¿Qué está pasando?” Mi padre se detiene frente a mí, sus ojos pálidos escrutan mi cara atentamente. “Algo va mal”.

“Gianna”, digo apretando los dientes. “Ha desaparecido”.

“¿La han secuestrado?”

“No, ella... um...” Dudo, las palabras se me atascan en la garganta. Mientras fuera solo un pensamiento mío, podía fingir que todo se resolvería antes de que el dolor se hiciera real. ¿Pero decírselo a mi padre? Trae ese dolor a la realidad, y lo último que quiero es oír su *Te lo dije*.

“Se ha ido”.

Los ojos de Dante se entrecierran en una rendija. “Te dije que esto pasaría. Casarse con una mujer fuera de la...”

“No te atrevas”, lo interrumpo bruscamente, apartándolo. “¿Vamos a exterminar a estos bastardos, o qué?”.

“Señor.” Ben entra por la puerta, con el rostro tenso en una expresión que no puedo descifrar. Algo entre excitación y miedo. “La hemos encontrado”.

Mi cuerpo se congela, congelado en una instantánea. Vacilo, con un pie en el aire. “¿Qué?”

“El reconocimiento facial la marcó en un aeropuerto. Su nombre no aparecía en ningún listado, pero hemos comprobado los vuelos privados. La hemos localizado”.

“Llévame allí”, ordeno, con la voz cargada de urgencia. “*¡Ahora*!”

Hago ademán de subir corriendo los escalones, pero mi padre me agarra por el codo con sorprendente fuerza y tira de mí hacia atrás.

"Marco, no puedes hablar en serio. ¿Qué me dices de los Ricci?".

"Ella es más importante", gruño, zafándome de su agarre. "Tengo que llegar hasta ella. Tengo que hablar con ella, explicarle que..."

"¿Explicarle qué?" El rostro de mi padre se endurece, sus arrugas acentuadas por la ira. "Es una extraña, Marco. Lo sabías desde el principio. Ella *no vale nada*. Mira el lío que ha arrastrado, ¿eh? Una descarriada trayendo el caos a nuestra familia como si nada. Le dispararon a tu sirvienta, te dispararon *a ti*. ¡Me secuestraron, por el amor de Dios!"

"Todavía no sabemos quién me disparó", replico entre dientes, intentando controlar mi furia.

"Eso no cambia nada. ¿Por qué crees que los Ricci tuvieron la osadía de atacarme, eh? Porque bajamos la guardia. Porque deshonraste a todo el mundo con aquella descarriada...".

Sus palabras se interrumpen cuando mi puño golpea con toda su fuerza su mandíbula. Dante retrocede y choca contra Ben, que lo agarra para evitar que caiga.

"No te atrevas a hablar así de mi mujer", gruño, fulminándolo con la mirada. Luego, sin apartar la mirada, me vuelvo hacia Ben. "Llévame al aeropuerto, *ahora*".

Ben no espera ni un segundo. Me guía hasta el coche y me da el teléfono mientras conduce.

La foto de Gianna que aparece en la pantalla borra todos los demás pensamientos. Parece cansada, con la cara pálida y llena de marcas. No la culpo por haber huido. No la culpo por tener miedo. Pero debo llegar hasta ella. Debo hablar con ella. Debo demostrarle que puedo protegerla, que no está sola.

Miro fijamente sus ojos estrechos, la delicada curva de su nariz, la línea de su barbilla. Va vestida como el día en que nos conocimos, y sólo puedo imaginar que ha encontrado un antiguo contacto que la ayude a coger ese vuelo.

Cada latido de mi corazón es una espada desgarrándome el pecho. Cada respiración es un cuchillo clavándose en mí. Ella es lo único que importa.

Tengo que decirle que la quiero. Que haría cualquier cosa por ella.

Llegamos al aeropuerto dos minutos antes de la salida de su vuelo. Ben no espera órdenes: salta una barrera y se dirige directamente a la pista. Sabe adónde ir, y en otra situación habría aplaudido su eficacia. Pero ahora, cada segundo es un paso que nos separa de Gianna.

Bajamos a toda velocidad por la pista, esquivando por los pelos algunos aviones comerciales. Ben cruza otra valla y se desliza hacia la pista privada. Allí, un avión solitario nos espera.

No. *No nos está esperando*. Ya está en marcha.

"¡Acelera!", grito, con la voz quebrada por la angustia. Ni siquiera sé qué podemos hacer, pero Ben pisa el acelerador a fondo. El avión se despega de la pista, planeando por el cielo como una paloma blanca.

Ben pisa el freno y yo salgo del coche de un salto, tropiezo y caigo. Me levanto tambaleándome, con el corazón latiéndome en los oídos mientras veo cómo se llevan cada vez más lejos a la mujer que amo.

"¡Gianna!", grito, mi voz es un gemido desesperado que se pierde en el rugido del motor.

Caigo de rodillas, el duro suelo me acoge mientras mi corazón se desintegra en polvo.

La he perdido.

¿Qué he hecho?

17

GIANNA

OCHO MESES DESPUÉS

Nunca me acostumbraré al olor de los hospitales. Ese penetrante aroma químico me quema cada vez las fosas nasales, invadiendo mis pulmones como un enemigo invisible. Abro lentamente los ojos, con la mente aún entumecida, y observo la habitación que me rodea.

La tenue luz de la mañana se filtra a través de las contraventanas entreabiertas, parpadeando por la lluvia torrencial que azota los cristales. Fuera, un cielo gris se extiende como un océano inquieto e interminable. Permanezco inmóvil, mirándolo, mientras intento ordenar mis pensamientos en una mente confusa, aún fatigada por las medicinas.

Han pasado ocho meses desde que dejé a Marco. Ocho meses huyendo, escondiéndome, utilizando todos los trucos que conocía para sobrevivir. Pero uno a uno esos trucos se fueron deshaciendo, sobre todo cuando mi barriga empezó a crecer. Al final no me quedaba nada, excepto reunir los últimos restos e intentar volver a lugares familiares.

No lo conseguí.

El estrés, el hambre y el cansancio me abrumaron. Acabé de parto prematuro en medio de un supermercado de una ciudad remota. Sólo recuerdo al dependiente aterrorizado gritando al

micrófono de su auricular que llamara a una ambulancia. Después, nada: médicos haciéndome preguntas que no podía responder, peticiones de documentos del seguro y, por último, una mascarilla colocada sobre mi cara mientras me decían que mi bebé estaba al llegar.

Mi hija vino al mundo a las 4.32 de la madrugada, por cesárea de urgencia.

Me muevo lentamente en la cama, apretando los dientes cuando un dolor sordo me recorre el bajo vientre. Es soportable, gracias a los analgésicos que se cuelan en mi sangre, pero sigue ahí. Bajo las sábanas, mi vientre es plano, mucho más pequeño de lo que esperaba, y por un momento me siento desconcertada. Coloco las manos sobre la superficie ahora vacía e intento poner en orden mis pensamientos.

La puerta de la habitación se abre de repente, rompiendo mi fluir mental, y entra una figura alegre con una sonrisa en la cara. Es una enfermera, una mujer de pelo rubio rizado, que empuja algo con ruedas delante de ella. Sólo cuando se acerca a la cama me doy cuenta de lo que es.

Una cuna móvil.

"¡Oh, mira eso! Mamá se ha despertado", exclama emocionada, inclinándose sobre el bulto envuelto en la cuna. "¿Cómo te encuentras, mamá?".

La miro confusa, con los párpados todavía pesados. Cuando por fin consigo hablar, se me entrecorta la voz. "Cansada", murmuro. "Perdona, pero... no me acuerdo. ¿Cómo he llegado hasta aquí?" Mis ojos se deslizan hacia el bulto rosa del catre. "¿Está bien?"

"Lo ha pasado mal, así que el médico ha tenido que sedarla, pero no te preocupes: todo ha salido bien. Las dos estáis sanas y salvas".

Su entusiasmo choca con la pesadez que siento en el pecho y tengo que reprimir el instinto de darme la vuelta. "No puedo quedarme aquí", murmuro, luchando por incorporarme. "¿Cuánto tiempo pasará antes de que me echen?".

"Mamá, no te preocupes por eso ahora", responde, sin perder la sonrisa. Trajinando por la cama para arreglar algunas cosas, por fin se detiene y me mira. "¿Quieres coger en brazo su niña?".

Su niña.

Esas palabras parecen venir de otro mundo. El corazón me da un vuelco en el pecho mientras miles de pensamientos se agolpan en mi mente.

¿Y si algo va mal? ¿Y si la cojo y se pone a llorar? ¿Y si no siento nada? ¿Y si comprende que no estoy hecha para ser madre?

La enfermera me mira pacientemente, esperando una respuesta. Tras un momento de vacilación, asiento lentamente con la cabeza. No sé qué más hacer.

Su sonrisa se ensancha y, con gracia, levanta el bulto de la cuna y me lo pone en los brazos, explicándome cómo sostener la cabeza y acercarla.

En un instante, la niña se convierte en mía.

Mi niña.

La habitación que me rodea se desvanece y se convierte en un fondo indistinto. Las palabras de la enfermera se disuelven en un susurro apenas audible mientras contemplo la carita absolutamente perfecta que tengo en mis brazos. Mi hija arruga la nariz y se le escapa un leve gorjeo a pesar de tener los ojos cerrados.

Es perfecta.

Un doloroso calor estalla en mi pecho, tan intenso que me deja sin respiración. Es como si una ola de amor me invadiera y me calentara hasta la médula. Lágrimas cálidas empiezan a escocerme los ojos y, por un momento, todo el miedo, todo el estrés, se desvanecen como si nunca hubieran existido.

"¿Ves?", susurra la enfermera en voz baja. "Abrazarla hace que todo lo demás sea irrelevante".

Tiene razón. Desde el primer contacto, lo único que me importa es protegerla. El torbellino de amor que siento es un sentimiento nuevo, nunca antes experimentado, tan fuerte que me deja indefenso. Sin embargo, junto con ese amor, una punzada de tristeza me atraviesa el corazón.

¿Mi madre se ha sentido así alguna vez? Y, si lo hizo, ¿cómo pudo darme la terrible vida que he vivido?

"¿Hay alguien a quien pueda llamar?", pregunta la enfermera, interrumpiendo mis pensamientos.

Niego con la cabeza. "No", murmuro, rozando suavemente la frente de mi hija con la punta de los dedos. "No hay nadie".

"¿Has pensado ya en un nombre?".

Mirando fijamente esa carita adorable, con las mejillas arrugadas y la naricilla enroscada, asiento lentamente. Las lágrimas resbalan por mis mejillas mientras respondo.

"La llamaré Freya".



La segunda vez que me despierto, enseguida me llama la atención una cuna que hay junto a mi cama. La amabilidad de la enfermera al guiarme durante la lactancia había sido evidente, pero una profunda sensación de fracaso había pesado sobre mi pecho cuando no había conseguido producir leche para Freya. Según ella, era completamente normal y volveríamos a intentarlo más tarde, cuando yo hubiera descansado un poco.

Ahora la habitación está a oscuras, iluminada únicamente por los monitores que rodean mi cama y me vigilan a mí y a mi hija. Me duele todo el cuerpo y tengo el corazón lleno, pero con un peso indefinible. No puedo apartar los ojos de Freya, que duerme plácidamente a mi lado.

¿Cómo lo he conseguido? ¿Cómo he logrado esconderme y hacer crecer otro ser humano dentro de mí? Este milagro me parece casi incomprensible, porque una persona como yo no debería ser capaz de crear algo tan pequeño y perfecto.

"Qué bonita, la bebé", dice una voz áspera en la oscuridad.

El corazón me da un vuelco y me incorporo bruscamente en la cama, escudriñando las sombras para ver de dónde viene esa voz desconocida. No veo nada, pero aunque temo que haya sido sólo mi imaginación, oigo el crujido de una tela al moverse.

Con un gesto relámpago, busco el botón de la alarma junto a la cama y lo pulso repetidamente. Una risa ronca brota de la oscuridad.

"Ya he cortado el cable", dice la voz. "Pero sigue adelante".

Tiene razón. Al levantar la mano, veo que sólo quedan dos centímetros de cable unidos al botón de alarma. El resto está cortado. El corazón me martillea las costillas con tanta fuerza que parece que se me va a romper. Un vértigo repentino me sobrecoge.

"¿Quién eres?", pregunto con voz áspera, sin dejar de escudriñar las sombras y forzar la vista. "¡Muéstrate!"

"Cuidado", responde la voz. Se oye un chasquido y la pequeña lámpara que hay junto al sofá se enciende, revelando al dueño de la voz. "Podrías despertar a la niña".

Una hermosa mujer, vestida con pantalones de cuero, camiseta blanca y chaqueta de cuero, está sentada en el sofá. Me mira con ojos marcados por una oscura línea de maquillaje. Sus labios rojo rubí se entreabren ligeramente mientras juguetea con un cuchillo fino y afilado en la mano derecha.

Nuestros ojos se cruzan y hay algo familiar en ella que no puedo identificar, ayudado por la nubosidad de mi mente. Sólo puedo pensar en el cuchillo. Y en el hecho de que esta extraña esté en la misma habitación que mi pequeña.

A riesgo de romper puntos, la protegeré.

"¿Has venido a matarme?", pregunto. Mi voz tiembla por los frenéticos latidos de mi corazón, y trago saliva con fuerza, intentando luchar contra la sequedad que me drena la boca. "¿Aquí, en el hospital?

"No", responde la mujer. Se levanta despacio, sus botas moteras con tacón tintinean suavemente en el suelo. "No estoy aquí para matarte, Gianna".

"Sabes cómo me llamo". No recuerdo qué nombre les di a los médicos cuando llegué, pero estoy segura de que el personal médico no viste como ella. Parece una asesina sacada de una película de acción, y no puedo apartar los ojos de ella.

"Claro que sé su nombre", dice la mujer mientras se acerca lentamente al extremo de mi cama. "¿No me reconoces?".

Entrecierro los ojos, intentando enfocar en la penumbra, siguiendo los contornos de su rostro anguloso, su nariz fina y su pelo negro como el carbón.

¿Se supone que debo reconocerla?

"Me sorprende", dice la mujer, en un tono que no suena sorprendido en absoluto. "Pensé que me reconocería al instante".

"Acabo de tener un bebé", murmuro, tensa, mientras la veo acercarse cada vez más a la cuna donde Freya duerme a mi lado. "Me cuesta incluso recordar mi propio nombre".

"Piénsalo", insiste. El cuchillo que sostiene brilla peligrosamente bajo la suave luz cuando se detiene junto a la cuna. Mi corazón se detiene un instante, bloqueado por el miedo que me recorre como una oleada de náuseas.

La miro fijamente, luego a Freya, y me esfuerzo por encontrar un recuerdo, una pista, algo que me ayude a comprender quién es esta mujer.

Y entonces, cuando se inclina sobre la cuna para mirar a mi hija, algo hace clic en mi mente con la súbita fuerza de una cerradura que se abre.

"¿Amanda?"

Se endereza bruscamente, una sonrisa fría y afilada se imprime en su rostro. "Ah, claro. Casi había olvidado que usaba otro nombre cuando nos conocimos. Pero tú también sabes mi verdadero nombre, ¿verdad?".

Asiento lentamente, mi cerebro vuelve a aquel momento en que Marco vio la foto de mi pasado. Para mí, esa mujer era Amanda. ¿Pero para Marco?

"Fawn", susurro. "Tú... ¿no estás muerta?" Una parte de mí esperaba que Marco estuviera equivocado, pero allí estaba ella, de pie ante mí, viva y real. "No lo entiendo".

"Claro que no lo entiendes". Fawn apoya una mano en el borde del catre y no puedo apartar los ojos de ella.

Me aterroriza la idea de que pueda hacerle algo a Freya, y estoy indefensa, atrapada en la cama con sólo unos pocos puntos que me mantienen entera.

"Pareces... en buena forma", aventuro, intentando decir algo, lo que sea para calmar la situación.

Fawn me mira con los ojos entrecerrados. "Dejar la vida de prostituta hace maravillas", dice con sarcasmo. "Pero tú, mi querida paloma. Imagina mi sorpresa cuando volvimos a cruzarnos. Por la

forma en que me mirabas, realmente eres tan ingenua como sospechaba".

No puedo responder, incapaz de respirar hasta que aparta la mano de la cuna de Freya.

"Tal vez puedas iluminarme", digo en voz baja, observándola regresar lentamente a los pies de mi cama. "Estas drogas no ayudan mucho a la mente".

"Son analgésicos potentes, ¿verdad?".

Asiento débilmente. "Sí."

"Bueno, Gianna. Hace mucho tiempo que no nos vemos, así que seré clara contigo. Tenemos una historia más allá de lo que puedas imaginar. Me llamo Fawn Deleware, pero mi verdadero nombre...". Hace girar el cuchillo en su mano con una facilidad desarmante. "Fawn Simone."

"¿Simone?" La palabra se me escapa de la boca cuando una imagen de Leonardo estalla en mi mente. "¿Leo es tu hermano?"

"Así es. Pero cree que estoy muerta, y pienso mantenerlo así". Hace una pausa, dejándome aferrada al silencio. "Verás, cuando aún era un adolescente, me estaba entrenando para ser un asesino bajo la instrucción de mi padre. Se me daba bastante bien. Aún lo soy".

Por la gracia con la que el cuchillo baila entre sus dedos, no tengo motivos para dudarlo.

"Y un día me dieron una misión. Una tarea simple, una que había hecho cientos de veces antes. Matar a Marco Barrone".

Mi corazón se detiene un instante.

"Pero en lugar de eso", continúa con una sonrisa, "me enamoré de ese bastardo asquerosamente guapo y elegí el amor antes que la muerte. Qué estúpida fui".

Mientras Fawn habla, tiro lentamente de la cuerda para acercar cada vez más la cuna a mi cama. Necesito tener a Freya lo más cerca posible. "Marco me dijo que estabais enamorados. Te llamó el amor de su vida, pero ¿estabas allí para matarle?".

"Claro que sí", respondió Fawn en un tono oscuro y despectivo. "Ese hombre es un maldito bastardo".

"No lo entiendo. Estabas allí para matarlo y... ¿no lo hiciste?".

Marco nunca me había dicho algo así. De hecho, suena demasiado absurdo para ser verdad, y tengo la impresión de que está jugando conmigo.

"¿De verdad te cuesta creerlo?", dice, ladeando ligeramente la cabeza. "¿Sabes la pequeña cicatriz en forma de V que tiene Marco en la cadera?".

Frunzo el ceño al pensarlo. Recuerdo vagamente esa cicatriz. Por mucho que folláramos, nunca pasé mucho tiempo explorando su cuerpo.

"Es de una cita", continúa. "Pensó que me interesaban los juegos con cuchillos, así que le dejé pensar lo que quisiera. Y entonces me sedujo".

Habla como si recordara algo cariñoso, pero poco después su voz se endurece como el acero. "Pensé que estaríamos juntos para siempre, hasta que me vendió como esclava sexual, convirtiendo mi vida en un infierno".

"¡¿Qué?!" Parpadeo ante aquella acusación y una ola helada invade mi estómago. "¡Mientes!"

"¿En serio?" Fawn gruñe débilmente, fulminándome con la mirada. "¿Crees que elegí una vida de puta? Fui vendida por Marco Barrone como castigo por haber sido enviada a matarlo. Un hombre digno de ese nombre me habría retado a duelo, pero no ese maldito bastardo. Y yo lo sabía".

Su voz se quiebra, pero su tono sigue siendo venenoso. "Conocía los murmullos sobre su familia, pero me dejé engañar por sus ojos soñadores y esa maldita sonrisa".

"No", susurro, mientras un nudo de bilis sube lentamente por mi garganta. "No puede ser. Él no haría eso".

En todas nuestras conversaciones y en todo lo que escuché a escondidas mientras estuve en la villa, nunca tuve el menor indicio de que Marco pudiera tener algo que ver con el tráfico de personas.

"No te creo", le siseo. "¿Puedes decir cualquier cosa y esperar que me crea la palabra de una completa desconocida?".

Fawn se me echa encima en un instante, se mueve tan rápidamente que apenas me doy cuenta. Sus dedos me rodean la

garganta con una fuerza sorprendente y me aprieta contra las almohadas.

"No te atrevas a llamarme mentirosa", gruñe a un suspiro de mi cara. "¿De verdad estás tan ciega? ¿Vivías en esa mansión con los ojos y los oídos cerrados? Todo el mundo conoce la reputación de la familia Barrone. Su nombre está ligado a la desaparición de mujeres y niños, y los hombres de sus familias son masacrados para evitar que las busquen. Los Barrone están metidos hasta el cuello en el tráfico de personas, Gianna, y tu ingenuidad no cambia esa realidad. Ni siquiera su hermana estuvo a salvo de sus perversiones".

Quiero replicar, quiero gritar que eso no es cierto, pero las palabras se me atascan en la garganta. Por un momento, pienso en revelar la verdad sobre Emilia, en gritarle que no sabe nada, que Marco lo arriesgó todo para proteger a su hermana. Pero me detengo. No puedo traicionar a Emilia, no puedo exponerla así.

"No", consigo susurrar en voz baja, con las manos aferrando la muñeca de Fawn. "Tiene que haber un error".

"¡Basta ya de estupideces!", gruñe, retrocediendo con un brusco movimiento. El alivio del aire que vuelve a entrar en mis pulmones se ve ensombrecido por la ardiente presión que aún parece atenazarme la garganta.

Me masajeo el cuello, respiro hondo y, con esfuerzo, vuelvo a sentarme. "Cuando nos conocimos", digo con voz áspera, "¿ya estabas en el negocio? ¿Hace cuatro años?".

Fawn resopla. "¿Y si te dijera que sí? No puedes elegir lo que crees, Gianna. Yo te digo que es verdad, y tú lo crees. Pero te niegas a ver lo que tienes delante de los ojos sobre Marco. Él es peligroso. Nadie toca el tráfico de personas excepto lo peor de lo peor, y Marco Barrone es uno de ellos".

Mi corazón martillea tan fuerte que puedo oírlo retumbar en mis oídos. Marco. El hombre del que me enamoré perdidamente. ¿El hombre que fue tan increíblemente dulce con su hermana? No puedo encajar las piezas. No puedo creerlo.

Sin embargo, Fawn es real. Está aquí delante de mí. Y lo que ha pasado está claramente escrito en su cara, en cada palabra cargada de ira y resentimiento que me lanza.

"Sabes..." Fawn empieza a caminar de un lado a otro, con los tacones de sus botas marcando el ritmo en el suelo. Su movimiento es hipnótico, el tono de su voz agudo. "Fuiste tú quien me dio el susto. Cuando vi lo que les hiciste a Cherry y Mango, cómo las traicionaste, me hizo despertar.

Maté a mis captores, me liberé y, durante los últimos cuatro años, he perseguido a todos los hombres poderosos que me habían comprado. Los encontré. Los eliminé. Cada pedazo de mierda. Todo esto ha servido para perfeccionar mis habilidades".

"¿Perfeccionarlas para qué?", pregunto, mientras sigo frotándome la garganta.

"Para volver y matar a Marco. Ese puto cabrón que lo empezó todo". Fawn habla en tono gélido, pero un destello de satisfacción cruza su rostro. "Pero imagina mi sorpresa cuando te vi a su lado, toda perfecta y arreglada como su mujercita. Sabes, fui yo quien sacó a Cherry de la cárcel. Es una zorra, sí, pero es condenadamente buena. Justo el tipo de mujer que podría acercarse lo suficiente a Marco".

Sus ojos brillan amenazadores en la penumbra. Con un gesto fluido, vuelve a colocar el cuchillo en su funda en el muslo.

"Pero en cambio... fuiste tú. La pequeña e inocente Gianna".

La cabeza me da vueltas, debatiéndome entre lo que creo saber y las revelaciones de Fawn.

"Y volví a verme a mí misma", añade en un tono repentinamente más suave. "Vi a su próxima víctima y supe que tenía que sacarte de allí".

"No", susurro en voz baja, mientras las lágrimas me nublan la vista, alimentadas por las hormonas y los pensamientos confusos. "Marco ha sido amable conmigo. Siempre fue amable. Yo no tenía hogar, Fawn. Sé que los Barrone se dedican a las drogas".

"Claro, eso es lo que quieren que pienses", replica ella con una risa amarga. "¿De verdad crees que alguien haría negocios con ellos si supiera la verdad? Puedo darte nombres. Tantos nombres de mujeres y niños desaparecidos que Marco vendió en el mercado negro. Podría enseñarte fotos que te pondrían enferma".

Fawn suspira profundamente, chasqueando la lengua contra los dientes.

"En lugar de eso, te llevé lejos. Lástima lo de Tara".

Un escalofrío me recorre los brazos. Entre lágrimas, la miro furiosa mientras las piezas empiezan a encajar. "¿Tara?", digo con voz tensa. "¿Has sido tú? ¿Le has hecho daño?"

Fawn asiente lentamente. "Un accidente necesario".

"¿Qué coño ha hecho para merecer esto?", grito de repente, despertando a Freya con un grito ahogado. "¡Casi la matas!"

"Fue más tenaz de lo que esperaba", admite. "Pero tenía que hacerte ver el peligro que corrías, Gianna".

"Hasta ahora, el único peligro eres tú", replico apretando los dientes.

"Tara estaba indagando demasiado en Cherry, y pude ver cómo tú mirabas a Marco con esos ojos de cierva. En cuanto te hubieras dado cuenta de lo que estaba haciendo Cherry, habrías corrido hacia Marco. Y él te habría vendido, como hace con todo el mundo. Así que hice lo que tenía que hacer para alejarte de él".

Pensar en Tara en esa cama de hospital me hace llorar de nuevo. El dolor me rompe el pecho. "¿No podías haberme simplemente llamado?", pregunto entre sollozos, mientras lágrimas amargas surcan mi rostro.

¿De verdad Marco es un monstruo? ¿De verdad vendía mujeres y niños en el mercado negro? ¿Su historia de que necesitaba una esposa no era más que un engaño?

"No me habrías creído", dice Fawn. "Porque ahora tampoco me crees, a pesar de todo lo que has visto. Pero preferiría que no me creyeras, mientras estuvieras a kilómetros de esos monstruos. Así que no me importa".

"¿Entonces por qué estás aquí?", replico, mirándola. "¡Estoy fuera de esto! Dejé a Marco. Pasé meses huyendo. ¿Por qué vienes aquí a contarme todo esto?".

"Te vigilo de vez en cuando", responde Fawn, en un tono repentinamente más suave. "Cherry encontró el test de embarazo en el baño poco después de que te fueras, y supe que existía el riesgo de que volvieras con él. ¿Embarazada y sola? Me habría parecido un

refugio seguro. Así que cuando me enteré de que te habías puesto de parto prematuramente, vine a evitar que eso ocurriera."

"Y esperas que te crea, ¿verdad?".

"No", responde. "Pero mira en tu corazón, Gianna. Piensa en lo que sabes, o en lo poco que sabes. Ahora tienes una hija a la que proteger..."

"Lo juro por Dios", siseo, incorporándome ligeramente en la cama. "Si le haces daño, te mataré, ¿lo entiendes?".

Fawn ríe suavemente. "No tendrías ninguna oportunidad contra mí, cariño. Pero no estoy aquí por eso. No soy el monstruo. Estoy aquí para ofrecerte seguridad".

"¿Seguridad?", replico, secándome furiosamente las lágrimas. "Hiciste daño a mi amiga para obligarme a dejar al hombre que amo, y luego me cuentas esas horribles historias para alejarme de él. ¿Dónde está la seguridad en todo esto?"

"No soy la única que te sigue el rastro", dice Fawn. "Sólo soy la que llegó primero. Debes entender, Gianna, que mientras Marco es un monstruo, su hija es como oro líquido para sus enemigos. Las dos lo sois".

La desesperación me invade como una ola asfixiante. "¿Y qué?", susurro. "¿Qué coño esperas que haga?".

"No tienes que hablarle a nadie de mí, pero Leonardo puede ayudarte".

"¿Leo?", jadeo, pensando en la última vez que lo vi en aquel almacén. "Es enemigo de Marco".

"Con razón", murmura Fawn. "Pero es un buen hombre y puede mantenerte a salvo. Ya no puedes huir, Gianna, no con un recién nacido. Necesitas protección".

Está claro que Fawn ha pasado por un infierno, pero su odio hacia Marco podría nublar su juicio. Sin embargo, la idea de seguridad para mi hija, de una vida lejos de la violencia, es terriblemente tentadora.

Sólo para darle unos meses de serenidad, de paz. Leonardo, a su favor, siempre ha sido amable conmigo. Pero eso no cambia lo que siento. Mi amor por Marco es inmenso, pero ahora está envenenado por esta nueva información.

Él tenía razón. En cuanto tuve a Freya en mis brazos, me invadió el deseo de volver con Marco.

Pero, ¿y si Fawn tiene razón? ¿Si quedarme con Marco significa poner en peligro la vida de Freya?

Se me aprieta el pecho como un tornillo de banco mientras sopeso las opciones, con la mente nublada por las hormonas, el miedo y la duda. "Necesito tiempo para pensar", susurro, sacudiendo la cabeza.

La risa de Fawn me atraviesa como un carámbano. "¿Has escuchado una palabra de lo que he dicho? No hay tiempo, Gianna. No tienes ni idea de quién más te está vigilando. No tienes todo el tiempo del mundo para decidirte. Estoy aquí para ofrecerte una oportunidad".

Mi dolorido corazón palpita cuando las palabras de Fawn se cuelan en mi mente. Si ella me ha encontrado, ¿quién sabe quién será el siguiente en cruzar esa puerta?

El tiempo se acaba y la decisión que tome ahora no sólo determinará mi destino, sino también el futuro de mi hija.

Cuando los fríos ojos de Fawn se clavan en los míos, me siento aplastada bajo el peso de una terrible verdad: tome la decisión que tome, alguien pagará el precio.

Debo hacer lo mejor para Freya.

18

GIANNA

UN AÑO DESPUÉS

Hace doce meses aparecí en la puerta de Leonardo Simone, empapada por la lluvia y suplicando su ayuda.

Con las emociones en constante fluctuación debido al parto, era demasiado fácil ponerme en el papel de *damisela en apuros*, sólo para obtener seguridad y protección para mí y Freya.

Me repetía a mí misma que no creía ni una palabra de lo que Fawn había dicho sobre Marco, pero no podía arriesgarme a poner a mi hija en peligro. Leonardo era mi única esperanza mientras los lobos me rodeaban cada vez más cerca.

Me saludó sin rechistar, visiblemente emocionado ante la idea de salvar a alguien de Marco Barrone. Lloré en sus brazos durante días y nunca me dejó sola. En los primeros meses, a su favor, fue increíblemente cariñoso. Freya y yo recibimos el máximo nivel de cuidados y atención.

Se suponía que sólo sería por unos meses. Lo suficiente para poder alimentar a Freya correctamente, vacunarla y recuperar fuerzas. Luego se convirtió en el tiempo necesario para que durmiera toda la noche, para que ambas volviéramos a tener un peso saludable. Los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses. Y antes de que me diera cuenta, habían pasado seis meses y yo seguía sin entender nada de lo que Fawn me había dicho.

Era difícil concentrarse en esto cuando mi hija me absorbía toda la energía.

Sin embargo, ella prosperó. Gracias a la impenetrable seguridad de la finca Leonardo, era feliz, estaba sana y salva. Que yo supiera, ninguna amenaza se había acercado a nuestra puerta. Resultaba demasiado fácil mantener la farsa de una mujer en busca de seguridad.

Leonardo me preguntaba a menudo cómo había conseguido escapar de Marco. Yo le contaba una vaga historia sobre cómo me había largado del hospital, aprovechando el momento en que Marco se había ido. Cada vez, Leo me miraba con una expresión impregnada de tristeza y comprensión, prometiéndome que estaría a salvo, que nadie me haría daño.

Había empezado a apreciar esa seguridad. A diferencia de Marco, Leonardo se ausentaba a menudo. Siempre me llamaba para avisarme cuando venía, y pasábamos tiempo juntos mientras me ayudaba con Freya, pero por lo demás me daba privacidad.

Entonces, Leonardo me pidió que me casara con él.

Fue una gran sorpresa. Se arrodilló, declaró que se había enamorado de mí y me prometió que garantizaría mi seguridad y la de mi hija para el resto de nuestras vidas. Me quedé sin habla.

Le había cogido cariño, pero no le amaba.

Sin embargo, sentí claramente que no podía negarme. Si decidía echarme, volvería al punto de partida, sin saber quién era una amenaza ni cómo proteger a mi hija. Una cosa era robar o engañar para ganarse la vida y otra sobrevivir con una bebé de siete meses.

Así que dije que sí.

Proteger a Freya se convirtió en mi máxima prioridad desde el momento en que nació, y mantener a Leonardo de mi lado era la mejor manera de hacerlo.

Con el compromiso llegó una nueva libertad. Leonardo me dejó organizar todos los detalles. Quería que tuviera una boda de ensueño, completamente bajo mi control. Durante el día, me dedicaba a eso. Pero por la noche, cuando la mentalidad de mamá daba paso a pensamientos más inquietos, me ponía a investigar.

Indagué en la vida de Marco y de su padre, Dante. El tiempo dedicado a averiguar sobre Cherry me había convertido en una experta en conectar hilos y descubrir lo que debía permanecer oculto. En pocas semanas, me había hundido hasta el cuello en un infierno de información truculenta.

No fue tan difícil encontrar detalles sobre las familias que habían tratado con los Barrone. Recordaba a la mayoría de ellos de aquella cena, cuando Marco y Leonardo habían llegado a las manos. A partir de ahí, seguí una pista tras otra, y una versión borrosa de la verdad empezó a tomar forma.

Fawn tenía razón, *al menos en parte.*

Muchas familias relacionadas con los Barrone estaban siendo destruidas, de un modo u otro. Los hombres morían en 'accidentes', un código obvio para el asesinato, mientras que las mujeres y los niños desaparecían en la nada. No quedaba rastro de ellos, y de esas desapariciones surgían rumores.

Rumores que coincidían con la historia de Fawn y el evidente dolor de su pasado.

Cada prueba que recogía, noche tras noche, apuntaba a la implicación directa de Marco. Pero mi corazón se negaba a aceptarlo.

Por un lado, era un hombre peligroso, a la cabeza de una mafia aún más despiadada. Lo había visto con mis propios ojos: insensible, brutal, dispuesto a matar sin dudarlo, como la vez que había acorralado a Leonardo. Aquel Marco podía ser capaz de las atrocidades que describía Fawn.

Pero entonces, pensé en el otro Marco. El que haría cualquier cosa por su hermana. El que lo había sacrificado todo, incluso su propia felicidad, para protegerla y mantenerla a salvo. Era como si me enfrentara a dos versiones opuestas de la misma persona.

Y él es el padre de mi hija.

La idea de que pudiera ser capaz de una traición tan horrible es algo que no puedo soportar. Las noches que paso buscando respuestas siempre acaban igual: con náuseas, atrapada en una lucha entre lo que siento y lo que descubro.

Fawn cree firmemente en su verdad, y no es del todo infundada, dadas las pistas que he reunido. Aún así, me cuesta aceptar que

Marco la vendiera como esclava sexual.

Y que yo podría ser la siguiente.

Este tipo de investigación llenó los siguientes meses. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, había pasado un año.

El primer cumpleaños de Freya fue un gran acontecimiento, organizado por Leonardo con toda la pompa y circunstancia que podía permitirse. Por un momento, consideré quedarme allí para siempre.

Estaría a salvo. Freya tendría una buena vida, protegida.

Eso es todo lo que debería querer.

Sin embargo, Marco nunca abandona mis pensamientos. La verdad es confusa, como un charco después de una tormenta, y me arrastra en dos direcciones opuestas, ambas devastadoras.

Sin enfrentarme a Marco, la verdad sigue siendo un atolladero. Y cada vez que miro a Freya, lo veo a él.

¿He amado realmente a un monstruo? ¿He sido un cordero llevado al matadero?

No estoy más cerca de la verdad que hace un año. Otro día de búsqueda acaba siempre con la misma conclusión: *nadie sabe nada con certeza*. No hay nada concreto, sólo creencias y sospechas. Pero es suficiente para sugerir que los Barrone están metidos hasta el cuello en el tráfico de seres humanos.

Y que ninguna mujer está a salvo.

"¿Qué estás mirando?" La voz de Leonardo me pilla desprevenida cuando se acerca con Freya en brazos. Ella le mira con sus grandes ojos inocentes y gorjea, y él le sonríe ampliamente antes de intentar echar un vistazo a la pantalla de mi portátil.

Cierro el laptop con un chasquido y lo agarro del cuello de la camisa, distrayéndolo con un ligero beso en la mejilla. "Una sorpresa de boda", miento, apartándole de la verdad.

"¿No puedes darme una pista?". Cuando se acerca para besarme de verdad, me encojo de hombros con agilidad y le quito a Freya de los brazos. Luego niego con la cabeza.

"La boda es la semana que viene, ¿no puedes esperar?".

Leo pone los ojos en blanco y me mira intensamente. "Por ti esperaría siempre".

Es terriblemente romántico y completamente inapropiado, tanto que se me parte el corazón por él. Pero sonrío de todos modos, intentando ignorar esa extraña y fría luz en sus ojos.

En ese momento me doy cuenta de que Leonardo ya no es sólo mi protector. Es mi carcelero.

Y está empezando a darse cuenta de que mi corazón no está en este compromiso.

Debo mantenerme fuerte y llegar hasta el final. Una vez casada con Leo, la seguridad de Freya estará garantizada y podré planear mis próximos pasos.

¿Hasta entonces? Seré la prometida perfecta.

19

MARCO

Hoy es el día en que Leonardo Simone se casa con el amor de mi vida. No parece real, como una cruel pesadilla, y estoy esperando a despertar.

Han pasado casi dos años desde la última vez que vi a Gianna, pero nunca ha abandonado mis pensamientos. Es como un fantasma que me persigue a cada paso. Incluso después de que su olor haya desaparecido de las almohadas y su voz se haya convertido en un recuerdo lejano, sigo queriéndola.

Dicen que la distancia fortalece el amor. Pero no se aplica cuando descubres que la mujer que amas vive con tu enemigo mortal. Durante meses pensé que la habían secuestrado e hice todo lo posible por salvarla.

Entonces llegó el anuncio del compromiso.

Aquel día, mi mundo se derrumbó. Su recuerdo se convirtió en cenizas en mi mente. Desde entonces, Leonardo y yo nos hemos declarado una guerra abierta por el control del territorio, sin final a la vista. Por lo que a mí respecta, aquel compromiso firmaba su sentencia de muerte.

Sin embargo, en el fondo, bajo la ira y el dolor, mi amor por Gianna sigue ahí. Hay algo en su relación con él que no puedo

aceptar. No es propio de ella. Siento que me falta una pieza del rompecabezas.

Estoy seguro de ello.

"¿Marco?" La voz de Dante me saca de mis pensamientos y levanto la cabeza del escritorio para mirar a mi padre, que permanece inmóvil en el umbral de la puerta.

"¿Qué?"

"Hoy hemos perdido catorce hombres más", suspira. La guerra ha golpeado duro a todo el mundo, pero a mi padre parece pesarle de un modo especial. Dice que ver morir a hombres criados bajo su liderazgo por algo sin sentido le atormenta, y siempre acabamos luchando. Quiero matar a Leonardo, quiero reducir a polvo a su familia. Para él, estoy drenando todo lo que hemos construido porque no puedo dejar ir a una mujer que ya no me quiere.

Una parte de mí sabe que tiene razón. Pero el resto de mí no lo creerá hasta que Gianna me lo diga.

"Envía flores", digo, volviendo a centrar mi atención en los planos esparcidos por mi escritorio. Mientras Leonardo se casa, yo planeo arrasar todos los almacenes que tengan algo que ver con la familia Simone.

"La mitad de ellos ni siquiera tienen una familia a la que enviárselos", replica Dante, acercándose. Examina mis planes y coge una foto de Gianna que sostengo junto al codo. Es una imagen de ella delante de una ventana en la finca de los Simone. Si ese lugar no fuera una fortaleza, ya la habría secuestrada.

"¿Cuántos más", dice con disgusto, arrojando la foto sobre el escritorio, "cuántos más morirán antes de que cedas a las exigencias de Leonardo y pongas fin a esta guerra?".

"¿Quieres que me rinda?". Le miro sombríamente. "¿Y escupir sobre el honor que sostiene el nombre de nuestra familia?".

"Si sigues así, no quedará nada de nuestro nombre", replica Dante. "Marco, por favor. Debes detenerte antes de que sea demasiado tarde. Nadie vale toda esta sangre".

"¿Crees que Leonardo tiene a alguien diciéndole que se pliegue a mis exigencias?", gruño, levantándome bruscamente. La silla se inclina contra la pared. "No. Tiene hombres que incendian las

escuelas de nuestros hijos, inundan el mercado con drogas adulteradas y sobornan a la policía hasta el punto de que la mitad de nuestros hombres acaban en la cárcel por cargos falsos. Él no retrocederá, así que yo tampoco".

"Estáis librando batallas diferentes", murmura Dante. "¿Por qué no lo entiendes?".

"¿Quieres saber lo que entiendo?". Le planto un dedo en el pecho. "Entiendo que eres un cobarde que quiere huir y renunciar a todo lo que hemos construido".

"¿Soy un cobarde?" Sus gruesas cejas se arquean en una expresión sombría. "Tu camino está destruyendo mi legado".

¿Su legado? "Yo soy tu legado".

Lo empujo, incapaz de soportar otra discusión inútil, y salgo de la habitación. Atravieso el edificio a grandes zancadas, en busca de mi hermana, pero por el camino me tropiezo con Tara.

Es la única persona que puede entender mi tormento por Gianna.

"Señor". Me saluda con una sonrisa tirante, entregándome una pequeña tarjeta. Es un poco más grande que una tarjeta de visita. "Ha llegado esto para usted".

La cojo y miro los dibujos dorados que decoran su superficie, luego miro a Tara. "¿Sabes qué día es hoy?".

Me mira fijamente y asiente con la cabeza. "Sí, señor.

"¿Has... hablando con ella?".

Tara niega con la cabeza y responde en voz baja: "No".

Nos separamos y sigo caminando por la finca sin detenerme hasta que me encuentro en el invernadero de mi hermana.

Me saluda con una sonrisa cansada y una ligera tos. "Marco", dice, cogiendo una de mis manos entre las suyas. "Te estaba esperando".

"Dime, Emilia. Dime que no estoy arrojando a toda la familia a las llamas". Me dejo caer en la silla frente a ella, colocando mi otra mano sobre la suya. "Dime que estoy haciendo lo correcto".

Emilia inclina la cabeza. "No puedo decírtelo, porque no sé qué es lo correcto".

"Papá cree que estoy cegado por la rabia, obsesionado sólo con matar a Leonardo".

"¿Lo estás?", pregunta ella, estudiando mi rostro con sus ojos pálidos.

"Tal vez."

"Pero por Gianna harías cualquier cosa".

"Sí. Se fue porque tenía miedo. Y lo comprendo. Este mundo -mi mundo- es demasiado intenso. Ella es una flor y yo soy escarcha".

Emilia se ríe, concentrándose en su taza de té. "Eres un poeta terrible".

"Ya sabes lo que quiero decir". Suspirando profundamente, saco la tarjeta del bolsillo. "Ella quería salir de este mundo, y él la arrastró de vuelta. Y no sé a qué juego está jugando con este matrimonio, pero sé que tengo que salvarla".

"Hermano, ¿has considerado que tal vez ella no quiere ser salvada?", pregunta Emilia suavemente. "Muchas cosas pueden cambiar en dieciocho meses".

Sus palabras me golpean hasta la médula, pero es la única que puede pronunciarlas sin desatar mi ira. Sin tener una respuesta que darle, abro la tarjeta y se me hiela la sangre en las venas.

Me inclino hacia delante, con la boca abierta por la sorpresa.

"Es de ella".

"¿Qué?" La taza de Emilia vuelve a caer ruidosamente en el plato. "¿Gianna?"

Inclino la nota para que Emilia también pueda leerla a mi lado.

Marco, sé que sabes lo que pasa entre Leo y yo. Sin embargo necesito saber la verdad. Ven, veámonos, pero solo si estás dispuesto a contármelo todo.

Gianna

Bajo su firma está el secreto mejor guardado del mundo: la dirección del lugar donde Leo y Gianna van a casarse.

"La verdad", repite Emilia, cogiendo la tarjeta de mis manos. "¿Qué quieres decir con eso?".

"No tengo ni idea", respondo en voz baja, mientras el corazón me martillea en el pecho. El estómago se me hace un nudo de ansiedad

y la mente se me llena de dudas. ¿Es una trampa? ¿O es realmente ella? ¿Debo ir solo, arriesgándome a morir? ¿O debo presentarme con un ejército, arriesgando de encontrar sólo a ella?

"Emilia", digo en un tono tenso, empujando las palabras a través del nudo que me aprieta la garganta. "¿Qué debo hacer?"

"Marco". Me agarra la muñeca con fuerza. "De una forma u otra, esta guerra tiene que terminar. Ahora sabes dónde está, así que acude a ella y escúchala. Lo que sea que te diga, úsalo para terminar con este derramamiento de sangre. Quiero que mi hermano vuelva".

Sus palabras ahuyentan el escalofrío que me recorría las venas y asiento.

No puedo obligar a Gianna a volver conmigo, y nunca le haría daño. Pero esta podría ser mi única oportunidad de escuchar la verdad directamente de su boca: por qué se fue. La razón por la que eligió a Leonardo.

Debo acudir a ella.

~

CONDUZCO SOLO HASTA LA IGLESIA, aparco al otro lado de la calle y observo a la multitud que entra por la puerta. Todos llevan un pin con el escudo de Simone, y muchos van armados. Algunos lo exhiben abiertamente, patrullando el perímetro, mientras que otros son más discretos: bultos bajo sus trajes y bolsas lo bastante grandes como para albergar una potente pistola.

Pero la dirección es correcta. Esto significa que, o bien Gianna está allí y quiere hablar, o bien me han atraído hasta aquí para que vea cómo el amor de mi vida se casa con mi enemigo ante mis ojos.

Ambas posibilidades son insoportables.

De repente, un aluvión de coches dobla la esquina e inunda la carretera, bloqueándola con vehículos aparcados lateralmente a ambos lados. Los hombres de Leonardo se movilizan de inmediato, pero no tienen ninguna posibilidad contra los hombres que salen de los coches nuevos blandiendo fusiles de asalto.

Un puñado de guardias son abatidos en cuestión de segundos, todo sucede tan rápido que apenas puedo registrar lo que está ocurriendo.

En unos instantes salgo del coche, pistola en mano, y corro hacia la iglesia, hasta que veo a alguien que reconozco. De repente, me detengo en la acera.

"¡¿Papá?! ¿Qué coño haces aquí?" Me abalanzo sobre él un segundo después y me agarra por el cuello de la camisa.

"¿Yo?", grita. "¡Tú eres el tonto que ha venido aquí solo!".

"¡Puedo hacerlo!", grito, mientras una salva de disparos estalla en el interior de la iglesia. "¡No tenías que convertirlo todo en una masacre!".

"No te daré la razón", gruñe Dante. "Pero no dejaré que mi hijo entre en territorio enemigo armado sólo con una puta pistola. Considérate afortunado de que te haya hecho seguir".

Mientras el estruendo de las balas llena el aire, el corazón se me sube a la garganta al pensar que alguno de esos disparos perdidos podría alcanzar a la persona equivocada.

Es decir, a Gianna.

"¡No tenía que acabar así!", grito, zafándome del agarre de mi padre.

Me apresuro a entrar en la iglesia e inmediatamente me encuentro con una escena de carnicería. Los invitados, personas que sólo estaban allí para presenciar la boda, yacen esparcidos entre los bancos y por los pasillos, reducidos a meros cuerpos en el camino. Mis hombres se abren paso entre la multitud de los soldados de Leonardo, utilizando el factor sorpresa a su favor, pero sus guardias no tardan en reaccionar.

No tengo ni idea de dónde puede estar Gianna, así que mi único objetivo es dirigirme hacia la parte trasera de la iglesia, con la esperanza de que esté escondida en una de las habitaciones.

La iglesia se llena de hombres, y pronto es imposible saber quién pertenece a quién. Los disparos se abandonan en favor del combate cuerpo a cuerpo, y los sonidos de las armas dan paso a los viscosos y sangrientos sonidos de las espadas clavándose en la carne.

Los hombres caen sofocados en su propia sangre, como moscas. A través de la refriega alimentada por la rabia y el pánico, me abro paso a puñetazos, mordiscos y golpes brutales, perdiendo de vista a mi padre en la confusión. Soy un hombre obsesionado y nadie puede detenerme.

Cuando por fin llego a las habitaciones traseras, mi camisa está hecha jirones, empapada en sangre como si hubiera nadado en un charco de ese líquido. Mis puños están hinchados, mi mandíbula palpita y profundos cortes marcan mi cuerpo. Pero consigo pasar.

La primera puerta que abro está vacía, pero la segunda me hace respirar aliviado.

Me apresuro a entrar en la habitación y a la mujer que está allí se le escapa un gritito.

Gianna.

Está allí, frente a mí, con un vestido de novia blanco hasta el suelo, perfecto e inmaculado. Su pelo, recogido en suaves rizos, enmarca su rostro angelical. Una mano le tapa la boca mientras me mira con los ojos muy abiertos, acentuados por un maquillaje negro brillante. Unos labios rojo rubí asoman entre sus dedos y, por un momento, parece aterrorizada.

"¿Marco?", susurra, y su voz me atraviesa con más fuerza que cualquier otro golpe que haya recibido antes.

Hacía tanto tiempo que no la veía ni la oía que casi caigo de rodillas.

"Gianna". Digo su nombre como si fuera una plegaria, y una sensación eléctrica parecida a una descarga se expande detrás de mis ojos. Es ella, realmente ella.

Y es preciosa.

"¿Qué... qué está pasando?", jadea, con la voz entrecortada. "¡¿Qué has hecho?!"

"¿Yo?" Me paso una mano por los labios, limpiándome la sangre que brota de un profundo corte. "No he sido yo".

"Se suponía que la gente no debía hacerse daño", susurra, y sus grandes ojos de cierva se llenan de lágrimas. "¡Pensé que vendrías por detrás para hablar!"

"Era mi padre. Pensó que estaba en peligro y...". Hago un gesto vago con una mano. No sé cuánto tiempo tenemos y no quiero malgastarlo hablando de él. "Gianna, ¿qué querías decir en tu nota?".

"¿Qué quería decir?", pregunta, apoyando la otra mano en el corpiño ornamentado de su vestido. "Quería hablar. Parecía obvio", susurra.

"¿Hablar de qué? ¿De por qué me dejaste?". Me enderezo y el dolor invade mi pecho como una tormenta imparable. "¿Sobre por qué me dejaste? ¿Sobre por qué me rompiste el corazón y por qué coño te casas con Leo?".

"¡Puedo explicarlo!" Gianna da un paso al frente, pero su explicación tiene que esperar porque la puerta detrás de mí se abre violentamente y ella retrocede con un grito. Me giro bruscamente, esperando ver a Leo, pero en su lugar es mi padre quien entra tambaleándose, jadeando. La sangre empapa su camisa y su rostro está pálido.

"¡Papá!" Corro hacia él, lo agarro antes de que caiga al suelo y lo arrastro hacia la silla más cercana.

"Es el caos", jadea Dante. "Lo siento, Marco".

"No pasa nada, joder. Gianna". Miro hacia ella, que permanece paralizada en el sitio. "¿Puedes cuidar de él? Tengo que terminar esto. Volveré, lo prometo".

Gianna asiente rápidamente, y aunque me desgarra el alma tener que hacerlo, dejo a Gianna con mi padre y me sumerjo de nuevo en la refriega.

La carnicería no tiene fin, pero mis hombres ganan terreno gracias a la superioridad numérica. Mi padre ha traído un ejército entero.

Lucho junto a mis hombres hasta que los números de Leo comienzan a disminuir. Sólo cuando la victoria es segura vuelvo a la trastienda con un médico para mi padre.

Pero cuando abro la puerta, mi corazón se pulveriza y se convierte en cenizas.

La habitación está vacía.

Gianna y mi padre ya no están aquí.

20

GIANNA

Se supone que debemos quedarnos a esperar a que Marco vuelva, pero en cuanto él sale de la habitación, Freya empieza a llorar a mares por todo el caos que se ha desatado. En cuanto empezó la matanza, la escondí en su cuna dentro del armario, con la esperanza de salvarle la vida.

Mis ojos se encuentran con los de Dante mientras los lamentos de Freya llenan el aire, y me encuentro deseando, aunque sólo sea por un momento, que muera desangrado, para que mi secreto pueda permanecer así un poco más. Pero el destino quiere otra cosa: su herida es sólo superficial. Se pone en pie, fuerte y decidido, y no tengo más remedio que mostrarle a mi hija.

Una mirada es suficiente. Entonces, de repente, coge a Freya en brazos y me arrastra fuera de la iglesia por una puerta trasera. No deja de repetirme que no es seguro quedarse allí y que tenemos que irnos inmediatamente, porque nadie allí tendría problemas en hacer daño a una niña.

Intento zafarme, pero me agarra por el brazo y me mira directamente a los ojos. Con voz áspera, me ordena que le escuche, no como un hombre, sino como un padre que habla a una madre. Me dice que no ha sabido proteger a su hijo, así que me ayudará a proteger a la mía. Intento mentirle, decirle que Freya no es mía,

pero no cae en la trampa. “Lo veo en tus ojos”, dice. “Lo sé por la forma en que la miras. Morirías por ella”.

Unas horas más tarde, Dante demuestra su palabra. Freya está a salvo con Tara y Dante en un piso franco de la ciudad, y volver a ver a Tara es una experiencia que me sobrecoge más de lo que puedo describir. Tara me trae ropa limpia y me pongo unos vaqueros y una camiseta. Mientras tanto, advierto a Dante: Leo sospechaba que iba a dejarle. Todo esto, desde fuera, parece un plan cuidadosamente pensado, y vendrá a buscarme.

Dante me tranquiliza diciéndome que eso no ocurrirá, y para demostrarme que realmente intenta acabar con la guerra y mantener a todos con vida, me lleva a un otro piso franco a las afueras de la ciudad para que me enfrente a Marco. Con Freya a salvo con Tara -la única persona en la que confío sin reservas- me digo a mí misma que pase lo que pase, merecerá la pena. Necesito respuestas.

Por eso, cinco horas después de la masacre de mi supuesta boda, estoy en el salón de un edificio en ruinas, mirando fijamente a Marco mientras sale de la cocina.

Se congela de repente al verme, y el vaso de agua que sostiene se le escapa de los dedos. Cae al suelo con un estrépito de cristales rotos y salpicaduras de agua en sus pies descalzos, pero no se inmuta. Tiene el torso desnudo envuelto en multitud de vendas y parte de la cara hinchada por los demasiados puñetazos recibidos.

Y al igual que en la iglesia, mi corazón palpita dolorosamente al verle. El amor y la duda chocan en mi interior, y casi no puedo respirar cuando sus ojos se clavan en los míos.

“Gianna”, dice, y yo corro el riesgo de derretirme enseguida.

“Marco”, le respondo.

Hay un instante en el que el tiempo parece congelarse. Ambos nos miramos, esperando a que el otro se mueva o hable primero. El aire está cargado de tensión y de un penetrante olor a desinfectante.

Entonces Marco se precipita hacia mí, me levanta en brazos y me besa con tal hambre que olvido momentáneamente hasta mi propio nombre. No hay nada más que la firme presión de su cuerpo y el

calor de sus labios chocando con los míos, una y otra vez. Me besa como si quisiera consumirme, y yo cedo durante unos minutos desesperados.

El deseo y el amor que siento por este hombre no se han desvanecido ni un ápice.

Luego le empujo y nos separamos, mientras la realidad me invade como una ola helada. Por mucho que lo desee, por mucho que lo ame, no merece la pena si realmente es el monstruo de las sombras.

"Te he echado de menos", susurra Marco, pasándose una mano por el pelo, con la voz quebrada. "No puedo creer que estés aquí".

"Te lo dije", digo con voz temblorosa, intentando mantenerme firme. "Necesito respuestas".

"Lo que sea", promete, con la voz más suave de lo que recuerdo. "Te lo contaré todo".

"He descubierto algunas... cosas horribles sobre ti, Marco". Me tiembla la voz. "Necesito saber si son ciertas".

"¿Por eso te fuiste?", pregunta, dando un paso adelante.

Retrocedo uno. "Una cosa a la vez".

Él asiente. "De acuerdo. Pregúntame".

Se lo cuento todo, sin omitir nada. Cada detalle sobre Fawn, desde la forma en que me encontró en el hospital tras el accidente, hasta el ultimátum que me dio para protegerme. Describo sus palabras, su odio hacia él y por qué me empujó a huir. Marco no me interrumpe, pero su rostro cambia constantemente: conmoción, dolor, tristeza.

"¿Cómo has podido?", pregunto, mientras las lágrimas me escuecen en los ojos. "¿Cómo pudiste hacerle eso a alguien a quien amabas? ¿A las personas? No son mercancías, Marco. No puedes venderlas como si fueran objetos".

Marco guarda silencio. Sus cejas se tensan en una expresión indescifrable, como si estuviera procesando todo lo que he dicho. Y esta reacción me exaspera. Mi corazón late desbocado y me entran náuseas. ¿Dónde está su rechazo inmediato? ¿Por qué no reacciona?

Tras un largo silencio, Marco se levanta. "Sígueme".

"¿Qué?", pregunto, confusa, mientras le veo pasar a mi lado. Le sigo por un pasillo hasta un pequeño despacho al fondo. El aire está cargado de polvo y toso un poco cuando se acerca a una caja fuerte en la pared. Introduce la combinación, la abre y saca una carpeta gruesa, desgastada y de color marrón claro. Me lo entrega sin decir palabra.

"¿Qué es?", le pregunto, sentándome en un sillón de cuero junto al escritorio.

"Ábrelo", responde con tono tenso.

Hago lo que me dice. El contenido me revuelve el estómago. Hay fotos. Cientos de fotos de mujeres y niños. Cada foto va acompañada de párrafos de información, cifras escritas en rojo y, en algunos lugares, anotaciones garabateadas en el margen.

"¿Qué es esto?", susurro, me tiemblan las manos al pasar las páginas. "¿Un libro de trofeos?". Muchas de las imágenes me resultan familiares, las había visto antes durante mis investigaciones. Las palabras de Fawn resuenan con fuerza en mi mente.

Decía la verdad.

Mientras sigo hojeando las páginas, Marco me sirve dos vasos de whisky y me pone el mío delante.

"Sí, soy responsable de la desaparición de estas personas", dice Marco, apoyando las manos en el escritorio frente a mí. Pero es porque los salvé. Después de lo que les pasó a mi madre y a mi hermana, la idea de que ciertas familias se crean con derecho a tratar a una hija como una propiedad me pone enfermo. Lo digo en serio cuando digo que protejo a la gente. Descubro esposas e hijas maltratadas, vendidas, heridas, y entonces las salvo. Las hago desaparecer, les doy una nueva identidad, una nueva vida, y luego mato a quienes las hicieron sufrir".

Marco inspira profundamente, su respiración es irregular. De un trago, vacía el vaso de whisky.

"¿El dinero anotado al fondo? Son los medios que utilicé para ayudarles a reconstruir una nueva vida. Todo esto es secreto, por supuesto. Dejar que la gente crea que estoy implicado en el tráfico de personas es una tapadera perfecta. Pero esas personas están

vivas, Gianna. A salvo. Con nuevas identidades. Podría llamarlos a todos, uno por uno, y responderían. Si no me crees, hazlo tú".

Marco saca su móvil del bolsillo y me lo entrega.

"Llámalos. A todos, si hace falta".

Me quedo sin habla.

La cabeza me da vueltas y las imágenes borrosas de aquellas fotos se desdibujan ante mis ojos. ¿Es posible que Fawn se equivocara? ¿Que haya creído una mentira deliberadamente construida por Marco para proteger a esas personas?

El corazón me late con fuerza, con intensidad, en el pecho. Una náusea amarga serpentea por mi estómago.

"¿Y Fawn?" añade Marco, soltándose contra el borde del escritorio. "Si está viva tiene sentido. Si está enfadada conmigo, explicaría los asesinatos de algunos de mis lugartenientes este año. Pero no fui yo quien le hizo daño, Gianna. Te lo juro. No tenía idea de que intentaba matarme, y ciertamente nunca la vendí. Todo este tiempo, realmente creí que estaba muerta".

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Cierro lentamente la carpeta, consciente de lo peligroso que sería que esto cayera en las manos equivocadas. Si alguien descubriera la verdad, todas aquellas personas que habían sido salvadas y protegidas correrían inmediatamente peligro.

Miro a Marco con los ojos llenos de lágrimas, y es como si realmente lo estuviera viendo por primera vez. El hombre al que estaba viendo proteger suavemente a Emilia no era ningún engaño. Era Marco, el *verdadero* Marco. No el matón despiadado que mostraba al mundo, sino el hombre capaz de amar y sacrificarse.

¿Cómo pude dudar de él?

"Lo siento", susurro con voz quebrada, mientras las lágrimas empiezan a caer. "Todo parecía encajar, ¿sabes? Y después de lo de Tara, estaba tan asustada que..."

Una ráfaga de disparos suena de repente, rompiendo el aire. Me levanto de un salto, con el corazón en un puño, y Marco se aparta del escritorio con ojos alarmados.

Se vuelve hacia mí, me coge la cara entre las manos y me mira directamente a los ojos.

"Lo único que importa es que estés viva y a salvo. ¿Lo entiendes? No hay nada más importante que eso. Toma.

Rebusca en sus bolsillos y saca la cartera. Un momento después, me pone en las manos una tarjeta de crédito negra.

"¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo?"

"Usa esto", dice en tono firme. "Ahora tienes que pensar en protegerte, Gianna. Leonardo no se detendrá. Para él, destruí su familia y arruiné su matrimonio. Sólo uno de los dos saldrá vivo de esta guerra".

"¡No!" Me aferro a su camisa, incapaz de aceptar sus palabras. "¡No quiero perderte otra vez! Acabamos de descubrir la verdad, y quiero quedarme!"

"No."

Marco me besa con fuerza, un beso lleno de desesperación y amor. Parece querer imprimir su presencia en mí, como si fuera la última vez.

"La guerra nos consumirá, pero no dejaré que te consume a ti. Debes irte, esconderte y vivir. Cuando sea seguro, te encontraré".

Bajo la mirada al papel que sostengo entre las manos y siento el peso de su decisión. Quiero quedarme. Quiero contárselo todo. Quiero hablarle de Freya, decirle que debe sobrevivir por ella. Pero el sonido de una puerta que se abre a lo lejos me hiela la sangre.

"¡Rápido!" Marco me coge de la mano y corremos hacia el pasillo. Pero nos congelamos de repente cuando Fawn, con su vestido negro de asesina, aparece ante nosotros. Sus ojos helados, llenos de rabia, los reconocería en cualquier parte.

"Tú", gruñe, mirándome fijamente. "Te lo advertí, Gianna. Te lo advertí, *joder"*.

Corre hacia mí, pero Marco me empuja contra la pared y se interpone entre nosotros. Mientras los dos se enfrentan en una feroz pelea, Marco me grita que corra.

Y yo corro.

Agarrando el tarjeta en mis manos, salgo corriendo de la casa y tropiezo hacia el exterior. Encuentro a Dante, jadeante, junto a dos guardaespaldas muertos.

"¡Dante!", grito, corriendo hacia él. "¡Tienes que hacer algo! Marco..."

Un rugido ensordecedor me interrumpe. La casa explota en una bola de fuego gigante, y la onda expansiva me lanza hacia delante, directamente a los brazos de Dante. Caemos juntos al barro y grito cuando empiezan a llover trozos de madera y ladrillos a nuestro alrededor.

Cuando me doy la vuelta, con la respiración entrecortada, veo la casa envuelta en llamas derrumbándose sobre sí misma.

Y con ella, mi corazón también se rompe en mil pedazos.

"¡Marco! ¡No!"

21

GIANNA

CINCO AÑOS DESPUÉS

"¡Mamá! Mamá!"

Con un chillido alegre, mi adorable hija de seis años entra corriendo en mi habitación, se sube a la cama y se lanza sobre mí, estallando en carcajadas de risa cristalina.

En estos cinco años de aislamiento, Freya se ha convertido en la niña más dulce que he visto nunca. Tiene los ojos color hielo de Marco y mis rizos castaños: una combinación perfecta de ambos.

Y es felizmente inconsciente del caos que la trajo a este mundo. Se tambalea sobre la cama, levantando las piernas al aire y haciendo volar la falda hasta las caderas, antes de darse la vuelta y mirarme con una sonrisa mientras me levanto sobre los codos.

"Buenos días, Freya".

"¡Buenos días!"

"Tienes mucha energía para ser sólo las ocho".

"¡No hay colegio!" exclama Freya, deslizándose de la cama y saliendo corriendo de la habitación con una risa contagiosa.

Sonrío suavemente mientras me deslizo fuera de la cama y estiro los brazos por encima de la cabeza con un gran bostezo. Desde que Dante me trajo aquí hace cinco años, no he puesto un pie fuera de estas paredes. Es demasiado peligroso. Para Freya, la única opción fue la educación en casa.

Ha sido agotador, claro, y a veces parece que aprendemos juntas, pero me encanta ver crecer a mi hija. Es lo único que realmente puedo controlar.

Después de vestirme rápidamente, sigo el sonido de su risa hasta el baño, donde la encuentro lavándose los dientes. Lo convertimos todo en un juego, reímos, bromeamos y luego llega la hora del desayuno.

El apartado ático al que me ha llevado Dante es el lugar donde, después de que mi vida se desmoronara, empecé a vivir de nuevo. Es un lugar más lujoso de lo que jamás podría haber soñado. Una pared entera de ventanas del suelo al techo ofrece una vista impresionante de una ciudad destrozada por la guerra.

Una guerra que nos impide irnos. No hasta que Freya tenga edad suficiente.

Durante los últimos cinco años he vivido aquí, sola, criando a mi hija. Dante venía de visita de vez en cuando, a menudo trayendo sólo malas noticias: muerte, violencia, devastación.

El mundo se vino abajo tras la muerte de Marco.

O al menos, *todo el mundo piensa* que está muerto.

¿Yo? A veces no estoy tan segura.

Después de un ligero desayuno de fruta y yogur, llevo a Freya a su cuarto de juegos. La acomodo frente a su casa de muñecas hecha a mano e inmediatamente se sumerge en su pequeño mundo de fantasía. No muy lejos de allí, me siento con mi portátil, alternando entre trabajar y vigilarla.

Al principio, el dolor de perder a Marco era paralizante. Las semanas posteriores a la explosión parecían un sueño febril: vagaba en un océano de miedo, rodeada de tiburones. Leonardo estaba furioso, convencido de que nuestro compromiso y matrimonio era un plan urdido para destruirle.

Tras la muerte de Marco, otro miembro de la familia Barrone tomó el relevo. Según Dante, nadie de esa familia me miraría nunca con ojos benévolos: a los demás les parecía que yo había conducido al asesino hasta Marco.

Ni siquiera me había planteado el hecho de que Fawn pudiera seguir observándome, y cada vez que recuerdo su mirada de puro

odio en aquel pasillo, se me parte el corazón.

No tuve más remedio que esconderme e intentar recomponer mi vida. Me concentré en Freya. Mes tras mes, ella se convirtió en mi principal prioridad, y antes de que me diera cuenta, el mundo ahí fuera había empezado a moverse de nuevo sin mí.

Pero las calles de la ciudad seguían sangrando. La guerra entre los Barrone y los Simone se había vuelto interminable. La violencia estaba tan arraigada que ya nadie recordaba por qué había empezado. Los Barrone buscaban vengarse de Marco, mientras Leonardo respondía golpe por golpe. Después de cinco años, todo lo que quedaba era ira y muerte.

Cuando Freya cumplió tres años, empecé a notar cosas que no cuadraban. Dante me visitaba a menudo, asegurándome que aquí estaba segura y que no tenía que preocuparme por salir. Yo le creía, hasta que un día, desesperada, decidí que un paseo me ayudaría a despejarme.

Fue entonces cuando descubrí que no podía salir de este ático.

El ascensor se activaba con las huellas dactilares, y las mías no estaban en el sistema. Cuando le pedí explicaciones a Dante en su siguiente visita, me habló de la importancia de esas precauciones de seguridad y afirmó que sólo nos protegía a mí y a Freya por respeto a Marco.

Me dijo: *'Si no lo hiciera, os echaría a los lobos. Las familias quieren venganza. Entonces, ¿quién protegerá a Freya?"*

Pero yo sabía la verdad. Ese día me di cuenta de que no se trataba de mi seguridad. *Me tenían prisionera.*

Entonces Dante dejó de venir a visitarme.

Las luces seguían encendidas y seguía llegando comida todos los meses, pero aparte de eso, no tenía contacto con nadie. Dante nunca contestaba al teléfono cuando intentaba llamarle, y aunque Fawn llevaba tanto tiempo acosándome, tampoco volví a saber nada de ella. No sabía nada de Tara ni de Emilia, y poco a poco me di cuenta de que la vida que creía tener se había acabado el día que Marco murió.

Pero no me rendí por mucho tiempo.

Ahora me paso el día investigando.

Con el tiempo me he vuelto bastante hábil, pero reconstruir detalles de memoria es complicado. Durante mi última conversación con Marco, me enseñó una carpeta con los nombres de las mujeres y los niños a los que había ayudado a escapar de esta vida. Era su prueba de que la familia Barrone no estaba implicada en el tráfico de seres humanos.

Todas esas pruebas se esfumaron con Marco, así que empecé a reconstruirlas yo misma, en la medida de lo posible. Basándome en los números de teléfono y los nombres que recordaba, conseguí ponerme en contacto con varias mujeres a las que Marco había ayudado, y todas ellas vivían nuevas vidas seguras, hablando de él con infinita gratitud. No tuve el valor de decirle a ninguna de ellas que Marco había muerto; me limité a felicitarlas por su nuevo comienzo.

Por desgracia, ninguna de ellas recordaba mucho a las personas que les habían ayudado a reconstruir sus nuevas identidades. Una parte de mí esperaba que los que habían colaborado con Marco pudieran ayudarme a salir de mi situación, pero Marco había cubierto todos los rastros.

No había pistas que seguir.

Por cada cinco mujeres que encuentro vivas y a salvo, siempre hay una a la que no puedo seguir el rastro. Puede que simplemente se hayan marchado y hayan seguido viviendo en secreto, pero cada vez que una mujer aparece ilocalizable, no puedo evitar preguntarme qué habrá sido de ella.

Marco había dicho que había alguien más, el verdadero villano de la historia, y había jurado que no era responsable de lo que le había ocurrido a Fawn. ¿Era posible que esa persona estuviera implicada en sus operaciones de rescate, o era sólo una coincidencia?

Mis días transcurren entre la búsqueda de sombras del pasado y el cuidado de mi hija. A medida que Freya crece, también se incrementa mi determinación de darle la misma libertad que Marco había dado a aquellas mujeres, pero carezco de los recursos para hacerlo.

Todavía tengo su tarjeta, pero no la he usado desde que Dante me trajo aquí. No tengo ni idea de si esas tarjetas tienen fecha de

caducidad o si siguen funcionando tras la muerte de Marco, pero aún así la conservo.

Porque a veces, en el silencio de la noche, mientras me sumerjo en las noticias y los artículos sobre la guerra de mafias que está destruyendo la ciudad, encuentro detalles que me llaman la atención. Una sombra entre la multitud en un reportaje de televisión, o el relato de un gesto heroico sin fotos y con descripciones vagas. Son cosas como éstas las que me hacen pensar.

Que Marco podría estar vivo.

Un pensamiento ilusorio, quizás.

Hoy me he pasado el día buscando a una mujer llamada María. Después de encontrar su nuevo nombre, Hayley, la llamé. La interrogué sobre las personas que aparecieron en su casa la noche de su desaparición. Como las demás, recuerda caras pero no nombres, y nunca volvió a ver a esas personas. Me preguntó por qué la buscaba después de ocho años, y cuando le dije que intentaba ponerme en contacto con quienes la habían ayudado para ayudar a otra persona, me deseó suerte.

Un gesto dulce, pero innecesario.

Freya y yo cenamos juntas, y luego abandoné el portátil para pasar la tarde jugando al 'bar' con ella. Es una pequeña y adorable tirana en el trabajo, y cada vez que se ríe como una loca me recuerda el tono rasposo de la risa de Marco.

Le echo de menos. Me siento atrapada, sin salida, y cuanto más tiempo paso aquí, más me planteo romper el cristal e intentar descender en rappel por la ladera del edificio.

En las películas funciona, ¿verdad?

Cuando Freya me sirve su octava taza de té de cereza, empieza a bostezar ruidosamente. Así que la cojo en brazos y empezamos la rutina de la noche: una ducha, un cuento y luego la meto en la cama mientras ella protesta que no está cansada, solo para dormirse contra mí poco después. Le doy un beso en la cabeza, la arropo bien y salgo de su habitación para empezar la noche.

Me sirvo un vaso de vino y paso de la cocina al salón con el teléfono en la mano, con la intención de llamar a Dante hasta

enfadarme.

Sólo que, en lugar de pulsar su número, el vaso se me resbala de las manos y se hace añicos en el suelo de madera. Una sombra emerge de la oscuridad del salón y me quedo paralizada, un instante antes de gritar de miedo, cuando la sombra baja su capucha.

Me encuentro con los ojos fríos y familiares de Fawn Simone.

Su pelo negro ha desaparecido, sustituido por un rubio platino.

"Así que", dice Fawn, escrutándome de pies a cabeza. "¡Estás viva de verdad! Todos creíamos que habías muerto".

22

MARCO

Desde el balcón de mi piso, observo en silencio el enorme incendio que devora las calles de Nueva York. Comenzó como una pequeña hoguera en la cocina de uno de los clubes de Leonardo, pero en poco tiempo las llamas han envuelto todo el edificio, extendiéndose a los contiguos como un imparable efecto dominó.

Desde esta altura, el fuego parece lava naranja fluyendo lentamente por las calles. Doy el último sorbo a mi vaso de vodka y me sirvo otro.

"Lo bebes como si fuera agua", comenta mi padre, quieto a mi lado, con la mirada fija en el infierno que arde bajo nosotros.

"¿Y qué?", replico sin girarme.

"No es bueno para ti".

"Nada en esta puta vida es bueno para mí", respondo, dando un largo sorbo. "Morir de vodka no sería una muerte tan mala, ¿verdad?".

No es que me esté suicidando activamente con el alcohol, pero la verdad es que me da igual. Mi vida ya no me importa, no desde que desperté en el hospital, ocho meses después de que mi refugio seguro quedara reducido a escombros por una explosión. Han pasado cinco años y sigo sin poder quitármelo de la cabeza.

Sólo recuerdo algunos fragmentos. Los ojos desorbitados de Gianna, llenos de miedo, la cara del asesino en el pasillo y la fuerza brutal con la que me atacó. Estábamos forcejeando cuando nos estrellamos contra el sótano, y entonces todo explotó, sepultándonos bajo una montaña de escombros.

Ocho meses después, me desperté y descubrí que yo era el único que había sobrevivido, y que Gianna estaba muerta.

Muerta, me dijo mi padre, asesinada por aquella mujer asesina después de que el convoy de huida fuera atacado y sacado de la carretera. Nadie sabía cómo había sobrevivido a la explosión ni cómo había encontrado a Gianna, pero una cosa era segura: trabajaba con Leonardo.

Me hundí en una pena oscura y devastadora. No quería ver a nadie mientras reconstruía lentamente mi cuerpo y aprendía a caminar de nuevo tras tanto tiempo inmóvil. Dante pensó que mi determinación era volver a la dirección de la familia, donde había colocado a un líder temporal. Pero en cuanto salí del hospital, me di cuenta de cuál era mi verdadero objetivo.

Matar a Leonardo y a Fawn.

Ya nada importaba. Los dos habían participado en la pérdida de la mujer que amaba, y tenían que pagar. Nada más me impulsaba a vivir, ni entonces ni ahora.

Una vez casi lo consigo. Por pura suerte, Leonardo escapó y desde entonces vive escondido. Por lo tanto, decidí hacerlo salir. El fuego que consume las calles de abajo es el séptimo club que he reducido a cenizas, y no pararé hasta haber arrasado todo lo que le pertenece.

Cuando ya no tenga dónde esconderse, lo mataré lentamente, haciéndole sentir al menos una migaja del dolor que me consume cada día desde que me arrancaron a Gianna.

Morir de vodka sería casi un lujo.

"Marco". Dante me agarra de la muñeca cuando busco la botella. Una chispa de ira me recorre el pecho y estoy a punto de mandarlo al infierno cuando un sonido familiar -el chasquido de un palo en el suelo- llega a mis oídos.

Me doy la vuelta y veo a Emilia.

Su salud se ha deteriorado rápidamente este último año, y ahora está de pie en la puerta del balcón, una figura delgada y pálida que parece más un espectro que una mujer.

Se me aprieta el corazón. Abandono mi vaso vacío y camino hacia ella, cogiéndola bajo el brazo. "Emilia, ¿qué haces aquí? Deberías estar en la cama, descansando".

"Quería ver las estrellas", dice con voz débil, pero su sonrisa está intacta, llena de fuerza. El tubo de oxígeno alrededor de su nariz se desliza ligeramente y ella lo ajusta con una mano temblorosa.

"Reposo constante significa precisamente eso", le digo, pero no puedo ignorar el anhelo en sus ojos. En lugar de llevarla dentro, la guío hasta el balcón.

"¿Tienes frío?", le pregunto.

Ella niega con la cabeza. "Ya no siento el frío".

Dante la observa un momento, luego se excusa y desaparece en el piso. Es extraño cómo se comporta con Emilia desde que la trajimos aquí. Creo que verla le recuerda a nuestra madre y todo lo que ha perdido.

"Entonces, las estrellas". Levanto la mirada hacia el cielo, intentando divisar algún destello brillante por encima de la bruma alcohólica que nubla mi mente. Pero cuando me vuelvo para mirar a Emilia, me doy cuenta de que sus ojos no están vueltos hacia arriba. Está mirando el fuego que arde en la calle.

"¿Has sido tú?", me pregunta con una calma que corta cualquier acusación.

Aprieto la mandíbula. "No".

"No te creo".

"¿Entonces por qué preguntas?", replico en un tono que rasca.

"Marco". Su voz se suaviza mientras posa una mano ligera pero temblorosa en mi mejilla. "Sabes que ella no habría querido esto".

"No tengo ni idea de lo que ella habría querido", respondo con dureza, "porque no está aquí. ¿Verdad?"

"Sé que ella no habría querido verte hundirte en la rabia, dejar que esta guerra interminable te devore. Sabes tan bien como yo que habría odiado saber cuántas vidas se han sacrificado por todo esto."

“No me importan”, digo, con una tensión que convierte las palabras en espinas. El alcohol ardiente en mi garganta es lo único que me mantiene anclado, evitando que me derrumbe bajo el peso de la emoción. “Mamá. Tú. Fawn. No puedo soportar perder a otra persona. No puedo. Y ahora que se ha ido, no queda nada dentro de mí para reconstruir. Esto lo es todo. Este es mi canto del cisne”.

“Hablas como si fueras tú quien estuviera al borde de la muerte”, replica, y veo brillar las lágrimas en sus ojos pálidos. “Me rompe el corazón verte así”.

“Ya no me duele”, miento. “Estoy en paz con esto”.

“Nunca has conocido la paz”. Emilia sacude la cabeza y cierra los ojos, pero dos lágrimas silenciosas resbalan por su rostro.

Ella es todo lo que me queda. El único hilo de dulzura que ha sobrevivido a esta vida miserable. Yo, en cambio, estoy al borde del precipicio, mi cordura se tambalea mientras el dolor me consume día tras día. Y cuando Emilia exhale su último aliento, sé que estaré allí con ella.

En el fondo, estoy cansado.

Harto de perder a la gente que quiero. Incluso Fawn, por mucho que la deteste ahora, su muerte me marcó profundamente cuando era adolescente. Estoy cansado de luchar. Cansado de sobrevivir. Cansado de no poder salvar mi corazón.

“Vamos”, digo suavemente, rodeando sus frágiles hombros con un brazo. “Vuelve a la cama. No quiero que te resfríes”.

“Ya te he dicho”, replica con un débil sollozo, “que ya no siento el frío”.

“Y precisamente por eso es malo”. Con ella a mi lado, la guío lentamente hacia su dormitorio. Cada paso es medido, y mis pensamientos, nublados por el alcohol, tropiezan unos con otros. Bebo para ahogar los mil ‘y si...’ que me atormentan cada noche, para evitar sentir el dolor de un corazón roto que anhela a una mujer arrancada de mí.

Cinco años son una eternidad. Sin embargo, en mi mundo, sólo estoy a un latido de distancia.

Acuesto a Emilia en la cama con una dulzura que me rompe. Beso su frente y la arropo como si pudiera protegerla del mundo con

una manta. "¿Necesitas algo?"

"Sólo tener a mi hermano de vuelta", responde con tristeza, acariciándome la mejilla con dedos temblorosos.

"Cuando tenga la cabeza de Leonardo y Fawn en un plato, volveré a ser tuyo".

No es una promesa dulce, pero es la única verdad que puedo ofrecerle. A lo lejos, oigo que llaman a la puerta y la tensión se apodera de mí como una soga. Sólo unos pocos saben que estamos aquí, así que una visita sólo puede traer malas noticias.

"Descansa", le susurro. "Tienes que recuperar fuerzas".

Resopla suavemente, pero sus ojos se cierran casi de inmediato y su respiración se vuelve profunda y regular. El corto paseo hasta el balcón la ha agotado por completo. Le doy un beso en la frente y salgo de la habitación, cerrando la puerta en silencio justo cuando mi padre pasa por el pasillo.

"¿Quién estaba en la puerta?", le pregunto, notando que no está acompañado por nadie y que no trae nada consigo.

"¿Qué? Nadie". Se dirige rápidamente hacia el salón, dejándome solo en el pasillo. Una chispa de sospecha arde en mi mente. No puede ser 'nadie'. Se supone que este edificio está abandonado, así que no puede haber sido un vendedor o un vecino. Sólo hay una razón por la que alguien podría venir aquí. ¿Entonces por qué mi padre intenta ocultarlo?

¿Está tratando de encubrir algo sobre Leonardo?

Con un gruñido bajo, vuelvo a mi habitación y cojo la tableta. En un par de toques abro el sistema de seguridad, y no tardo en ver las imágenes de las cámaras exteriores.

El corazón se me para en la garganta cuando en la pantalla aparece una figura familiar, una que no había visto en años, que cruza rápidamente la calle y desaparece en la noche.

Tara.

¿Qué demonios estaba haciendo aquí?

23

GIANNA

"Esto no puede ser verdad..." Las palabras se disuelven como cenizas en mi boca mientras un huracán de pensamientos me arrasa en cuestión de segundos.

Fawn está aquí.

De algún modo, ha conseguido colarse en mi ático, y no tengo ni idea de cómo lo ha hecho. La última vez que la vi, estaba peleando con Marco, decidida a matarlo. Y lo consiguió. Con Freya durmiendo en la habitación de al lado, tengo que hacer todo lo posible para mantener a Fawn centrada en mí.

"No estoy muerta."

"Sí, ya lo veo", murmura Fawn. "Todo este tiempo..." Hace una pausa, se pasa una mano por el puente de la nariz y empieza a pasearse delante de la chimenea apagada.

"Lo siento, ¿por qué pensaste que estaba muerta?" Es el único pensamiento al que puedo aferrarme en esta vorágine de confusión. Me mantuve escondida, claro, pero Fawn es una mujer de muchos recursos. Creía que seguía buscándome para matarme, pero aquí está, en mi salón, sin intención letal aparente.

"¿Qué?" Fawn levanta la mirada hacia mí, luego sus hombros se desploman. "No sabes nada, ¿verdad?".

"Mira, si estás aquí para matarme...". Mi mirada vaga en busca de algo que pueda usar para defenderme. "¡Que sepas que ahora sé cuidarme sola y que no voy a hacerte la vida fácil!".

Fawn se da cuenta inmediatamente de mi mentira y se ríe secamente. "¿Matarte? La última vez que lo intenté, me gané esto". Levanta el dobladillo de su camiseta roja de tirantes y revela una larga cicatriz de quemadura que le cruza el abdomen. Hace tiempo que está curada, pero la imagen me revuelve el estómago.

"¿Esa?"

"Sí". Fawn se deja caer la camisa. "Por favor, dime que recuerdas la explosión, porque si no estoy hablando con alguien que ha perdido la memoria".

"¿La explosión? ¿Cuándo mataste a Marco?".

Fawn me mira impasible y luego resopla. "Vaya. A ver si lo entiendo: no fui yo quien mató a Marco, ¿entendido? Y créeme, yo quería hacerlo. Lo esperé y lo observé en la boda, pero no podía imaginar que traería consigo todo un baño de sangre. Sabía que no se resistiría a tu presencia y sí, te seguí porque tenía la intención de acabar con él".

Mientras habla, sigo mirando a mi alrededor en busca de un arma. Como adornos, las únicas opciones son una lámpara con flecos y una figurita de metal de un delfín.

"He fallado", murmura Fawn. "Resulta que Marco lucha como un animal cuando intenta proteger a la mujer que ama. Le admiraría si no me diera tanto asco". Hace una mueca. "De todos modos, después de que el edificio se derrumbara sobre nosotros, apenas conseguí salvarme gracias a Cherry. Lo siguiente que supe fue que el convoy de Dante fue atacado y tú moriste en el tiroteo".

El corazón me da un vuelco y una sensación de estática me palpita bajo las costillas. Las palabras de Fawn suenan como una historia inventada, algo que siento en mis huesos está mal.

"¿Qué?", susurro. "Eso... no es verdad".

"Claro que no", murmura Fawn. "No estarías aquí si fuera verdad. Pero esa es la historia que circula. Todos están muertos excepto Dante. Consiguió escapar milagrosamente, pero no sirvió de mucho,

ya que Marco estuvo tanto tiempo en coma que no se enteró hasta que fue demasiado tarde."

"Espera..." Sin pensarlo, me acerco a Fawn. "¿Cómo que estuvo en coma?".

Sus cejas perfectamente delineadas se levantan. "Exactamente lo que he dicho. El edificio se derrumbó y él recibió el peor golpe. Ocho meses, mortal para el mundo. Habría terminado el trabajo, pero...". Señala las cicatrices de sus viejas heridas y aprieta los labios.

"Así que él... Perdona, ¿me estás diciendo que Marco está vivo?".

Fawn cruza mi mirada, y por primera vez veo algo más que frialdad en sus ojos. Un destello de calidez mezclado con confusión. "Marco está vivo, claro que está vivo. Ese tío es más difícil de matar que una puta cucaracha".

"Dios mío..." La habitación empieza a dar vueltas y el aire se enrarece mientras lucho por respirar, apretándome una mano contra el pecho. Fawn me habla, pero no oigo nada de lo que dice.

Marco está vivo.

Todo este tiempo y está vivo.

Y creen que estoy muerta.

¿Qué coño está pasando?

Fawn tarda veinte minutos en calmarme mientras me asegura que no ha venido a matarme. Me explica que se pasó años buscando a Marco para terminar lo que había empezado, pero tras innumerables callejones sin salida encontró la antigua titularidad de este edificio. Según los registros de la ciudad, el edificio debería haber sido demolido hace treinta años, pero como sigue en pie, Fawn se decidió a investigar.

Un ascensor con huellas dactilares no es ningún problema para ella.

Pasamos a la cocina y, mientras empiezo a preparar té, Fawn insiste en algo más fuerte.

Vodka, entonces.

"Así que", digo, intentando recuperar el aliento, "¿todo el mundo cree que estoy muerta?".

Fawn se levanta del suelo, donde estaba recogiendo los trozos de cristal de mi copa rota, y asiente. "Todos. ¿Por qué crees que la

guerra entre los Barrone y los Simone dura ya tanto tiempo? Ambos creen que el otro te mató. Claro que Marco se esconde, porque es jodidamente listo. Puede causar mucho más daño desde las sombras".

"¿Pero por qué?", pregunto, entregándole el vaso mientras se sienta a mi lado. "Dante sabe que estoy viva. Fue él quien me trajo aquí con mi hija. Me dijo que había guardias abajo y me visita cada pocos meses".

Fawn frunce el ceño mientras bebe un sorbo, con una mirada de disgusto en los ojos. "Gianna. No hay guardias abajo. Este edificio está vacío. Sólo estáis tú y tu hija".

"Pero..." Levanto las manos, masajeándome las sienes. "Él sigue viniendo aquí. Quiero decir, no le he visto en los últimos seis meses, pero la comida sigue llegando y la electricidad funciona. ¿Por qué haría todo esto si no fuera por Marco?".

Fawn vacía el vaso y lo deja sobre la encimera, balanceándolo de un lado a otro. "Diría que para protegerte de su puto hijo traficante de personas, claro, pero está tan enfermo como Marco".

Entonces me doy cuenta de que Fawn no sabe la verdad. Sin pensar en lo peligrosa que podría ser, la agarro del brazo.

"No, Fawn. Te equivocas. Me enfrenté a Marco por todo lo que me contaste y lo negó todo".

"Claro que lo negó, ¿qué esperabas que hiciera?", murmura Fawn, soltándose de un tirón.

"No, escúchame. Me mostró pruebas y me lo contó todo. ¿Todas esas mujeres y niños que estabas tan convencida de que vendía en el mercado negro? No los vendía, los salvaba. De maridos maltratadores, matrimonios concertados y familias crueles. Siempre que oía hablar de alguien que sufría, actuaba para salvarlo. A menudo mataba a los bastardos maltratadores que las aterrorizaban para que nadie las buscara. Les preparaba nuevas vidas, nuevas identidades, permitiéndoles vivir en paz".

"Qué bonita historia", gruñe Fawn. "No me lo creo".

"¡Tienes que creerlo! Tenía toda esa documentación que se destruyó en la explosión, pero estos últimos años yo también he estado buscando. Todo lo que podía recordar de lo que me había

mostrado. Los localicé, hablé con algunas de las mujeres y todas están a salvo y felices. Al menos las que pude contactar. Marco me había dicho que estaba contento de que se corriera la voz de que se dedicaba al tráfico de personas porque era una buena tapadera".

"Te mintió", dice Fawn sin pensárselo dos veces.

"¡No!", le agarro la mano. "Te digo que hablé con él. No es el monstruo traficante de personas que crees que es. Y cuando le dije que estabas viva, se sintió realmente triste. Por favor, Fawn. Tienes que confiar en mí. Está diciendo la verdad".

"No." Fawn retira su mano. "Sé que es mentira".

"¿Cómo?", insisto, con el corazón acelerado. ¿Es terquedad o dolor lo que le impide aceptar la verdad? "Salvó a esas personas, Fawn".

"No, no lo hizo", exclama. "Eso es imposible, porque poco después de ser secuestrada y vendida, fui comprada y utilizada por Dante. Así que dime, Gianna. Dime cómo salvó a esa gente".

Se me hiela la sangre en las venas. El dolor en la voz de Fawn es la mayor emoción que he oído de ella, y no tengo motivos para dudarlo.

Se me revuelve el estómago y me siento mal.

¿La ha comprado Dante? Ni siquiera puedo concebir algo así.

¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que el hombre que me protege a mí y a mi hija sea el mismo que infligió tanta crueldad a Fawn?

Algo no cuadra.

Se me parte el corazón por Fawn, que tamborilea nerviosamente con los dedos sobre la encimera.

"Fawn, yo... lo siento mucho, no puedo imaginar...".

"No, no puedes", corta en seco, fría. "Tienes que parar esto, Gianna. Deja de intentar justificar los actos enfermizos de esa puta familia".

De repente, saca el móvil del bolsillo mientras suena, y toda la emoción desaparece de su rostro. *La asesina fría e imperturbable ha vuelto.*

"Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo".

24

MARCO

"Nadie".

La mentira de mi padre se cuela en los recovecos de mi mente mientras observo cómo el amanecer ilumina una ciudad aún humeante. Me mintió a la cara, diciéndome que anoche no había aparecido nadie en la puerta. Incluso pareció molesto por mi pregunta.

Pero yo la vi. La vi claramente en la grabación de la cámara de seguridad.

A Tara.

Hacía años que no la encontraba. Se había ido antes de que yo saliera del coma, y cuando pregunté por la gente que frecuentaba nuestra finca, mi padre fue tajante: muerta y desaparecida. Igual que Gianna.

Sin embargo, Tara está claramente viva.

Mientras el sonido de las bocinas de los coches resuena desde el caos de abajo y las sirenas se entrelazan con el humo de la mañana, miro fijamente la captura de pantalla que imprimí del vídeo de vigilancia. No hay duda de su perfil esbelto. Pero, ¿cómo nos ha encontrado? Y lo que es más importante, *¿por qué estaba aquí?*

¿Por qué mintió mi padre?

Una rápida búsqueda en mis sistemas reveló que Tara prácticamente desapareció de la red inmediatamente después de la explosión. Los hombres de Leonardo habían irrumpido poco después de enviarme a su asesina, así que debe de estar trabajando para él.

No hay nadie más que me odie tanto como Leonardo.

Y yo lo odio con la misma intensidad.

Estoy convencido de que también participó en la explosión de mi casa, pero ese misterio sigue eludiéndome. Si consigo volver a ponerle las manos encima, se lo haré confesar a puñetazos, un momento antes de matarlo.

"Tara", murmuro, mirando fijamente la imagen que tengo entre las manos. "¿Cómo encaja todo esto?".

Casi estoy considerando enfrentarme a mi padre una vez más, cuando mi teléfono vibra en mi bolsillo. La voz excitada de uno de mis últimos tenientes invade la línea.

"¡Jefe! Jefe, ¡lo tenemos! Le veo ahora mismo!"

"¿A quién?"

"¡Leonardo!"

La foto de Tara acaba arrugada en mi bolsillo mientras la llamada se convierte en videollamada. A través de las temblorosas manos de mi hombre, puedo ver claramente a Leonardo Simone. Está enfrascado en una conversación en el exterior de uno de los últimos locales que le quedan. Parece que mis disparos han obligado al bastardo a salir a la luz.

"No le pierdas de vista", ordeno, corriendo hacia el piso para coger las llaves del coche. "Si lo pierdes, te juro por Dios que te arranco los ojos y te los meto tanto por la garganta que acabarás con cuatro putos testículos, ¿entendido? ¡No lo pierdas de vista!"

~

"SIGUE AHÍ, JEFE", jadea asustado mi hombre mientras golpeo con fuerza los nudillos contra la ventanilla cerrada de su coche. "No se ha movido, lo juro".

"Esperemos por tu salud", replico en tono gélido. "Porque si entro y descubro que se ha escapado por detrás, vas a perder mucho más que los ojos".

"¡Está ahí, lo juro! Mira, su coche también sigue ahí". Señala el sedán negro aparcado al otro lado de la calle, y yo asiento con la cabeza mientras saco mi pistola de la funda.

"Jefe, ¿no quiere esperar a los refuerzos? Anton está a cinco minutos".

"Ya he esperado demasiado".

Leonardo lleva casi dieciocho meses escondido y no voy a dejar que se me vuelva a escapar. Este es el momento. Aquí es donde todo terminará.

Y finalmente vengaré a Gianna.

Ignoro a mi hombre meneando el cinturón de seguridad para intentar acercarse por detrás y cruzo la calle a zancadas, saltando a la acera. Pruebo con cuidado la manilla de la puerta del club.

Se abre sin resistencia.

Al parecer, el miedo a los incendios ha hecho que Leonardo sea más indulgente con las cerraduras.

Dentro, las luces son tenues, a pesar de ser de madrugada, y la música baja vibra en las paredes. Camino por el suelo enmoquetado de rojo, entre cortinas brillantes y decoraciones que evocan un cielo estrellado: un efecto casi hermoso, si no estuviera tan concentrado en el único pensamiento de matarlo.

"¡Leonardo!", grito, irrumpiendo por la entrada para llegar a la planta principal del club. Encima de mí, cuatro focos se arremolinan lentamente, iluminando a Leonardo Simone, que se levanta de la mesa sobre la que estaba agachado. Le acompañan cuatro guardias que se apresuran a desenfundar sus armas en cuanto me ven.

Soy más rápido que ellos. Abro fuego sin vacilar, concentrado únicamente en él.

El primer hombre a su izquierda cae con una bala alojada en medio de la frente, desplomándose pesadamente sobre el suelo iluminado por el neón. El segundo, a su derecha, recibe tres disparos en el pecho y vuela hacia atrás por encima de un sofá de cuero rosa, desapareciendo tras una cortina oscura.

Los secuaces de Leo devuelven el fuego, pero yo sigo avanzando, insensible al dolor. No siento la bala que me araña las costillas, ni los cristales que llueven sobre mí cuando uno de los focos estalla con un disparo mal dirigido.

"¡Cabrón!", grita Leonardo, lanzándose detrás de la consola del DJ y disparando a ciegas en mi dirección.

El tercer hombre cae al suelo con una bala en la rodilla y, antes de que pueda levantarse, le propino una brutal patada en la cara. La sangre y los dientes vuelan por el aire mientras su cuerpo cae sin vida junto al de su camarada.

El último guardia se lanza sobre mí en un intento desesperado por derribarme. Chocamos violentamente y luchamos cuerpo a cuerpo, pero Leo se levanta de detrás de la consola y abre fuego contra mí.

Reacciono instintivamente, utilizando el cuerpo del guardia como escudo. Tres balas le atraviesan la espalda, y su cuerpo sin vida se desploma sobre mí mientras lo tiro a un lado.

Tose, salpicándome la cara de sangre, y luego se desploma sobre mí, obligándome a retroceder unos pasos bajo su peso. Con un gruñido, consigo empujarlo a un lado y me tiro detrás de uno de los sofás de cuero para protegerme de los golpes que siguen silbando en el aire.

"¡Has incendiado mi local!", grita Leonardo, con la voz llena de rabia y desesperación. "¡Estás completamente loco! Se suponía que estabas muerto, ¿por qué demonios sigues vivo?".

"¡No puedes matarme!", respondo, la furia que hierve en mi interior rezuma en mis palabras. "¡Sólo estoy vivo para matarte, *bastardo*!".

Nos disparamos desde posiciones opuestas, cada uno intentando ganar ventaja. Yo quiero acercarme, él en cambio pretende escapar por la puerta trasera.

"¿Tienes idea de cuánta gente murió en el incendio de anoche? Eres un puto maníaco", grita Leonardo.

"¡Habrían sobrevivido si no hubieras sido tan cobarde de esconderte!", replico. Me asomo un momento por detrás del sofá, pero tengo que agacharme inmediatamente para evitar dos disparos

que me rozan. Levanto la pistola y disparo en dirección a la consola del DJ, con la esperanza de darle, pero no se oye ningún grito de dolor.

Tengo que acercarme más.

Sin aliento, me deslizo por el suelo hasta el borde del sofá y me asomo por la esquina. Leonardo hace lo mismo y, por un momento, nuestras miradas se cruzan. Entonces, como era de esperar, se desata el caos: ambos empezamos a disparar furiosamente, intentando obligarnos a volver a nuestros refugios.

"¡Ríndete, Leonardo!", grito. "Se acabó para ti. Estoy aquí y esta vez no te dejaré escapar, ¿lo entiendes? Te mataré, y lo haré tan lentamente que suplicarás morir. Me has hecho sufrir cada día desde que mataste a Gianna, y ahora te tocará pagar. Te arrancaré la piel a tiras y te haré mirar cada momento mientras lo hago".

"¡¿Yo?!" grita Leonardo, con la voz saturada de incredulidad. "¡Yo no maté a Gianna! Intenté salvarla, ¡de ti! De tu maldita obsesión, de tu maldición. Ella murió en esa explosión, la que debería haberte matado a ti también, ¡pero por algún absurdo milagro sigues aquí destruyéndolo todo!"

"¡Y una mierda!" Me levanto de golpe y disparo hacia él, apuntando a la consola. "¡Tú y tu maldita asesina la habéis matado!".

"¡¿Mi asesina?!" Leonardo sale de su cobertura y dispara hacia mí, obligándome a volver a cubrirme. "¡No me hables de asesinas! Vi que me seguías como una sombra, como una amenaza constante. Sabía que en cuanto levantaras la cabeza, correría a decirte dónde encontrarme, y aquí estás".

"¡Escucha las tonterías que dices!", replico, lleno de ira e incredulidad. "Estoy aquí para matarte con mis propias manos, ¡no necesito a ninguna maldita asesina! Fuiste tú quien vino a por mí, y después de reventarme, atacaste el convoy de Gianna. Ni siquiera sé cómo la reclutaste, ¡pero sé que trabaja para ti!".

Cae un momento de repentino silencio, un vacío antinatural, cuando Leonardo no responde. Apenas me inclino hacia atrás del sofá, lo veo de pie, con una expresión extraña dibujada en el rostro.

Sin pensármelo dos veces, apunto y aprieto el gatillo, pero Leonardo no se mueve. Mi pistola no dispara.

Me quedo sin balas.

"¿La asesina, vestida de negro?", dice Leonardo, con la voz más calmada ahora. ¿Es alta? ¿Esbelta? ¿Curvas chillonas?"

"¡Como si necesitara tu descripción de esa zorra!", gruño, apretando los puños. Ni siquiera quiero saber cómo Fawn y Leonardo acabaron trabajando juntos, pero mis pensamientos sobre ella se han distorsionado con el tiempo. En aquel maldito refugio con Gianna, estaba dispuesto a buscarla y hacer las paces. Era una promesa que había hecho. Entonces desperté del coma y Gianna ya no estaba allí.

Desde entonces, nadie estaba a salvo de mi furia devastadora.

"Ella no trabaja para mí", replicó Leonardo, agitando su pistola. "¡Creía que trabajaba para ti!".

"¡Y una mierda!", replico, arrojando la pistola vacía a un lado. "Sólo intentas entretenerte hasta que llegue para respaldarte, ¿no? No puedes enfrentarte a mí como un hombre, porque no lo eres, ¡sólo eres un puto cobarde!".

Mis músculos están tensos como cuerdas de violín, y cada paso hacia Leonardo es un tormento. Mis articulaciones arden de tensión, pero no puedo pensar en otra cosa.

"¿No trabaja para ti?". Leonardo retrocede, levantando una mano en señal de indulto. "Te juro que tampoco trabaja para mí".

Algo en el tono de su voz consigue penetrar la niebla de ira que me oscurece, y por un momento vacilo.

¿Fawn no trabaja para Leonardo? Todo este tiempo pensé en ellos como un equipo, unidos por el objetivo común de matarme, pero descubrir que ella planea alrededor de Leonardo como una sombra cambia el juego.

Bajo los puños y él baja el arma.

"Entonces", digo con voz tensa. "¿Para quién coño trabaja?".

Una repentina ola de calor me golpea por detrás, seguida de una explosión ensordecedora. La fuerza del impacto me lanza hacia delante por encima de la consola del DJ, haciéndome chocar contra Leonardo, que grita sorprendido.

El calor se vuelve insoportable en un instante, y entonces todo se apaga. La explosión desgarra el corazón del club, arrastrándome a la oscuridad.

25

GIANNA

"Mamá", gime Freya con voz amasada por el sueño, mientras un amplio bostezo le arranca las lágrimas que se aferran a sus pestañas. "¡No quiero!"

"Lo sé, cariño, lo sé. Lo siento, pero tenemos que hacerlo, ¿vale? Tú eliges qué peluche quieres traer, si no, lo elijo yo". Intento calmarla, pero despertarse a estas horas la irrita con razón y se me rompe el corazón al verla tan alterada.

Fawn no está lejos, con los ojos fijos en su teléfono, mientras trato de obligar a Freya a ponerse la ropa y luego acostarla. "¿Quieres el cerdito? ¿La gallina? ¿Y el Sr. Hipopótamo?".

Freya solloza suavemente y estira los brazos hacia el hipopótamo, que aprieta con fuerza contra su pecho. Verla un poco más tranquila me da el respiro que necesito para rebuscar en mis cajones y llenar las maletas con todas las cosas que pueda. De mi ropa no me preocupo, sólo de la de Freya.

"No tiene sentido", murmuro, mientras saco la ropa cuidadosamente doblada. "¿Por qué Dante me tendría aquí tanto tiempo si no es para protegerme? ¿Cómo pudo ser tan cruel y...? e...?" Hago una pausa y lanzo una mirada a Fawn, que me observa impasible.

Aún no me he recuperado de su revelación, que ha desbaratado todas mis certezas. Todo lo que creía saber sobre Marco y su familia, todo lo que me había contado para convencerme de que estaba salvando a esas mujeres en lugar de hacerles daño... Ahora parece que la verdad está destinada a permanecer borrosa e inalcanzable.

Meto en la maleta pequeña ropa, calzones y todo lo que se me ocurre, y cuando por fin la cierro, Fawn se ha acercado a jugar con Freya. Una inesperada calidez se ilumina en su delgado rostro.

"Marco cree que estoy muerta. Y todo este tiempo, yo creía que estaba muerto. No lo entiendo". Me paso una mano por el pelo, tirando de las raíces en un intento de calmarme con una pizca de dolor. "Por eso está asolando la ciudad, ¿no?".

Fawn asiente. "Es listo. Tiene gente que se ensucia las manos por él. Pensé que si seguía a Leonardo, Marco aparecería y podría matarlo, pero de momento no ha habido suerte".

"Fawn", le advierto. "Puede que esté completamente confundida en todo esto, pero sigo como un 80% segura de que estarías a punto de matar a un inocente. O al menos, inocente de lo que crees que te hice".

El calor en la cara de Fawn desaparece y se levanta de un tirón. "¿De verdad quieres tener esta conversación ahora?".

"No, yo... Sólo quiero decir que hay más en esto de lo que ninguna de las dos podemos imaginar. Creo". Vuelvo a llevarme las manos al pelo. "Joder, ¿cómo coño me he metido en esta locura sólo por robar una cartera?".

"Eso no tiene importancia. ¿Estáis preparadas? Tenemos que irnos ya". En cuanto termina de hablar, un leve *ding* resuena en el piso y las dos nos quedamos heladas.

Miro a Fawn con los ojos muy abiertos. "El ascensor".

Aprieta un dedo largo contra sus labios, saca una navaja oculta de sus pantalones y se escabulle fuera de la habitación. Corro hacia Freya, la cojo en brazos junto con la almohada y me refugio en el rincón más alejado.

No tengo ni idea de lo que está pasando, pero alguien que viene a estas horas de la noche no puede traer nada bueno. Estoy desarmada, pero protegeré a Freya con todo lo que tengo.

El silencio llena el aire, sofocante. Mi corazón late dolorosamente contra mis costillas, y ese es el único sonido que puedo oír, aparte de los sollozos de Freya. Luego, desde la puerta, se oyen gruñidos y algo pesado que cae en el pasillo.

Después, silencio otra vez.

Beso la cabeza de Freya, acariciándole el pelo en un gesto repetitivo y tranquilizador, mientras miro la puerta con el corazón apretado por el miedo. ¿Quién podría entrar? ¿Y si no era Fawn?

¿Y si fuera Dante?

La puerta emite un leve chirrido al abrirse y el corazón se me congela en la garganta. Entonces aparece la cabeza de Fawn. "Muévete", ordena, y un enorme suspiro de alivio escapa de mis labios. "Ya hemos perdido demasiado tiempo".

Me levanto de un salto y la sigo con Freya agarrada al pecho, mientras Fawn coge mi maleta. En el pasillo, a la primera visión de sangre, escondo la cara de Freya contra mi pecho.

"No mires", le susurro, pasando por encima de los dos cuerpos tendidos en el suelo. "No mires, cariño. Así, pequeña".

Freya permanece sin mirar hasta que se cierran las puertas del ascensor. El panel de control del interior cuelga de la pared por unos cables y lanzo una mirada a Fawn.

"¿Es cosa tuya, supongo?".

Se encoge de hombros. "Los escáneres de huellas dactilares son demasiado sencillos".

Mientras el ascensor baja a toda velocidad, se me revuelve el estómago. Llevo tanto tiempo encerrada aquí que no me gusta salir. Como si estuviera traicionando la bondad de Dante.

Una amabilidad que, después de lo que me contó Fawn, ha perdido toda su dulzura.

"Vamos". Las puertas se abren y Fawn sale, tendiéndome una mano para que la siga con paso decidido. "Tienes que confiar en mí, Gianna. Si quisiera hacerte daño, ¿no crees que ya lo habría hecho arriba?".

Salir del ascensor es como una bocanada de aire cortante. La noche es fresca y los contornos de la ciudad empiezan a teñirse de

rosa con la llegada del amanecer. Las sirenas de emergencia surcan el aire, creando una atmósfera de pesadilla.

Hace mucho que no salgo a la calle.

La ciudad apesta y arrugo la nariz.

"Tienes razón", respondo, acomodando a Freya contra mi costado. "Tienes razón".

Fawn asiente y me guía hacia un coche plateado aparcado cerca. El corazón me martillea en el pecho mientras sigo sopesando cada decisión, intentando averiguar hasta qué punto es seguro para mi hija. Todo se detiene de repente cuando veo a Cherry al volante.

No la había visto desde aquella fatídica noche en el hospital, y mis ojos se abren de par en par.

"Confía en mí", me dice Fawn mientras me abre la puerta trasera. "Por favor".

Una vez más, no tengo otra opción. Dar marcha atrás no es una opción, sobre todo si tengo que pensar que Dante envió a esos guardias. ¿Y que lo hizo justo esta noche, la misma noche en que aparece Fawn? *Sería una coincidencia increíble.*

"Cherry, para tu información", murmuro mientras me meto en el coche, con Freya agarrada a mi regazo porque no hay sillita. "Nunca te perdonaré, lo que le hiciste a Tara".

"Seis años es mucho tiempo para guardar rencor", responde Cherry, mascando chicle ruidosamente mientras Fawn se acomoda a su lado. "Ya verás como pronto cambias de opinión".

Ese sutil momento en que la noche da paso a la mañana es una hora extraña para estar despierto. Las calles están tranquilas, aparte de los vehículos de emergencia y algunos coches que vuelven a casa. Cherry gira por calles estrechas y callejones mientras nos dirigimos a nuestro destino, que resulta ser un edificio viejo y destartalado a las afueras de la ciudad.

Al salir del coche con Freya dormida en brazos, me vuelvo para mirar la colina que desciende hacia la ciudad. Desde aquí arriba es tan hermosa que cuesta creer que gran parte de mi dolor haya tenido lugar entre aquellas calles.

Fawn me lleva dentro y me enseña una habitación para que Freya duerma. Está tan cansada que ni siquiera se despierta cuando

la traslado de mi abrazo a la cama. Le doy varios besos en la frente y sigo a Fawn hasta una cocina desaliñada.

A pesar de la pintura descascarillada, los azulejos descoloridos, las estanterías desconchadas y las ventanas erosionadas, aquí hay signos de vida cálida. Vajilla en el fregadero, imanes en la nevera, una olla hirviendo a fuego lento y el aroma del café en el aire.

"Te ofrecería café", dice Fawn. "Pero necesitarás algo más fuerte".

"¿Por qué?", pregunto mientras Fawn destapa una botella de vodka y sirve un vaso que coge del escurreplatos. Me lo pone delante e inclina la cabeza, señalando algo detrás de mí.

Me doy la vuelta.

"¡¿Tara?!"

Tara, exactamente como la recordaba pero aún más guapa, está de pie en la puerta con una sonrisa radiante en la cara. "Hola, Gianna. Me alegro mucho de volver a verte".

Le echo los brazos al cuello y la estrecho en un fuerte abrazo. Entonces el muro se derrumba. El último hilo de mi cordura, que se ha centrado únicamente en mantener a Freya a salvo, se rompe al ver a una verdadera amiga, y lloro en su hombro, aferrándola a mí.

"No puedo creerlo", sollozo. "¡No puedo creer que estés aquí, no puedo creer que realmente estés aquí!".

Tara me abraza con la misma intensidad y me guía hacia la silla que Fawn me acerca. Nos sentamos y Tara ríe suavemente.

"Estoy aquí", dice. "Pero soy yo la que está más asombrada que tú".

"¡No estoy muerta!", exclamamos al separarnos, encontrando un pañuelo en mis manos. "No estoy muerta".

"No", dice Tara con calidez. "No lo estás".

"¿Estás bien? He visto a esa bruja, Cherry, y me he enfadado tanto que..." En ese momento me doy cuenta de dónde ha salido el pañuelo. Cherry se para en la puerta y resopla.

"No has hecho nada", dice Cherry.

La miro con las pestañas húmedas. "Sí, pero lo planeé".

"Oye." Tara me coge de la mano y vuelve a centrar mi atención en ella. "Cherry y yo lo solucionamos".

"¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso después de lo que te hizo? Verte en ese hospital por mi culpa me rompió el corazón".

"Lo sé", dice Tara suavemente. "Pero hemos tenido mucho tiempo para solucionar nuestras divergencias". Dirige una mirada a Cherry y le sonríe cálidamente.

"Cinco años", dice Cherry.

"Cinco años", repito. Me vuelvo hacia la mesa, cojo el vaso de vodka que me ha preparado Fawn y lo vacío de un trago. Una mueca cruza mi rostro cuando el líquido me quema la garganta, y cierro los ojos, concentrándome en ese dolor punzante. Cherry se excusa y sale de la habitación, mientras Tara me aprieta ligeramente el muslo.

"No pasa nada", digo con voz áspera mientras el ardor se desvanece. Abro los ojos y miro a Fawn. "Tienes que decirme qué está pasando realmente. Estoy harta de andar a tientas en la oscuridad".

Fawn suspira. "Vale. Se sirve otro vaso y empieza a explicarme.

"Después de tu supuesta muerte, el mundo de la mafia se desmoronó. Ambas familias pensaron que la otra era responsable de tu muerte, y empezaron a asolar la ciudad intentando destruirse mutuamente."

"¿Durante cinco años?", pregunto con la voz quebrada. "¿Nunca pararon?".

"Ya has visto las noticias, son como cucarachas".

"En fin", reanuda Fawn. "Cuando salí del hospital, Dante mantuvo a Marco bajo estrecha vigilancia. No podía acercarme lo suficiente a él para matarlo, y me estaba volviendo loca. Además, nunca confié en Dante, porque él...", hace una pausa y sus ojos revelan un profundo dolor. "Me violó y desde entonces he pasado años controlándolo. En parte por venganza y en parte para evitar que otras mujeres se vieran arrastradas a esa pesadilla, como casi te ocurrió a ti".

Cierra los ojos brevemente y yo intento secarle las lágrimas, pero no dejan de brotar.

"Hace unos seis meses, me di cuenta de que Dante empezaba a escaparse para asistir a reuniones con miembros de una tercera familia, los Ricci. Una familia menor, en realidad detrás del falso

secuestro de Dante que obligó a Marco a rescatarlo. Sólo que no fue un secuestro, fue una reunión. En aquel momento sospecho que querían matar a Marco, pero estaba tan obsesionado con encontrarte que simplemente era demasiado bueno para ellos." Fawn pone los ojos en blanco.

"Así que mientras Leo y Marco se destruyen mutuamente, están acabando con las dos familias más grandes, dejando espacio para que una más pequeña se aproveche del caos. Me parece que Dante tiene un plan. Está dejando que Marco y Leo se maten entre ellos para que los Ricci puedan emerger y recoger los pedazos. Después de eso, Dante probablemente se una a ellos, tal vez se case con la heredera, Tianna, y vuelva al poder de una vez por todas."

"¡Joder!", suspiro. Tras unos instantes, cojo el siguiente vaso y bebo unos sorbos. "Si tanto le importa recuperar el poder, ¿por qué no mata directamente a Marco?".

"Eliminar a uno y dejar vivo al otro no ofrecería a los Ricci la transición suave al poder que desean", explica Tara. "Apuestan por que Marco y Leo se debiliten mutuamente y acaben matándose".

Le aprieto la mano y le regalo una sonrisa húmeda de lágrimas. "Mírate", murmuro. "Has crecido tanto".

"Tú también", susurra Tara. "He visto a Freya, es preciosa".

"Gracias".

Fawn se aclara la garganta, bruscamente. "De una cosa estoy segura: no queremos que los Ricci llenen el vacío dejado por los otros dos, porque se dedican al tráfico sexual. Maté a su anterior don hace unos años por esta misma razón, y al parecer no han aprendido nada de sus crímenes."

"Pero Marco", digo en voz baja, sintiendo que se me aprieta el corazón sólo de pensar en él. "Tienes que creerme, realmente ayudó a esas mujeres. Las personas con las que contacté eran todas reales, y no sé si había algo más o si ignoraba algo, pero le miré a los ojos. Realmente creo que pensó que las había ayudado. Y se sorprendió al saber que tú estabas viva. Así que..."

Tal vez mi corazón me está cegando, pero de todas las atrocidades de las que Marco ha sido acusado, no puedo creer que sea un traficante de personas. No mi Marco.

Incluso ahora, la llama del amor no se ha extinguido. El luto no ha apagado esos sentimientos y, ahora que sé que está vivo, se han reavivado como una hoguera.

Fawn tamborilea con los dedos sobre la mesa. "Teniendo en cuenta... lo que me has contado", dice con voz tensa, "me atrevo a pensar que me estoy perdiendo algo".

"Tengo que hablar con él". Apoyo ambas manos sobre la mesa. "Si puedes llevarme hasta él, quizá podría...".

"¡Fawn!" Cherry irrumpe en la habitación, interrumpiéndome con un grito. "La chica que estaba controlando a Leo acaba de llamar. Marco lo atacó en ese club, el Newt, en el centro, y mientras ambos estaban dentro, ¡explotó!".

Fawn se levanta justo cuando mi corazón se sacude dolorosamente en mi pecho.

"Los están llevando al hospital", concluye Cherry.

"Son los Ricci", murmura Fawn. "Debe de ser cosa de ellos. Nunca llegarán vivos. Tenemos que secuestrar esas ambulancias".

26

MARCO

No respiro. No consigo moverme.

Me pesan los miembros. Mis pulmones están obstruidos con polvo de ladrillo y ceniza. El dolor me recorre, siguiendo el ritmo de un latido que parece demasiado lento, pero las sensaciones son extrañamente lejanas, como un recuerdo desvanecido, más que una realidad tangible.

¿Cómo me encuentro en esta situación? Otra explosión justo cuando estaba tan cerca de atrapar a Leonardo.

Leo, que sigue negando saber nada de la asesina, y ahora tengo que creerle, porque es imposible que haga explotar su lugar.

Debo levantarme.

Tengo que encontrarlo, hablar con él, llegar por fin al meollo del asunto, pero no tengo energía. Ni siquiera consigo abrir las manos.

Me agarran, tirando de mí en todas direcciones, y no tengo fuerzas para resistirme. Me mueven de un lado a otro, como un cuerpo sin vida, y aunque una voz lejana en mi mente grita que luche, no puedo.

No me es posible...

"¿Jefe?" La voz familiar de Anton me llega desde lejos, y por fin consigo abrir los ojos, vislumbrando un cielo azul, seguido del rostro sudoroso y lleno de cicatrices de Anton. Ojalá pudiera darle las

gracias por estar siempre ahí, por cuidarme sin dudar nunca, por su lealtad inquebrantable.

Mis labios no se mueven.

"¡Ánimo, jefe!", dice Anton, pero su voz suena apagada. "¡Te llevamos al hospital!".

El cielo azul se desvanece y en su lugar veo un techo blanco mientras me cargan en algo. Anton se ha ido y el sonido de las puertas al cerrarse parece lejano.

Estoy agotado.

Cierro los ojos.

¿Se ha acabado?

¿Se ha acabado de verdad?

Anhelo la paz. Después de todo, siempre ha sido mi único objetivo desde que perdí a Gianna. Quiero estar con ella, pero la lealtad me ha mantenido aferrado a la vida, esperando una muerte digna.

Una explosión no es una mala manera de morir. Sobreviví a una. Creo que es mi buena suerte.

Mi mente divaga, alejando el dolor cuando algo me toca la cara y una aguja me pincha en el brazo.

En mi mente, sueño con algo para escapar de la realidad.

Su presencia es inesperada, Gianna se despierta a mi lado en la cama y se estira lentamente, como un gato que disfruta del calor de un rayo de sol. El deseo de dormir es fuerte, pero las obligaciones que me esperan hoy me obligan a levantarme con un gemido. Me agarra del brazo, sus uñas se hunden en mi piel, haciéndome escapar una respiración entrecortada. Gianna ríe, un sonido cálido que hace que mi corazón late más rápido, y mi alma se despierta a su llamada.

Me giro hacia ella y la veo acurrucada entre las almohadas, con el pelo enmarcándole la cara como un halo.

"Hola", me sonríe.

"Hola".

"Quédate en la cama", dice con expresión hosca. "Es demasiado pronto para levantarse".

"Lo siento, pero tengo que levantarme. Tengo cosas que hacer".

"¿Qué tipo de cosas?", pregunta, paseando lentamente sus dedos por mi brazo.

"No son cosas por las que tengas que preocuparte".

"Pero me aburriré sola". Gianna vuelve a poner mala cara, así que me inclino sobre ella y atrapo sus labios en un dulce beso matutino.

"Te prometo que te llevaré a comer. Eso te hará olvidar la soledad".

Ella pone los ojos en blanco y, con una sonrisa traviesa, me rodea el cuello con las manos, jugando con mi pelo. "De acuerdo, me apunto".

El sueño se disuelve de repente, desvaneciéndose como una sombra que desaparece al primer rayo de sol. Me arde el pecho, un dolor profundo me impulsa a abrir la boca para gritar, pero no sale ningún sonido.

Quiero volverme atrás.

Quiero quedarme en la cama con ella, calentito.

Pero el sueño se ha ido. Gianna se ha ido.

Y yo sigo aquí.

Un escalofrío sacude mi cuerpo, y trataría de girarme sobre mi costado, si no fuera por las correas que me bloquean. Desde lejos percibo una conmoción: disparos agudos, el chirrido de los frenos, gritos confusos. Todo parece tan lejano, como si perteneciera a otro mundo. Lo único que deseo es volver al sueño, volver con Gianna, y no dejarla nunca más.

Un calor envuelve mi mano izquierda, trazando círculos lentos y delicados. Luego desciende por mi antebrazo, y ese tacto reaviva algo devastador. Es familiar, tan profundamente familiar que me rompe por dentro, como una cuchilla clavada en el pecho.

Abro los ojos. La luz es cegadora, todo es blanco a mi alrededor. ¿Sigo en la ambulancia? Puede que sí. El techo me parece el mismo. Pero todo está borroso, como si mirara a través de un velo. La máscara que llevo en la cara me estrecha el campo de visión y parpadear me supone un esfuerzo inmenso, cada movimiento me quita energía.

Entonces, como una aparición, surge su rostro.

Gianna.

Está ahí, sobre mí, etérea como un sueño. Sus ojos, llenos de lágrimas, brillan en la luz cada vez más intensa, casi insoportable.

"¿Estoy en el paraíso?", murmuro con un filo en la voz. "¿Qué he hecho para merecer el cielo?".

La oscuridad me consume poco después y me hundo en su frío abrazo, seguro de que Gianna ha venido a recibirme a las puertas del cielo.



Sin embargo, esto no es el paraíso.

Cuando abro los ojos por primera vez, varios días después, lo primero que veo es una cortina de encaje amarillo pálido que cuelga sin fuerzas del marco de una ventana vieja y deformada. Parece que tanto la cortina como la ventana no han recibido ningún cuidado en años, y su visión disipa de inmediato cualquier ilusión.

Sigo vivo. Sigo en el mundo real.

Nada sabe tan viejo y rancio como la realidad, y murmuro débilmente antes de cerrar los ojos.

Quizá tenga suerte y la próxima vez que los abra esté muerto.

No hay suerte.

Refunfuñando, examino la habitación. Hay un armario desgastado en una esquina, cerca de la ventana, y varias estanterías a mi derecha rebosantes de libros, la mayoría cubiertos de polvo. Algunos parecen haber sido tocados recientemente, a juzgar por la falta de polvo en ellos, lo que significa que alguien ha estado aquí tras el largo abandono. En la mesilla de noche, a mi lado, hay varias botellas de agua y frascos de pastillas de naranja.

Correcto. La explosión.

Levanto las sábanas y miro mi cuerpo: tengo varios puntos y gasas esparcidos por el torso y la pierna izquierda. La visión de mis costillas me hace darme cuenta de repente del dolor palpitante que acompaña a cada respiración y, por si fuera poco, la imperiosa necesidad de mear irrumpe con fuerza.

"Mierda", refunfuño, llevándome una mano a los ojos. Unas vendas suaves se encuentran con las yemas de mis dedos alrededor de la cabeza, y cuando me levanto del todo veo mi reflejo en el espejo junto a la puerta.

Tengo un aspecto horrible.

Cansado.

Tengo el pelo hecho un desastre, apuntando en todas direcciones, y la venda que me rodea la frente es lo más limpio que hay en esta habitación.

Un momento... ¿por qué coño no estoy en el hospital?

Este pensamiento me impulsa a levantarme y saco mi dolorido cuerpo de la cama. Vestido únicamente con unos calzoncillos negros, avanzo lentamente hacia la puerta mientras mi mente nublada intenta planear alguna forma de escapar. Tal vez pueda abrir la puerta y pillar desprevenido a quien esté al otro lado.

O me matan o consigo escapar.

Suponiendo que pueda hacer algo con un cuerpo palpitante de dolor como una rodilla desollada. Agarro el picaporte, abro la puerta de un tirón y me quedo inmóvil.

Al otro lado hay una mujer sosteniendo un montón de sábanas azules, con la mano suspendida hacia el picaporte, como si estuviera a punto de entrar.

Sus ojos se abren de par en par, sus labios se entreabren y, por primera vez en cinco años, la respiración parece llenar mis pulmones.

"¿Gianna?"

Apenas puedo pronunciar su nombre. Parece prohibido decirlo, aún más prohibido saborearlo, pero es cierto. Gianna está ante mí y el mundo se detiene en seco.

Se me parte el corazón.

Es exactamente como la recordaba. Seguro, hay algunas nuevas arrugas de expresión alrededor de sus ojos, y parece preocupada, estresada, pero es ella. Definitivamente es ella.

No lo entiendo.

"Marco", dice, y oír mi nombre con su voz me destroza. Me derrumbo ante una repentina y abrumadora oleada de emociones.

Se me saltan las lágrimas, el pecho se me agrieta cuando el corazón lucha por liberarse y me desplomo hacia delante con un sollozo ahogado.

"¿Cómo estás aquí?", consigo preguntar mientras la cojo en brazos. "¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible? Nunca he llorado en mi vida, pero ahora es lo único que puedo hacer.

Me coge la cara entre las manos, deja que mis lágrimas resbalen por sus pulgares y me besa suavemente en los labios.

"No pasa nada", me dice suavemente. "Marco, estoy aquí. Estoy viva".

27

GIANNA

Sé que deberíamos hablar.

Pero volver a verle después de tanto tiempo es surrealista. Es como entrar en un sueño, ver su cara despierta y alerta por primera vez en cuatro días. Fawn no bromeaba cuando dijo que secuestraría ambulancias, llevándome con ella, convencida de que sólo mi presencia impediría que Marco enloqueciera y la matara.

Al final, estaba demasiado herido para preocuparse en aquel momento, y lo único que tuve que hacer fue consolarlo en la ambulancia hasta que Leo y él fueron traídos y atendidos por algunas de las otras mujeres que Fawn había reunido a lo largo de los años.

Verlas trabajar juntas me recordó los días en que Cherry, Mango y yo éramos contra el mundo.

Las cosas cambian mucho, *pero no tanto.*

Marco se desploma en mis brazos y sus sollozos me desgarran el corazón. No tengo nada más que mi presencia para aliviar su dolor, compartiendo un tormento similar en mi corazón.

El dolor de la pérdida, del luto, y la conmoción de apenas atreverte a creer lo que tienes delante: *esa persona a la que quieres y amaste profundamente vuelve a estar contigo*. Después de tanto

tiempo, no esperaba que la oleada de amor fuera tan intensa, con tantos años entre nosotros.

Pero está ahí, arrollador como la marea, tirando de mí hacia él como si siempre hubiéramos estado destinados a estar juntos. Pase lo que pase, somos él y yo.

Le ayudo a ir al baño, dándole tiempo para que se acomode, y luego vuelve a mi lado en el pasillo.

De repente, Marco me empuja a su habitación, cerrando la puerta con fuerza, y me aprieta contra ella antes de besarme ardientemente.

Debo recordarle sus heridas, advertirle que tenga cuidado, decirle que se lo tome con calma, decirle que ya tendremos tiempo para esto más tarde.

No le digo nada de esto.

Porque lo deseo.

Lo deseo.

Me besa profundamente, como si quisiera imprimirse en mis labios, y yo absorbo cada sensación. Marco huele igual que siempre, con el añadido de crema antiséptica para heridas. Le rodeo el cuello con los brazos, tirando de él y arqueando mi cuerpo contra el suyo.

Si siente dolor, no lo demuestra.

Me coge la cara con las manos y me acaricia las orejas con los pulgares. Me besa repetidamente, con un suave gemido cada vez que recupera el aliento, y cambiamos de ángulo con una facilidad que parece instintiva. Es como si nunca nos hubiéramos separado.

Entonces su lengua traza el contorno de mis labios y los abro para recibirlo. Mientras nuestras lenguas se entrelazan y bailan, una de sus manos se desliza por mi torso y me aprieta los pechos a través de la camisa, mientras un muslo ancho se cuela entre mis piernas. Es mucho más alto que yo, así que cuando dobla la rodilla, me veo obligada a ponerme de puntillas, con mi peso contra su pierna.

Un estremecimiento cálido me recorre, enviando una cascada de escalofríos por mis brazos y piernas. Mis dedos se enredan en su pelo y, atenta a las vendas, tiro lo justo para hacerle gemir contra mi boca.

"Joder", gruñe Marco, moviendo sus caderas con fervor contra las mías. "No puedo pensar. No puedo respirar, eres tan jodidamente embriagador".

"Oh, ¿yo soy el problema?", me río, jadeante, mientras mi cabeza cae de espaldas contra la puerta. Marco me deja una serie de besos en el cuello, y su segunda mano se desliza para masajearme los pechos, acariciándolos mientras sus labios y su lengua descienden hasta mi clavícula.

Me besa hasta que sus labios topan con la tela, momento en el que todo cambia. Marco me arranca la ropa como si de repente se hubiera convertido en una ofensa personal, y yo estoy allí con él. Quiero sentir su piel contra la mía, el calor de su cuerpo, y tocar esas marcas y cicatrices tan familiares. Mi camiseta acaba en el suelo, seguida de mi sujetador. Me cuesta más quitarme los vaqueros, pero una vez fuera, Marco se arrodilla y empieza a besarme las piernas.

Estoy completamente absorta en él. Ningún otro pensamiento puede romper la niebla de deseo que me ha envuelto.

Tengo que tenerlo. Necesito tocarlo.

La humedad entre mis muslos me calienta, y Marco continúa besándome, moviéndose cada vez más alto. Mi cuerpo responde con un intenso temblor, una necesidad primaria que me hace apretar inconscientemente las piernas mientras él se acerca a mi empapado coño. Ha pasado tanto tiempo que apenas recuerdo qué se siente al sentirlo, pero sé que lo deseo.

Con un movimiento que es pura picardía, Marco me agarra los bordes de las bragas con los dientes y me las arrastra por las piernas, obligándome a levantar los pies para liberarme. Cuando la tela desaparece, hunde la cara entre mis muslos y su lengua se desliza entre mis pliegues calientes de una larga pasada.

"Dios mío**",** jadeo, con la cabeza echada hacia atrás mientras su boca continúa su trabajo, hambrienta e implacable.

Su lengua explora cada parte de mi coño, lamiendo, chupando y mordiendo suavemente. Siento que estoy a punto de explotar. Cada pasada de su lengua envía una descarga eléctrica directamente al centro de mi placer, y mi respiración se acelera cada vez más.

“Marco, por favor”, le pido entre gemidos. “Fóllame. Necesito sentirte dentro de mí”.

Marco levanta la cabeza, con los labios relucientes de mis jugos, y me mira con una sonrisa que es pura picardía. “Lo que tú quieras, cariño”.

Un momento después, estoy en sus brazos, tumbada boca arriba. Sus manos se deslizan por mi cuerpo, explorándome con una devoción que me hace arder. Cuando por fin se coloca entre mis muslos, siento la punta de su polla presionando mi entrada, y mi cuerpo se tensa de anticipación.

Con un lento movimiento, Marco me llena, y es como si el mundo entero se detuviera.

“Oh, Dios, sí”, jadeo, y mis uñas arañan sus hombros mientras él penetra más y más.

“Estás tan apretada”, gruñe, con su voz áspera contra mi oído. “Estás hecha para mí, Gianna. Sólo para mí”.

Me muevo contra él, nuestros cuerpos se encuentran con una fuerza que me deja sin aliento. Marco no se contiene: cada embestida es profunda, salvaje, y llena cada fibra de mi ser de puro placer.

El sonido de nuestros gemidos llena la habitación y, cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, siento una oleada de emoción que se mezcla con el placer.

“Eres mía”, susurra con una ferocidad que me hace temblar. “Siempre, Gianna. Nadie te apartará de mí”.

Porque esa parece la única forma de demostrarnos de verdad que estamos aquí, juntos.

Sus caderas chocan con las mías, su polla empuja tan hondo que me deja sin aliento, y sus huevos me golpean el culo con cada rápido y firme empujón. Cada embestida me devuelve a la cama, pero su firme agarre de mis caderas nos mantiene perfectamente juntos. Y no aparta la vista de mis ojos.

No puedo mirar a ninguna otra parte. No puedo escapar de esos hipnóticos ojos azules, y cuanto más me folla con esa intensidad, más segura estoy de ver su alma.

Hay algo en su forma de mirarme que me hace pensar que se muestra a mí sin reservas. Y yo a él, todo lo que puedo. Le acaricio la mejilla y le beso la mandíbula mientras él aumenta el ritmo, empujando cada vez más fuerte dentro de mí. El placer se hincha en mi vientre, una burbuja a punto de estallar, y no hay nada que la detenga.

Quiero dejarme consumir por esta sensación, así que me concentro en las caricias de su polla rozando mi *punto G* y en lo bien que me siento de nuevo entre sus brazos.

Entonces, con un gemido ahogado mío y un gruñido suyo, nos corremos juntos. Sus embestidas no se detienen. De hecho, juro que me folla aún más fuerte, y cada aliento se me escapa con pequeños sonidos mientras todo mi cuerpo tiembla bajo su poder.

Mi centro se tensa rítmicamente a su alrededor y oleadas de placer me recorren hasta la punta de los dedos. Con esas olas llega una profunda paz.

Vuelvo a estar donde debo estar, con la persona a la que pertenezco.

Ya nada importa.

Pero Marco no se detiene. Su polla sigue dura incluso después del orgasmo, así que me pone de rodillas y me penetra por detrás con la misma agresividad.

Cada potente embestida va acompañada de sus labios deslizándose por mi espalda, besando mi columna mientras su cálido aliento se mezcla con mi piel. Sus manos exploran mi vientre y me agarran los pechos, tirándome de los pezones y provocándome sacudidas de placer. Cada vez me aprieto más contra él y, de repente, toda su atención se centra en mis pezones, tocándolos como si fueran un instrumento.

Me agarro a la colcha con las manos, gimo abiertamente y empujo mis caderas contra él con todas mis fuerzas. Y demasiado pronto, nos volvemos a juntar.

Hay un momento de respiro mientras permanecemos tumbados en la cama, entrelazados el uno con el otro. Marco me observa atentamente, acariciándome la cara y el cuerpo como si temiera que

me desmoronara ante sus ojos. Yo siento lo mismo y le beso suavemente en los labios y en la frente, justo debajo de la venda.

La luz exterior se atenúa y las sombras bailan sobre nuestra piel mientras Marco me sube a su regazo y yo empiezo a cabalgarle con toda la pasión de que soy capaz. Cada rebote de mis caderas es un intento de empujarle tan dentro de mí que nunca le deje salir. Le rasco el pecho con las uñas, con cuidado de evitar las zonas que parecen doloridas, luego le cojo la cara con las manos y le beso despacio.

Boca contra boca, jadeo y susurro su nombre como una plegaria. Marco me abraza, me acaricia la espalda, me besa los pechos y me chupa los pezones cuando mis movimientos se lo permiten.

Es maravilloso y al mismo tiempo insuficiente.

Necesito más. Lo deseo.

Esta vez me corro yo primero, gritando sin importarme quién pueda oírme. Marco me sigue unos minutos más tarde, después de asegurarse de haberme sacado hasta la última oleada de mi orgasmo, dejándome al borde de la hipersensibilidad.

"Te amo", jadeo contra él, acunando su cabeza contra mi pecho mientras ralentizo mis movimientos y me detengo, con su polla ablandándose dentro de mí.

"Yo también te amo, Gianna. Muchísimo".

28

MARCO

Es demasiado. Es más que suficiente.

Pero, al mismo tiempo, no lo es en absoluto.

Gianna se rinde en mis brazos, jadeando contra mi pecho mientras los últimos espasmos retroceden lentamente. El calor entre nosotros es increíble, y su presencia aleja el dolor.

Puede que me arrepienta más tarde, pero ahora mismo es el momento más mágico de mi vida.

Aunque muriera, valdría la pena.

No puedo apartar los ojos de ella. Necesito que cada detalle de ella se grabe en mi mente, para no olvidar ni uno solo. Desde cada mechón de pelo hasta cada pestaña, necesito verlo todo.

Me tumbo de lado, liberándome lentamente de ella, y la recuesto contra las almohadas. Gianna jadea, se lame los labios y me sonríe con una adoración tan pura que mi corazón se aprieta una y otra vez.

La quiero.

Más que a nada en el mundo.

"¿Lo has disfrutado?", pregunta suavemente, acariciándome la mejilla.

"Más que disfrutar, diría que ha sido maravilloso".

Beso sus labios y avanzo lentamente hacia su mandíbula. Con cada roce, pinto un retrato de ella en mi mente. Nunca se comparará con la obra maestra que es en realidad, pero aun así valdrá la pena tenerla ahí, como un recuerdo que conservar. No puedo afrontar otra pérdida como ésta.

Desde el perfil de su mandíbula hasta el suave lóbulo de su oreja, dejo un rastro de besos por su cuello y luego hundo la cara en el hueco entre su hombro y su cuello. Gianna suspira suavemente, su aliento vibra entre sus labios mientras sus dedos se enredan lentamente en mi pelo, jugando con los mechones rebeldes.

Le beso la clavícula, recorriéndola con atención casi reverencial, y luego rozo con la lengua la pequeña depresión de la base de su cuello. Continúo mi descenso por su pecho, donde el latido de su corazón palpita rápidamente bajo sus suaves pechos. Presionando mis labios contra su piel, puedo sentir cada vibración, cada latido intenso, que se alinea perfectamente con el mío.

Es como si fuéramos uno.

Me pierdo en sus pechos, concentrándome en sus sensibles pezones, que se endurecen bajo mis labios y mi lengua. Su respuesta es un gemido cansado pero lleno de satisfacción, mientras sigue rozándome la nuca con movimientos lentos, casi hipnóticos.

Cada centímetro de su cuerpo se convierte en un santuario al que rendir culto. Acaricio la curva de su vientre, deteniéndome con mis labios en la ligera redondez de su abdomen, hasta llegar a su ombligo. Justo ahí, una cicatriz atraviesa limpiamente su piel, evidente incluso bajo la suave luz.

No la reconozco. Está claro que es de hace unos años. Mil preguntas se agolpan en mi mente, pero decido guardarlas para otro momento. Este momento es sólo nuestro y nada debe interrumpir la intensidad de lo que estamos compartiendo.

Gianna no da explicaciones y yo no le pregunto nada.

Al menos por ahora.

Recorro sus caderas con los labios, mordisqueando suavemente el hueso, y luego desciendo hasta su muslo. Cada centímetro de sus piernas es venerado, besado cuidadosamente hasta que conozco

cada línea de sus músculos, cada delicada estría plateada y cada matiz de su piel. Las beso con todo el amor de mi corazón.

Luego me acomodo entre sus piernas y beso su coño caliente. Gianna, privada del agarre de mi pelo, gime suavemente y reclina la cabeza contra las almohadas.

"Marco..."

¿Me está suplicando que pare? ¿O que continúe?

Sus piernas se abren aún más, dándome el permiso que esperaba. Aprieto mi cara contra ella y empiezo a devorarla. Empiezo con lentos y largos golpes de lengua en sus labios interiores, alternándolos con suaves besos en los exteriores. Ella gime largamente, su voz flota en el aire como una melodía que me guía. Paso las manos por sus muslos, separándolos suavemente, luego aprieto su cuerpo contra la cama y la mantengo abierta, lista para ser devorada.

Mis caricias con la lengua suben hasta su clítoris, hinchado y sensible después de todo lo que hemos hecho. Cuando cierro los labios alrededor de ese punto y lo chupo suavemente, Gianna suelta un gemido agudo y gutural. Me muevo tan suavemente como puedo, saboreando cada centímetro de ella, hasta que la noto temblar y balancearse contra la cama.

También mi polla, cansada pero aún viva, responde al sonido y al olor de ella, pero no tengo nada más que ofrecerle.

Excepto esto.

Cuando sus gemidos alcanzan un tono inconfundible, hundo mi lengua en su interior. Gianna jadea y mueve las caderas contra mi cara, y yo la bebo con deseo. Cada sabor, cada aroma es como un toque dorado sacado de mis recuerdos, y la deseo. No quiero parar nunca.

Finalmente, Gianna se corre bajo las caricias de mi lengua, gimiendo roncamente mientras su orgasmo final la atraviesa, dejándola cansada y satisfecha sobre la cama. Me limpio la cara, me arrastro sobre ella y luego me dejo caer a su lado, atrayéndola contra mi pecho.

Al principio se abandona en mis brazos, pero cuando sus manos rozan mis vendas, se pone rígida.

Insisto con un beso y ella cede, convirtiéndose en un peso cálido y reconfortante a mi lado.

"Aún no puedo creerlo", digo en voz baja, sin apartar los ojos de su cara. "Todos estos años. Todo este tiempo, y tú..."

Ni siquiera puedo terminar la frase. Gianna, acurrucada bajo mi brazo, me toma la cara entre las manos y me acaricia suavemente la mandíbula.

"Lo sé", susurra. "Durante tanto tiempo, estuve tan segura. Todo lo demás que pensaba era solo una ilusión, pero no sabía realmente que eras... Quiero decir, aquella explosión y todo lo que vino después. Soñé y soñé contigo, pero sólo era fantasía en mi mente".

Vuelvo a besarla, ligeramente confuso por sus palabras, pero no importa. Las explicaciones vendrán después. No quiero dejar de besarla. Es lo único que calma la tormenta en mi mente.

Ahora que la adrenalina ha desaparecido y ya no follamos como animales, el dolor vuelve. Siento el cuerpo como un gran hematoma palpitante y el dolor de cabeza se intensifica cada vez que me muevo. Antes no los sentía, pero ahora que todo se ha calmado, vuelven.

Pero lo acepto todo, porque significa que estoy vivo.

Y que Gianna está realmente aquí.

Beso suavemente su hombro desnudo, subo las mantas para envolvernos a los dos y su mano encuentra la mía. A la luz mortecina, entrelaza sus dedos con los míos, moviéndolos lentamente de un lado a otro, apenas rozándolos.

Absorbo cada segundo con ella, cada detalle suyo, como si fuera mi única razón de existir de aquí en adelante.

Entonces, sin previo aviso, se me escapan las palabras.

"Cásate conmigo".

Gianna se pone rígida y nuestras manos entrelazadas quedan suspendidas en el aire. Me mira con esos enormes ojos, estudiando mi cara.

"¡¿Qué?!"

"Lo digo en serio. Lo digo en serio". Me muevo ligeramente para verla mejor. "Todo este tiempo sin ti, Gianna, he sido un desastre. Me ahogaba constantemente en *'y si...* 'y lamentaba las cosas que

debería haber hecho o que no había tenido el valor de hacer. Hay tantas cosas que quiero vivir contigo, y sé en el fondo de mi corazón que estamos hechos el uno para el otro".

Parpadea y sus ojos se convierten en dos diamantes.

"Te quiero tanto que duele. Estaba dispuesto a morir porque pensaba que así estaría contigo, y ahora quiero vivir porque *necesito* estar contigo. Por el resto de mi vida. Hasta que sea viejo y canoso, o lo que pueda pasar".

Así, entrelazados desnudos en la tenue luz que se cuela en esta habitación decadente, repito la pregunta más importante de mi vida.

"Gianna, ¿quieres casarte conmigo?"

29

GIANNA

"G*ianna, ¿quieres casarte conmigo?"*

¿He oído bien? Debería pellizcarme para asegurarme de que no es un sueño. Entrelazada en los brazos de Marco, mientras me susurra dulces palabras llenas de amor, ¿cómo puedo resistirme? Tal vez debería decir que no, al menos hasta que todo esté resuelto y en calma, pero en el fondo de mi corazón sé que él no es culpable de lo que le ocurrió a Fawn.

Y si algo he aprendido a lo largo de los años es que nunca nada se calma del todo. Siempre hay algo nuevo, algo peor. La calma es sólo un espejismo, y nunca se vuelve a la normalidad. Si esperara, estaría esperando para siempre. Tal vez debería pensar más, pero ahora mismo sólo quiero algo bueno, una cosa que salga bien.

"Sí", respondo al cabo de unos segundos, perdiéndome en la profundidad de sus ojos, que parecen contener calidez sólo para mí. "¡Sí, quiero casarme contigo!".

Después de cinco años, le quiero con la misma intensidad que entonces, cuando se me rompió el corazón al huir de él.

Le acaricio la mandíbula y asiento con la cabeza mientras lágrimas de alegría llenan mis ojos. "¡Sí, sí!"

Marco me besa apasionadamente y nos hace rodar sobre la cama hasta quedar encima de mí, besándome sin descanso.

“Nos casaremos de verdad”, susurra contra mis labios. “Una boda de verdad, los dos solos, sin nadie por medio. Sin armas, sin disparos. Y un vestido mejor”.

Se ríe mientras me besa una y otra vez, y un calor de felicidad envuelve mi cuerpo cansado. Será la boda más bonita de la historia.

El sueño no tarda en llegar, sobre todo cuando Marco se toma el analgésico que Fawn ha conseguido para él. Aún no se lo digo, prefiero dejar que se duerma a mi lado mientras yo me sumerjo en sueños inquietantes. Una mezcla de felicidad con Marco y miedo por la ambulancia y la explosión del club que han visto en las noticias.

Incluso mientras duermo, una parte de mí es consciente de cómo un tercero nos ha manipulado a todos como peones.

A la mañana siguiente nos despertamos con olor a café y tostadas. Le enseño a Marco dónde puede encontrar ropa limpia. No es su ropa habitual, pero está bien. Luego le cojo de la mano y le conduzco por la casa, siguiendo los olores que invitan a entrar.

Un murmullo de conversación procede de la cocina y, cuando entramos, veo a Tara y Cherry al lado de los fogones, tomando tazas de café y charlando.

Sentado a la mesa está Leonardo, y mi corazón da un vuelco. Me había olvidado de él por un momento. Se había despertado un día antes que Marco y nuestro encuentro había sido tenso. Estaba incrédulo de que yo estuviera viva y aún más de que le hubiéramos rescatado. Se había calmado sólo con la promesa de que llegarían respuestas, pero yo me había distraído con Marco, y nos habíamos retrasado accidentalmente.

“¡Gianna!” Tara me sonríe afectuosamente, pero su sonrisa vacila de inmediato cuando se da cuenta de que Marco está detrás de mí.

Un instante de quietud.

Entonces Marco y Leonardo se fijan el uno en el otro, y arremeten el uno contra el otro como animales salvajes.

“¡Cabrón!”, grita Marco. “Intentabas enterrarme por segunda vez, ¿eh?”

“¿Yo?”, grita Leonardo en respuesta. “¡Tú eres el que está destruyendo toda mi propiedad!”.

Se enfrentan furiosamente, pero Cherry y Tara están listas para separarlos. Resulta chocante ver con qué fuerza luchan ambos, arañando el aire en un intento desesperado por alcanzar al otro. Tara empuja a Leonardo contra la nevera, tirando algunos imanes, mientras Cherry arrastra a Marco a la habitación contigua.

"¡Marco!" corro detrás de él, colocando las manos sobre su pecho, que se agita a un ritmo furioso mientras hierve de rabia. "Por favor, tienes que escucharme, ¿de acuerdo? Leonardo no es el villano que crees que es. Quiero decir, lo es, pero en este contexto, realmente no lo es".

"¿Qué?" Marco fija en mí esos ojos cargados de furia y yo retraigo ligeramente las manos.

"Confía en mí", imploro. "Puedo explicártelo todo".

Marco tarda unos minutos en calmarse. Finalmente, se sienta en el sofá y acepta que Leonardo entre en la habitación. Los dos se sientan lo más lejos posible el uno del otro, tomando tazas de café sin entusiasmo. Me siento junto a Marco, dejando algo de espacio. Lo que voy a decir será difícil de digerir.

"Durante los últimos cinco años he vivido creyendo que estabas muerto, Marco", empiezo. "Me dijeron, y yo creí, que la explosión de aquella noche en el refugio te había matado, y que Leonardo era el responsable".

"Yo..." Leonardo se inclina hacia delante, pero es silenciado por la peligrosa mirada de Cherry.

"Y así, durante estos años estuve viva, habitando en un refugio. Me había llevado allí alguien que creía que me protegía y... estaba ocupada". Pensar en Freya es otro tema que no puedo abordar ahora. "El tiempo pasó muy deprisa. Entonces empecé a creer que la persona que me protegía no lo hacía realmente. En realidad yo era un prisionera".

"¿Quién?", pregunta Marco, estrechándome la mano con fuerza. Lanza miradas llenas de odio a Leonardo. "Le mataré. Lo juro".

"Dante", digo en voz baja.

Marco se paraliza y una expresión de confusión cruza su rostro. Entrecierra los labios, pero no emite sonido alguno. Leonardo

también parece sorprendido; se remueve en la silla, pero guarda silencio.

"No lo entiendo", dice Marco con voz tensa y las cejas fruncidas. "¿Dante -mi padre- te ha tenido escondida todo este tiempo?".

"Sí. Me dijo que habías muerto y que el resto de la familia me perseguía por venganza. Me dijo que Leonardo también me buscaba porque le había humillado con el fiasco del matrimonio y que pensaba que todo era un engaño."

Leonardo ya estaba informado de lo de Cherry y Tara y de por qué me vi obligada a huir. Saber que no había ningún plan orquestado por Marco le tranquilizó.

"Qué coño", susurra Marco. Es difícil descifrar su expresión, ya que un velo de ira desciende sobre su rostro. Permanece en silencio, con la mirada fija en el vacío que tiene delante. "Todo este tiempo, no entendí una mierda. No paraba de decirme que estabas muerta, pero que tu muerte no merecía prolongar la guerra. Yo no..."

Mientras interrumpe, Tara comienza a explicar la relación de Dante con la familia Ricci. Relata su estatus marginal, tan bajo que nadie los considera una amenaza. Detalla cómo el secuestro de Dante fue sólo un montaje y describe el acecho que les llevó varias veces a reuniones con el jefe de la familia Ricci.

Está hablando a medias cuando Leonardo salta de su silla.

Se queda mirando la entrada, pálido como un cadáver, y todos seguimos su mirada hasta la puerta. Fawn está allí, inmóvil en el umbral. En cuanto Marco la ve, se levanta de golpe y se coloca entre ella y yo. Yo también me levanto y le doy la mano.

"No pasa nada", le tranquilizo. "Está a nuestro lado, te lo prometo. No te matará".

"Estoy tentada", dice Fawn con rigidez. "Después de nuestro último encuentro, me cabreó bastante que te salieras con la tuya".

"¿No tuviste huevos de matarme mientras estaba en coma?", gruñe Marco.

Fawn se ríe. "No salí precisamente ilesa de aquella explosión. Tuve que pensar por mí misma. De hecho..."

"¿Fawn?" La voz de Leonardo tiembla mientras se adelanta con pasos inseguros. "Yo... lo siento, es que... te pareces tanto a alguien

que yo conocía...".

"No te equivocas", dice Fawn en voz baja, observando atentamente a Leonardo.

"Espera", interviene Marco, con una voz mezcla de confusión y enfado. "¿Os conocéis? Sabía que estabas detrás de esto, Leo, maldito bastardo".

"Marco, no." Le aprieto la mano para intentar retenerle. "No es lo que piensas, te lo juro".

Leo se limpia rápidamente los ojos, resoplando débilmente. "Eso no es posible", dice. "Estás muerta. Te mataron, lo sé".

"Mucha gente vuelve de entre los muertos", responde Fawn, y luego mira a Marco con expresión inescrutable. "Leonardo es mi hermano".

"¿Qué?" estalla Marco, apretando el puño en mi mano. "¿Eres una Simone?". La mirada que le dirige es incandescente. "¡Será mejor que hables antes de que te estampe contra esa maldita pared!".

"¡Ponle un dedo encima a mi hermana y te mato!", grita Leo, a pesar de las lágrimas que surcan su rostro.

Estalla otra pelea. Los gritos de los dos hombres llenan la habitación, y sólo la decisiva intervención de Tara y Cherry consigue mantener a las dos furias a una distancia prudencial. A pesar de mis protestas, el café se sustituye por vodka y, tras veinte minutos de insultos y amenazas, por fin todos vuelven a sentarse.

"¿Cómo es que estás viva?", pregunta Leo débilmente, apurando el vaso de vodka de un trago.

"Nunca he muerto", responde Fawn, quedándose quieta en medio de la habitación, entre los dos hombres. Suspira profundamente, como si se preparara para una dolorosa confesión. "Cuando tenía dieciocho años, mi padre me asignó mi primera gran misión. Todo lo que había hecho hasta entonces eran objetivos insignificantes. Gente que causaba problemas y a la que él quería eliminar. Marco era el objetivo. Mi padre quería que lo matara".

Marco se pone rígido a mi lado, pero permanece en silencio.

"Así que empecé a estudiarle, y una cosa llevó a la otra. Nos enamoramos. Al principio pensé que mi padre era generoso al darme

tanto tiempo para hacer el trabajo, pero pensándolo ahora, supongo que esperaba que mi relación con Marco fuera una forma de acercarse a mí y exterminar a toda su familia. A sus ojos, había fracasado. Había fallado al eliminar a un objetivo importante, y todo mi entrenamiento como asesina de repente se volvió inútil."

"Y entonces moriste", dice Leonardo entre dientes apretados. "Papá siempre me lo decía, como advertencia. Moriste".

"Yo también lo creía", murmura Marco.

"Yo no morí. Me vendieron como esclava. Una noche estaba en la cama, dormida, y a la mañana siguiente me desperté en una furgoneta rumbo quién sabe dónde. Estaba segura de que Marco había descubierto quién era y lo que intentaba hacer. Durante años tuvo sentido. Me había vendido, porque todo el mundo conoce los rumores sobre el tráfico de personas vinculado a la familia Barrone".

"No lo hice", dice Marco, con la voz tensa. "No lo haría".

Fawn suspira. "Gracias a Gianna, creo que esta vez puedo creerte".

"Estabas..." Leo sacude la cabeza, incrédulo. "No, papá me dijo que vio tu cuerpo. Tuvimos un funeral y todo, no lo entiendo".

Fawn aprieta los dientes. "Eso no lo puedo explicar. Pero no estaba muerta, eso seguro. Y de hecho, una de las cosas que me convenció de que era Marco fue Dante".

"¿Mi padre?" Marco tiembla ligeramente mientras nos sentamos, hombro con hombro. "¿Qué quieres decir?"

"No mucho después de que me secuestraran, quizá seis meses o así, me vendieron por una noche a un grupo de hombres que celebraban una fiesta. Podían venderme a precios altos porque estaba... nueva". Sus palabras destilan asco. "Dante me compró esa noche. Tu padre me violó y sabía muy bien que no estaba muerta".

Un sonido ahogado y violento escapa de la garganta de Marco mientras se agarra a mi pierna, con gotas de sudor en la frente. "¿Qué?", susurra con los dientes apretados.

"El mundo creía que estaba muerta. Tu padre sabía que no lo estaba. Desde aquel momento, estaba convencida de que fuiste tú, Marco, quien descubrió quién era en realidad y me envió lejos."

"Yo nunca habría hecho eso", dice Marco, con la voz quebrada. "Pero no entiendo por qué...".

"Fue él, ¿no?", interviene Leonardo, visiblemente molesto. "Dante. Tiene que haber sido él. ¿Por qué si no habría dejado a Fawn allí? Debía de saber que ella ya estaba allí, o debió de ser él quien la envió allí, ¿no? Y ahora está en negocios con los Ricci, dejando que nos destruyamos unos a otros."

Tiene razón. Todo el bien que Marco ha intentado hacer no puede compararse con la crueldad de Dante. Por qué vendió a Fawn sigue siendo un misterio, al igual que por qué me mantuvo oculta y cautiva durante tanto tiempo.

Hay demasiadas preguntas, y sólo un hombre puede responderlas.

"¿Sabéis dónde está mi padre?", pregunta Marco, su voz extrañamente calmada, como la tranquilidad que precede a la tormenta.

"Lo hemos estado vigilando", interviene Tara. "Pero desde la explosión del club ha estado escondido".

Marco levanta la vista. "¿Por qué has venido al refugio? ¿Cómo sabías dónde estábamos?".

"Fawn siguió a Dante hasta allí varias veces, pero él quería comprobar otro edificio donde encontró a Gianna. Tenía que asegurarme de que Dante estaba en casa, para que Fawn supiera exactamente de cuánto tiempo disponía".

Marco asiente lentamente, sus manos se mueven para acariciar mi muslo.

"Si se está escondiendo, encontraré al cabrón", gruñe Leo.

"No", lo interrumpe Marco. "Emilia, mi hermana, sigue con él".

"¡¿Tu hermana está viva?!" Leo casi se atraganta con sus palabras. "¡¿Qué coño?!"

"Dante quería venderla, entregarla en matrimonio por poder, y yo me negué. Después de lo que le pasó a mi madre, no podía dejar que eso le pasara a ella y yo..." Marco se interrumpe. "No tengo que explicarte nada. En cualquier caso, no podemos actuar contra él hasta que esté seguro de que Emilia está a salvo."

Fawn mira a Cherry, que asiente una vez y sale de la habitación.

“Encontraremos a tu hermana”, dice Fawn. “Ya conocemos su estado. Mudarse a ese nuevo refugio hizo más evidente que había alguien más contigo”.

Marco mira a Fawn. “¿Por qué me ayudas? Por derecho deberías seguir queriendo matarme por lo que hizo mi padre”.

“En parte sí”, responde Fawn. “Pero podría decirse que he aprendido una nueva perspectiva”. Me lanza una mirada, con la más pequeña de las sonrisas ocultas.

De repente, se oye un ruido sordo y por la puerta entra Freya que, al ver a los desconocidos, se echa a llorar de desesperación inmediatamente. Durante toda la discusión me había olvidado de ella, pero ahora corre hacia mí, sollozando.

La cojo en brazos y siento las miradas de todos sobre mí.

Debería haberlo hecho mejor. No tengo ni idea de cómo le habría dicho la verdad a Marco, pero ya que el tema es tan oscuro, me parece correcto mencionar algo agradable.

Sobre todo mientras Leo y Fawn se abrazan tras décadas de separación.

“Entonces”, digo suavemente mientras Marco me mira fijamente, con los ojos clavados en Freya. “¿Saber que eres padre sería demasiado para ti ahora?”.

30

MARCO

"¡¡¡Qué!!!"

El mundo desaparece. Todo se esfuma. Ya no hay voces, personas ni ruidos en la habitación. Sólo existe Gianna frente a mí y la niña que sostiene en sus brazos.

¿Padre? ¿Yo?

Todas las emociones me invaden en un instante. Todo mi odio por Dante, toda mi confusión por Fawn y Leonardo, todo lo que creía importante se evapora ante los ojos de la niña. Ojos azules como los míos.

"¿Yo... soy padre?", balbuceo, incapaz de apartar los ojos de esa pequeña figura que se aferra al cuello de su madre.

Gianna asiente suavemente. "Esta es Freya. Tu hija".

Freya. El nombre rebota en mi mente. Una niña pequeña. No una bebé, sino una personita ya crecida. Una niña que se esconde tímidamente contra el cuello de Gianna, apretando entre sus manos un peluche con forma de hipopótamo.

Una hija. *Mi hija.*

Estoy paralizado. No puedo hablar, no puedo pensar. La mente intenta desesperadamente recomponer las piezas. Gianna me coge de la mano, me saca de la habitación y yo la sigo como un autómata. No puedo apartar los ojos de la chica.

Entramos en una habitación que reconozco inmediatamente como la de Freya. Es su propio mundo, lleno de juguetes y peluches esparcidos por todas partes. Una pequeña cama con una manta rosa, y en las estanterías libros infantiles. Freya se refugia en el regazo de su madre, aferrándose a ella.

"No pasa nada", susurra Gianna, meciéndola suavemente. "No pasa nada, cariño. No llores. Mamá está aquí".

Freya solloza, pero se calma poco a poco cuando Gianna le da el peluche. Lo aprieta con fuerza contra su pecho y su llanto se reduce a pequeños sollozos.

Me quedo petrificado. Mi mente busca respuestas que no llegan. ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha criado Gianna sola a nuestra hija todo este tiempo? Esa cicatriz en su abdomen, ahora entiendo lo que significa. Le hicieron una cesárea y yo no estaba allí.

"Freya", dice Gianna suavemente, mirando al bebé. "Quiero que conozcas a alguien, ¿vale?".

La niña asiente lentamente, con la cara oculta tras su hipopótamo.

"Este es tu papá", continúa Gianna, con la sonrisa más dulce que jamás haya visto. "Y está encantado de conocerte".

Freya me mira y el mundo se detiene de nuevo.

"¿Papá?", pregunta, con una vocecita tan pequeña y frágil que me desgarra el corazón. "¿Como... en los libros de cuentos?".

Gianna ríe suavemente y le acaricia el pelo. "Sí, mi amor. Exactamente como en los cuentos. Tú eres el Osito. Yo soy mamá osa y él es papá oso. ¿Quieres saludarlo?".

Freya se lo piensa un momento y me tiende lentamente la mano. Es tan pequeña. Tan delicada.

Me siento a su lado en la cama y, de repente, mis manos están húmedas de sudor y descansan nerviosas sobre mis muslos. El corazón me martillea en el pecho cuando veo a Freya asomarse entre el pelo de Gianna, mirándome con unos ojos casi tan enormes como los de su madre.

Todo esto es demasiado, imposible de procesar de una sola vez. Intento relajar mis rasgos faciales, tratando de parecer lo más tranquilizador posible para una niña pequeña. Es difícil, porque no

tengo ni idea de cómo tratar con críos. La única experiencia que tengo es dar abrazos fugaces a los pequeños a los que ayudé a empezar una nueva vida. No sé cómo hablarle a una niña, cómo cuidarla, cómo asegurarme de no asustarla. Convertirme en padre siempre ha sido un pensamiento relegado a un futuro lejano, y ahora la realidad me abruma con una hija ya crecida ante mí.

"No da miedo", me tranquiliza Gianna. "Sólo es grande porque trabaja mucho, ¡igual que Papá Noel!".

El ejemplo parece funcionar. Freya abre los ojos con curiosidad y se inclina ligeramente hacia delante para estudiarme mejor.

"¿Papá?"

Esa sola palabra es un disparo directo al corazón. Me tiembla el labio inferior, pero consigo sonreír. "Sí", respondo con voz áspera. "Y tú eres mi... mi Freya".

La niña me mira durante unos segundos, asiente con la cabeza y empieza a contonearse tanto que resbala del regazo de Gianna y cae al suelo. Sin vacilar, se dirige a una de las alfombras de juego que hay en el suelo y enseguida coge sus juguetes.

El corazón me late a mil por hora. Cierro las manos en puños, nervioso.

¿Ha sido una buena reacción? ¿He hecho algo mal?

Miro a Gianna, que me observa con una tímida sonrisa en los labios.

"¿He dicho algo malo?", pregunto, insegura.

"No", dice Gianna en voz baja. "Es pequeña. El concepto de tener otro padre será complicado durante un tiempo, pero al menos no lloró como cuando conoció a Cherry, así que lo estás haciendo bien."

Suelto una suave carcajada, frotándome las palmas sudorosas de las manos por los muslos. "Vale. Bien".

"Juega con ella". Gianna inclina la cabeza hacia Freya, que está completamente inmersa en sus juegos.

"No sé cómo hacerlo".

"No hay reglas estrictas", responde ella, cogiéndome la mano. El calor de su tacto se extiende por mis nudillos como un bálsamo. "Haz lo que ella hace".

Esto es más desconcertante que entrar en una habitación llena de hombres armados con el único propósito de matarme. Este increíble pequeño ser humano es mío, y mientras me acomodo en el suelo a su lado, no puedo dejar de mirarla. Tiene la naricita más adorable que he visto nunca, un botoncito perfecto y el pelo idéntico al de su madre.

"¿Puedo jugar contigo?", pregunto en voz baja.

Freya me pone una cuchara de plástico en las manos y me ordena que cocine, y a partir de ese momento me convierto en la jefa de cocina de la cafetería/restaurante que regenta. Al principio es aterrador. Mi mente se acelera, atormentada por el miedo a hacer algo mal o decir algo equivocado, pero Gianna nunca interviene para corregirme, y Freya parece *perfectamente a gusto* con todo lo que hago.

Al cabo de un rato, Freya deja de pasearse con sus juguetes y se apoya en mi pierna. Ese contacto me escuece, pero prefiero cortarme la pierna antes que moverme y arriesgarme a molestarla. Durante el juego, tenemos que lidiar con un cliente revoltoso que se niega a pagar, y Freya le castiga añadiendo demasiada sal a su comida.

Entonces empieza a bostezar, el peso de su cuerpo se hace más pronunciado contra mí.

"¿Estás cansada?", le pregunta Gianna. "Ha sido un día muy largo".

Miro el reloj. Una buena parte del tiempo simplemente se ha desvanecido, tal vez debido al caos de la reunión anterior o el tiempo dedicado a jugar con Freya. En cualquier caso, no sólo ella necesita una siesta.

Cuando Gianna se levanta, Freya se vuelve hacia mí y levanta los brazos. Miro a Gianna para pedirle su consentimiento, y ella asiente rápidamente. Con cuidado, recojo a mi hija en brazos. No pesa casi nada y se acomoda enseguida en mi regazo como si hubiera estado allí mil veces. Siguiendo las instrucciones de Gianna, la acuesto en la cama y juntos leemos el cuento del oso hambriento hasta que el cansancio la arrastra a una siesta vespertina.

Gianna me lleva de nuevo al dormitorio y permanece en silencio mientras prepara mi medicación. "Supongo que tienes preguntas".

Me dejo caer en la cama con un gemido, sintiendo que todos mis dolores me tiran y me aprietan. "Un par".

"Puedes preguntarme lo que quieras".

"¿Cuántos años tienes?"

"Seis. Casi seis y medio".

"¿Seis?" Calculo hacia atrás, esperando que ella hubiera nacido durante ese periodo de confusión en mi memoria, pero tengo que retroceder aún más.

"Cuando atacaron a Tara", empieza Gianna, sentándose a mi lado, "fue cuando descubrí que estaba embarazada. Quería decírtelo una vez que trajera de vuelta a tu padre, pero entonces apareció Cherry y me amenazó. Obviamente, trabajaba para Fawn, y ambas estaban convencidas de que eras una traficante de personas, así que querían asustarme para mantenerme alejada."

Asiento lentamente.

"Lo único que sabía era que tenía que mantener a la niña a salvo de todo el mundo, así que... bueno... me fui. Y me mantuve oculta hasta que nació, cuando Fawn me localizó. Ella también quería proteger a Freya, y fue su idea llevarme con Leo. Me contó la verdad sobre quién era, y quise decírtelo cuando nos encontramos en el refugio, pero no hubo tiempo suficiente." Gianna suspira profundamente. "De todos modos, por eso acudí a él, porque no sabía la verdad. No sabía nada, y lo único que quería era mantenerla a salvo. Eso es lo que hice. Incluso en ese piso en el que nos metió Dante...".

Ella sacude la cabeza, mientras las lágrimas brillan en sus ojos.

"Siento no habértelo dicho nunca. Todo el tiempo que estuve embarazada, tal vez si te hubiera buscado, las cosas habrían sido diferentes..."

"Eh, eh." Inmediatamente la detengo y le acaricio la cara, rozándole la mejilla. "No digas eso. Has estado viviendo en un infierno constante, con una niña a la que proteger todo el tiempo. Soy yo quien tiene que disculparse. Si no hubiera estado tan cegado por el dolor y el odio, podría haber visto las cosas con más claridad.

Estaba cegado de muchas maneras, incluido mi padre. Hiciste lo que tenías que hacer".

La miro profundamente a los ojos, y una pequeña sonrisa de gratitud se ilumina en sus labios.

"Lo hiciste todo tú sola, y no puedo ni imaginar la fuerza que hizo falta. Así que no te atrevas a disculparte, ¿vale? No te atrevas".

Me inclino hacia ella y la beso con toda la dulzura y el amor que puedo darle. Gianna disfruta de ese momento, luego sus manos se deslizan alrededor de mi cuello y tiran de mí más cerca....

31

GIANNA

Su beso es dulce y suave, distinto a cualquier otro beso que me haya dado. Hoy han pasado tantas cosas que sólo siento alivio de que no me haya acusado de traición ni se haya enfadado conmigo por ocultarle la existencia de su hija.

De hecho, su calidez y comprensión son casi inesperadas. Si se hubiera tomado las pastillas que le preparé, sospecharía que simplemente está atontado por los analgésicos, pero siguen ahí, en la mesilla de noche, abandonadas en mi lugar.

Le acaricio la nuca, dejando que mis dedos se pierdan en el vello más fino, justo debajo del nacimiento del pelo. Cuando se inclina hacia mí, me alineo con su cuerpo y me pierdo entre sus brazos.

Una parte de mí quiere llorar. Todo lo que pasó en el salón sigue tan vivo, tan nítido en mi mente. Revelar todos esos secretos y no recibir ira ni acusaciones fue un shock, pero una parte de mí sospecha que Marco ya había intuido que algo no iba bien. Quizá la explosión con Leo le aclaró por fin algunas cosas.

No me sorprendería que Dante también estuviera detrás de eso.

Marco y yo nos acercamos lentamente a la cama, sin dejar apenas que nuestros labios se separen. Esta vez no hay calor; al menos, no el calor de anoche, cuando hicimos el amor como

animales, aferrándonos al orgasmo como si fuera lo último que pudiéramos hacer en esta tierra.

No, este calor es diferente.

Es más profundo, y hace que el corazón me palpite con fuerza en el pecho cuando Marco desliza una mano bajo mi camisa. Se me hace un nudo en el estómago y me siento tan electrizada como la primera vez que me besó, un momento que ahora parece tan lejano.

"Me gustaría quitarte la ropa", murmura Marco contra mis labios.

"Pues quítatela".

Lo hace con tanto cuidado que estoy a punto de llorar de la emoción. Marco besa cada centímetro de mi piel desnuda, persiguiendo el dobladillo de mi camisa con sus labios. A medida que la tela se levanta, dejándome expuesta poco a poco, besa y susurra promesas sobre mi piel, y no se detiene ahí.

Me quita todas las prendas con la misma devoción, como si adorara cada parte descubierta de mi cuerpo. Me besa suavemente, murmura dulces alabanzas junto a pequeños mordiscos que deja alrededor de mis costillas, se entretiene con sus labios en la suave piel de mis brazos y luego baja hasta mi vientre, concentrándose en la cicatriz.

Nunca me he avergonzado de tenerla. Sin ella, no tendría a Freya. Pero hay algo desconcertante en verle ahí, en observar esa línea tan intensa. Antes de que pueda decir nada, besa un extremo de la cicatriz y luego, muy despacio, recorre con los labios el tejido marcado hasta el otro lado. Luego mordisquea y besa despacio, casi juguetonamente.

"Precioso", respira Marco contra mi piel, y mi corazón se hincha. Me llevo las manos a la cara y tengo que luchar para no llorar. No necesitaba su aprobación ni que me tranquilizara, pero oírlas es una dulzura que duele.

Con los ojos cerrados, confío en el tacto para seguir sus movimientos sobre mi cuerpo, y no deja ni un centímetro sin explorar. De la cicatriz baja a la pelvis, luego me acaricia los muslos, las rodillas, baja por las pantorrillas hasta los tobillos. Me besa por una pierna y luego sube lentamente por la otra. Cuando vuelve a

mirarme a la cara, mi cuerpo palpita de calor y mi coño ya está húmedo de deseo.

Me besa el dorso de las manos y me las aparta suavemente de la cara.

"¿Por qué te escondes?"

"Porque casi me da miedo mirarte", susurro. "Porque a veces esto no parece real. Como si me hubiera golpeado la cabeza y siguiera allí, en ese lugar, y todo esto no fuera más que un sueño".

"No es un sueño", me asegura en el mismo tono suave, besándome suavemente. "Esta es nuestra realidad".

Cuando entra en mí, lo hace lentamente. Una parte de mí añora la naturaleza salvaje de nuestro coito, pero hay algo increíblemente erótico en sentir cómo su dura polla se desliza dentro de mí, centímetro a centímetro. Es como si de repente pudiera sentir cada detalle de su longitud cuando se une a nosotros y me abraza. Nos tumbamos de lado, abrazados, con las piernas entrelazadas, mirándonos fijamente a los ojos.

Cuando Marco mueve las caderas, utiliza el agarre que tiene sobre mí como palanca, y yo hago lo mismo con él. Nos movemos juntos como en una danza erótica, ayudándonos mutuamente a empujar y balancearnos. De vez en cuando, nos giramos y el que está encima toma el control durante un rato, pero al final volvemos a estar uno al lado del otro.

Nunca aparto la mirada. Veo cómo florece el placer en sus ojos mientras se muerde el labio inferior y su polla palpita dentro de mí. Me trago sus gemidos mientras nos besamos lentamente, saboreando mi placer mezclado con el suyo.

El tiempo se vuelve irrelevante. Sólo importan nuestros cuerpos entrelazados y el ritmo que sólo nosotros podemos encontrar juntos.

Nos corremos juntos con respiraciones entrecortadas y silenciosas, con la mirada fija el uno en el otro, como si estuviéramos sincronizados en el mismo ciclo de placer. Su semen caliente me llena, una cálida familiaridad que deseo cada vez más, y él gruñe cada vez que mi húmedo coño se aprieta alrededor de su polla.

Permanecemos así, entrelazados como uno solo, hasta que se me llenan los ojos de lágrimas. No estoy triste. Es un momento lleno de emoción, la conexión más profunda que he sentido nunca con otra persona. No puedo apartar la mirada, temo que si lo hiciera, él desaparecería.

Así que nos quedamos allí, observándonos perezosamente mientras nuestros cuerpos palpitan y se estremecen, hasta que el sueño nos atrapa suavemente y nuestros párpados se cierran pesadamente.

A la mañana siguiente, me despierto envuelta en el edredón, acurrucada en la cama. Marco no está a mi lado y el corazón me da un vuelco doloroso en el pecho. Me visto rápidamente y corro por la casa hasta la habitación de Freya. Sigue profundamente dormida y, al besarle la frente, me doy cuenta de lo temprano que es.

Aún no ha salido el sol. Probablemente Marco acaba de ir al baño. Me siento tonta, pero cuando vuelvo a la habitación, me llama la atención el ruido de la cocina. Curiosa, me acerco y echo un vistazo dentro, encontrando a Marco y Leonardo en lados opuestos de la habitación.

Al menos parecen amistosos, lo que ya es una sorpresa. Como no quiero molestarles, me retiro, pero Marco se fija en mí.

"¿Gianna?"

"Perdona", respondo, lanzándoles una rápida sonrisa. "No pretendía entrometerme. Sólo estaba viendo cómo estaba Freya y pasaba por aquí".

"No pasa nada", Leo se encoge de hombros. "No estábamos hablando de nada secreto".

"Leo me estaba contando lo que descubrió sobre los Ricci. Realmente son una familia que surgió de la nada. Nunca habían estado en el radar de nadie y no tenemos ni idea de cómo conocieron a mi padre. Pero aparte de eso, son exactamente el tipo de ratas asquerosas que elegiría si quisiera vender a alguien".

"¿Alguien como Fawn?", pregunto.

"Exactamente", responde Leo.

"Entonces, ¿qué vamos a hacer?", me acerco a la cocina.

"Nada", suspira Marco profundamente. "No hasta que Emilia esté a salvo".

"¿Y después de eso?"

"Después", dice Leo, "intentaremos recoger los pedazos que nos quedan de esta puta guerra inútil".

"No más clubes, seguro", murmura Marco, y sus ojos delatan un leve rastro de diversión.

"De acuerdo", asiente Leo.

"Solos no tenemos ninguna posibilidad", continúa Marco, acercándose a mí y tocándome el brazo. "¿Pero juntos? Quizá haya una oportunidad de cambiar esta miserable situación".

32

MARCO

El viento frío sopla a mi alrededor, trayendo consigo el olor del aceite, la basura vieja y la sal del agua. Debajo de mí, la ciudad se extiende, cada edificio iluminado como un árbol de Navidad urbano.

Desde hace un mes, Leo y yo hemos estado investigando a fondo, escondiéndonos detrás de nuestra guerra. En apariencia, parece que seguimos en pie de guerra, golpeándonos para conquistar el poco territorio que nos queda, pero en secreto aprovechamos esta distracción para investigar libremente a la familia Ricci. Estaba claro desde el principio que estaban profundamente involucrados en el tráfico de personas, con varias familias más pequeñas trabajando junto a ellos.

El eslabón clave era Dante. A mi regreso del 'hospital', estuvo encantado de escuchar mi arrebato premeditado sobre cómo el intento de Leo de matarme en el club había sido la gota que colmó el vaso.

Mantener a Dante ocupado le dio a Fawn la oportunidad de profundizar en los registros financieros de los Barrone. Así fue como descubrió un vínculo entre la cuenta personal de Dante y la mafia rusa. Los rusos no han puesto un pie seguro en este lado del océano durante años, y cuando se retiraron, lo consideramos una victoria.

Una victoria equivocada, si Dante ha estado alimentando su mercado negro de carne humana todo este tiempo.

Fue un paso adelante, pero doloroso, tanto para Fawn como para mí. Saber que mi padre, el hombre en quien confiaba por encima de todo, participó en arruinar la vida de la mujer que amaba tan profundamente fue devastador. Me pongo enfermo cada vez que intento imaginar lo que tenía pensado para Gianna.

Durante el último mes, le he estado vigilando de cerca. Seguramente sabía de la desaparición de Gianna cuando los guardias que había enviado nunca regresaron, pero nunca dio la impresión de que algo anduviera mal. Al contrario, su actuación fue tan convincente que a veces dudé de que fuera realmente el titiritero detrás de *este infierno.*

Era la prueba de lo hábil que era ocultando todas las porquerías que estaba haciendo.

Mientras yo mantenía ocupado a Dante y Fawn se dedicaba al dinero, Leo se ocupaba de los Ricci. Con el tiempo, recopiló los nombres y direcciones de todos y cada uno de los negocios y establecimientos de la familia. Había muchos más de los que una familia de su tamaño debería tener, y la mayoría estaban en territorio Barrone. Otro regalo de mi padre, *sin duda.*

El hombre al que puse al mando de mi familia para desviar a Leo acabó involucrado en el plan. Sin él, controlar a los pocos hombres que quedaban habría sido complicado. No le dije los nombres de los objetivos ni ningún detalle sobre Leonardo. Me limité a informarle de que pronto tendría una lista de las propiedades de Leo para atacarlas al mismo tiempo, para poner fin a esta guerra.

Si este hombre me traicionaba e informaba a Dante, este pensaría que mi objetivo era Leo, y para estar seguro siempre guardé una lista falsa de las propiedades que aún estaban en sus manos.

En realidad, cuando llegue el momento, enviaré la lista real, y cada establecimiento de la familia Ricci caerá bajo el poderío combinado de mis hombres y los de Leonardo.

"¿Marco?" La voz de Gianna me llega, suave y firme. Se acerca lentamente, eligiendo cuidadosamente dónde poner los pies en el

tejado, hasta que está lo bastante cerca como para agarrarme la mano.

Lo más difícil de todo esto ha sido mantenerme alejado de ella mientras fingía estar de nuevo del lado de Dante. Verla de nuevo ahora me levanta el corazón como ninguna otra cosa podría hacerlo. Estoy completamente enamorado de esa mujer. Ella consume cada uno de mis pensamientos e incluso ahora, con su mano en la mía, no me basta.

Nunca me bastará.

"¿Estás segura de que quieres quedarte aquí?" le pregunto, besando su mejilla. "Puedes quedarte con Freya, sería más seguro".

"No, quiero quedarme aquí", responde con firmeza, apretándome la mano. "Freya está a salvo con Tara por ahora, y esto... todo nos ha traído a este momento". Su agarre se tensa. "No quiero fallar".

"¿Crees que Fawn realmente lo logrará?"

Toda nuestra noche depende de la habilidad de Fawn para entrar en mi refugio y liberar a Emilia. Desde que volví, Dante apenas la ha dejado en paz. Había planeado rescatarla yo mismo, pero no fue posible. Ahora todo está en manos de Fawn.

"Si alguien puede hacerlo, es ella", asiente Gianna con una sonrisa. "Es fuerte, decidida. Y no sólo lucha por sí misma".

"Tienes razón".

"En los lugares que atacarás esta noche..." Gianna vacila, mirándome con esa dulzura que sólo ella sabe tener. "¿Vas a matar a todos?".

Asiento lentamente, con el corazón oprimido pero decidido. "Sí. Todos los miembros de la familia Ricci están implicados en el tráfico ilegal de esclavos. Nadie merece salir con vida. Los únicos que verán un hospital esta noche serán las víctimas que salvemos".

El viento le mueve el pelo y ella ladea la cara para arreglárselo. "¿Por qué justo aquí?"

Levanto un hombro y señalo el río que fluye bajo nosotros. "Desde aquí podemos ver el río y los muelles. Si encontramos alguna víctima, probablemente estará allí, y podremos seguir a las ambulancias que se las llevarán. Y por allí". Señalo con un dedo hacia el otro lado de la ciudad. "Leo ha colocado explosivos en varios

de los almacenes Ricci. Veremos cómo todo salta por los aires desde aquí".

"Lo has planeado todo hasta el último detalle, ¿verdad?".

Su rostro refleja las luces de la ciudad, y por un momento me quedo sin habla, perdido en sus ojos.

"Te había perdido, Gianna. Durante cinco años viví con el vacío que dejaste. Leo perdió a su hermana. Yo perdí a Fawn. Y también he perdido el crecimiento de mi hija. Ya no hay lugar para los errores. Esta noche..." Beso sus nudillos y aprieto su mano suavemente. "Esta noche recuperaremos lo que es nuestro. Y haremos que Dante pague por todo".

De repente, suena mi teléfono móvil. Cuando contesto y activo el altavoz, la voz de Fawn llena el aire.

"Misión cumplida", dice. "Tu hermana es una pasada".

"¿Marco?" Se oye de fondo la voz áspera de Emilia, seguida de la de Cherry, que intenta calmarla.

"Gracias, Fawn. De verdad".

"No me des las gracias", responde ella. "Buena suerte".

La llamada se corta y me quedo inmóvil un momento. Rápidamente envío un mensaje de texto al jefe temporal de mi familia y le adjunto la lista real de objetivos. Calculo que pasarán unos veinte minutos antes de que todos lleguen a los lugares correctos.

"¿Ya está?", pregunta Gianna, echando un vistazo a mi teléfono. "¿Ahora esperamos?".

Asiento con la cabeza. "Sí. Ahora esperamos".



"Se suponía que solo era un rumor", murmura Gianna veinte minutos después, mientras las explosiones sacuden la ciudad y hombres y ambulancias llegan a raudales a los muelles. "¿Cómo se hizo realidad?"

"Quizá fue una tapadera demasiado convincente", respondo en voz baja, manteniendo un brazo alrededor de sus hombros. "Si

hubiera creído más esos rumores, en lugar de andarme con rodeos... si hubiera investigado más la muerte de Fawn, quizá...". Resoplo, hinchando las mejillas, mientras me invade una oleada de frustración. Podríamos cavilar eternamente sin llegar a ninguna parte.

"¿Comprendes cuál era su objetivo?", pregunta, mirándome.

Niego con la cabeza. "¿El poder? Supongo que era demasiado poderoso, demasiado respetado. De lo contrario, podría simplemente haberme matado y haberse quedado con todo. En lugar de eso hizo esto".

"Quizá la sangre Barrone esté simplemente envenenada", comenta Leo, su voz emerge de entre las sombras mientras se une a nosotros en el tejado.

"Hace un mes te habría matado por decir eso", replico.

"¿Y ahora?" Leo ladea la cabeza, con las manos metidas en los bolsillos y la mirada fija en la ciudad.

"Ahora me planteo tirarte del tejado".

"Puedo vivir con eso", responde con un profundo suspiro. "Mis hombres están casi acabados. No quedará nada".

"Los míos también", añado, mirando hacia los muelles. "Ya sabes lo que pasará después".

"¿Qué pasa después?", pregunta Gianna, agarrando mi camisa con los dedos.

"Declaramos la guerra abierta a los Ricci, y mi padre se dará cuenta de que le han descubierto. Si no lo sabe ya. Entonces será una carrera contrarreloj para detenerlo antes de que desaparezca".

"¿Y después de eso?" Gianna se endereza, separándose de mí. "¿Qué pasará después de eso? ¿O es estúpido pensar con tanta antelación?".

"En realidad, tengo una idea", interviene Leo, captando nuestra atención. "Escucha... hay mucho resentimiento, es cierto, pero sin todo este lío nunca habría encontrado a mi hermana. Y eso es lo que me importa. Nos destruimos ahí fuera, Marco. Ambos somos vulnerables, presas fáciles. ¿Pero juntos?" Levanta una ceja, y el significado de su propuesta queda claro.

Podríamos unir nuestras fuerzas.

Gianna se ríe. “No hay familia mafiosa lo bastante grande para contener vuestros egos”.

Todos nos reímos, porque tiene razón, pero mientras la miro, de repente todo me queda claro como el cristal. Lo que quiero es a Gianna, y puede que Leo me esté ofreciendo la forma de conseguirla.

“No es mala idea”, digo. “Para un Simone”.

Leo me da un ligero codazo en el hombro.

“Pero el ego no será un problema, porque me echaré atrás”.

“¡¿Qué?!”, exclaman los dos, y Leo se queda boquiabierto.

Me centro en Gianna. “Ya he perdido bastante tiempo con mi familia. Cinco años. Si sobrevivimos a esto, Leo, puedes quedarte con todo el poder. Yo ya tengo lo que me es precioso”.

“Tío”, murmura Leo, atónito.

Gianna me sonríe tímidamente, sus mejillas enrojecen cuando la cojo de la mano y la acerco a mí. “¿Hablas en serio?”

“Muy en serio. Quiero estar contigo. Quiero casarme contigo y pasar el resto de mis días contigo y con nuestra hija, lejos de todo esto”.

Me abraza y me besa suavemente, sus ojos brillan. “Te quiero”, me dice.

“Yo también te quiero”.

“Dios mío”, dice Leo.

Le miro. “Lo entiendo. No esperabas conseguir el poder tan fácilmente”.

“No, no, no es eso”. Levanta la vista de su teléfono, con los ojos muy abiertos. “Es Fawn. Ha capturado a Dante”.

“¡¿Qué?!”

33

GIANNA

"¡Eso no formaba parte del plan!", sisea Marco a Fawn, agarrándola del brazo mientras nos saluda a la puerta de la vieja panadería a la que ha llevado a Dante.

El edificio está en el corazón de la ciudad, enclavado entre las ruinas de este infierno urbano. Fawn lo calificó como el lugar perfecto para mantenerlo prisionero: a nadie se le ocurriría buscarlo aquí, en medio del caos. Y debo admitir que tenía razón.

"No, eso no formaba parte de *tu* plan", replicó Fawn, liberándose del agarre de Marco con un firme tirón. "Vi una oportunidad y la aproveché, ¿entiendes?".

"¿Qué clase de oportunidad?", interrumpo antes de que Marco vuelva a explotar, arriesgándose a enfadarla tanto que nos quedemos fuera.

Fawn le lanza una mirada venenosa y luego se vuelve hacia mí con un suspiro exasperado. "Cuando estuve en el piso de Emilia, eché un vistazo al ordenador de Dante. No había mucho en él, pero me di cuenta de que tenía activado '*Buscar mi dispositivo*', así que accedí y rastreé su teléfono. Fue pan comido".

"Peligroso", murmura Marco.

"Brillante", interviene Leo, pero es silenciado de inmediato por las miradas fulminantes de Fawn y Marco.

"¿Vamos a pasarnos toda la noche aquí peleando o vamos a enfrentarnos al cabrón?", insta Fawn, cruzando los brazos sobre el pecho. "Porque, por lo que a mí respecta, está bien quedarnos aquí".

Marco murmura para sí y le hace un gesto para que nos guíe al interior. En el viaje en coche, no paraba de decirme que no era seguro para mí estar aquí y que debía volver con Freya, pero yo no podía hacerlo. Necesito saber por qué me mantuvo prisionera durante todos esos años. Me lo debo a mí misma y a mi hija.

Fawn nos conduce a través de la polvorienta panadería abandonada y por un pequeño pasillo hasta la vieja cocina. La habitación está sumida en la oscuridad y el abandono, con un olor estancado a centeno quemado que punza las fosas nasales.

Dante está atado a una silla cerca del viejo horno y, por supuesto, Fawn ha conseguido encender el fuego. Las llamas parpadean, iluminando el rostro hinchado de Dante, marcado por al menos un par de puñetazos certeros.

"Oh, ahí está", exclama Dante en cuanto me ve. "La puta. ¿Y a quién ha traído con ella, eh?".

Mientras Marco avanza, Leo me agarra del brazo y me retiene, escondiéndome con él en la oscuridad. Por mucho que quiera respuestas, Dante sigue siendo el padre de Marco y probablemente tenga mucho que contarle, casi tanto como Fawn, sin duda.

Se me aprieta el corazón al ver cómo los anchos hombros de Marco se contraen de rabia. Da un paso adelante, adentrándose en el parpadeante círculo de luz, y de repente Dante cambia de tono, como si alguien hubiera accionado un interruptor.

"¡Oh, hijo mío! ¡Has venido! Gracias a Dios, gracias a Dios. Por favor, tienes que ayudarme. Esta mujer, esta loca me atacó, mató a mis guardias y me arrastró hasta aquí. No sé qué está pasando, ¡pero gracias a Dios que estás aquí!".

Marco no responde. Se detiene a un paso de su padre, con los brazos cruzados sobre el pecho como un coloso.

"¡No te quedes ahí parado!", grita Dante, retorciéndose contra las cuerdas que lo atan a la silla. "¡Mátala!"

"¿Por qué la vendiste?", pregunta Marco, con voz cortante, mientras una chispa de confusión cruza el rostro de Dante.

"¿Venderla? ¿De qué estás hablando? Ni siquiera la conozco!"

"¿De verdad no la reconoces?". Marco habla con los dientes apretados, en un tono bajo y amenazador. "Mírala bien. Mírala de *verdad*".

"Marco, hijo mío. Lo que te haya dicho es mentira, ¿vale? No puedes quedarte ahí y dejar que una puta de mierda...." Sus palabras se desvanecen en un hilo de sangre cuando Fawn le da un puñetazo despiadado en la cara. Dante tose y gime, balbuceando mientras Fawn retrocede sacudiéndole la mano para aliviar el dolor.

Entonces Leo pasa junto a mí y entra en el campo de visión de Dante.

Observo a Dante mientras mira a Marco, luego a Leo y finalmente a Fawn, que lo mira fijamente con una mirada llena de gélido desprecio. En el momento en que se da cuenta de que está realmente atrapado, su actitud cambia. Se relaja en su silla, como si estuviera en la barra de un bar, y una inquietante sonrisa se dibuja en sus labios manchados de sangre.

"Supongo que no veré a la familia Ricci durante un tiempo", exclama con un gemido bajo. "Era de esperar".

"Hay tantas cosas que quiero preguntarte", dice Marco en un tono bajo lleno de ira contenida. "Pero no sé hasta qué punto voy a poder aguantar la mierda que va a salir de tu boca, así que será mejor que empieces a hablar, y *muy rápido*...".

"¿Así que eso es todo?" Dante se ríe amargamente. "Mi hijo se está aliando a mis espaldas con esos putos Simone, de entre toda la gente".

"Lo sé, a mí también me sorprende", comenta Leo con una sonrisa burlona. "¿No es una locura lo que puede unir a la gente?".

"Os estabais masacrando unos a otros hasta la semana pasada", murmura Dante.

"En realidad, Leo y yo no llevamos guerreando tanto tiempo como crees", replica Marco, desplazando su peso sobre los talones.

Se me aprieta el pecho, como si un enorme peso me aplastara justo encima del esternón. Siento que el aire de la habitación se enrarece y me cuesta respirar. Quiero tocar a Marco. Sentir el calor de su mano para asegurarme de que todo irá bien, porque tengo

miedo. Miedo de que Dante revele algo tan terrible que haga añicos esta frágil alianza. Miedo de que, pase lo que pase aquí, la muerte no acabe nunca.

Aprieto los brazos alrededor de mi cuerpo y me muerdo el labio inferior, observando cómo Fawn vuelve a golpear a Dante. Esta vez lo agarra por el cuello y tira de él con fuerza, luego le agarra un mechón de pelo y le echa la cabeza hacia atrás.

"Tienen más paciencia que yo", gruñe Fawn. "Así que empieza a hablar".

"De acuerdo", exclama Dante, rociando saliva mezclada con sangre hacia Fawn. "¿Qué coño quieres saber, eh?".

"Todo", dice Marco, con un tinte de dolor en la voz. "¿Por qué vendiste a Fawn? ¿Por qué coño te aliaste con los Ricci y los rusos? Qué coño pasaba por tu cabeza?".

"¿A mí?" Dante soltó una carcajada súbita y rasposa. "¿Y tú? A cada paso hacia el poder, escupías sobre las viejas tradiciones y faltaste al respeto a nuestros métodos. Los hábitos que mantuvieron a nuestra familia en la cima durante décadas de repente ya no te valían. E irónicamente, todo es culpa mía. Si tu madre no hubiera muerto, habrías crecido tan sediento de sangre como yo".

Un escalofrío me recorre la espalda mientras Marco habla. "¿Mamá? ¡¿Qué coño tiene que ver ella con todo esto?!".

"¡Porque tú", grita Dante señalando a Leonardo, "deberías haberte casado con Emilia! Nuestras familias deberían haberse unido con ese matrimonio y nos habríamos vuelto tan poderosos que nunca habría necesitado tratar con los rusos. En cambio, mi mujer tenía algo que decir sobre todo esto, y nunca se detuvo. Estaba tan en contra porque era una tonta que no soportaba separarse de su amada hija".

¿Una unión entre Leonardo y Emilia? Es difícil imaginar un acuerdo así, teniendo en cuenta que las dos familias han estado peleadas desde que tengo uso de razón. Deben haber sido tiempos muy diferentes entonces.

"Pero tu padre, Luca Simone, fue el único acuerdo que aceptaría. Esos eran sus términos, y era un hombre duro. Así que hice lo que tenía que hacer".

Marco soltó un gruñido, como si le hubieran golpeado. "Luca envió a esos asesinos, ¿verdad? ¿Los que entraron en la finca aquel día? ¿Los que mataron a mamá, mancillaron a Emilia y casi me matan a mí?".

"No entraron en la finca", dice Dante en tono gélido. "Yo les dejé entrar. Y entonces se descontrolaron, y cuando acabaron con Emilia, ya no había nada que tratar. Apenas quedaba nada de ella".

El puño de Marco chasquea como un rayo y golpea a su padre en la cabeza con un sonido sordo y agudo. La fuerza del golpe derriba la silla, y Dante cae hacia atrás, aterrizando sobre sus muñecas atadas con un grito de dolor.

"¿Golpear a un anciano?", jadea Dante desde el suelo. "Tal vez estés más sediento de sangre de lo que pensaba.

"¡¿Cómo has podido?!", ruge Marco, agarrando a Dante por el cuello y arrastrándolo de nuevo hacia arriba. "¿Cómo has dejado que le pase esto a tu mujer? ¡¿A tu hija?!"

"Las cosas se descontrolaron un poco, lo admito", tose Dante. "Me di cuenta de que tu devoción por tu hermana te hacía fácil de controlar, pero Luca seguía viéndote como un obstáculo. Así que te envió a *ti*". Mira a Fawn como si fuera lo más repulsivo que ha visto en su vida. "¿Te dijo que la enviaron a matarte?".

"Sí", gruñe Marco, dejándole ir con un gesto de disgusto. "Me lo contó todo".

Mi corazón martillea dolorosamente mientras la cara de Dante se contorsiona. Parece saber que todo ha terminado para él por completo, y ahora sólo busca sembrar la discordia y dejar dolor como último acto de venganza.

"Esa perra estúpida se enamoró, y Luca no pudo soportar la decepción. Fue él quien la vendió, no yo. ¿Lo entiendes?" Se queda mirando a Fawn con una mirada llena de odio. "Fue tu padre. Sólo tuve el placer de borrar esa sonrisa de mi cara follándote".

Cuando Fawn se lanza sobre él con un grito, nadie se mueve para detenerla. Le asalta con una furia de puñetazos, arañazos y gritos mientras él sigue burlándose de ella. Marco la deja hacer, mientras Leo se inclina de repente hacia delante, como si se le hubiera cortado la respiración.

"¿Papá?", dice débilmente. "Eso no es posible porque él...". Se detiene y se endereza de repente, luego se vuelve hacia Dante.

"A eso se refería".

"¿Qué?" Marco apenas levanta la vista hacia Leonardo.

"¿Recuerdas que te dije que le oí hablar en su lecho de muerte sobre tu familia y tu hermana? Hablaba de Fawn, no de Emilia. Todos esos años, él sabía que ella estaba viva y por ahí, porque él mismo la había puesto en esa situación."

"Lo siento", dice Marco con voz tensa.

"Si no estuviera muerto ya, lo mataría yo mismo", gruñe Leo, acercándose para arrastrar a Fawn lejos de Dante.

Dante queda reducido a un montón de carne sangrante y jadeante. Tiene la camisa rota y le gotea sangre del labio inferior. Tiene un ojo hinchado y la cabeza le da vueltas.

"¿Ves?", murmura. "Ninguna familia es perfecta, pero al menos yo nunca he vendido a mis hijos".

"Pero lo intentaste, ¿no? Hablabas de regalar a Emilia antes de que fuera demasiado tarde". Marco empieza a pasearse de un lado a otro delante de su padre. "Nunca te pregunté con quién querías casarla, porque nunca te lo habría permitido. Pero fueron los Ricci, ¿verdad?".

Dante se ríe, un sonido ronco que parece el de un ahogado.

"Entonces, ¿por qué yo?" Doy un paso adelante, con el corazón martilleándome furiosamente en el pecho. Cada paso parece hundirme en un pantano, tanto que me tiemblan las piernas. "Ocultaste que estaba viva. Ocultaste que tenía una hija. Me mantuviste cautiva bajo el pretexto de protegerme. ¿Por qué?"

Dante levanta la cabeza y cuando nuestros ojos se encuentran, el vaivén de su cabeza se detiene. "Tú", murmura Dante. "Eras una molestia imposible. Un peón que no vi venir, y la verdad es que sólo te quería muerta. Pero entonces vi a esa niña. Y lo supe. En los huesos, supe quién era el padre. Eran los ojos, ¿sabes? Miré a esa bebé y vi los ojos de Marco".

Un escalofrío me recorre y me aprieto el codo con la otra mano para intentar sofocar la sensación que me sube por la piel.

"Pero yo no podría criar a una niña". Se ríe encantado con la idea. "Volar el piso franco debería haber resuelto dos problemas, pero Marco sobrevivió, y con eso, de repente encontraste un propósito. Podrías haberla criado hasta que llegara el momento adecuado".

"¿El momento adecuado para qué?", preguntó Marco bruscamente.

"Leo y tú os habríais matado el uno al otro, y entonces yo me habría casado con Gianna, haciendo legítima a nuestra hija. Luego habría entregado a Freya en matrimonio a los Ricci, dejando que nos absorbieran. El poder habría sido mío y..."

No puede terminar la frase. Marco arremete contra él, y nadie puede detenerlo. La furia que desata es algo nunca visto, y refleja la tormenta que invade mi mente.

Si Marco hubiera muerto en aquella explosión hace cinco años, ¿me habría matado Dante y se habría llevado a mi hija? Pero como eso no ocurrió, me encerró para criar a Freya, esperando a que Marco y Leo se eliminaran mutuamente.

Cuando miró a mi hija, sólo vio una herramienta para ser utilizada.

Me siento enferma. Mi estómago se contrae en dolorosos círculos mientras mi mente se inunda de horror ante el futuro que me esperaba, un futuro del que no tenía ni idea.

Y mientras veo a Marco masacrar a su padre con sus propias manos, capto un destello de satisfacción en la mirada de Dante.

"Marco, para", le digo, avanzando rápidamente. Pero no me oye, está cegado por la rabia. Cuando levanta el brazo una vez más para golpear, lo bloqueo agarrándolo. Se queda inmóvil y me mira, con tal dolor en los ojos que se me parte el corazón.

"No lo hagas", le digo en voz baja, mientras los ojos se me llenan de lágrimas. "Él no merece la pena".

"Pero él..."

"Lo sé, pero es lo que quiere. Mírale. Quiere que pierdas el control, que cedas, negándole a la única persona que realmente merece acabar con su vida la oportunidad de vengarse."

Marco jadea, su pecho sube y baja furiosamente. Luego nos miramos el uno al otro, y juntos dirigimos la mirada hacia Fawn, que mira a Dante con frío desprecio.

¿Qué te pasa? ¿No tienes huevos de acabar de una vez?", gorjea Dante, con la mandíbula destrozada.

"No", asiente Marco con la nariz, dando un paso atrás mientras le tiemblan los hombros. "No es mi turno".

Tras unos silencios cargados de significado, Marco, Leo y yo dejamos a Fawn a solas con Dante. Salimos de la panadería y aparcamos el coche, dando a Fawn el tiempo que necesita para silenciar, de una vez por todas, al hombre que tanto dolor le ha infligido.

Mientras esperamos, intento limpiar a Marco lo mejor que puedo, quitándole la sangre y curándole los nudillos heridos.

Permanecemos en silencio hasta que Fawn se une a nosotros, una media hora más tarde. Está callada, pero hay algo en ella que parece más ligero. Se detiene junto a nosotros y mira a Marco. "Siento haber pasado tanto tiempo intentando matarte".

Marco esboza una sonrisa amarga. "Siento que mi familia te destruyera así".

"La nuestra también", añade Leo, en tono apesadumbrado. "Nuestro padre... Fawn, no puedo disculparme lo suficiente".

Fawn se encoge de hombros y deja escapar un largo suspiro. "Van a hacer falta años de terapia para arreglar esto".

Leo da un paso hacia ella, con expresión insegura pero esperanzada. "¿Vendrás a casa?"

La vacilación en los ojos de Fawn es palpable. "Tal vez", murmura ella, bajando la mirada. "Necesito pensarlo. Necesito tiempo para aclararme".

Leo asiente lentamente, respetando su espacio. Cuando le tiende la mano para abrazarla, Fawn le deja, aunque permanece rígida un momento antes de soltarse un poco.

Mientras tanto, me vuelvo hacia Marco y levanto una mano para acariciarle la cara. "Vamos a casa", le susurro, con los ojos clavados en los suyos. "Deja que te cuide".

Una sombra de tristeza cruza la mirada de Marco, pero luego asiente, cansado pero decidido. “Sí”, dice en voz baja. “Vamos a casa”.

34

MARCO

En plena juventud, nunca había imaginado renunciar a mi papel de cabeza de la familia Barrone. Durante años había trabajado duro para llevarla al nivel que siempre había soñado, sobre todo teniendo en cuenta el caos en que la había dejado mi padre. Era mi orgullo, mi proyecto más ambicioso y lo único que realmente sentía que había construido con éxito.

Dos semanas después de la muerte de mi padre, firmé los documentos de unión de las familias Barrone y Simone, renunciando oficialmente al poder. La noticia conmocionó a todo el mundo, alimentando habladurías e historias fantasiosas sobre lo que Leo podría haber tenido sobre mí para obligarme a dar un paso atrás. La verdad, sin embargo, era mucho más sencilla: era la decisión correcta.

Anton y Ben, mis dos más fieles aliados, aceptaron la fusión sin vacilar. "Nos da igual dónde estés", me habían dicho, "eres perfectamente capaz de meterte en líos en cualquier parte, y nosotros estaremos ahí para sacarte de ellos". No podía discutir contra esa lógica.

Tras la fusión, Leo y yo trabajamos mano a mano con Fawn para eliminar a los últimos miembros de la familia Ricci. Enviamos un mensaje claro e inequívoco: no había lugar para el tráfico de

personas en esta ciudad, y cualquiera que lo intentara se enfrentaría a nuestra ira. Los rusos también hicieron algunas amenazas veladas después de que hubiéramos desmantelado sus operaciones clandestinas, pero estaban demasiado distantes y asustados para pasar a la acción.

Fawn volvió a casa. Una noche, aproximadamente un mes después de que la ciudad hubiera empezado a calmarse, se presentó en la puerta de Leo diciendo que estaba lista para reconstruir. Con Tara y Cherry a su lado, se había convertido en una fuerza imposible de ignorar, y Leo no podía estar más feliz de tener a su hermana de vuelta. Para él fue como recomponer los pedazos de una familia destrozada.

Para mí fue lo mismo. Emilia, mi hermana, estaba al borde del abismo cuando murió mi padre. Temía que la noticia la destruyera por completo, pero, irónicamente, ella misma lo descubrió a través de las noticias. De algún modo, la revelación la fortaleció.

En poco tiempo, Emilia empezó a recuperarse. Seguía siendo frágil, pero había decidido vivir.

Con la ciudad finalmente en paz y una nueva alianza para gobernarla, pude centrar toda mi atención en las dos personas que más significaban para mí: Gianna y Freya.

"Si llegamos tarde, Emilia nos matará", rió Gianna, llevando una mano a la venda que le até cuidadosamente sobre los ojos antes de guiarla hacia el campo.

"Ah, no toques", le advierto suavemente, tomando su mano y entrelazando mis dedos con los suyos. "Te prometo que valdrá la pena. Y no llegaremos tarde".

"Siempre llegamos tarde".

"Así tendrás unas horas más para jugar con tu nieta. No creo que tardemos mucho".

Gianna murmura para sí mientras me sigue por el camino de grava que serpentea ante nosotros, aferrándose a mí cada vez que sus tacones la desequilibran en el suelo irregular. "¿Puedes darme alguna pista sobre esta sorpresa?".

"No", le contesto, apretándole ligeramente la mano con una sonrisa de satisfacción. "Pero sé que te gustará".

"¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?", replica. "A lo mejor mis gustos han cambiado drásticamente de la noche a la mañana y una pizca podría devolverme al buen camino".

Me detengo al pie de una escalera de piedra lisa y le acaricio la cara con una mano. "Eres muy lista", digo, acercándome hasta rozar sus labios con los míos. Ella ladea la cabeza, esperando un beso, pero me contengo con una sonrisa. "Pero yo lo soy más".

"¿Ah, sí?" Gianna se echa a reír. "Entonces qué... ¡Dios mío!".

Le quito la venda de los ojos mientras habla y su tono de reproche se desvanece, convirtiéndose en puro asombro al contemplar la gigantesca casa que tenemos delante. Es un edificio antiguo, con ventanas de estilo victoriano y pilares de piedra que enmarcan una hermosa puerta principal de roble. A nuestro alrededor hay un gran jardín, lleno de árboles, flores y todo tipo de actividades infantiles que pude encontrar mientras lo ordenaba todo.

"¿Qué es esto?", pregunta Gianna sin aliento, poniendo un pie en el primer escalón.

"¿Esto?", respondo con indiferencia, viendo cómo se le ilumina la cara de alegría. "Este es nuestro nuevo hogar. O al menos puede serlo si te gusta. Está a las afueras de la ciudad, lo suficientemente lejos de los recuerdos de ese lugar, pero lo suficientemente cerca para llegar a cualquier escuela que elijas para Freya. La civilización está a tiro de piedra, justo al otro lado de la colina. Después de nuestra boda, este puede ser nuestro nuevo hogar".

Gianna me mira con sus ojos grandes y brillantes, luego se lanza sobre mí y me besa con fuerza. "¡Es precioso!"

"¿Quieres verlo por dentro?", me río, abrazándola.

Pasamos la siguiente hora explorando todas las habitaciones de la nueva casa y Gianna da rienda suelta a sus ideas. Es la primera casa que realmente puede considerar suya, y es maravilloso verla señalar las habitaciones que puede utilizar como despachos o salas de juegos, pronunciar discursos emocionados sobre la decoración e incluso reservar algunas habitaciones para Tara y Fawn.

Aunque Cherry y Tara se llevan bien bajo la tutela de Fawn, Gianna aún conserva algunos malos recuerdos, y no voy a obligarla a superarlos. *Lo hará cuando esté preparada.*

Nuestra visita termina en el dormitorio principal, donde una gran cama con dosel ocupa la mayor parte del espacio. Es el único mueble y Gianna se echa a reír en cuanto lo ve.

¿En serio? Todo el edificio está vacío, ¿pero hay una cama?".

"Creo que es un resto de los antiguos propietarios", le respondo con una sonrisa. "Créeme, la nuestra será mucho mejor que ésta".

"Ah, ¿entonces ésta va?" Se me echa encima y se tira sobre el colchón, pero enseguida gime como si se hubiera hecho daño. "Vale, ay. Es muy duro. Demasiado duro".

Verla disfrutar así durante toda esta visita me llena el corazón y no puedo evitar echarme a correr hacia ella. Me subo a la cama y me coloco sobre ella con una sonrisa traviesa. "¿Sabes qué más es duro?".

"Oh, Dios", se ríe Gianna, intentando apartarme de sus hombros, pero sin poner realmente ninguna fuerza en ello. "A ti te excita también el viento, te lo juro".

"Si eres tú la que sopla, claro que me excita".

Nos besamos, y mi corazón se llena de un calor que se extiende hasta la punta de mis dedos. Estoy enamorado. Soy feliz. No necesito nada más en el mundo. Los suaves besos pronto se vuelven más intensos, y al poco tiempo la ropa de Gianna acaba en el suelo mientras trazo un tentador camino sobre su cuerpo con mis mordiscos. Se aferra a mis hombros, me tira del pelo y rodea mis caderas con las piernas con tanta fuerza que casi me dan ganas de soltarme.

Pero aún no. Quiero ser yo quien se la folle en nuestro nuevo hogar.

Los gemidos de Gianna llenan la habitación, amplificados por el vacío, y entre suspiros suelta una carcajada cuando le beso las costillas, me dedico con cuidado a sus pechos y luego la penetro con toda mi lujuria. Ella grita y me clava líneas de fuego en la espalda con las uñas. Empiezo a follarla, y lo hago con fuerza. Gianna se aferra a mí como si su vida dependiera de ello y hunde sus talones en mi espalda baja, su señal inequívoca de que no debo parar. No tengo intención de hacerlo, y me la follo tan fuerte como puedo en una cama que seguramente nunca ha visto sexo tan intenso.

Nos corremos juntos, mezclando nuestros gemidos entre besos frenéticos, y Gianna murmura una excusa por los arañazos que me ha dejado. Una excusa que descarto rápidamente con un gesto de la mano mientras me giro hacia un lado, aceptando el ardor de las sábanas contra mis heridas.

"Quiero ser tuyo", jadeo, cogiendo su mano y llevando sus nudillos a mis labios con una suavidad que contrarresta el ardor de las sábanas en mi espalda. "Siempre".

Gianna ríe suavemente, con la respiración entrecortada. "Entonces, ¿es un buen momento para decirte que la otra habitación, justo enfrente de esta, sería perfecta como cuarto de los niños?".

Me giro lentamente hacia ella, con la cabeza todavía nublada por el placer post-orgásmico. "¿Una habitación infantil?"

Ella asiente rápidamente, mordiéndose el labio inferior. Mi cerebro se esfuerza por descifrar el significado de su frase.

¿Una habitación pequeña? ¿Para un bebé?

Me sobresalto, el corazón se me acelera ante lo impensable. "Gianna, ¿estás diciendo que...?".

"Estoy embarazada", susurra, sus mejillas se tiñen de un rojo intenso. "¿Estás bien?"

"¡Gianna, es increíble!", exclamo, lanzándome sobre ella y empujándola suavemente hacia la cama. La colmo de besos, uno tras otro, antes de pasar a su abdomen, donde apoyo los labios con toda la devoción que puedo reunir. "¿Nuestro bebé?

Mis ojos arden con lágrimas inesperadas mientras una oleada de emoción me invade. He perdido tanto con Freya. Aunque la quiero más que a mi propia vida, echo de menos esos momentos que podría haber vivido en sus primeros años. ¿Pero ahora? Ahora tengo una segunda oportunidad. Sigo besando su vientre, con el corazón henchido de una felicidad que no puedo contener.

Entonces, un pensamiento repentino me detiene. "Espera, ¿y la boda? ¿Quieres posponerla hasta después del parto?".

"Joder, no", exclama Gianna, agarrándome de la barbilla y tirando de mí hacia arriba para darme otro beso que me deja sin aliento. "De ninguna manera voy a esperar más".

35

GIANNA

"¿Estás nerviosa?"

Es una pregunta sencilla, pero quizá la más difícil de responder ahora mismo. Estoy de pie, envuelta en un elegante vestido de novia que es mil veces más hermoso que el que llevé hace años.

La tela marfil se desliza sobre mi cuerpo como la seda, abrazando con gracia mi barriguita de cinco meses. Delicadas rosas de encaje se entrelazan a lo largo de la tela, brillando a la luz con una belleza casi etérea. Con un escote pronunciado delante y una espalda igualmente abierta, me siento increíblemente guapa y femenina.

Y eso es un pequeño milagro, teniendo en cuenta que este embarazo ha estado marcado por unas náuseas matutinas devastadoras y mil molestias más. En comparación, esperar a Freya había sido un sueño, mientras que este bebé parece decidido a ponerme a prueba de todas las maneras posibles. Me paso una mano por la barriga mientras Cherry se acerca al espejo para arreglar los últimos detalles: pequeños capullos de rosa blanca decorando mis rizos perfectamente peinados.

Tara, que está concentrada en arreglar la cremallera del vestido de Freya, me mira y repite la pregunta: "¿Estás nerviosa?".

"Creo que sí", admito, acariciando distraídamente mi barriguita. "Pero no por la boda. Estoy más nerviosa por la posibilidad de que ocurra algo fuera de control. ¿Sabes cómo es esto? Hasta ahora todo ha ido bien: la casa, los preparativos de la boda... así que siento que estoy esperando algún tipo de contragolpe de la realidad."

Tara se levanta, después de haberle entregado a Freya su cesta de pétalos de rosa, y toma mis manos entre las suyas. "Gianna, no va a pasar nada. Te lo prometo. Leonardo ha reforzado la seguridad del hotel, Fawn se encargará de cualquiera que te mire mal y todos estamos aquí para ayudarte. Tendrás el día maravilloso que te mereces, será perfecto. Te lo prometo".

Sus palabras hacen que me brillen los ojos de lágrimas, y asiento con la cabeza mientras aprieto sus manos. "Entonces, ¿por qué sigo sintiéndome tan nerviosa?".

"Porque te vas a casar", dice Cherry mientras me acomoda los rizos con sus largos dedos. "Y es algo aterrador, la verdad".

Agarro sus dos manos y las aprieto con fuerza. "Gracias, de verdad, por estar aquí. Es que... cuando pienso en caminar hacia Marco, me siento increíblemente tranquila. Pero cuando pienso en todo lo demás, empiezo a...". Pongo los ojos en blanco y me soplo los suaves rizos que enmarcan mi frente.

"Concéntrate en Marco", me aconseja Tara. "Lo harás muy bien".

La puerta que tenemos detrás se abre y entra Fawn, con un vestido verde esmeralda y un ramo de rosas azules. Se acerca bruscamente, saludando a Tara y Cherry mientras escoltan a Freya fuera de la habitación.

"Toma", dice Fawn, entregándome las flores. "Tu algo azul. Y esto..." Añade una pequeña horquilla de plata y me la pone en las manos. "Tu algo prestado".

"Gracias", murmuro, abriendo mucho los ojos para contener las lágrimas. "Todo es verdad. Todo es verdad".

"Sí". Fawn sonríe. En los últimos meses, ha salido de su caparazón. Sigue siendo una asesina, claro, pero ahora sonríe más, lo que a veces puede ser igual de inquietante. "Cinco minutos y estaremos listos."

"¿Puedo tener un momento a solas?" Pregunto mientras Fawn retrocede. "Necesito ordenar mis pensamientos".

Fawn me aprieta el hombro desnudo, el tacto firme y tranquilizador. "Tómate todo el tiempo que necesites". Con estas palabras, sale de la habitación y me deja sola.

Me vuelvo hacia el espejo y me miro fijamente. Es una batalla contener las lágrimas para no estropear el maquillaje meticulosamente aplicado, así que intento concentrarme en el tejido brillante de mi vestido. Giro lentamente de un lado a otro, intentando convencerme.

Puedo hacerlo. Quiero lograrlo.

Sin embargo, no puedo ignorar ese miedo que se arrastra silenciosamente en mi interior. Miedo a lo que pasará después. Nada en mi vida ha sido tan perfecto, y eso significa que no durará... ¿verdad?

La puerta se abre lentamente, con un suave crujido, y me giro esperando ver a Fawn. Pero en su lugar aparece Marco, y mis manos vuelan hacia mi vestido.

"¡Marco! No deberías verme".

"Oh, por favor", se ríe, su sonrisa familiar hace que me derrita. "Desde luego, no somos tradicionales. Lo siento, estaba tan emocionado que no pude esperar. Dios mío, Gianna".

Se acerca y su rostro se ilumina de puro asombro. "Eres increíble".

"¿En serio?" Giro sobre mí misma con una carcajada y le cojo la mano. "Yo creo que soy guapa, pero tú...". Silbo suavemente, dejando que mi mirada se pasee por su impecable traje gris, emparejado con una camisa azul y una rosa que hace eco de la mía. "Eres encantador".

"Sólo para ti", sonríe Marco, pero entonces su rostro se ondula de preocupación. "Estás temblando".

"Estoy emocionada", respondo en voz baja. "Y nerviosa".

"¿Por la ceremonia?"

"No, por lo que va a pasar después. Todo parece demasiado bueno para ser verdad, ¿sabes?". Inspiro más profundamente,

intentando calmarme. “Pero es una boda, y es normal estar nerviosos, ¿no?”.

“Sí”, murmura Marco, inclinándose para darme un suave beso en los labios. “Pero sé cómo superar los nervios”.

“¿En serio?”, bromeo. “¿Implica el riesgo de arruinar mi maquillaje? Porque Cherry podría matarte por eso”.

“No”, Marco sonríe diabólicamente. “Tengo una idea mucho mejor”.

“Marco, ¿qué estás...?”

Antes de que pueda detenerlo, mi novio se arrodilla frente a mí y mete la mano bajo mi vestido. Sus manos agarran suavemente mis caderas, empujándome contra la pared. Mi corazón se acelera de inmediato al verme atrapada entre el espejo y la pared. Marco no pierde el tiempo: levanta una de mis piernas por encima de su hombro, dejándome completamente a su merced.

“Marco”, gimo, intentando inútilmente verle la cara a través de la tela de seda. Pero nos separa demasiada tela. Lo único que puedo hacer es reclinar la cabeza contra la pared y gemir cuando siento la cálida presión de su boca contra el tejido húmedo de mis bragas.

Sus manos me acarician los muslos con una lentitud exasperante mientras utiliza los dientes para apartar la tela ya húmeda. Entonces su lengua me golpea, hundiéndose con firmeza entre mis pliegues con una precisión que me hace vibrar de placer.

Tiene razón. Es una distracción condenadamente eficaz.

En cuanto Marco hunde su lengua en mi coño, todas las ansiedades desaparecen, sustituidas por un calor envolvente que me hace estremecer de pies a cabeza. Cada movimiento de su lengua explora cada centímetro de mis labios, alternando presiones suaves con pasadas más decididas, desde el vértice de mi clítoris hasta mi entrada palpitante.

Me aferro a la pared con una mano, mientras la otra se hunde en el encaje de mi vestido, deseando desesperadamente tener algo a lo que agarrarme. Pero la tela es demasiado fina para darme estabilidad, y no puedo hacer otra cosa que rendirme al creciente placer que me proporciona Marco.

Un profundo gemido vibra desde su garganta directamente contra mi clítoris, provocando una repentina oleada de placer que se extiende como un reguero de pólvora por mi vientre. Un susurro de placer se escapa de mis labios, mordiéndome suavemente el labio para reprimir un grito más fuerte. Me doy cuenta, distraída, de que tendré que volver a pintarme los labios, pero ahora nada importa.

Marco me sujeta firmemente contra la pared, empujándome ligeramente hacia arriba hasta que estoy prácticamente sentada sobre su cara. Este nuevo ángulo le permite introducir su lengua aún más profundamente en mí, explorando con una maestría que me hace perder la cabeza. Aunque mis muslos se contraen por el creciente placer, estoy completamente en sus manos. Mi barriga de cinco meses me desequilibra y me impide moverme para recibir sus caricias, pero no me hace falta. Marco es fuerte y confío plenamente en su firme agarre.

Por fin cierro los ojos y me dejo llevar por el placer mientras me invade una oleada de calor. Escalofríos recorren mis brazos, mi vientre se tensa y las sensaciones son cada vez más intensas. Cada vez que su lengua sale, su tacto se detiene en mi clítoris con tortuosa lentitud antes de volver a deslizarse hacia dentro, y estoy a punto de implosionar.

Entonces, con la fuerza de un tren a toda velocidad, el orgasmo estalla en mí. El nudo de tensión que se ha formado en mi vientre se deshace en una explosión de placer que me abruma, dejándome temblorosa y sin aliento. Un grito ahogado sale detrás de mis dedos mientras mi cuerpo se retuerce y se rinde al placer. Marco no se detiene, sigue deleitándome con su lengua hasta que estoy completamente exhausta y blanda entre sus manos.

Sólo entonces se aparta, con un movimiento lento y cuidadoso, ajustando la tela húmeda de mis bragas y levantándose de nuevo para mirarme con su habitual sonrisa burlona.

"¿Te encuentras mejor?", me pregunta, acariciándome la cara ligeramente sudorosa con la mano.

Asiento en silencio, disfrutando de su caricia. "¿Harás esto cada vez que esté nerviosa?".

"Si hace falta, sí", responde con una sonrisa traviesa, luego me besa la punta de la nariz antes de inclinarse para depositar un suave beso en mi barriguita. "Te espero en el altar. Te quiero".

Me guiña un ojo y se aleja, dejándome apoyada contra la pared mientras intento recuperar el aliento. Su táctica ha funcionado: *me siento ligera, sin pensamientos negativos, llena únicamente del profundo amor que siento por él.*

Me acomodo frente al espejo y me tomo un momento para retocarme el maquillaje recién estropeado, volviendo a pintarme los labios mientras suena una conocida marcha nupcial.

Ha llegado el momento.

36

MARCO

Me caso.

No es una broma, ni una farsa. Es de verdad.

Con la dulzura de Gianna aún en los labios, me dirijo al hall principal del hotel, donde Anton me espera al final del pasillo, junto a Ben. Ambos parecen ligeramente preocupados hasta que me ven, y todo rastro de duda desaparece de sus rostros.

"Por un momento me preocupé, jefe", susurra Anton, cogiéndome por las solapas de la chaqueta y empezando a ajustarme la corbata.

"¿De verdad creías que me iba a escapar?".

"No", interviene Ben. "Pero temía que alguien hubiera burlado la seguridad de Leonardo y te hubiera llevado".

"Eso habría sido impresionante", respondo con una sonrisa, inclinando ligeramente la barbilla para permitir que Anton ajuste el nudo de mi corbata. "Leo ha blindado este lugar como una fortaleza".

Y yo no podría estar más agradecido. Cuesta creer que el hombre que una vez fue mi enemigo acérrimo sea ahora la persona en la que confío para mantener a salvo el día de mi boda, lejos de miradas indiscretas y viejos rencores.

Leo está sentado en primera fila junto a un iPad que muestra el rostro de Emilia. En cuanto encuentro su mirada, ella me sonríe orgullosa. Yo había insistido en que no participara por su salud, pero gracias a la tecnología está aquí con nosotros.

Fue Emilia, con su entusiasmo, quien eligió este hermoso hotel. Gianna incluso habría aceptado casarse en la habitación de Emilia si se lo hubiera pedido, pero fue su hermana quien quiso regalarnos este día tan especial.

Empieza la música y el corazón me salta a la garganta, latiendo como un tambor bajo el cuello de la camisa. He visto a Gianna hace apenas diez minutos y, sin embargo, estoy nervioso, como si algo hubiera cambiado en ese corto espacio de tiempo.

Miro a la gente que hemos invitado: todos estrictamente elegidos entre aquellos en los que confiamos. Algunos de mis hombres, otros de Leo que ayudaron con las víctimas encontradas en el puerto, y el jefe en funciones de la familia Barrone. Todos cuidadosamente seleccionados para presenciar esta unión.

La música se intensifica, y Tara aparece con un vestido rosa, llevando a Freya de la mano. Cada pocos pasos, Freya esparce pétalos de la cesta que cuelga de su brazo, y una oleada de emoción me invade. Mi hija.

Estos últimos meses con ella han sido increíbles, conociéndola en cada pequeño detalle. Gianna ha hecho un trabajo increíble criándola en esas terribles circunstancias, y ahora, con un hermanito o hermanita en camino, Freya por fin ha dejado de sentirse sola.

"¡Papi!", grita Freya en cuanto me ve, provocando las risas de los invitados. Agita un puño lleno de pétalos y Tara le sonríe dulcemente, guiándola hacia el lado reservado a la novia.

Cherry y Fawn la siguen poco después. Cherry lleva el mismo rosa que Tara, mientras que Fawn luce un elegante vestido verde. Gianna le pidió a Fawn que fuera su dama de honor como muestra de gratitud por todo lo que ha hecho para protegerla, y la elección fue más que acertada.

Quizá sea la primera vez que veo una sonrisa real y genuina en el rostro de Fawn.

Ella y los demás se acomodan en el lado opuesto del pasillo, dejando espacio para que entre Gianna. Y ahí está. Aparece y su aspecto es el de una visión surrealista sacada directamente de un sueño.

Lleva un velo resplandeciente que envuelve delicadamente su rostro, adornado con pétalos luminosos que bailan bajo la luz a cada paso. No hay nadie que la acompañe; Gianna ha insistido en caminar sola, y lo hace con un orgullo que me deja sin aliento.

Cada centímetro de ella es pura perfección. La tela de su vestido, suave y ligera como la seda líquida, realza con elegancia sus formas y la dulce hinchazón de nuestro bebé. Es etérea y concreta al mismo tiempo, un concentrado de gracia y fuerza.

Las lágrimas me escuecen en los ojos y no puedo evitar que mi mano apriete la otra en mi muñeca. Tengo un nudo en la garganta, un maremoto de emociones a punto de desbordarme. Quiero reír, llorar, gritar mi amor al mundo entero. Quiero que todos sepan quién soy y por qué Gianna es la esencia de mi vida.

Cuando por fin se detiene frente a mí, a través de la fina trama del velo vislumbro el brillo juguetón de sus ojos, esa misma luz que siempre me ha cautivado.

"Hola", susurra con una sonrisa, mientras el oficiante comienza su discurso.

"Hola", le respondo, apenas un susurro.

"¿Estás nervioso?", me pregunta en voz baja, casi temiendo romper el hechizo.

Hay algo en su presencia que disuelve cualquier rastro de ansiedad. Sacudo la cabeza lentamente, con una sonrisa que no puedo contener. "¿Qué dices tú?", respondo.

Ella asiente, y sus dedos encuentran los míos. Aprieto su mano entre las mías con toda la delicadeza de que soy capaz. El oficiante nos guía con palabras mesuradas y conmovedoras, contando nuestra historia, ajustándola aquí y allá para hacerla mejor, y subrayando la importancia del vínculo que estamos a punto de formalizar.

Luego llega el momento de los votos. Gianna insistió en que cada uno escribiera los suyos.

Empiezo yo.

"Gianna. Cuando te conocí, yo era una persona muy testaruda. Tenía una visión, una meta, y creía saber exactamente cómo sería mi vida. Planeaba cada detalle, convencido de que lo tenía todo bajo control. Sentía que el mundo estaba hecho para mí. Y entonces, de repente, llegaste tú a mi vida. Los negocios se entrelazaron con el placer y, antes de que me diera cuenta, todo ese control que creía tener resultó ser sólo una ilusión, porque lo estabas desmontando todo. Y estoy muy agradecido de que lo hicieras. De repente, sólo podía pensar en ti. En cómo hacerte feliz, en cómo hacerte sonreír de esa forma que hace brillar tus ojos. Me enamoré de ti tan rápido que, cuando me di cuenta, la vida ya nos había separado. Pero sabía que estábamos destinados a estar juntos, porque ninguna parte de mí estaba dispuesta a dejarte marchar, ni siquiera en la muerte, y desde luego no tengo intención de hacerlo ni siquiera en vida. Me has dado una hija maravillosa y pronto me darás otro precioso regalo, y no puedo expresar con palabras cómo me has guiado hacia un camino más brillante en la vida. Que sepas que te quiero desde lo más profundo de mi corazón y que, a partir de ahora, haré todo lo que esté en mi mano para que seas amada, protegida y cuidada hasta el final de nuestros días. Días que pasaremos juntos".

Cuando termino, las lágrimas corren libremente por mi rostro y ni siquiera intento ocultarlas. No puedo. Es todo demasiado genuino y sincero, pero tenía que hacérselo saber, tengo que hacer saber a todo el mundo lo mucho que la quiero.

"Marco", dice Gianna, y su voz se quiebra mientras intenta controlar sus emociones. "Cuando me encontraste, era una ladrona sin dinero. Era gracioso, en cierto modo, porque solo intentaba robar a quien se lo merecía y, madre mía, cuando te vi, parecías alguien que se lo merecía..."

Un leve murmullo de risa se extendió entre los presentes.

"Pero entonces, de alguna manera, me alejaste de aquella vida y me pusiste en un mundo en el que estaba segura de que sólo tendría que actuar. En lugar de eso, me enamoré de ti. Lo que fingía que era real se convirtió en algo que deseaba con todo mi ser. Y entonces estaba esperando una hija tuya y, de repente, fui capaz de encontrar una nueva fuerza para proteger lo que era mío, aunque tú

no estuvieras. No tuvimos el comienzo más fácil, y hubo tantas cosas que creo que ni yo misma me reconocería en comparación con quien era hace años. Pero hay una constante de la que estoy segura, y es que mi amor por ti nunca ha flaqueado. Ha sido la fuente de mi tormento cuando otros me decían cosas diferentes, pero también la fuente de mi fuerza para reconstruir esta familia. Porque me diste lo que pensé que nunca podría tener: un hogar, una familia, un futuro. Así que gracias desde el fondo de mi corazón. Te quiero".

Cuando Gianna termina, su voz vacila y un temblor constante acompaña su respiración mientras intenta contener las lágrimas. El oficiante nos invita suavemente a intercambiar los anillos. Lo hacemos con la mayor elegancia posible, a pesar de que nuestras manos tiemblan de emoción, y entonces él pronuncia las palabras que finalmente rompen todas las barreras.

"Os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia".

No dudo ni un segundo. Levanto a Gianna en brazos y retiro el velo, revelando su hermoso rostro. Tiene el rímel un poco corrido, pero sus ojos brillan con una luz que me deja sin aliento. Riendo, me rodea el cuello y los hombros con los brazos, apretándome con fuerza.

"Hola", susurra, con una sonrisa radiante.

"Hola", respondo, antes de besarla.

A nuestro alrededor, los invitados se ponen en pie con una explosión de aplausos y gritos de alegría, pero para mí todo pasa a un segundo plano. Solo existo ella y la abrumadora oleada de amor que surge en mi interior como fuegos artificiales.

Abrazo a Gianna con toda la delicadeza que puedo, la beso una y otra vez mientras ella se aferra a mí con el mismo fervor.

Esto es la verdadera felicidad.

"Te quiero", le digo sin dejar de mirarla.



"¡Estás casado!", exclama Emilia, unas horas más tarde, con una sonrisa radiante. Por un milagro, llegó a la fiesta de recepción.

Normalmente me habría enfadado con ella por ser tan descuidada con su salud, pero esta noche no me importa, estoy feliz de tenerla aquí.

"¿Estás orgullosa de mí?", le pregunto tendiéndole la mano para que mire el anillo.

"Más que orgullosa". Sus ojos brillan divertidos. "Es casi increíble, si lo piensas. No te imaginaba haciendo algo tan... normal".

"Gracias, hermanita. Pero, ¿cómo estás?"

Me da unas ligeras palmaditas en la cadera, como si la pregunta fuera irrelevante. "Estoy bien. Pero no hablemos de mí esta noche. Más bien, ¿dónde está tu hermosa novia?".

"Está ahí mismo..." Deslizo la mirada entre la multitud que baila hasta que la localizo. Gianna está a unos metros, concentrada en hablar animadamente con Tara. Ha cambiado: ahora lleva un vestido azul, del mismo tono que sus rosas y mi camisa. Le permite moverse con aún más elegancia. "¡Gianna!"

Se da la vuelta inmediatamente, con una mano apoyada en el vientre, y me saluda con la mano. Sus ojos se abren de par en par cuando ve a Emilia. Se despide rápidamente de Tara, que mientras tanto coge a Freya en brazos y la hace girar siguiendo el ritmo de la música, y luego se dirige hacia nosotras.

"¡Emilia! ¡Oh, Dios mío! No puedo creer que estés aquí!", exclama, estrechando sus manos cariñosamente. Se inclina para besarle la mejilla, luego se vuelve hacia mí y entrelaza sus dedos con los míos, como si quisiera unirnos en un abrazo.

"No podía perder la oportunidad de ver a la pareja más feliz del mundo", dice Emilia, iluminando la habitación con una sonrisa. "Además, quería darte algo".

Gianna y yo intercambiamos una mirada incrédula.

"¿Qué?", pregunta ella, curiosa.

Emilia saca un pequeño broche de plata con forma de mariposa. Es idéntico al colgante que siempre llevo en la cartera y a los adornos que Emilia utilizaba en su invernadero.

"Emilia... oh, es precioso", susurra Gianna, rozando suavemente la joya antes de prenderla inmediatamente en su vestido.

“Bienvenida a la familia”, le dice Emilia con una sonrisa que dice más que mil palabras.

Gianna se arroja a sus brazos, estrechándola en un abrazo que parece no terminar nunca. Mi corazón, ya tenso por este día lleno de emociones, se calienta aún más al ver a mi mujer y a mi hermana tan cerca.

“Espera”, dice Gianna, apenas enderezándose. “¿Podemos decírselo?”. Me mira, con los ojos llenos de luz, y nunca podría decirle que no.

“Claro”.

“¿Contarme qué?”, pregunta Emilia, lanzándonos una mirada divertida e intrigada.

“Pues...”, empieza Gianna, con los ojos centelleantes. “Desde que la vieja finca está en ruinas y tú has estado viviendo últimamente en una de nuestras propiedades más aisladas, Marco y yo hemos estado pensando en algo. Queremos que la familia permanezca unida, así que os hemos preparado un espacio en nuestra casa, con todo el equipo médico y el personal que podáis necesitar. Y también estamos construyendo un invernadero, para que puedas volver a cultivar tu huerto cuando te sientas con fuerzas. En realidad, sólo queríamos decírtelo cuando las obras estuvieran terminadas, pero... creo que esta familia ya ha estado bastante separada”. Gianna junta las manos, casi con miedo. “¿Qué opinas?”

“Creo que las dos sabéis lo peligroso que es sobre emocionar a una enferma”, dice Emilia con una sonrisa que apenas oculta sus lágrimas. “No quiero ser una carga en tu nueva vida”.

“En cambio, es precisamente a ti a quien necesitamos”, respondo con calma. “Emilia... toda tu vida has vivido escondida. Quiero que vengas a vivir con nosotros. Quiero que pases el resto de tu vida rodeada de los que te quieren”.

“¿De verdad?”, susurra ella, levantando la mirada hacia mí. Unas lágrimas ruedan por sus mejillas, pero intenta secárselas rápidamente con la mano.

“No te escondas más”, repito, apretando su mano con fuerza. “Te lo prometo”.

Después de conmover a Emilia de la mejor manera posible, cogemos a Freya de la mano y nos movemos entre los invitados. Cherry y Tara bailan juntas, se abrazan y se burlan de nosotras: pronto seremos esos *"padres aburridos"* que siempre se acuestan antes de las diez. Sonrío, pensando que una vida tranquila no me importaría en absoluto.

Fawn y Leo se unen a nosotros, sonrientes. Aunque todavía hay una pequeña tensión entre Leo y yo, me alegro de poder llamarle *'amigo'.* Nos felicitan y él me asegura que, a partir de ahora, las cosas irán bien.

No sé si creerle, pero *la idea me reconforta.*

Cuando Freya empieza a sentirse cansada e irritada, decidimos llevarla al patio. El aire fresco de la noche es suficiente para calmarla; se relaja y en pocos minutos se queda dormida en mis brazos. La acuno suavemente, de un lado a otro, cuando de repente Gianna me agarra la mano con un gesto brusco.

"Marco".

"¿Qué pasa?"

Con una sonrisa radiante, me lleva la mano al vientre. Siento un pequeño movimiento bajo mi palma, y luego otro: ligeros golpecitos que parecen provenir de allí.

"El bebé está dando patadas", exclamo, bajando inmediatamente para poner las dos manos sobre su vientre. Sigo los movimientos suavemente. "¡Oh... mierd...!"

"¡Eh, cuidado con lo que dices!", me replica Gianna riendo. "Nuestra pequeña alubia quiere que la escuchen hoy".

"Hola, pequeña alubia", murmuro suavemente, acariciándole la barriga. "Mamá y yo estamos deseando conocerte".

"Por supuesto", sonríe Gianna, acariciándome suavemente la mejilla. Me pongo en pie, con cuidado de no despertar a Freya, y ella me besa suavemente.

"Le quiero, señor Barrone".

"Yo también la quiero, señora Barrone".

37

GIANNA

Un año después

"¿Cariño?"

Empujo lentamente la puerta de la cocina con el hombro, acunando a Emil en brazos. Marco está junto al microondas, meciendo suavemente a Sanzio mientras espera a que se caliente la leche.

Sí, mi segundo embarazo había resultado ser gemelar, y con dos niños venía un nuevo torbellino de retos que ninguno de nosotros esperaba. Si ya amamantar a Freya había sido difícil, con los gemelos se había vuelto imposible, así que optamos por la leche de fórmula. Por eso ahora nos encontramos así casi todas las noches: alineados frente al microondas esperando a que la leche esté lista para alimentar a nuestros pequeños.

"Hola, amor". Marco me sonríe por encima de la cabecita de Sanzio que descansa sobre su hombro. Luego vuelve a mirar fijamente el microondas, concentrado en esa carrera silenciosa para pararlo antes de que suene *el ding*. Ese sonido despertaría sin duda a los gemelos, y esta noche necesitamos que estén callados. Porque, por primera vez en meses, estamos planeando una cena con amigos.

Es nuestro intento de volver a sentirnos *personas* después de meses de pañales y llantos, y estoy impaciente. Podría gritar de alegría.

Pero no lo haré. Porque los niños están aquí.

"¡Ajá!" Marco exulta suavemente y pulsa el botón de *parada*, salvándonos de un *pitido* demasiado fuerte. Con movimientos ahora rutinarios, saca dos biberones y los deja sobre la encimera. Me acerco, paso a Emil en brazos y cojo los biberones.

"Estás preciosa", dice Marco en voz baja, mirándome mientras sostiene a nuestros dos hijos como si no pesaran nada. "¿Estás emocionada?"

"Mucho", respondo en voz baja, comprobando la temperatura de la leche. "Estoy lista para una noche sin llantos ni pañales. Quiero oír de qué hablan los demás mientras estamos atrapados en el mundo de los bebés".

"Viene Leo", dice Marco. "¿Te lo he dicho?".

Sacudo la cabeza. "No, pero le he incluido también en el catering, así que habrá sitio".

"Trae a alguien".

Me quedo helada con la leche goteándome en la muñeca. "Leo... ¿traer a alguien?".

Marco asiente con una sonrisa burlona. "Sí."

"Vaya. Me siento completamente aislada".

"Bienvenida al club".

Intercambiamos cuidadosamente los biberones y nos acomodamos para el ya familiar ritual de la alimentación. Freya ya lleva un rato dormida, y siendo casi las nueve de la noche, con un poco de suerte los gemelos también se dormirán pronto.

Descubrir que esperaba gemelos tan tarde en el embarazo había sido un shock, pero volver a este nuevo hogar después del parto fue increíble. Y ver a Marco sumergirse en todos los aspectos del cuidado de los niños -todo lo que se había perdido con Freya- fue un regalo inesperado. El único inconveniente es lo rápido que pasa el tiempo, y eché muchísimo de menos a Tara y a los demás. Venían a visitarme de vez en cuando, pero mi mente estaba en otra parte, completamente absorbida por la maternidad.

Esta noche, sin embargo, vuelvo a sentirme *yo misma* y no me encuentro mejor.

Por suerte, Emil y Sanzio beben con avidez y se duermen a los pocos minutos de eructar. Los tumbamos en sus cunas y los acunamos hasta que se duermen profundamente, justo cuando empiezan a llegar los primeros invitados. La velada no tarda en animarse.

"Así que", dice Marco, haciendo girar su copa de vino entre los dedos mientras mira fijamente a Leonardo al otro lado de la mesa. "¿Cómo os conocisteis?

Leo extiende la mano y entrelaza sus dedos con los de Carmilla. Por lo poco que sé, ella no es de nuestro mundo. Aun así, se adaptó sin dificultad.

"A una firma de libros", responde Carmilla con una leve sonrisa.

"¿Quién firmaba?", pregunto aprovechando una pausa entre bocado y bocado de pasta.

"Ella". Leo baja la mirada y el rubor que sube a sus mejillas le delata.

"¿Ah?" Marco levanta una ceja. "¿Eres escritora?".

"¿Es algo picante?", interrumpe Fawn, con una sonrisa traviesa. "Porque necesito algo que me anime".

"¿Simon no funcionó?", pregunto, inclinándome junto a Tara y Cherry para verla mejor.

"No", responde Fawn encogiéndose de hombros. "No pudo con una mujer con carácter".

"Que se joda", suelta Cherry, robando una patata asada del plato de Tara. "Te mereces un hombre, no un chico".

"De eso no hay duda", añade Fawn con una sonrisa cómplice.

"De todos modos", reanuda Marco, lanzando una mirada a Carmilla, "decíamos... ¿escribes de verdad?".

"Sí. Novelas de aventuras", responde ella, mientras el color de sus mejillas se acentúa. "Era sólo un hobby, luego se me fue de las manos. Y antes de darme cuenta, un tipo me decía que la historia era buena, pero que las descripciones de las armas dejaban que desear."

"No pretendía hacerme el listillo", añadió Leo con una sonrisa burlona. "Era el tipo de error que sólo puede notar alguien que ha disparado de verdad".

"¿Así que tu forma de ligar es corregir libros?", pregunto, pinchándole con el tenedor.

"Funcionó, ¿verdad?", responde Leo, apretando suavemente la mano de Carmilla. "Me dio su número y aquí estamos".

Carmilla le mira con ojos que no dejan lugar a dudas. Está enamorada. Y si Leo la llevó a una cena familiar, eso significa que para él es lo mismo.

"¿Así que para encontrar a un hombre también tengo que escribir?", pregunta Fawn, riendo.

"O puedes darle una paliza a alguien y pasarte seis años convenciéndole de que te quiere", replica Cherry, lanzando una mirada a Tara. "A mí me funcionó".

"Quizá lo intente", suspira Fawn con fingida desesperación. Luego se inclina hacia delante. "Hablando de eso... ¿podemos hablar de negocios?".

Marco asiente. "De acuerdo, siempre que sean buenas noticias. Esta es la primera comida decente que he tenido desde que nacieron los gemelos y no quiero oír hablar de algún idiota que se cree demasiado listo."

Me río con él mientras me sirvo más pasta y discuto con Tara por el parmesano.

Fawn está haciendo un trabajo increíble con su asociación. Ha tomado el relevo de Marco en la protección de las mujeres necesitadas. Gracias a sus habilidades y a los contactos que ha hecho, los rusos no han podido expandirse más en la ciudad, y cualquiera que piense que puede tratar a la gente como mercancía desaparece antes incluso de darse cuenta del error.

Esto debería ser algo normal, pero en cambio es increíble la cantidad de cabrones que aparecen, dispuestos a traficar con seres humanos como si nada.

A Fawn le encanta su trabajo, y se nota. Ahora los nombres de *Simone* y *Barrone* inspiran respeto, y cualquiera que necesite ayuda sabe exactamente a quién acudir.

Tara y Cherry están ahora juntas, y están encontrando su lugar en la Mafia, con una nueva seguridad y estabilidad. Se encargan de mantener limpio el dinero procedente de la droga y de evitar que el mercado se hunda. Teniendo en cuenta su pasado, a nadie le habría sorprendido que se odiaran desde siempre, pero trabajar con Fawn las ha acercado. Desde entonces, han hecho grandes progresos en el tráfico de drogas, y el dinero no deja de entrar.

Leonardo también está en una posición de poder, con sólo unos pocos tiburones que intentan mordisquear los bordes de sus territorios. Tras el caos provocado por los Ricci, Leo absorbió a algunas de las familias más pequeñas que se quedaron sin guía. No todos se lo tomaron bien, pero Leo hizo un excelente trabajo para que todos entendieran quién estaba al mando.

No ha habido ninguna explosión en la ciudad desde aquella discoteca, lo cual ya es un buen progreso.

"¿Y tú?", pregunta Tara, mirándonos a Marco y a mí. "¿Qué has estado haciendo?"

"¿Aparte de hacer malabares con los gemelos, cambiar pañales, hacer biberones cada cuatro horas y hacer todo lo posible para que Freya no se sienta excluida?", me río suavemente. "Hmm... intentamos dormir cuando podemos".

Leonardo se levanta de repente, con los ojos fijos en su teléfono. Luego corre hacia la puerta en el mismo instante en que Anton entra corriendo.

"Jefe", dice volviéndose hacia Marco, luego se congela y mira a Leo. "Los dos".

"¿Qué está pasando?" La mano de Marco aprieta la mía.

"Violación del perímetro".

"Gianna, ve con los gemelos", ordena Marco.

No necesito que me lo repitan. Me apresuro a salir de la habitación mientras Leonardo y Fawn siguen a Anton, con Marco justo detrás de ellos. Tara y Cherry me siguen hasta la habitación de los gemelos, que siguen durmiendo profundamente. Cherry sale a buscar a Freya.

"¿Qué está pasando?", susurro, tratando de mantener la voz baja mientras mi corazón martillea tan fuerte que puedo saborear el

hierro en la boca.

"No lo sé", responde Tara, apretándome el brazo. "Pero te mantendremos a salvo".

No dudo de que Tara y Cherry serán capaces de defendernos, pero un escalofrío se desliza por mi columna vertebral y se detiene allí, pesado.

Estamos tan lejos de esa vida como podemos estar... pero Marco sigue siendo Marco Barrone. Nunca estaremos completamente fuera de ella.

Y tal vez, con la familia que nos rodea, ni siquiera quiera estarlo. No cuando todo lo que se necesita es una señal para que todos se muevan para protegernos.

Cherry reaparece con Freya en brazos. Rápidamente la agarro y la estrecho contra mí, colocándome entre los catres de las gemelas. Sea lo que sea lo que está pasando ahí fuera, sé que Marco será capaz de manejarlo.

¿Y si esta vez no es suficiente? susurra una voz en mi cabeza. *¿Y si esta vez lo pierdo?*

¿Estar al margen realmente nos mantiene a salvo? ¿O sólo nos hace más vulnerables? Los pensamientos me abruman, uno tras otro, y cada uno parece peor que el anterior. Mi corazón no deja de martillearme en el pecho.

"Mamá... estoy cansada", se queja Freya, frotándose los ojos.

"Lo sé, cariño", susurro, acunándola suavemente. "Es que nos hemos asustado. Papá ha ido a comprobar".

Cherry se queda con el hombro apoyado en la puerta, vigilante, mientras Tara permanece junto a la ventana. Tenso el oído, pero no llega ningún ruido.

El silencio se alarga demasiado y la ansiedad se me hace un nudo en el estómago. Por fin se abre la puerta y entra Marco, directo hacia nosotros.

"Marco, ¿qué ha pasado? ¿Qué hay ahí fuera?"

"Cherry, Tara. Fawn os está buscando. Yo me encargo a partir de aquí".

Los dos asienten y desaparecen por la puerta. Marco toma mi cara entre sus manos y me besa suavemente. "No pasa nada. Te lo

prometo".

"¿Pero qué pasa?"

"Vamos a acostar a Freya, luego te lo explico".

Después de acomodar a Freya y comprobar que los gemelos duermen plácidamente, Marco me lo cuenta todo mientras bajamos las escaleras.

"Leo era el objetivo. Una familia menor de edad intentó atentar contra él. Pensaron que se iba de la ciudad y creyeron que era un blanco fácil".

Me llevo una mano al pecho. "Dios mío. ¿Está bien?"

"Perfectamente. No se dieron cuenta de con quién estaban tratando. Fawn los noqueó en un santiamén".

"Mierda. ¿Pero nadie salió herido?"

Al final de las escaleras, Marco me atrae hacia él. Sus brazos son fuertes y tranquilizadores. "No. Todo está bajo control. ¿Cómo estás?" Sus ojos escrutan los míos, buscando una respuesta que quizá no quiera dar. "¿Te ha asustado tanto como a mí?".

"Sí", apenas sonrío. "Ya estaba pensando en cómo iba a proteger a nuestros tres hijos".

"Afortunadamente, no tenemos que hacerlo solos. Ahora tenemos una familia que nos protege".

Me besa de nuevo y me acompaña hacia el comedor. Cuando entramos, Leo le está contando a Carmilla cómo Fawn noqueó a uno de los intrusos sin pestañear. Las risas llenan la habitación y un calor familiar me envuelve.

Marco tiene razón.

Ahora estamos más seguros que nunca.

No es la vida que yo habría elegido, y el camino para llegar hasta aquí ha sido largo y difícil... pero esta es mi familia.

Y ay de quien intente tocarla. *Ay de aquellos que se opongan a nosotros.*

38

GIANNA

CINCO AÑOS DESPUÉS

"Sabía que era demasiado bueno para durar", murmura Marco. "Los hemos mantenido alejados de estas costas durante tanto tiempo que, sinceramente, me sorprende que hayan tardado tanto en intentar volver".

Marco está a unos pasos de la escalerilla del yate, su cuerpo esculpido reluce bajo el sol mediterráneo, mientras se ocupa de quién sabe qué asunto apremiante del que Leonardo acaba de informarle.

Intento escuchar su conversación, pero mi atención se centra casi por completo en nuestros hijos, que juegan en el agua a mi lado. Otro delfín se acerca, intrigado por los chapoteos de Freya, nuestra hija mayor. Ahora tiene once años y su duodécimo cumpleaños está a la vuelta de la esquina. No tiene ni idea de lo turbulento que fue el comienzo de su vida. He hecho todo lo posible para mantener a nuestros hijos alejados de ese mundo, salvo algunas cosas básicas... por si acaso.

No quiero que crezcan como Marco. Y desde luego, tampoco como yo.

"¡Me ha besado!", chilla Freya, con una sonrisa iluminándole la cara. "Mamá, ¡¿lo has visto?! ¡¿Lo has visto?!"

"¡Lo he visto!", me río, mientras ella acaricia suavemente el hocico del delfín.

A unos metros de ella, los gemelos, Emil y Sanzio, juegan con un número exagerado de hinchables. También ellos están encantados de ver a los delfines tan de cerca. Nado cerca de ellos, lanzando rápidas miradas al delfín que se acerca mientras mis dos hijos de cinco años salpican agua por todas partes, muertos de risa.

"Ten cuidado", le advierto a Sanzio cuando empieza a salpicar agua demasiado cerca de uno de los delfines. "No queremos asustarlos".

"¡Vale!", responde alegremente, e inmediatamente empieza a salpicar a su hermano. Los dos estallan en carcajadas cuando Freya se agarra a la aleta de un delfín y deja que la arrastre unos metros.

Unas vacaciones en el Mediterráneo parecen casi un sueño inalcanzable, pero Marco y yo hacemos todo lo posible por dar a nuestros hijos lo que desean, en la medida de lo posible. No quiero malcriarlos, pero es difícil. Crecí sin nada y ahora quiero que mis hijos lo tengan todo.

Mientras los niños siguen divirtiéndose, suena una alarma en la parte trasera del yate. Es la señal de que se ha acabado el tiempo en el agua.

"Bueno, pequeños, se acabó la hora del baño. Es hora de volver al barco".

"Pero mamá..." se levanta un coro de quejas. Nadie quiere salir del agua, pero rápidamente cojo a Emil en brazos antes de que pueda nadar demasiado lejos. Sanzio me sigue sin rechistar. Rápidamente me doy cuenta de que Emil es el más testarudo de los dos, y hoy me aprovecho de ello.

"Estoy segura de que los delfines también volverán mañana", digo al llegar a la escalera.

Marco ya está allí, con el móvil entre el hombro y la oreja. Con una mano saca a Emil del agua. "Ya has oído a tu madre. La regla era clara: te quedas en el mar hasta que suene la alarma. Y sé que la has oído".

"Uf..." resopla Freya mientras se arrastra fuera del agua con toda la teatralidad de una niña de once años. "Mejor para ellos si vuelven

mañana. Tengo la sensación de que en otra vida fui una sirena".

"¿Ah, sí?", me río, ayudando a Sanzio a subir de nuevo a cubierta antes de volver a cerrar la barandilla. "Entonces mañana podrías usar tus poderes de sirena para traernos una ballena. Me encantaría ver una".

"No funciona así, mamá", suspira Freya con aire exasperado. "Los terrestres sois tan ingenuos".

"¿Ah, sí?", replica otra voz.

Emilia sale del vestíbulo, apoyándose pesadamente en su bastón. Su camino hacia la recuperación no fue fácil, pero estar libre de Dante, lejos del invernadero que se había convertido en una prisión silenciosa, y lejos de la monotonía de la vida en la mafia, hizo maravillas.

Recuerdo el momento en que cogió a los gemelos en brazos por primera vez... Juro que vi una nueva luz en sus ojos.

"¡Tía!", gritan los niños a coro, lanzándose sobre ella.

Quiero seguirlos, pero no me da tiempo a dar un paso cuando Marco me rodea la cintura con su brazo fuerte y cálido, atrayéndome contra su pecho.

"Mh-mh", murmura Marco, que sigue hablando por teléfono con Leo, mientras hunde la cara en el pliegue de mi cuello y me besa. "Sí, perfecto. Mantenme informado, ¿vale?"

"¿Qué pasa?", pregunto, girándome en sus brazos para acariciarle la cara mientras termina la llamada. "¿Necesitas que volvamos?"

"Ni de coña", sonríe, besándome despacio. "¿Recuerdas la llegada de nuevas armas a la costa este? Los rusos. Al parecer, por fin han encontrado el valor para volver a poner un pie en nuestros territorios. Leo quería algún consejo sobre cómo cortarlos de raíz".

"Eres como el gurú de la mafia", me río entre dientes. "Das consejos desde playas y yates a kilómetros de distancia".

"Es una buena vida", sonríe, mirándome. "Fawn solucionó un problema con la Tríada hace un par de semanas, y la familia implicada se asustó tanto que abandonó inmediatamente a los rusos y pidió la paz".

"Vaya. Una visita de Fawn basta para hacer temblar hasta al más duro. ¿Quiero saber lo que hizo?".

"Probablemente no", ríe Marco. "Lo importante es que funcionó".

"¡De uno en uno!", oigo reír a Emilia. "¡De uno en uno!"

Los niños se suben encima de ella para abrazarla y luego la ayudan a subir a una de las tumbonas junto a la piscina del yate. Los observo unos instantes, nunca me canso de verlos felices y juntos.

"Ah, y Cherry y Tara por fin se han hecho con el control del tráfico de drogas. Los irlandeses se han retirado, más o menos. Tara les deja trabajar, pero quieren su parte. Han dominado el mercado más de lo que yo jamás podría".

"Sabes que si se separan vamos a tener un hueso duro de roer, ¿no?", señalo, acariciándole el pecho con las yemas de los dedos. "Hemos creado dos poderosas capos de la droga que además están juntas. Si se separan, ¿qué nos pasará a nosotros?".

"Esperemos que no ocurra antes de la boda de Leo. Estaría destrozado si Tara no estuviera para hacer su famoso chapuzón".

Me aferro al brazo de Marco. "¡¿Ha fijado una fecha?!"

"Sí. Carmilla quiere una boda en Navidad".

"Qué romántico", suspiro. "Seguro que estará guapísima".

"No tanto como tú". Marco me coge suavemente la barbilla y me inclina la cara hacia él, besándome suavemente.

"¿Le echas de menos?", le pregunto suavemente, cuando apenas se separa.

"¿Qué?"

"Esa vida. Las armas, las drogas, lo demás...".

Marco aprieta los hombros. "La hemos visto mal suficientes veces a lo largo de los años como para darnos cuenta de que nunca estaremos completamente fuera de ella. Ahora mi vida ha cambiado. Tú y los niños sois mi única preocupación. No quiero perderme nada, ni un segundo contigo".

Marco me estrecha aún más entre sus brazos y le beso intensamente. Cierro los ojos, dejo que el sol me caliente la cara y que la música de las olas y las llamadas de los delfines me envuelvan.

"Te quiero por eso", susurro contra sus labios, aunque ambos sabemos que si las cosas se pusieran feas y Leo nos necesitara,

estaríamos allí.

"Yo también te quiero", responde. "Soy feliz, Gianna. Me has dado más de lo que podía merecer. Estar aquí, en el Mediterráneo, ver a nuestros hijos nadar con los delfines, ver florecer a Emilia... ¿Vivir esta vida? Es más de lo que jamás podría haber pedido".

"Dios, sí que has cambiado", me burlo de él, besándole el labio inferior.

"¿Te aburres?", se burla Marco con una sonrisa con sabor a desafío. "¿Quieres que salga a matar a alguien y luego vuelva cubierto de sangre y te folle aquí mismo, como en los viejos tiempos?".

"No creo que me quejara". Sonrío contra sus labios y vuelvo a besarle, pero el momento se ve interrumpido por un grito excitado.

"¡Emil!"

Marco se separa de mí con un suspiro divertido y se acerca al borde de la piscina. Emil acaba de zambullirse, chapoteando por todas partes.

"¿Qué te hemos dicho?". Marco levanta una ceja, con las manos en las caderas. "Tienes que quitarte la sal antes de tirarte a la piscina. ¿Cuántas veces tenemos que repetirlo?".

"¡Lo siento, papá!", exclama Emil, tosiendo mientras el agua le resbala por la cara. Nada hasta el borde, donde Marco le agarra con una mano y le levanta, haciéndole girar como una peonza en el aire. Emil estalla en carcajadas, gritando de alegría mientras Marco finge sacudirle todo el agua con energía.

"Venid aquí, pequeños", interrumpe Emilia, levantándose tranquilamente y apoyándose en su bastón. "Duchas para todos. Y luego vamos a por algo dulce, os habéis ganado un premio después de tanto nadar".

Marco deja a Emil en el suelo con cuidado y juntos nos quedamos mirando cómo los niños se alejan, de la mano, con Freya riendo y arrastrando a los gemelos hacia el interior del yate. Los observo hasta que desaparecen, con el corazón derritiéndose ante aquella escena.

Sin pensarlo, vuelvo a acercarme a Marco, deslizándome contra su costado. Mis dedos recorren lentamente su abdomen, dibujando

círculos sobre la cálida piel mientras me aferro a él, dejando que mi cuerpo apenas se mueva contra el suyo.

"Oye, amor..." susurro, con voz suave como la seda, mientras mis dedos se deslizan lentamente por su costado.

Marco baja la mirada hacia la mía y una sonrisa baila en sus labios. "Dime, cariño".

Le miro a los ojos y me muerdo suavemente el labio mientras mi corazón late más deprisa. La sonrisa que le dedico es apenas perceptible, pero llena de promesas.

"¿Crees que podrás lidiar con un cuarto hijo?".

¿Te encantaron Gianna y Marco? **Obtén el próximo libro de la serie aquí.**